

Selección RNR

FERNANDA SUÁREZ

PERFECTAMENTE
Imperfecta

Unidos por el amor I



Romance Histórico

Perfectamente imperfecta
Unidos por el amor I

Fernanda Suárez



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mis sexys chicas,
por todo su amor y apoyo incondicional.*

PRÓLOGO

Amberly escuchaba atenta las palabras de su padre escondida tras una de las puertas que conectaban la biblioteca y el despacho de su padre, aunque era cierto que una señorita no debe escuchar conversaciones ajenas y mucho menos escondida tras una puerta, no pudo evitarlo, la curiosidad y la necesidad por saber lo que pasaba en esos instantes en su familia fue, a su parecer, una razón más que válida, después de todo era su familia, le afectaría a ella de una u otra manera, no podía vivir en la ignorancia entre encajes, telas, vestidos y bailes.

—No sé qué hacer hijo —dijo su padre a su hermano—, las deudas se nos salieron de control, puedo llegar a terminar en la cárcel, la única opción que me queda es vender las pocas joyas de la familia que nos quedan, aún está el collar de diamantes en oro blanco con sus aretes, el del zafiro en el centro y el de la esmeralda adornada en oro, no los había vendido porque eran los favoritos de tu madre, pero es eso o sabrá Dios que nos deparará el futuro. —Amberly cubrió su boca con su mano para evitar que una exclamación saliera de esta, pero era que nunca se imaginó que su padre tuviera problemas de dinero.

—¿Y la dote de Amberly? Podemos usar una pequeña parte e invertir en negocios seguros, padre, a mí tampoco me gustaría perder las joyas de mamá. —Esa sería una buena idea, pensó la chica.

—No, eso no está a discusión, la dote de tu hermana no se toca, esa es su única oportunidad de encontrar al hombre de su vida, si alguien supiera en la situación económica que nos encontramos y que su dote desapareció, ningún hombre querrá cortejarla y no lo permitiré, no seré yo el causante de la desdicha de mi hija. —Amberly se quedó con la boca abierta; aunque su padre siempre había sido muy cariñoso con su hermano y con ella, nunca pensó que los llegaría a poner por encima, incluso, de su propio bienestar.

—Padre, pero Amberly podría ser nuestra única solución, podemos arreglar un matrimonio por conveniencia, un buen hombre que la respete y que nos ayude a solventar las deudas familiares, a este paso no quedará nada del Conde Warrington. —Claro, su hermano nunca fue especialmente cercano a ella, pero era entendible, mientras ella creció en la escuela de señoritas, su hermano se educaba para ser el futuro Conde de Warrington.

—¡Que no Andrew! Ya te lo dije una vez y te lo diré de nuevo: no usaré a mi hija como moneda de cambio para pagar mis errores.

—¡Entonces al menos permíteme hablar con ella! ¿De verdad te parece justo que viva en una completa ignorancia en el asunto? Ella también hace parte de la familia. — ¡Exacto!, pensó ella, era injusto.

—No lo va a saber, déjala disfrutar de la temporada en paz, es su segunda temporada en Londres, no pienso arruinársela.

—¡Como quieras, padre! —dijo su hermano furioso y salió rápidamente del despacho, ella se escabulló por la puerta y subió corriendo a su habitación.

Al entrar, cerró la puerta de un golpe y se lanzó a su cama. ¿Por qué no me dijeron lo que estaba pasando?, se preguntaba. Era injusto, ella también hacía parte de esa familia y aunque fuera mujer, podía ayudarlos, o por lo menos eso pensaba; no le importaba su dote, no se pensaba casar, no a menos que fuera por amor.

Su padre siempre le había dicho que el día que llegara el momento de elegir con quien compartiría el resto de su vida, elegiría ella misma, nunca la obligaría a estar junto a un hombre que no la hiciera feliz; su padre siempre la consintió, nunca le faltó nada y todo lo que pidió lo tuvo, pero al escucharlo en la biblioteca se dio cuenta de cuán grande era su amor; y aunque a su madre no la recordaba porque murió cuando aún era muy pequeña, su padre siempre le había dicho que la amaba, a ella y a su hermano, más que a nada en el mundo, y era injusto con él que ella no le respondiera de la misma forma, y si ella podía ayudar lo haría, pero solo había una manera.

Prometió casarse solo por amor, por decisión propia, pero el amor a su familia era tan grande que estaba dispuesta a todo, lo daría todo por ellos, por asegurarle a su padre su bienestar, felicidad y tranquilidad, por darle a su hermano su fortuna y el buen nombre de la familia, sin manchas por deudas, y eso era lo que haría, se los daría todo.

Ese día tomó una decisión, la más importante de su vida, pues prefirió poner a su familia por encima de su propia felicidad, pero valía la pena.

Esa noche había un baile en casa del marqués de Bristol, era la oportunidad perfecta para empezar con su plan, así que rápidamente se puso de pie y llamó a su doncella, tenía que alistarse, esa sería la primera noche de muchas, tal vez fuera la que definiese su futuro, era hora de buscar esposo.

CAPÍTULO 1

Amberly miraba atenta su reflejo en el espejo mientras su doncella continuaba haciendo el hermoso peinado decorado con pequeñas perlas que adornaban el hermoso recogido, combinaba a la perfección con el collar que tenía puesto, unas pequeñas perlas que resaltaban los pequeños detalles plateados que le daban un toque de belleza pero sencillez a su vestido azul cielo.

Pero en su cabeza no dejaba de repetirse una y otra vez la misma frase: “estamos en la ruina y mi padre no quiere contármelo”, no era justo, ella podría ayudarlos, de alguna forma que no pusiera en evidencia su situación económica, y aunque se negaba a notarlo sabía que no había más opción: tenía que casarse, tenía que conseguir un pretendiente con la capacidad económica de solventar las deudas de su padre y ayudarlo a empezar de nuevo, pero eso no era nada sencillo de encontrar. ¿Qué hombre quiere casarse con una mujer para solventar las deudas de su familia? Eso no pasa, solo cabía la posibilidad de casarse para solventar sus propias deudas, en todas las mejores familias hay cazadores de dotes.

—Esta noche está muy distraída, milady. ¿Le sucede algo? —dijo su doncella mientras le ponía dos pasadores más; su peinado estaba listo.

—Tienes un gran talento para esto, Briana, gracias, yo en definitiva no podría, no tengo la paciencia —respondió la joven esquivando su pregunta inicial, pero Briana, más allá de ser una simple doncella, era su amiga, su confidente; era hija única y solo tenía una amiga que estaba preocupada en su propia temporada, aunque eran situaciones diferentes; el punto era que no le gustaba estar sola y su doncella resultó ser una gran compañía cuando se dio cuenta que jamás podría tratarla con el desprecio que sí lo hacía su hermano, a su parecer, aunque fuera una doncella merecía ser tratada de la forma correcta, no como si fuera una esclava.

—Sabe que no es fácil distraerme, milady. ¿Qué le sucede? —Eso era lo único que nunca logró cambiar, no logró que dejara de llamarla milady, y era frustrante saber que sus tácticas de distracción no funcionaban con ella, aunque sí funcionaban con su padre.

—Descubrí que mi familia tiene problemas —respondió la joven en un susurro, era cierto que confiaba mucho en ella, pero no lo suficiente para contarle los problemas de su familia, una sola palabra a la persona equivocada y haría que su familia cayera en la completa ruina social.

—Entiendo —susurró ella comprensiva, era una gran mujer.

—Me gusta mucho este vestido —dijo Amberly intentando cambiar de tema para acabar con el incómodo silencio que se había formado; se miró una vez más en el espejo y sonrió satisfecha.

Su vestido no tenía un diseño especial o diferente al de muchas de las jóvenes casaderas, pero lo que lo hacía especial eran las pequeñas decoraciones en hilo y botones plateados, sin embargo, no había nada más que la resaltara; el tono de su vestido era exactamente igual al tono del delicado encaje que contorneaba su delicado y recatado escote.

—Es muy cierto, resalta sus ojos. —La aludida miró el reflejo de sus ojos en el espejo, eran de un extraño color azul grisáceo que restaban como dos antorchas frente a su negro y oscuro cabello, o eso decía siempre su padre.

El suave toque en la puerta la hizo salir de sus pensamientos.

—Adelante. Su padre entró en la habitación y una sonrisa se formó en sus labios al mirarla de

pies a cabeza.

—Luces realmente hermosa hija, fue una gran elección —esto último lo dijo mirando a su doncella, que sonrió, agachó la cabeza, dio una reverencia y salió de la habitación; era una mujer tímida, ya había aprendido a conocerla.

—Gracias, papá, a mí también me encanta. —Dio unos pequeños pasos hasta su cama y, aunque no debía, la curiosidad la mataba, tenía que preguntar, tenía que darle una última oportunidad—. ¿Hay algo que quieras contarme, padre? Sabes que cuentas conmigo para lo que sea que necesites. —La sorpresa apareció en el rostro del conde, pero desapareció tan rápido como llegó, incluso le costaba pensar que fue lo que vio, si en realidad pasó y no fue producto de su imaginación.

—Claro hija, no escondo nada que no debas saber, no tengo razones para esconderte las cosas. —Una punzada de dolor apareció en el pecho de la joven; su padre, su propio padre mintiéndole. Suspiró.

—Sera mejor que termine de arreglarme, tal vez esta noche conozca al amor de mi vida y tengo que estar perfecta —dijo intentando mantener su rabia, ella no era precisamente conocida por su calma o paciencia, además, odiaba las mentiras.

Su padre se acercó y detuvo el movimiento de las manos de la joven que estaban arreglando los últimos detalles de su vestido y de su peinado, tomo sus manos entre las suyas y sonrió con ternura.

—Recuérdalo, hija, si te vas a casar que sea por amor, porque de verdad lo deseas y creas que puedes ser feliz junto al hombre que elijas, pero nunca te cases por interés, por el dinero o por un título, no, eso también se acaba, solo piensa en ti y en tu felicidad. —“No puedo”, quería gritar Amberly, quería hacerle ver a su padre todo lo que estaba dispuesta a hacer por su familia.

Pero contárselo no era una opción, él enloquecería, ella lo conocía, sería capaz de encerrarla hasta hacerla olvidar tal estupidez, ya lo había dejado claro: no permitiría que se casara con un hombre que no la amara o que ella no amara.

—Ya lo sé, papá, no tienes de que preocuparte, no me casaré sin amor ni aunque me ofreciesen todo el oro del mundo.

—Prométemelo, Amber, yo sé que jamás me mentirías. —Tomó una gran bocanada de aire.

—Te lo prometo, papá. —Su padre le tomo el rostro entre sus manos y le dio un beso en la frente, como hacía cuando era pequeña y tenía que irse de viaje; su padre siempre fue muy cariñoso y especial con ella y con su hermano, nunca tuvo ningún tipo de preferencia, pero eso no ayudó a que ellos fueran más unidos, cada uno tomó su camino olvidándose del otro.

Ella cumpliría con su promesa, claro que lo haría, se casaría por amor, aunque nunca específico si era a su esposo o a su familia, había muchos tipos de amor, y aunque todos eran tan fuertes e importantes como los otros, amor era amor y cada uno de ellos se representaban de manera diferente, pero seguirían siendo amor.

Su padre la llevó hasta el carruaje y la ayudó a subir, sentándose frente a su hermano mientras su padre se acomodaba al lado de su primogénito.

—Estaba pensando, sé que este es un tema que deberíamos tratar en privado, hijo, pero pienso que tu hermana tiene todo el derecho a saberlo, a escucharlo. —El rostro de su hermano

se puso pálido y ella tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no sonreír como quería hacer, ¡iba a confiar en ella, se lo iba a contar!

—¿Qué es lo que tengo que escuchar? —preguntó ansiosa.

—He pensado que tu hermano debería casarse muy pronto, debería empezar a buscar una mujer. —Y como si de un cubo de agua fría se tratase, la alegría se fue y simplemente pudo suspirar resignada, pero cuando iba a dar su punto de vista no tan cordial, su hermano se le adelantó.

—Yo no quiero casarme, no aún, apenas tengo 25 años, papá, uno no se casa hasta los 30 o más, no me pidas que busque una mujer a la que cortejar, no quiero. —La mirada de su padre se puso seria, eran de esas miradas que no daban opción a replica.

—Buscarás a una mujer y es mi última palabra, quiero que me den nietos antes de morir, quiero conocerlos, y antes de que lo digas, no, quiero nietos de ambos no solo de Amber. —Su hermano se quedó en completo silencio y conectó la mirada con la de su hermana; tenían una conversación pendiente, sabía lo que significaban esas miradas; además, Amberly siempre había guardado la esperanza de tener la relación que algún día tuvo con su hermano, como cuando eran pequeños que se apoyaban el uno al otro, nunca se abandonaban.

Al llegar a la mansión de los marqueses de Bristol fueron recibidos por la marquesa y su hija, que permanecía en un completo silencio a su lado. Luego del saludo correspondiente, entraron al salón, y su hermano, impulsado por su padre, solicitó uno de los bailes con la hija de la marquesa, pero por alguna razón terminó firmando dos en su carnet de baile.

—¿Alguna razón para que no quieras bailar con tu querido hermano? —preguntó a su lado y ella simplemente sonrió.

—Si quieres todos te los dedico a ti. —La sonrisa en los labios de su hermano fue tan sincera que la hizo llenar de alegría.

—No sería justo con los demás no dejarlos disfrutar un poco más de una mujer tan hermosa, eso sí, quédate donde pueda verte para asegurarme que ningún indeseable se te acerque. —Estuvo tentada a poner los ojos en blanco, pero recordó todas y cada una de sus clases que recibió en la escuela para señoritas. A pesar de todo su hermano la quería, a su manera, o eso se decía ella una y otra vez, y cosas como esas apoyaban su teoría.

Bailó, habló y rio con toda elegancia, finura y belleza que aprendió en sus muchas clases, era entonces cuando tenía que poner en práctica su encanto, aunque no sabía de dónde lo había sacado, y prácticamente la mitad de los caballeros habían quedado prendados de ella, pero era ahí cuando no sabía si era ella la que lo necesita o él en busca de su dote, tal vez su hermano podía hacer un par de averiguaciones, pero antes tenía que asegurarse que estaba de su lado.

Los músicos empezaron a organizarse para el siguiente baile, y los caballeros buscaban la dama para compartir el momento, sin embargo, la joven dama decidió acercarse a la mesa con comida para tomar un refresco.

Mientras tanto, al otro lado del salón, el apuesto duque de Marlborough se paseaba por el lugar junto a su amigo, el conde de Coventry, intentando esquivar a todas las madres de jovencitas casaderas dispuestas a todo por conseguir cazar al hombre adecuado para sus hijas.

—Sigo sin entender por qué vinimos, sabes que no me gusta ser perseguido y acosado para

que saque a bailar a una señorita que solo sabe hablar del clima. —El duque de Marlborough soltó una carcajada.

—Deja de exagerar, Roger, es solo un baile, y te recuerdo que por nuestra posición es importante acudir a ellos, y al menos dedicarles uno que otro baile a esas señoritas de las que tanto hablas. ¿No me decías hace un instante que te estabas presionándote a ti mismo para buscar esposa?

—Así es, quiero asegurarme de que habrá otro heredero en la línea de sucesión, además quiero tener a alguien con quien compartir el resto de mis días.

—Bueno, pues entonces baila con un par de chicas y diles que estás buscando la mujer correcta, eso no se consigue en un solo baile, te dará un poco de tiempo antes de elegir.

—En eso tienes razón. Continuaron caminando sintiendo las miradas de todas las mujeres presentes a su alrededor, y claro, uno que otro caballero; era curioso verlos allí, pues eran muy pocas las veces que se presentaban a ese tipo de eventos, eran el centro de atención, un par de caballeros apuestos, con título, terriblemente ricos gracias a los negocios que poseían juntos, eran los pretendientes perfectos para muchas de las jovencitas presentes.

—Lord Marlborough, es un placer volver a verlo —dijo la marquesa de Bristol mientras se acercaba a los caballeros seguida de su hija—. Lord Coventry, permítanme presentarles a mi hija, Lady Anne Wadlow. Hija, ellos son Lord Fredrick Aldridge, duque de Marlborough y Lord Roger Gibbs, conde de Coventry. —Ambos caballeros depositaron un beso en la mano enguantada de la joven.

—Es un placer, milady —respondió el conde con un coqueta sonrisa; claro, en ese momento que debía buscar esposa al menos pensaba disfrutarlo, y esa joven en particular era realmente hermosa con su cabello claro y ojos cafés.

—El placer es mío, milord —respondió ella.

—Milady, ¿me permitiría el siguiente baile? —la joven asintió tímidamente, y el conde no pudo evitar ver la sonrisa de victoria en los ojos de la marquesa; claro, logró lo que quería, una pareja de baile para su hija, un posible candidato a pretendiente.

—Si desea podemos buscar una pareja de baile para usted, Lord Marlborough —dijo la marquesa que logró que el duque riera; esa mujer era increíblemente directa, al menos no tenía más hijas.

—Podría ser buena idea. —Levantó la mirada y observó a las jóvenes presentes una y otra vez, pero no vio a ninguna que llamara su atención, hasta que un destello azul cercano a la mesa con comida lo hizo enfocar su mirada y observó atento a la joven de vestido azul, cabellera negra e increíblemente bella que tomaba un refresco. ¿Cómo sería verla de cerca?—. ¿Quién es la joven? —preguntó a la marquesa sin separar la vista de aquella mujer.

—Oh, ella es Lady Dunne. —Dunne, ese apellido le era familiar, pero no recordaba exactamente de dónde; sin embargo, quería conocer a la chica, de ella sin duda nunca se olvidaría.

—¿Podría presentármela? —dijo el duque, y la marquesa sin pensarlo dos veces lo acercó a la joven.

—Lady Dunne —dijo la marquesa en cuanto estuvieron lo suficientemente cerca, la joven

giró y el duque se perdió en esos hermosos ojos—, permítame presentarle a Lord Fredrick Aldridge, duque de Marlborough. —Ella miraba encantada al apuesto joven, claro que sabía quién era, solo que nunca los habían presentado, era aún más apuesto de cerca con su cabello castaño y el verde de sus ojos, era el pretendiente deseado para toda mujer, pero era de conocimiento público que se negaba una y otra vez a casarse—. Ella es Lady Amberly Dunne —continuó la marquesa sin ser totalmente consiente de la conexión que se había formado entre ellos.

El duque estaba por tomar la mano de la joven para dejar un beso en ella, eso sí, sin apartar sus ojos de los suyos, era una mujer terriblemente hermosa, pero una voz lo dejó helado, problemas gritaba su cabeza.

—Mi hermana —dijeron a espaldas del duque, y Amberly frunció el ceño al ver el cambio en el rostro del duque. ¿Conocerá a mi hermano?, se preguntó ella.

CAPÍTULO 2

Amberly sentía como el ambiente empezaba a ponerse muy tenso mientras su hermano y el duque se retaban con la mirada, pero no entendía la razón. ¿De dónde lo conocía su hermano? Fuera de donde fuera, no debió terminar bien, prácticamente esperaban a ver quién lanzaba el primer golpe.

—Lord Warrington, es un placer verte aquí. ¿Cómo está usted? ¿Ya terminaron los trámites para su posicionamiento en el título? —Al escuchar aquello, Amberly miró atentamente a su hermano. ¿Posicionamiento del título? Se suponía que su padre tendría el título hasta que muriera. ¿Por qué su hermano iba a obtenerlo? Eran muchos los secretos que guardaba su familia.

Pero ella debía admitir, que gracias a la intervención de la marquesa, su hermano y el duque dejaron de mirarse como si quisieran matar al otro.

—Hasta hace unos pocos días iniciamos los tramites, Lady Wadlow, aún falta mucho para posicionarme en él. —El joven volvió la mirada hacia su hermana—. Vamos, Amber, permíteme compartir contigo el siguiente baile, hace mucho que no le dedicas un baile a tu hermano. —Ella frunció el ceño, en ese momento se cansó de los secretos, estaba completamente decidida a enfrentar a su familia para obligarlos a contar toda la verdad, era increíble todo lo que le habían escondido; no se habría enterado de las deudas de su padre si no hubiera sido porque se coló en la biblioteca en el momento justo, tampoco se enteraría de que su hermano se haría con el título si la marquesa no lo hubiera dicho. ¿Qué otra cosa estarían escondiéndole?

Sin embargo, ella levantó su mano que permitió que su hermano la tomase para conducirla a la pista de baile.

—Espero que pueda dedicarme el siguiente a mí, Lady Dunne —dijo el duque deteniéndolos; ella pudo sentir como su hermano tomaba su mano con más fuerza, casi llegando a hacerle daño, así que muy delicadamente la sacudió hasta que su hermano aflojó su agarre.

—Será un pla... —su hermano la interrumpió.

—Disculpe, Lord Marlborough, pero eso no será posible. —Amberly frunció el ceño y el duque levantó una de sus cejas ante la respuesta.

—¿Puedo saber la razón? —preguntó el duque.

—Sencillo, Marlborough, porque no quiero ver a mi hermanita en brazos de un hombre como usted. —La marquesa ahogó un gemido de horror ante tales palabras; claro, muy pocos se atrevían a hablarle así al duque sin temer a las repercusiones que podrían traer. La joven no pudo evitar la sorpresa en su rostro.

—Las diferencias que puedan existir entre usted y yo no tienen por qué afectar a su hermana, es solo un baile Dunne, no es como si me la fuera a robar.

—Es mi última palabra, no bailarás con ella —sentenció el futuro conde, pero Amberly tenía claro que no era por ella que lo hacía, sentía que para su hermano esa era su forma de demostrar supremacía sobre ella y no había cosa que la exasperara más.

De un fuerte tirón se soltó del agarre de su hermano y lo fulminó con la mirada; el duque solo

miraba la escena con curiosidad, era extraño que una joven hiciera cosas así, todas intentaban ser tan encantadoras como les era posible en el baile con la esperanza de conseguir un buen pretendiente, pero no, ella simplemente se soltó e incluso le dedicó una de sus miradas. “Es una mujer llena de sorpresas”, se dijo a sí mismo.

—Sera un placer compartir el siguiente baile con usted, milord, espero que no le importe adelantarlo un poco y compartir conmigo el que está por empezar, no creo poder bailar con mi hermano. —Aunque su hermano intentó tomarla del brazo, ella rápidamente se alejó y tomó el brazo del duque para permitir que la llevara al medio del salón, lo suficientemente lejos de su hermano, para que este no interfiriera ni formara un escándalo.

—La verdad no sé si agradecer que me permitiera compartir con usted este baile, algo me dice que lo hizo más por contrariar a su hermano que por un verdadero deseo de bailar conmigo. —La joven se estremeció al sentir la mano del duque en su cintura, pero se recuperó rápidamente.

—Mi hermano no tiene el derecho a decidir con quién puedo o no bailar, hasta mi padre me da la total libertad para elegir mi pareja, no será él quien imponga tales cosas solo por gusto o por un malentendido. —Con esto último ella esperaba alguna explicación a su actitud para con su hermano, pero al contrario, el duque simplemente sonrió.

—Si tiene alguna pregunta puede hacerla directamente, tal vez así pueda proporcionarle una respuesta a sus dudas. —Amberly achicó sus ojos dudando de sus palabras. ¿Por qué querría él responder a sus preguntas? Además nada le aseguraba que sus respuestas fueran ciertas.

Sin embargo, la curiosidad era su perdición.

—Me da curiosidad la razón por la cual mi hermano y usted estaban a punto de matarse el uno al otro mientras se miraban hace un momento, debió ser algo muy grave para llegar a tal instancia, sin embargo, me pregunto si su respuesta será sincera o lo que diga será para que usted quede bien mientras que mi hermano quede en evidencia, así que mi pregunta es: ¿es usted sincero siempre que responde a las preguntas que les realizan, Lord Marlborough? —Su sonrisa se ensanchó.

—Debo admitir que esperaba cualquier otra pregunta menos esa, me toma usted por sorpresa. —Ella suspiró.

—Entonces no siempre responde usted con sinceridad, yo tenía razón. —El duque la miró directamente a los ojos.

—¿Qué le hace pensar que no soy sincero? —Amberly se encogió ligeramente de hombros, lo suficiente para que él lo notara, pero no para que las demás personas la vieran.

—Su respuesta. Si fuera sincero no tendría problema en responder a mis preguntas incluso si lo he tomado por sorpresa, simplemente respondería, dicen que las respuestas no planeadas son las más sinceras porque tienen poco tiempo para pensar una mentira, y usted simplemente evitó la pregunta.

—¿Y que podría hacer yo para cambiar la mala percepción que tiene de mí? Me gustaría corregir tal error, porque he de decir que soy tan sincero como puedo con cada palabra pronunciada. —Ella lo miró y sonrió coqueta, tal cual aprendió durante los muchos bailes en los que había estado, sorprendiendo al duque.

—Es muy difícil cambiar la primera percepción que se tiene de una persona, milord, las personas son terriblemente cambiantes, actúan dependiendo la conveniencia, así que la verdad es muy difícil hacerme cambiar de percepción. —El duque sonrió.

—Percibo cierto reto en el tono de palabras, Lady Dunne. —Ella puso una falsa sonrisa inocente en sus labios, que causó en el duque una curiosidad que nunca había sentido por una mujer, su forma de actuar llamaba su atención, pero lo que más fascinado lo tenía era esa mirada tan falsamente inocente, con un toque juguetón y tal vez un poco prepotente o de subordinación, era difícil saber cuál de las dos era la correcta, lo que solo aumentaba sus ganas de conocerla, solo un poco más, un coqueteo inocente.

—¿Cómo piensa eso, milord? Jamás lo retaría a usted, la verdad es que solo haría ese tipo de juegos cuando tengo la certeza de que ganaré.

—Entonces teme perder. —Ella negó con la cabeza.

—No tengo nada que perder ni nada que ganar, porque simplemente no hay juego, no hay reto, esta es una inocente charla, no debemos llevarla a los extremos —dijo Amberly con la fiel esperanza de dar por terminada la conversación, sentía que empezaba a perder el verdadero rumbo y no tendría un feliz término para ella, aunque la verdad era que posiblemente era el escrutinio de sus ojos el que empezaba a ponerla nerviosa, no dejaba de verla como si fuera un libro cerrado que deseaba abrir, y su hermosa y coqueta sonrisa no la ayudaban en nada, y bien dijo, no le gustaba perder, y eso sentía que pasaría si seguía con todo eso. Sorprendiéndose a sí misma ya que le encantaba bailar, se vio deseando el fin del baile.

—Difiero con usted, milady, esta charla, como usted la llama, está siendo de lo más interesante y llamativa para mí, y a pesar de sus palabras, siento que estas vienen escondiendo un reto, y la verdad es que me encantan los retos, jamás me negaría a uno, jamás perdería uno. —Ella suspiró pesadamente.

—Tiene usted mucha confianza en sí mismo, milord, no cualquiera asegura que siempre gana.

—No siempre gano, milady, pero hago hasta lo imposible por hacerlo, digamos que soy un muy mal perdedor, y para ello claro que tengo que confiar en mí mismo. —Ella se encogió ligeramente de hombros.

—A mí me parece prepotencia. —Él elevó una ceja.

—¿Me acusa de prepotente? —ella asintió—. Es la primera mujer que hace tal cosa. —Amberly sonrió con autosuficiencia.

—Tal vez porque todas esperan agradecerle con la esperanza de ser la receptora de al menos un poco de su atención. —El duque la tomó con más fuerza de la cintura atrayéndola solo un poco más a su cuerpo logrando un jadeo en ella y las miradas curiosas de los demás.

—¿Y qué es lo que espera usted de mí, Lady Dunne? —preguntó el duque, pero ella empezaba a perder el control de sus emociones al sentir la mirada de todos a su alrededor sobre ellos, estaba nerviosa y ya no podía disimularlo, tanto así que le costó varios segundos poder responder a su pregunta intentando sonar tan segura como siempre.

—Aún no sé qué puedo obtener de usted, así que no tengo un propósito establecido aún, supongo que surgirá con un poco de tiempo.

—Entonces pretende compartir un tiempo conmigo, para así descubrir sus propósitos. — Tarde se dio cuenta ella de sus palabras.

—No me refería a eso, yo... —Amberly no supo que decir, en ese momento se dio cuenta que empezaba a perder en un juego que ella misma había empezado sin darse cuenta.

—¿Entonces, Lady Dunne? Tengo curiosidad a que se refería. —Ella soltó un bufido para nada femenino.

—Es usted insoportable, Lord Marlborough —dijo con un extraño gruñido, y contra todo pronóstico el duque soltó una fuerte carcajada que llamó la atención de los pocos que no habían notado su escandalosa cercanía y confidente discusión.

—Veo que no soy al único al que no le gusta perder y tiene usted muy poca paciencia, milady, pediría disculpas por importunarla, pero la verdad es que ese era mi propósito, quería ver hasta dónde podía llegar. —Ella estaba preocupada por las miradas que estaba recibiendo por parte de los demás presentes en el salón, pero al escucharlo, sintió su sangre arder y estuvo a punto de darle un puntapié e irse, pero no podía llamar la atención, así que simplemente volvió a su coqueta y estudiada sonrisa, retomando el control sobre sí misma.

—Me estaba usted provocando, milord, eso no es propio de un caballero.

—Así como no es propio de una dama llamar prepotente a su pareja de baile. —Ella se encogió de hombros.

—A diferencia de usted, soy muy sincera. ¿O preferiría que no lo fuera? —Ella agitó sus pestañas—. Porque jamás haría algo que lo importunara. —Él mordió el interior de su labio para evitar la fuerte carcajada que amenazaba con salir.

—Prefiero la sinceridad.

—Bien, entonces no hay más que decir. —Los pocos minutos que quedaron del baile los pasaron retándose con la mirada el uno al otro, pero solo hasta los últimos movimientos él habló.

—Fue una conversación muy interesante, es usted una mujer muy... ¿Cómo llamarlo?

—No lo diga, milord, puede arruinar el momento, es bien conocido por todos que los hombres tienen la facilidad de decir lo que no deben y además en el momento equivocado.

—Entonces lo dejaremos para el siguiente encuentro. —Los movimientos se detuvieron y antes de dar la respectiva reverencia dando fin a la pieza de baile, ella sonrió coqueta ganándose una sonrisa devuelta.

—Nada nos asegura que haya un encuentro más y mucho menos que la conversación sea tan interesante como la de hoy.

—Yo puedo asegurárselo —dijo él.

—No si yo puedo evitarlo. —En ese momento y antes de permitirle dar una respuesta, ella dio una rápida reverencia y caminó tan rápido como pudo alejándose de él, no le importaba que la vieran raro, no sería la primera vez, pero claro, nunca había salido prácticamente corriendo y menos para alejarse del candidato perfecto y deseado por cualquier dama, incluso su cabeza le gritaba “él es tu mejor opción y tu simplemente te alejas”, pero era que no podía quedarse junto a él por más tiempo, sentía que en cualquier momento volvería a perder el control sobre sí misma y terminaría diciendo o haciendo algo que la afectara, así que tomó su primera opción: huir.

Mientras Amberly caminaba hacia una esquina en la que habían dispuestas un par de sillas para descansar, pudo ver la curiosa mirada de todos, pero principalmente la de su hermano y su padre; su hermano furioso por desobedecerlo, su padre podría ser por la cercanía o la conversación que mantuvo con el duque; ella solía hablar poco en los bailes, se remitía a sonreír y a dar respuestas cortas, así evitaba poner en evidencia sus opiniones a los oídos incorrectos, siempre había sido muy mala fingiendo; además, si quería encontrar al pretendiente que cumpliera con todas sus expectativas debía comportarse como la perfecta dama que nunca había sido.

Pero estaba dispuesta a todo por su familia, más específicamente por su padre, él lo dio todo por ella. ¿Por qué no hacer un pequeño sacrificio? Valía la pena, de eso estaba segura. Y además estaba segura de que Frederick Aldridge, duque de Marlborough, no era una opción por más rico y perfecto pretendiente que fuera.

Mientras tanto, desde una columna cercana, Frederick la observaba, nunca imaginó que una mujer pudiera actuar así con él, siempre esperó un comportamiento perfecto de todas, su dinero y posición inspiraban eso, pero no con ella, a ella nada de eso le importó.

—¿Algo que te guste? —preguntó su amigo Roger que llegaba a su lado; él negó con la cabeza.

—Nada en especial, simple curiosidad.

—¿Y puedo preguntar por qué tanto interés en cierta joven? —Él lo miró y sonrió.

—Simple curiosidad, cierta joven tiene características que llaman mi atención, pero nada en especial, solo la observo e intento entenderla. —Su amigo miró a la joven y sonrió.

—Es hermosa sin duda, pero si su padre nota tu interés en ella puede tomarte como su objetivo, y su hermano te odia, mucho más después de ese interesante baile, parecían un par de amantes confidentes con tan cercanía y palabras en susurros; tendrías muchos problemas. Aunque a tu madre le encantaría saber que estas interesado en una joven.

—No tengo interés en casarme, amigo mío, tengo pensado disfrutar un poco más antes de ponerme en la tarea de un heredero, mi madre ya empieza a entenderlo; solo la observo, no pasa nada si solo la observo, además solo hablamos, fue interesante, pero una simple conversación no puede despertar habladurías, mejor te invito a tomar algo lejos de aquí. —Ambos caballeros salieron del lugar, pero uno tenía un rostro y una mirada muy grabada en su mente.

CAPÍTULO 3

Los dos caballeros se dirigían a la salida cuando el conde se encontró con la hija de la marquesa, apoyada en una columna muy alejada del resto de los invitados, lo que llamó su atención.

—¿Qué hará tan alejada de todos? —susurró Roger, Frederick siguió su mirada y se encogió de hombros.

—No lo sé, debe estar descansando tal vez. —Roger negó con la cabeza.

—No, no puede ser posible, disfruté de su primer baile y me dio a entender que estaba muy emocionada. —En ese momento la joven elevó su mano hacia su rostro como para limpiar una lágrima, y el conde sintió una presión en el pecho.

—Iré con ella. ¿Podemos dejar el trago para otro momento? —Y sin esperar respuesta se acercó a ella. Frederick lo vio alejarse y decidió volver a su lugar, allí donde podía ver a su misteriosa dama.

Amberly se dejó caer en la silla mientras refunfuñaba en voz baja, aún no se creía todo lo que había pasado, pero claro, como se iba a imaginar que perdería un juego que ella misma había empezado; lo que más le dolía era que aquel caballero había llegado a herir su orgullo, en su compañía aprendió que con él tenía que andar pisando firme, un solo movimiento en falso y todo podría terminar muy mal, principalmente para ella. Igualmente tenía el firme propósito de evitarlo a toda costa en todo momento.

Estaba furiosa, confundida, dolida y para su mayor mortificación, gratamente sorprendida. Siempre pensó que aquel pomposo duque sería la personificación de lo indeseable, engreído y orgulloso, pero después de aquella interesante conversación empezaba a dudar de qué tan correctas eran sus primeras impresiones. Siempre, al conocer una nueva persona, hacía su propia idea basada en su primera impresión, y solo hasta ese momento se dio cuenta del error que cometía. Y aquel guapo duque resultó ser extrañamente agradable, cualquier otro hombre se habría escandalizado por su forma de hablar, pero él, en cambio, la animó a seguir.

Pero lo que aumentaba su rabia era que se suponía que ese día empezaría su plan de buscar al candidato perfecto, hoy mismo iniciaría un suave y sencillo coqueteo, empezando así a ubicar sus fichas en un juego del que tenía que salir vencedora. Sin embargo, después de lo sucedido ya no tenía ganas de nada, mucho menos de fingir lindas sonrisas a personas estúpidas que no le inspiraban más que aburrimiento y lástima.

Nunca se imaginó que el famoso y deseado duque de Marlborough terminaría invitándola a bailar, a ella, y mucho menos que compartirían semejante tipo de conversación tan fuera de lo común, pero era que le habían enseñado a mantener una conversación superficial, sobre cosas banales y aburridas, y ese no era su fuerte, odiaba esas aburridas conversaciones y precisamente fue él quien siguió incitándola a hablar, incluso no se vio nada sorprendido por su actuar lo que la había dejado aún más confundida.

—Vaya, al parecer no disfrutaste tanto ese baile como lo pensé. —Amberly levantó la mirada para encontrarse con su bella amiga y, sin poder evitarlo, sonrió; ella era tan hermosa y sincera, su compañía siempre le traía mucha alegría.

—Cassi, disculpa, no noté que te acercabas. —Cassandra se sentó a su lado girando un poco su cuerpo para quedar frente a frente, tomo una de las manos de Amberly entre las suyas y la miró con tanto cariño que Amberly se vio tentada a abrazarla y contarle todas sus tristezas. Sin embargo, no podía hacerlo, por una razón su padre no se lo había dicho a ella, menos podría saberlo alguien ajeno a la familia por más amiga que fuera.

—Bueno, estabas tan concentrada en refunfuñar que no estabas al pendiente de todo lo que te rodea; que no vieras que todo el mundo te observa es válido, nunca te han interesado las reglas de la sociedad y menos sus habladurías, pero para que no vieras a tu mejor amiga, eso es preocupante, más bien cuéntame. ¿Qué fue lo que paso? —Amber miró a su amiga y suspiro, sus ojos eran aún más azules que los de ella y siempre había sido tan cariñosa y perfecta que podría llegar a envidiarla si no fuera porque siempre había sido tan excelente persona con ella, era como la hermana que no tenía, haría lo que fuera por ella.

—¿Qué haría yo sin ti? —dijo Amber con una sonrisa; se acercó un poco más y le dio un pequeño abrazo.

—Lo mismo que yo haría sin ti: nada —Amber soltó una carcajada y Cassandra, alejándose, organizó un pequeño mechón de su rubio cabello detrás de su oreja—, pero no evites mi pregunta, sabes que no puedes distraerme, dime que te pasó. —Amber suspiró.

—Empecemos por algo sencillo. ¿Qué sabes del duque de Marlborough? —Cassandra frunció el ceño y guardó silencio mientras meditaba un poco su pregunta, no esperaba ese tipo de conversación en medio de un baile, pero no importaba, aprovecharía su charla para descansar un poco de sus adoloridos y cansados pies.

—He escuchado que es el caballero perfecto, el marido deseado; es terriblemente rico, según sé tiene un empresa de navíos junto con su amigo el conde, pero no tengo mucho conocimiento sobre cómo funciona, y creo haber escuchado que tiene un par de minas, no sé exactamente cuáles son o cuántos negocios tiene, lo que sí es que es asquerosamente rico; poseedor de uno de los títulos más importantes como bien lo sabes, tiene mucha cercanía con el rey; nunca se lo ha escuchado en un escándalo, si tiene sus amoríos debe tenerlos bien escondidos porque nunca se le ha conocido amante; hijo único, vive con su madre y es gran amigo del conde de Coventry, y no sé qué más decirte sobre él. —Amberly se quedó en silencio meditando su información, nunca pensó que fuera tan “perfecto”, sin embargo, lo único en lo que pensaba era en que algún defecto debía tener, un hombre no podía ser así de perfecto.

—¿De verdad nunca se le ha conocido amante? —preguntó curiosa, era normal que un hombre tan deseado y soltero tuviera amantes, y era misión imposible esconderlas en una sociedad como esa. ¿Cómo era posible que no se le conociera ninguna?

—Te lo aseguro, nunca —afirmó Cassandra—. ¿Por qué la curiosidad? Oh, no, más bien replantearé mi pregunta. ¿Qué paso mientras bailaban?

—¿Cómo sabes que pasó algo? —preguntó la joven intentando evitar su pregunta, porque la verdad era que no sabía que era lo que había pasado en realidad.

—A mí no me vengas con distracciones y respóndeme Amber, confía en mí, tal vez pueda ayudarte con otra opinión, dos cabezas piensan más que una ella asintió, Cassandra tenía razón.

—Perdí un juego que yo misma empecé —empezó a decir mientras que, poco a poco, empezó a contarle todo lo sucedido sin olvidar el más mínimo detalle; era curioso ver como el

hermoso rostro de su amiga cambiaba de expresión a medida que su relato avanzaba. Al terminar simplemente suspiró, dejándola muy nerviosa.

—¿Quién iba a decir que nuestro queridísimo duque iba a resultar tan interesante? —Soltó una carcajada ganándose la mirada de varias personas cercanas—. ¿Estas considerándolo como pretendiente, Amber? Dime la verdad —dijo al ver la seriedad en el rostro de su amiga.

—Jamás —respondió ella más fuerte de lo que realmente pretendía, aumentando la curiosidad de Cassandra—. Será mejor que me vaya, le diré a mi padre que tengo dolor de cabeza y que quiero irme a casa —dijo levantándose.

—Bien, yo prefiero quedarme un poco más, lo que sea por estar tan lejos de mi padre como sea posible, tanto tiempo como pueda. —Amber sonrió tristemente, se acercó y la abrazó; su amiga era hija del duque de Windsor, conocido por su mal carácter, del cual su hija había sido la receptora muchas veces.

—Todo mejorará, ya verás. —Dicho eso se alejó en busca de su padre o hermano.

Frederick no la había perdido de vista ni por un solo instante, aunque disimulaba tanto como le era posible, pero era que no podía dejar de verla, no solamente era terriblemente hermosa, inteligente e interesante, sino que avivaba su curiosidad hasta llevarla a ser incontrolable, porque quería descubrirla, entender su actuar, prepararse para su proceder, porque quería tenerla cerca, sin comprometerse claro, una simple y sencilla amistad, aunque entendía que era un juego peligroso, sin embargo, creía tener todo bajo control.

Al verla alejarse de la joven Lowell se decidió a caminar en su dirección, un baile más no haría daño; aunque llamaría la atención repetir pareja, se encargaría de mantenerse lejos de ella en el próximo encuentro, así acabaría con habladurías, solo podrían decir que su interés duró demasiado poco como para soñar con algo más.

Estando de espaldas a ella, mientras la joven intentaba ver un poco más allá como en busca de alguien, respiró profundo y percibió su aroma a rosas una vez más.

—Es un placer verla una vez más, Lady Dunne. —Escuchó el pequeño gruñido que había soltado la dama que logró sacarle una sonrisa.

—¿Algo en que pueda colaborarle, Lord Marlborough? —preguntó girándose, casi podía sentir su rabia y el golpe que no podía darle.

—Me preguntaba si compartiría un baile conmigo. —Sin poder evitarlo, ella puso los ojos en blanco, y el duque mordió su labio para contener su carcajada.

—Me disculparé, pero no puedo, me encuentro un poco indispuesta y quiero irme a casa. — Se giró de nuevo y volvió su mirada a la gran multitud.

—Entonces permítame acompañarla a buscar a su padre. —Amber tuvo que hacer su mayor esfuerzo para contenerse y no gritarle lo indeseable que era su compañía.

—No, gracias, posiblemente este con mi hermano y no quiero más altercados. —Amber sonrió al ver a su padre junto a varios hombres charlando, se acercó a paso lento con una indeseable compañía persiguiéndola. Frederick por un momento deseó tener una buena relación con el hermano de la joven, así sería más sencillo acercarse a ella, sin embargo, él lo odiaba y era un sentimiento mutuo.

—Lord Warrington, es un placer verlo —dijo el duque dejándola con la palabra en la boca, casi podía sentir como empezaba a echar humo por las orejas de la rabia.

—Excelencia, es un placer verlo nuevamente. —En ese momento el conde se dio cuenta de la presencia de su hija junto al duque y no pudo evitar sonreír complacido; era cierto que la dejaría elegir su esposo, pero sería terriblemente feliz si la elección fuera tan buena.

—Padre, la verdad es que tengo un poco de malestar y quiero volver a casa. ¿Hay algún problema? —El conde hizo una extraña mueca y miró a los hombres con los que hacía un instante hablaba, tal vez con ellos estaba la última oportunidad de mejorar su economía y no podía irse justo en ese momento.

—Puedes irte en el carruaje y luego decirle al chofer que vuelva por tu hermano y por mí, no puedo irme ahora, hija. —Ella hizo un puchero que le pareció lo más tierno del mundo al duque que miraba la escena; y ya fuera por disgustarla a ella o por placer propio, intervino.

—Si usted lo permite yo podría llevarla a casa, me queda de camino y la verdad es que ha sido una larga noche y quiero irme a descansar, puede tener la tranquilidad de que conmigo estará a salvo, hoy en día los caminos son muy peligrosos para una dama sola en un carruaje. — El conde sonrió ante sus palabras y casi podía ver a su hija entrando al altar, mientras que Amberly solo miraba a Frederick pensando e imaginándose mil formas de hacerlo desaparecer de su vida.

—Me encantaría aceptar su propuesta, excelencia, pero no sería bien visto que mi hija viaje en compañía de un caballero sin la adecuada protección que salvaguarde su reputación —dijo el conde intentando mantener la compostura como padre, evitando pensar en un enlace. Amberly sonrió al escuchar aquello, creyó haberse librado de un mal viaje, solo que había olvidado la terrible persistencia característica de Frederick.

—Por eso no debe preocuparse, iremos con mi madre que debe estar por algún lugar, hace un momento la vi y me dijo que quería irse a casa. —La sonrisa desapareció de los labios de Amberly que se sentía frustrada. ¡Claro, tenía la respuesta para todo! Pero tenía la firme intención de evitar tal acontecimiento.

—No quiero molestarlo, excelencia —dijo mirándolo, luego se giró hacia su padre—. Puedo irme con mi hermano en el carruaje y luego mandarlo de vuelta, no molestemos al duque y a su madre, seguro que ella quiere un viaje más cómodo y tranquilo.

—De hecho a mi madre le encanta la compañía, aun mas de las jóvenes, ya sabe, como no tuvo una hija le gusta compartir con otras jóvenes, ayudarlas, aconsejarlas, y claro, convencerme de casarme. —Dicho eso el conde y el duque soltaron una carcajada que dejó a Amberly medio loca, ya hacía un rato que no entendía la conversación, solo sabía que no había escapatoria, Frederick la llevaría a casa, podía ver esa mirada en los ojos de su padre, de decisión y alegría.

—Me gustaría conocer a su madre —Frederick asintió.

—¿Le parece si nos vemos en la mesa de comidas en un momento? Mientras iré a buscar a mi madre —el conde asintió y se acercó un momento a sus acompañantes, se disculpó y tomando a su hija de la mano la llevó a la mesa de comidas. Mientras esperaban, Amberly tomó un poco de ponche y su padre comió un pastelillo.

Pocos minutos después Frederick se acercó con una mujer del brazo; era muy hermosa, con su cabello negro y unos pocos mechones plateados, con unos brillantes ojos verdes y un hermoso y elegante vestido verde oscuro; era una mujer realmente hermosa, al parecer él se parecía más a

su madre que a su padre, aunque claro, Amber nunca conoció a su padre, sería difícil decir a cual se parecía más.

—Lord Warrington, mi madre, lady Anne Aldridge, duquesa de Marlborough. —El conde dio un pequeño beso en el dorso de la mano de la dama junto con una pequeña sonrisa, él siempre había sido muy caballeroso y delicado con las damas. Luego hizo un pequeño ademán hacia la joven— Y ella la hija del conde, Amberly Dunne.

—Es un placer conocerla, milady —dijo el conde.

—Igualmente, mi lord. —Miró a la joven y le dedicó una cariñosa y hermosa sonrisa—. Es un placer, lady Dunne. —La joven hizo una reverencia a la que la duquesa respondió con un pequeño movimiento de cabeza.

—El placer es mío, Lady... —La duquesa elevó su mano, deteniéndola.

—Dime Anne. ¿Puedo llamarte Amberly? —la joven asintió mientras el rubor cubría sus mejillas, era una mujer realmente adorable.

La duquesa estuvo a punto de ponerse saltar por todo el salón, había intentado tanto tiempo que su hijo se fijara en una dama; solo pudo tener un hijo y entonces añoraba nietos, sin embargo, él se negaba rotundamente a casarse, por eso se sorprendió cuando le pidió que le permitiera llevarla a casa y fingiera un malestar, ya que a la joven no se le permitía viajar a solas con él; él jamás haría tal cosa si no fuera una mujer importante, nunca se tomaría tantas molestias, así que encantada aceptó. Al ver a la joven no pudo estar más contenta, era reamente hermosa y parecía muy decente, de buena familia, parecía sencilla y encantadora.

—¿Es cierto que desea retirarse, Lady Anne? —preguntó el conde, y Amberly por un momento no supo que pensar, la duquesa le encantaba y se moría por conocerla, pero estar junto al duque era signo de peligro.

—Sí, es cierto, me siento muy cansada, ya sabe que una ya no tiene la energía como la de esta hermosa señorita —dijo mirando a Amberly— y pues ya que tendremos compañía rumbo a casa, muchísimo mejor. —El conde quedó satisfecho y dio su permiso para que llevaran a su hija.

Frederick las llevó hasta el carruaje, sentándose, casualmente, junto a Amber; su madre cerró sus ojos en cuanto se sentó y fingió dormir un poco, pero siempre al pendiente de las palabras de sus acompañantes.

—No quedó tranquilo hasta que cumplió su deseo, ¿no? —dijo Amber en cuanto el carruaje empezó a moverse; Frederick soltó una carcajada y su madre tuvo que morderse la lengua para no hacer lo mismo.

CAPÍTULO 4

—Si lo dice de esa forma me hace sentir mal, Lady Dunne —dijo Frederick defendiéndose, sin embargo, estaba encantado de tenerla al lado. ¿Por qué? No quería saberlo.

—Pues hace bien en sentirse mal, milord.

—Solo ayudaba un poco a su padre, él no quería irse, y bueno, así disfruto un poco más de su compañía ya que no me dedicó un baile más. —Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Sabe lo que significaría compartir dos bailes, milord, dígame. ¿Acaso tiene usted algún interés en mí? —Él se quedó en completo silencio, no sabía cómo responder a eso, se suponía que no, pero por alguna razón no pudo decirlo. La duquesa casi saltó en medio del carruaje, le encantaba esa joven, era directa, no temía decir lo que quería decir, sin duda eso era lo que necesitaba su hijo y ella se encargaría de darles un empujoncito, solo uno, pequeño, pero con la suficiente fuerza como para asegurarse nietos.

Estuvieron un par de minutos más en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que la fija mirada de Frederick empezó a poner nerviosa a Amberly haciendo que sus manos se movieran inquietas sobre su regazo.

—¡Ya basta! ¿Podría dejar de mirarme así? —dijo ella ya incapaz de soportarlo, siempre había odiado esas miradas con las que parecían poder ver hasta sus más oscuros secretos.

—Yo solo disfruto de la vista, milady —respondió él con un tono seductor; la verdad era que empezaba a encontrarle el gusto a verla exasperada. Las mejillas de la joven se pusieron rosadas, sus ojos se agrandaron y permitieron una mejor visión del oscuro azul de sus ojos y sus labios hacían un extraño puchero que la hacían ver terriblemente tierna.

—Pero resulta que no me gusta, así que si es tan amable, mire hacia otro lugar. —Soltó un suave bufido y se giró para ver por la pequeña ventana.

—Siento saber eso, pero prefiero seguir disfrutando de la vista mientras pueda. —Ella estuvo tentada a girarse y decirle todo lo que pasaba por su cabeza en ese momento, pero se contuvo, la duquesa podía despertarse o escuchar algo y no quería dar una mala impresión; en cambio, se giró y puso su mejor sonrisa, que contrastaba a la perfección con esa mirada de odio y rabia en sus ojos.

—Ya sabía yo que algún defecto debía tener usted, ningún caballero es así de perfecto. —Su sonrisa se amplió al ver la seriedad en el rostro de Frederick.

—Nadie es perfecto, Lady Dunne.

—Exacto, así como usted no es el perfecto caballero del que todos hablan —dijo ella furiosa.

Sus palabras lo dejaron completamente estupefacto, nunca se lo había esperado, siempre intento ser muy correcto en su actuar, todo un caballero como su padre le había enseñado, lo único que le enseñó, por eso mantenía bien escondidas a sus compañeras para sus noches de placer, pero sí, claro que las tenía, era un hombre, solo que estaban suficientemente lejos de esa sociedad; intentaba siempre ser tan elegante como le era posible, pero al escucharla sintió que fracasó. ¿Hasta qué punto había llegado para que no lo considerara un caballero?

—¿Tanto la he importunado? —preguntó en un susurro, sus palabras crearon cierto vacío en

su pecho, y cierta rabia en la duquesa que estuvo a punto de intervenir; aunque las palabras de la joven fueron algo groseras, su hijo tampoco se estaba comportando como debía hacerlo un caballero.

La joven respiró profundo y poco a poco soltó el aire intentando calmarse tanto como fuera posible.

—Disculpe mi lord, no fue correcto decir eso, mis palabras fueron muy groseras, no era mi intención importunarle, ese no es el debido comportamiento de una dama, supongo; y en cuanto a su pregunta, digamos que los momentos que hemos compartido no han resultado completamente placenteros, más bien un poco problemáticos, sin embargo, no tengo quejas de su educación.

—Lo sé, lo entiendo y le pido disculpas por esos momentos, eso sí, desearía tener otra oportunidad para demostrarle que sí puedo ser un perfecto caballero. —Ella soltó una carcajada.

—Preferiblemente no.

—Vamos, Lady Dunne, puedo sorprenderla, será solo una sencilla amistad. —Amberly puso los ojos en blanco, pero no dijo nada, por fin tenían al menos dos minutos en una conversación como dos personas civilizadas y no quería arruinarlo, simplemente lo evitaría tanto como fuera posible y problema resuelto.

Frederick sonrió satisfecho a su silencio, para él fue como un silencioso permiso a acercarse, y aun si se negara a ello, quería hacerlo, una simple e inocente cercanía.

El resto del camino pasó entre miradas y accidentales toques entre ellos, retándose el uno al otro, esperando la siguiente palabra, a ver quién se ponía en evidencia primero, pero Amberly no veía la hora de llegar a casa, los suaves rozos de sus manos empezaban a hacerla temblar, su piel ardía y cada vez le era más difícil mantener su tranquilidad. Mientras que Frederick intentaba repetir esos accidentales toques tan seguido como fuera posible, casi podía sentir el temblor en el cuerpo de ella, lo que llamaba su atención.

Al llegar a Dunham Massey Hall, Amberly intentó bajar en cuando la puerta del carruaje fue abierta, pero Frederick se adelantó y bajó primero que ella, tendió su mano para ayudarla y tomándola suavemente la llevó hasta la entrada, dejó un beso en el dorso de esta y guiñándole un ojo dio media vuelta.

La duquesa, que vio todo desde el carruaje, quedó encantada, más que decidida a darles una ayudadita, no tenía duda alguna de que ellos dos serían felices.

Amberly sintió un extraño cosquilleo en su mano, pero en cuanto él se giró ella hizo lo mismo, entrando a la casa tan rápido que el mayordomo la miró extrañado.

—Buenas noches, Lady Amberly —dijo este haciendo una pequeña reverencia.

—Buenas noches, Jonathan. Mi padre y mi hermano llegaron un poco más tarde, yo me iré a la cama de inmediato —el mayordomo asintió y ella subió las escaleras corriendo, su doncella la esperaba en su habitación así que no tuvo que esperar mucho para quitarse el vestido y ponerse el camisón, le dio pocos detalles del baile a Briana, enviándola rápidamente a descansar, excusándose en su propio cansancio y deseos de dormir, pero en cuanto la doncella salió, se dejó caer en la cama y cubrió su rostro con su brazo derecho cerrando sus ojos, recordando cada detalle, cada mirada, hasta que empezó a quedarse sin aire.

Soltó un gruñido y se levantó, se sentó en su tocador y poco a poco empezó a peinarse su cabello, tenía que dejar de pensar en él, tenía que pensar en un candidato para esposo y muy rápido, su padre se veía cada vez más preocupado y ella quería aliviar su carga. Estaba decidida a dejar de pensar o hablar con Frederick Aldridge, duque de Marlborough.

Frederick subió al carruaje con una sonrisa en sus labios, pero se quedó de piedra al ver una sonrisa aún más grande en los labios de su madre.

—Anda, hijo, sube que quiero ir a casa. —En medio de su trance, subió al carruaje sentándose frente a su madre, pensaba en mil cosas que decirle para que no se ilusione.

—No digas nada, pero tampoco te crees novelas románticas, solo la acompañé como el caballero que soy, no puede andar sola en un carruaje, es peligroso, y no, no la quiero para casarme, aún tengo tiempo para engendrar un heredero. —Su madre no respondió, simplemente siguió sonriendo e ideando todo un plan en su mente.

Al llegar a Blenheim Hall, Frederick entró directamente a su despacho, se sirvió una gran copa de whiskey, se sentó frente a la chimenea y se la tomó de un solo sorbo, nunca se había acercado tanto a una debutante, siempre intentaba evitarlas, difícilmente compartía un baile con alguna de ellas, pero con Amberly todo cambió, tenerla entre sus brazos compartiendo una cercanía que solo podría ser posible en un baile fue exaltante, y aunque lo más inteligente sería alejarse, algo le decía que no podría, quería conocerla, solo un poco más.

Al siguiente día, la duquesa envió una invitación a Amberly a la casa del conde invitándola a tomar el té con ella al día siguiente; su hijo solía estar siempre en casa, y se las ingeniaría para que ellos tengan al menos un encuentro.

Al recibir la invitación, Amberly no dudó en responder aceptándola, la duquesa era una mujer muy respetable, nadie en sus cinco sentidos rechazaría una de sus invitaciones y Amberly no podía estar más contenta de recibir la suya.

Con la invitación en mano y una sonrisa en sus labios, se dirigió al despacho de su padre, pero al entrar se detuvo de golpe; su padre estaba pálido, su rostro consumido en la preocupación, con unas enormes ojeras bajo sus ojos, se veía muy cansado lo que la preocupó aún más, si seguía así terminaría enfermando.

—Padre, será mejor que vayas a la cama y descanses un poco, parece que no dormiste muy bien. —Se acercó y tomó una de sus manos entre las suyas, acariciándola cariñosamente. El conde miró a su hija y sintió que el aire empezaba a faltarle. ¿Cómo le iba a decir de sus deudas? No podía esconderlo por más tiempo, no duraría mucho antes de que salgan a la luz, lo único que les quedaba era su dote y se negaba a usarlo.

—No te preocupes, hija, estaré bien. ¿Ya tienes el vestido para el baile de los condes de Devon? —Amberly tuvo que respirar profundo para detener sus lágrimas, sentía que su padre estaba traicionando su confianza, otra vez.

—Sí, usaré el de color lila con dorado, el de las pequeñas flores en el escote —dijo con tristeza, dejó un beso en su frente y se encaminó a la salida—. Y en el día de mañana iré a tomar el té con la duquesa de Marlborough. —No se detuvo a esperar respuesta u opinión, simplemente se fue, le dolía ver a su padre así y aún más que no confiara en ella, pero nada la detendría, lo ayudaría, a él y a su hermano, así tuviera que sacrificarse ella.

Al siguiente día, se puso un sencillo vestido verde claro para ir a casa de la duquesa, tal vez

fuera demasiado sencillo, pero estaba muy cómoda, no ajustaba tanto así que su corsé tampoco se ajustó exageradamente y era lo único que quería, no se sentía de ánimos para otro ajustado vestido. Briana, su doncella, le hizo un lindo pero sencillo peinado, que dejaba parte de su cabello caer libremente sobre su hombro en suaves bucles, y una delicada y delgada cadenita en plata junto con los aretes a juego, sencilla, pero elegante, dijo Briana.

Se subió a su carruaje junto con Briana y en menos de veinte minutos estuvieron en Blenheim Hall, realmente vivían cerca.

El mayordomo las hizo pasar a una linda sala completamente blanca que tenía unos enormes ventanales que permitían que la luz natural fuera la que alumbrara el lugar; había una pequeña biblioteca junto a un escritorio en madera oscura y en el centro cuatro sillones blancos.

—Amberly, un placer tenerte en mi casa, me alegra mucho que aceptaras mi invitación —dijo la duquesa entrando al lugar; la joven hizo una pequeña reverencia y señaló uno de los sillones—. Sentémonos, el té no debe tardar.

—Muchas gracias por la invitación, Anne. —Se sentó a su lado y a los pocos minutos llegó el té.

—Cuéntame, jovencita. ¿Qué tal va tu segunda temporada?

—Muy bien —respondió simplemente, pero no le dio la respuesta que esperaba la duquesa, ella quería saber si había alguna amenaza de algún pretendiente que pudiera dañar su plan. Pero al ver que obtener respuesta a esto no sería tan sencillo, decidió preguntar directamente intentando ser sutil.

—Entonces, ¿tienes algún pretendiente? Yo podría darte mi opinión sobre los caballeros en cuestión; eres una mujer grandiosa y mereces un hombre igual de maravilloso —como mi hijo, se abstuvo de decir.

—Pues no, ningún pretendiente aún, pero apenas empieza la temporada.

—Estoy completamente de acuerdo, eres la mujer deseada por cualquiera, no tardarás en tener mil pretendiente locos por tu mano —dijo la duquesa con una amplia sonrisa en sus labios que llamó la atención de Amberly, sin embargo, lo olvidó rápidamente a medida que avanzaba la conversación.

A la hora de irse, Amberly agradeció no haberse encontrado con Frederick, sin embargo, la duquesa estaba furiosa por ello, se suponía que su hijo llegaría temprano, pero por alguna razón no lo hizo; igualmente, en cuanto la joven se fue, empezó a pensar en cómo poner en práctica su plan en ese mismo momento, se hacía vieja y quería conocer a sus nietos.

En cuanto llegó a casa, Amberly subió directamente a su habitación e incluso cenó allí sola, no estaba de ánimos para ver a su padre o a su hermano, esperaba que ellos se acercaran y le dijeran todo, sin embargo, eso parecía imposible.

Cuando llegó el momento se puso su vestido lila, le encantaba como las delicadas flores esparcidas en lugares estratégicos realzaban sus curvas; Briana le hizo todo un perfecto recogido y finalizó con unas perlas pequeñas en su cuello. Bajó y tras un leve saludo a su padre y hermano entró directamente en el carruaje; durante el camino no les dirigió la palabra, solo asintió o negó con la cabeza a todo lo que le decían, aunque su padre le preguntó una y otra vez que le pasaba, nunca dijo más.

Los condes de Devon solían realizar grandes fiestas, pero esta era especial porque era la presentación en sociedad de la primera de sus tres hijas, por lo que era aún más elegante y distinguida; pero para suerte de Amberly, en cuanto llegó, dos caballeros reservaron sus dos primeros bailes, uno de ellos el duque de Kent, un hombre con dinero sin duda alguna, pero ya tenía treinta y seis años, aunque eso podía beneficiarla porque parecía buscar alguien joven, lo preferiría un poco menor, pero lo que más llamaba la atención era la enorme panza que lo hacía ver aún mayor. “Todo por la familia”, se repetía una y otra vez Amberly mientras compartía con él su primer baile, él sería una de sus opciones.

La conversación que mantuvieron fue tal cual se lo habían enseñado, su coqueteo fue simple, disimulado pero efectivo, porque el duque había reservado un baile más al terminar.

Amberly se sentía tranquila, no estaba el duque quien era el único que lograba hacerle perder la compostura, o eso pensó mientras bailaba su segundo baile con Albert Rawson, duque de Kent, que la invitaba a tomar un paseo a caballo al día siguiente, pero al dar un pequeño giro lo vio entrando al salón llevando a su madre del brazo, tan elegante y guapo como lo recordaba con su traje negro y camisa blanca; lo miró fijamente por un buen tiempo, tan concentrada estaba que estuvo a punto de tropezar justo cuando Frederick la vio, así que esquivó su mirada y le dedicó su mejor sonrisa al duque de Kent aceptando su invitación.

En cuanto Frederick entró al salón empezó a buscarla, aunque a su madre le dijo que buscaba a su amigo Roger, el conde; pero en cuanto la vio deseó no haberlo hecho, estaba en brazos del indeseable de Kent, sin embargo, respiró profundo controlando sus ganas de matarlo y continuó caminando como si no hubiera visto nada, pero en cuanto ella le sonrió de la misma forma en que lo hizo con él el día anterior sintió su sangre hervir, eso fue demasiado.

Por suerte el baile terminó pronto, Frederick dejó a su madre con sus amigas y se fue detrás de la joven que parecía ir a sentarse, sin embargo, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca, no fue capaz de decir nada o hacer algo, no hasta que ella se giró sorprendida.

—Lord Marlborough —dijo ella; él tomo su mano y depositó un beso en el dorso de esta, demorándose más de lo debido y terminando con una sonrisa coqueta.

—Lady Dunne, cada vez más hermosa. —Se puso derecho como todo un caballero y no pudo evitar sonreír al ver el rosa en las mejillas de la dama—. ¿Me permitiría el siguiente baile?

—Lo lamento, milord, pero no será posible, quiero descansar un poco y el duque de Kent me ha invitado a tomar un poco de aire —dijo Amberly con una sonrisa, era increíble lo bien que le salía mentir, pero era lo que necesitaba, Dios la perdonaría. Solo necesitaba pensar en cómo esquivarlo e irse.

Frederick empezó a perder la calma una vez más, y antes de ser consciente de sus actos, la tomó de la mano, asegurándose antes de que nadie los viera, y la llevó tras la primera puerta que encontró, que pareció ser una sala de descanso. En cuanto cerró la puerta, la apoyó contra la pared y puso un dedo sobre sus labios para silenciar sus palabras, acercó su cuerpo al de ella más de lo necesario y lo permitido y sintió la suavidad de sus labios rozar sus dedos, que aumentaba la tentación.

CAPÍTULO 5

Amberly sentía que su corazón iba tan rápido que podría llegar a salirse del pecho; en cuanto vio esa chispa de rabia en sus ojos ya había empezado a idear un plan para escapar, tan metida en sus pensamientos estaba que solo fue consciente de lo que pasaba cuando sintió un pequeño jalón en su mano obligándola a caminar para no caer, fue arrastrada hasta algún lugar que no pudo ver bien, sintió la puerta cerrada a sus espaldas, el cuerpo de Frederick peligrosamente cerca y su dedo sobre sus labios haciéndola temblar.

—¡Esta usted loco! —susurró para no ser descubiertos en cuanto logró alejarse unos pocos milímetros de su dedo—. ¡Si nos llegan a encontrar mi reputación quedará arruinada, estamos solos, encerrados. ¿No se da cuenta de lo que hizo?! —Él negó con la cabeza incapaz de responder, solo podía pensar en el delgado y curvilíneo cuerpo frente a él y en suaves, gruesos y tentadores labios tan cerca de los suyos—. Debemos salir de aquí, ¡ya!

—No podemos —respondió de inmediato, aún no quería dejarla ir; sin embargo, ella levantó sus manos y las puso sobre su pecho intentando alejarlo en un intento fallido.

—¡Aléjese al menos! Tenerlo tan cerca no me ayuda a pensar y tengo que salir de aquí ya, antes de que sea demasiado tarde —él iba a hablar, pero las palabras no salieron de sus labios, se quedó sin aire cuando ella en un intento de apartarlo, y él a no dejarse, se acercó tanto que sentía sus senos contra su pecho y su alocado corazón latiendo tan fuerte como el propio.

Amberly se quedó de piedra al sentirlo tan terriblemente cercano a su cuerpo, podría ser uno solo incluso de lo cerca que estaban, pero no era esa su intención, ella quería alejarlo no acercarlo; empezó a sentir que su cuerpo temblaba, eso era demasiado y su cuerpo empezaba a acostumbrarse a la compañía, y claro, era difícil saber si su corazón pensaba igual, latía tan fuerte que le era difícil concentrarse en otra cosa que no fueran ese par de ojos verdes que la miraban como si fuera una diosa a la que querrías solo para ti, en sus ojos había una pasión y una fuerza que la dejaban sin aire.

—Sera mejor que se aleje —susurró ella; no sabía qué hacer con sus manos o donde ponerlas, las tenía aprisionadas entre su abdomen y el de él, pero al menos ya no estaban en su pecho, eso había sido aún más incómodo.

Frederick sintió su aliento sobre sus labios y tuvo que contar hasta diez para calmarse; sí, tenía que alejarse, pero no quería.

—Lo sé, pero no puedo, tu cuerpo, tu belleza me tiene pegado a ti. —En ese momento ella se quedó sin palabras, sin aire, no sabía cómo responder a eso, se suponía que esas cosas no debían pasar, así que no sabía cómo reaccionar.

Frederick intentaba no moverse, hacía su mayor esfuerzo para alejarse, incluso su cabeza gritaba: “¡Tú no eres así, esa no es la actitud de un caballero, aléjate, puedes caer en un escándalo que inevitablemente te lleve al altar, aléjate!”. Sin embargo, no podía.

Antes de ser consiente, puso su mano delicadamente en su pequeña cintura, sintiendo como su cuerpo se estremecía y empezaba a temblar, era que ella era tan hermosa, tan única; no podía creerse que estuviera haciendo eso, pero si ella no quisiera, se alejaría, ¿no?

Amberly al sentir tan íntima caricia se estremeció, pero no se atrevió a moverse, la verdad era

que no quería alejarse, le gustaba aquel cosquilleo y aquel calor que atravesaba su cuerpo en ese momento, además quería descubrir como lograba hacerla sentir así; su enorme mano se acomodó en su espalda y su brazo rodeaba su cintura, con un leve movimiento, su cuerpo quedó completamente pegado al de Frederick, en ese momento dejó de respirar; con su mano libre, Frederick tomó su mentón y lo acarició con la yema de sus dedos, luego subió a su mejilla suavemente y volvió a bajar esta vez sin detenerse, simplemente llegó a su cuello, haciendo toda una expedición en él, conociéndolo, acariciándolo, sintiendo su fuerte pulso bajo sus dedos; pero cuando bajó sus dedos hacia su pecho ella sintió desmayarse, sus piernas empezaron a temblar y la mano de Frederick asentó su agarre dándole una extraña estabilidad, tal vez porque en ese momento, sentía que su cuerpo le obedecía más a él que a ella; durante algún movimiento, del que ella no fue totalmente consiente, consiguió que su cuerpo se arqueara deseando algo, pero no sabía qué era.

—Dime que me detenga, Amberly, ahora —susurró Frederick; su voz estaba ronca y agitada, sin embargo, ella no se movió, no quería, pero tampoco habló, las palabras no salían de su boca, parecía que su cerebro se había desconectado en ese momento, negándose a aceptar que debía alejarlo.

Los dedos de Frederick se detuvieron justo sobre su escote, mientras su pecho subía y bajaba con violencia intentando respirar, justo donde empezaban las flores de su vestido.

—Quiero hacer algo —susurró antes de subir su mano para tomar su mentón y acercar su rostro al suyo hasta que sus labios llegaron a rosarse; ella contuvo el aire esperando su beso, un solo movimiento, uno muy pequeño lograría terminar de juntar sus labios, pero no sería ella quien diera un paso tan grande, igual no tuvo que hacerlo, porque él sonrió, como dándole a conocer que sí lo haría. —Empiezas a volverme loco.

Frederick estaba decidido, iba a besarla, no importaba que no fuera el momento o el lugar o que cualquiera pudiera encontrarlos en un salón completamente solos y tendrían que casarse, no le importaba nada, ella también lo quería, podía verlo en sus ojos, en esa mirada llena de pasión y locura; sus caricias habían llegado lejos, eso no cabía duda, podía sentir su cuerpo temblar, posiblemente ningún hombre la había tocado así; sentir que su cuerpo cedía a sus caricias era maravilloso, con ella sentía una atracción que nunca antes había vivido, debía parar, pero no quería hacerlo, tenerla así, entre sus brazos, era maravilloso; entonces, ¿cómo sería tenerla desnuda en su cama? Solo para él, llevándola al paraíso con sus caricias.

Sus labios estaban a un suspiro, pero un ruido al otro lado de la puerta los devolvió a la realidad, ella intentó alejarse de golpe, pero la puerta se lo impedía.

Frederick puso un dedo sobre sus labios para silenciar su posible petición de alejarse.

—¿Por qué estará cerrada esta puerta? —preguntó alguien al otro lado de la puerta mientras intentaba abrirla.

Amberly abrió sus ojos asustada, los iban a descubrir y ese sería su fin, ese hombre la odiaba tanto como ella a él, su vida no podría llegar a ser peor en ese momento. Si los descubrían solos en un lugar así, su reputación quedaría completamente arruinada, no podría salvar a su familia, no creía que el duque los ayudara, estaba arruinada.

Frederick esperaba a que la persona que estuviera al otro lado de la puerta, quien sea que fuera, se iría un momento a buscar las llaves de la puerta a alguien que la abriera, en ese momento tenían que salir, no podía permitir que los descubrieran y se armara un escándalo, eso

pasaba por no prestar atención a las mil advertencias que le decía su cabeza.

El ruido se detuvo y Frederick miró a Amberly, pensaban lo mismo, tenían que salir ya.

Él puso su dedo sobre sus labios para señalarle que hiciera silencio y ella asintió; el duque dio un paso atrás y tomándola de la cintura la movió hacia su izquierda, abrió sigilosamente la puerta y asomó su cabeza, miró a lado y lado varias veces asegurándose de que no hubiera nadie cerca. Al no haber ningún peligro, entró rápidamente y miró a Amberly; ella sentía que estaba a punto de sufrir un colapso, su corazón latía con fuerza, estaba nerviosa, esa interrupción había matado toda posible pasión que llegó a sentir un momento atrás, no podía agregar otra preocupación a su padre, con la deuda era más que suficiente, preocuparse por su amada y desafortunada hija casada por un escándalo y no por amor como siempre quiso sería demasiado para él incluso podría llegar a sufrir un ataque al corazón, ella no quería eso.

—Vas a salir y a volver directamente al otro lado del salón, yo saldré detrás de ti asegurándome de que nadie nos vea, es ahora o nunca —ella asintió rápidamente y caminó hacia la puerta, dio un paso hacia afuera, se detuvo, giró y lo miró por un momento.

—Espero que no vuelva a acercarse a mí, milord, ya tuve suficiente de usted. —Se giró de nuevo dispuesta a alejarse tanto como fuera posible, pero él la tomó del brazo impidiéndoselo, sintió su duro pecho contra su espalda y su aliento golpeando su oído.

—No parecías quejarte hace tan solo unos instantes, dime, ¿qué habría pasado si no nos hubieran interrumpido? Porque a mí se me ocurren un par de ideas. —Amberly sintió sus mejillas arder al recordar todas sus caricias, sintió que el aire le faltaba, jamás volvería a acercarse a ese hombre.

Frederick sabía que estaba pisando territorio peligroso, pero era que no pudo evitar decirlo, la rabia que lo invadió al escucharla fue incontrolable. ¿Cómo le decía que no lo quería volver a tener cerca luego de compartir algo tan íntimo? Oh, no, no la dejaría, ya luego se preocuparía de cómo mantener su soltería, solo quería conocerla un poco más.

Ella se soltó de su agarre con un fuerte tirón y lo miró de nuevo con la rabia chispeante en sus ojos.

—Es usted despreciable. —Dio media vuelta y se fue de allí prácticamente corriendo, pero a pesar de las miradas curiosas de los demás, no se detuvo, fue al otro extremo del salón hacia un pequeño balcón en el que había unas pocas jóvenes tomando aire y una que otra pareja ya casada charlando tranquilamente. Se apoyó en el barandal y tomó una profunda respiración; se acabó, huiría de él como a la peste, después de lo que pasó ese día tuvo demasiado de su compañía.

Entonces pudo agradecer a quien fuera que había intentado entrar, pudieron haber pasado mil cosas entre ellos dos en ese lugar si no los hubieran interrumpido, no quería ni imaginárselo.

—Lady Dunne, casualmente estaba buscándola. —Una voz a su espala la sobresaltó haciéndole dar un pequeño grito, se giró y se encontró a Lord Kent con una sonrisa en sus labios —. Oh, disculpe, no pretendía asustarla.

—Tranquilo, solo estaba un poco distraída —respondió ella tan tranquilamente como pudo, le dedicó una linda sonrisa y corrigió su postura colocando su espalda recta y sus manos juntas apoyadas en su cuerpo para volver a ser una perfecta señorita.

—Estaba buscándola desde hace un rato. ¿Dónde estaba? —Amberly sonrió tímidamente

disimulando el sonrojo en sus mejillas.

—Tomando un poco de aire como bien puede verlo, empezaba a sofocarme la temperatura del salón —él asintió y puso sus manos a su espalda.

—Claro, la entiendo; bueno, yo quería saber si puedo pasar a recogerla mañana a las dos, disfrutaremos de un paseo a caballo o en la calesa en Hyde Park, como este usted más cómoda. —Ella se quedó en silencio unos minutos pensando en su propuesta, mientras Albert sonreía para sus adentros, casándose con esa mujer no solo molestaría mucho a Frederick, sino que también disfrutaría de su matrimonio; era una mujer hermosa, entendía el interés que vio Frederick en ella, tenía que casarse con ella tan rápido como pudiera, no podía dejar que Frederick se la ganara, ya le había ganado aquellos negocios, le había hecho perder mucho dinero y su hermana estuvo a punto de perderlo todo por su culpa, esa sería su pequeña venganza.

—Por mi está bien, milord, pero prefiero ir a caballo, mi yegua debe extrañar nuestros paseos, hace mucho que no la saco —él asintió, tomó su mano y dejó un beso en el dorso de esta, sonrió, dio media vuelta y se fue; Amberly no podía creer que teniendo la posibilidad de elegir a su esposo, tuviera que considerar a semejante hombre, porque aunque era poco lo que sabía de la relación de un hombre y una mujer en el lecho, tenía más que claro que sería difícil compartirlo con él, no tenía ningún atractivo, nada que lo hiciera un poco agradable, incluso parecía un poco grosero y presuntuoso, si fuera como Frederick... sería diferente, ella sacudió su cabeza dejando a un lado ese tipo de pensamientos.

Al poco tiempo decidió buscar a su padre para volver a casa, quien aceptó encantado, estaba cansado y quería dormir, tantas noches sin poder hacerlo empezaban a cortar su energía; normalmente se pasaba las noches en su habitación o en su despacho revisando una y otra vez la contabilidad, intentando encontrar un error que le diera esperanzas.

Por suerte para Amberly, durante el resto de la velada no volvió a encontrarse con Frederick, lo que agradeció al cielo, pero estaba nerviosa, sentía algo extraño desde que habló con el duque de Kent, lo que empeoró luego de contarle a su padre del paseo del día siguiente. En la expresión de su rostro mostró claramente su disgusto; sin embargo, Amberly solo dijo que tendría lista a su doncella para que la acompañara y pediría que prepararan a su yegua; su padre respetaba su decisión, pero no la compartía. ¿Cómo se sentiría si llegara a casarse con él? Posiblemente no le gustaría.

Al siguiente día, luego de la comida se puso su vestido verde para montar, visitó a Clara, su yegua, y a las dos en punto llegó Albert montando un enorme caballo color café, con un ramo de flores lilas. Amberly ordenó ponerlas en agua, montó a su caballo y salió a su lado con su doncella siguiéndolos de cerca, ya había hablado con ella y le dejó claro que en ningún momento la dejara a solas con él, y Briana muy obedientemente accedió dispuesta a cuidar a su amiga.

Frederick decidió quedarse ese día en casa para revisar un par de negocios, pero su madre decidió salir a pasear a Hyde Park, encontrándose con la horrible sorpresa de Amberly y Albert paseando juntos, se suponía que eso no podía pasar, no pensó que su hijo fuera tan idiota como para no darse cuenta de que Amberly era la mujer de su vida y entonces cabía el riesgo de perderla: el día anterior, en el baile, su plan no había funcionado, no pensó que demorarían tan poco encerrados en el salón, sin embargo, ese era el mismo plan, solo que actuaría rápido, no podía perder ni un solo minuto más, debía averiguar cuál sería el siguiente baile de Amberly y encargarse de que su hijo fuera, luego de eso, era el mismo plan, pero esta vez actuaría rápido y

se aseguraría de no fallar. Además Albert era un asno, no merecía una mujer como esa, no estaba a su altura.

Amberly estaba que moría del aburrimiento, Albert solo hablaba de sus negocios, su enorme fortuna y casa, de lo importante que era su título y las mil y un cosas en las que se suponía que era bueno, como cabalgar y su excelente puntería; en ningún momento la había dejado hablar, varias veces estuvo tentada a bostezar, pero por educación, simplemente aguantó.

Al llegar al lago ambos bajaron de sus caballos y Amberly se sentó cerca del agua para disfrutar del paisaje, podía ver a su doncella si giraba solo un poco; el duque caminaba de un lado a otro mientras seguía hablando.

—¿Qué piensa usted, Lady Dunne? —preguntó devolviéndola a la realidad, no había escuchado sus últimas palabras, no sabía qué responder, así que puso en práctica sus mejores tácticas de distracción.

—Es muy interesante, lord Kent, pero cuénteme un poco más de su familia, me ha dicho muy poco de ellos —el duque sonrió y empezó a hablar de nuevo; él vivía con su hermana y sus dos padres; su padre hacía poco había decidido darle el título y él se había dedicado a descansar, y su hermana había sido presentada en sociedad hacía cuatro temporadas, pero parecía ser que no había encontrado a alguien a su altura, o eso dijo Albert, y así paso toda la tarde hasta que Amberly vio a la madre de Frederick acercándose a ella con una sonrisa en sus labios.

—¡Amberly! Qué alegría verte. —Llegó a su lado y le dio un pequeño abrazo.

—El placer es mío, Anne. —La duquesa se alejó y miró al duque.

—Lord Kent. —Hizo una reverencia a la que él respondió, pero no permitió que tomara su mano para darle un beso, pareció grosero, pero era una mujer tan importante que pocos se atrevían a cuestionarla.

—Lady Marlborough, está usted muy hermosa. —La duquesa sonrió, pero no le dijo nada, simplemente le dio la espalda y se dirigió a Amberly.

—Amberly, quisiera invitarte a tomar onces el día de mañana, te iba a enviar una invitación, pero ya que te vi quise decírtelo personalmente. ¿Qué dices? —Amberly sonrió y asintió.

—Me encantaría, Anne.

—¿Y cuándo es tu próximo baile? —preguntó la duquesa con una sonrisa.

—Pasado mañana, en el baile de los marqueses de Normanby. —La duquesa sonrió satisfecha, creyó ver la invitación a ese baile en alguna parte, tendría que buscarla y asegurarse de aceptar en nombre de su hijo y en el suyo propio.

—Perfecto entonces, nos veremos mañana, Amberly. —Se acercó un poco más a ella para evitar que el duque pudiera escuchar sus siguientes palabras—. Espero que puedas disfrutar un poco del paseo, porque la compañía no me parece tan agradable. —Dicho eso dio media vuelta y se fue, no se molestó en despedirse del duque, era más que claro que el caballero no era de su agrado.

El duque prefirió no hablar más, simplemente fueron hacia sus caballos, montaron y se dirigieron a casa en completo silencio. Albert sentía que su sangre hervía, odiaba a esa mujer tanto como a su hijo, había arruinado su paseo, pero se aseguraría de tener a Amberly para él, así

podría disfrutar de la sorpresa en la duquesa y en su hijo, al parecer ella también tenía cierto aprecio hacia Amberly, tenía que apurar sus pasos e ir por ella antes de que fuera demasiado tarde, hablaría con su padre luego del baile de los marqueses de Normanby.

CAPÍTULO 6

Amberly se puso un lindo vestido rosa claro con delicados estampados lila, era delicado pero elegante, aunque el tono no le favorecía mucho porque la hacía ver un poco pálida, igualmente el diseño le fascinaba, el corte era un poco más abajo de su cintura así que ayudaba a resaltar su figura; posiblemente luego de casarse empezaría a usar colores más fuertes, no tan claros, que ayudarían a resaltarla.

Briana le hizo un lindo peinado hacia un lado, con un extraño pero hermoso recogido y un poco de cabello que caía por su hombro, perfecta.

Le dio unos últimos toques a su atuendo, se despidió de su padre y su hermano y tomando el carruaje salió rumbo a Blenheim Hall; no tardó más de treinta minutos en llegar y le indicaron que las onces serían servidas en el jardín de atrás, así que una de las doncellas de la duquesa le prestó una sombrilla para que el sol no la molestara, igual no pensaba usarla, pero la recibió por educación, le gustaba sentir el calor del sol calentando su piel, era refrescante.

La llevaron al jardín y pudo deleitarse viendo las hermosas flores que había sembradas, había rosas, tulipanes, orquídeas, sus favoritas, jazmines; en fin, era maravilloso, además tenía una linda fuente en el centro y varias mesas y bancas repartidas en lugares estratégicos; era un lugar para admirar y Amberly no pudo evitar imaginarse leyendo un buen libro bajo el sol sentada en una de las bancas, o tomando el té, o simplemente recostada en el césped disfrutando de la tranquilidad del lugar, del olor y del color de las flores y claro, del sol.

Una de las mesas estaba arreglada para tomar las onces, había galletas, tazas para el té, panecillos y un par de dulces, todo se veía delicioso, pero era grosero sentarse o comer algo antes de que la anfitriona llegara; con la duquesa ponía en práctica todo lo que difícilmente había aprendido en la escuela, no era su lugar favorito, pero lo soportaba tanto como podía y lo hacía tan bien como le era posible, igual el tiempo se le hacía eterno para volver a casa, y por fin, no volvería a ese lugar; si algún día tenía un hijo, se aseguraría de que todas las vacaciones y el mayor tiempo posible estuviera en casa con su familia.

—Amberly, esta hermosa. —Se giró y sonrió a la duquesa que se acercaba seguida de dos mujeres.

—Anne, gracias por la invitación, tiene un jardín muy hermoso. —La duquesa miró a su alrededor y sonrió satisfecha, sin duda alguna estaba muy orgullosa de lo que había logrado allí, y no era para menos, a ella le gustaría tener un lugar así en casa, pero a su padre no le gustaban mucho las flores así que sería imposible tenerlas.

—Es uno de mis lugares favoritos de la casa, solo espero que la siguiente duquesa de Marlborough lo cuide tanto como yo. —Suspiró y volvió a mirarla a ella—. ¿Te gusta la jardinería, Amberly? —A ella le sorprendió esa pregunta, pero igualmente respondió.

—Mucho, me encantan, pero no puedo tenerlas en casa porque a mi padre no le gustan. —La duquesa sonrió tristemente para Amberly, pero por dentro estaba bailando, una razón más para asegurar que ella sería la mujer perfecta para su hijo, podría llevar la casa sin ningún problema, era elegante y cuidaría su amado jardín, tenían que casarse tan pronto como era posible.

—Me alegra escuchar eso; ven, sentémonos a disfrutar de esta deliciosa comida. —La llevó hasta la mesa y se sentaron, sirvieron el té y Amberly tomó una de las galletas que hacía mucho

tenía ganas de comer—. Y dime, Amberly. ¿Puedo preguntarte algo privado? Disculparas mi imprudencia, pero es que no tengo hijas y la verdad me encantaría hablar con una joven de todas esas cosas de mujeres, no puedo hacer eso con mi hijo.

—Oh, tranquila, me encantaría hablar con usted de eso, como bien sabe mi madre murió cuando yo era muy pequeña y con mi padre no es precisamente cómodo hablar de eso —la duquesa asintió dándole la razón, cada vez se encariñaba más y más con ella, no veía la hora de tenerla en casa y compartir tantas cosas, como ir juntas a la modista, tomar el té o las onces juntas, tener una persona más que la acompañase en ese enorme comedor que se veía tan solitario con su hijo y ella, o aún mejor, ver su vientre crecer mientras su nieto creciera, ver a su hijo feliz, completamente feliz.

—¿Estas muy interesada en el duque de Kent? —preguntó directamente dejando todos esos pensamientos a un lado, no quería ponerse sensible en ese momento; Amberly se quedó de piedra por un momento, no tenía ni idea de cómo responder a eso, si decía la verdad pondría en evidencia los problemas económicos de su familia si la boda se llevara a cabo, pero si decía mentiras estaría engañando a la duquesa y no quería, se estaba comportando como una madre con ella, no se merecía eso.

—Bueno, aún no lo sé, apenas nos estamos conociendo así que es difícil saber qué es lo que siento, supongo que tendré que esperar para ver si hay alguna conexión o cariño entre nosotros —respondió, era buena respuesta o eso creía Amberly, porque no dijo que sí, pero tampoco que no; la duquesa no quedó tan complacida con esa respuesta, no le daba muchas pistas, pero igualmente no creía que pudiera amarlo, nadie en sus cinco sentidos lo haría, era una persona despreciable, no solo físicamente con su horrible y enorme panza, sino también en su forma de ser, era egoísta, interesado, grosero, tal vez no sería un problema.

—Bueno, pues en cuanto lo sepas puedes contármelo, sabes que cuentas conmigo. —Se acercó y tomó su mano, le dio un cariñoso apretón, le guiñó un ojo y continuó disfrutando de su comida; Amberly no usó su sombrilla en todo el momento, lo que llamó la atención de Anne, todas las jóvenes cuidaban mucho su piel, pero en cambio ella disfrutaba del sol, del aire y del lugar. Dios, cada vez le gustaba más esa joven.

Continuaron hablando de varias cosas durante el resto de la tarde hasta que unas fuertes pisadas se hicieron oír en la casa; la duquesa se levantó con una sonrisa en sus labios y Amberly podía imaginarse quien era, no pudo evitar sentirse nerviosa y un poco preocupada la verdad. Frederick apareció unos instantes después por la puerta, con un saco azul oscuro, su pantalón beige y su camisa blanca, elegante e imponente como siempre; el cuerpo de Amberly tembló nada más verlo, tenía que salir de allí, pronto.

—Madre, no sabía que tenías compañía —dijo Frederick mirando a Amberly con una enorme sonrisa; no imaginó verla en su casa, era una hermosa sorpresa que no se había esperado, su rostro era una extraña combinación entre asustada y nerviosa, era divertido verla así la verdad, le entraban ganas de acercarse y robarle ese beso que hacía tanto tiempo deseaba, su cercanía estaba a punto de enloquecerlo, pero valdría la pena, por una mujer así valía la pena volverse loco.

—Así es, invité a Lady Amberly a tomar las onces, disfruto mucho de su compañía, es una gran mujer —Frederick asintió, se acercó a la joven y ella por impulso se levantó de golpe haciendo que la duquesa riera; él tomó su mano acercándose a ella.

—Lady Dunne, es un verdadero placer verla, está usted más hermosa de lo que la recordaba. —Dejó un beso en el dorso de su mano y ella dejó salir una tímida sonrisa.

—Yo iré por un poco más de té, cuida de nuestra invitada mientras vuelvo Frederick, no dejes que se aburra. —Dicho eso se fue, Frederick la ayudó a sentarse de nuevo y él se sentó a su lado tan cerca cómo pudo.

—¿Disfruta de la comida, Lady Dunne, es de su agrado? —Ella puso sus manos sobre su regazo y cruzó sus dedos con fuerza para controlar sus nervios.

—Así es, milord, todo ha estado delicioso. —Amberly bajó su mirada hacia su regazo para evitar verlo a él y Frederick no supo que más decir, no quería ponerla más nerviosa, quería que disfrutara del momento no que se sintiera incómoda.

—Milady, sé que mi comportamiento no ha sido el adecuado, pero con mi presencia no quiero incomodarla, si quiere puedo irme. —Ella negó con la cabeza rápidamente y volvió su mirada hacia la de él, a pesar de todo no podía pedirle que se fuera, era su casa, no sería correcto hacerlo.

—No, milord, no tiene por qué irse, pero es un poco tarde y yo sí tengo que volver a mi casa, mi padre debe estar preocupado. —Se levantó tan rápido que sin darse cuenta le dio un pequeño golpe a la mesa haciendo que una de las tazas en las que aún había té se volteara y mojara el corsé de su vestido. Frederick se acercó rápidamente, sacó su pañuelo y empezó a limpiarla antes de darse cuenta.

Amberly miró alrededor asustada, afortunadamente no había nadie cerca, hubiera sido un escándalo; ella tomó su mano y la alejó de su pecho.

—Creo que puedo limpiarme sola —dijo incómoda quitando el pañuelo de sus manos; él se dio cuenta de sus actos y sonrió avergonzado.

—Disculpe, no debí. —Ella negó con la cabeza restándole importancia, limpió un poco más el gran desastre y suspiró.

—Será mejor que me vaya a casa, tengo que cambiarme. —Apenas había dado dos pasos hacia la salida cuando el duque la tomó delicadamente de la mano y se acercó a ella dando un paso al frente.

—Sé que no ha olvidado lo sucedido en el pasado baile, y aunque sé que ese no es el comportamiento de un caballero ni lo que diré a continuación es correcto: la verdad es que no puedo estar lejos de usted, desde que la conocí he querido besarla, sus labios son toda una tentación para mí, y algo me dice que yo no le soy totalmente indiferente; hay algo que me atrae a usted y me tiene medio loco, no pienso parar hasta descubrir qué es. —Frederick dejó un beso en el dorso de su mano y llamó a uno de los sirvientes para pedirle que trajera el carruaje de la señorita; Amberly se quedó sin palabras, su cuerpo aun no reaccionada y solo podía ver a Frederick frente a ella, sonriente y peligrosamente cerca, dedicándole una que otra mirada a sus labios. Él se sentía tranquilo, se lo había dicho así que no tendría que sorprenderse cuando lo lograra, digamos que era una advertencia a su cercanía y un aviso de que no se alejaría.

—Por favor, dele a la duquesa mis disculpas, debo irme. —Dicho eso dio media vuelta y salió tan rápido como pudo. ¿Cómo se atrevía a decirle que solo quería besarla? Fue grosero e incorrecto, un completo idiota, un asno que parecía divertirse con sus actos sin tener en cuenta el daño que podía hacerle a ella; Amberly había escuchado a un par de jóvenes decir que ciertos

caballeros las habían besado, aunque se suponía que eso no era correcto, tenía entendido que mientras fueran besos inocentes y nadie los descubriera todo estaría bien. A ella nunca la habían besado, tenía la duda de cómo sería, pero no quería arriesgarse tanto, prefería esperar al que fuera su esposo; cuidaría su buena reputación, se mantendría alejada de Frederick, se dijo una vez más, pero esta vez sí lo cumpliría, incluso si tenía que alejarse también de su madre; no iba a permitir que ese asno con cara de caballero la llevara a la locura.

Amberly estaba entre furiosa y sorprendida, de caballero no tenía nada, no entendía como podían pensar que era la perfección en persona, para ella solo resultó ser un dolor de cabeza, un montón de problemas; tenía mejor comportamiento su yegua, ella sí era educada.

Subió a su carruaje y al fin pudo respirar tranquila, durante el camino pensó una y otra vez en las palabras del duque. ¿Era posible que todas las mujeres hubieran pasado o pasaban por algo así durante sus temporadas? No lo creía, eso sería imposible, escandaloso, entonces no entendía por qué tenía que pasarle precisamente a ella. ¿Por qué el duque no se buscaba otra mujer, una más experimentada o que tal vez estuviera más dispuesta a sus juegos? Ella jamás podría llevarse medianamente bien con él al parecer, no hasta que se comportara, tal vez así podrían ser amigos; sería desafortunada la mujer que compartiera su vida con él, aunque también podría ser algo divertida y entretenida.

Soltó un gruñido, ya estaba pensando estupideces.

Volvió a la realidad al llegar a casa, llegó directamente a su habitación, ya que ni su padre ni su hermano estaban en casa según el mayordomo, así que no tuvo que detenerse a saludar. Al entrar se quitó rápidamente su vestido sin esperar la ayuda de su doncella, se puso su camisón y se recostó en su cama, se sentía emocionalmente cansada, fue una tarde bastante larga para ella, no tenía ánimos ni ganas de cenar.

Frederick la vio salir de su casa y se dejó caer en una de las sillas, sería muy interesante convivir con ella, le encantaría disfrutar de su compañía mientras descubriría su atractivo, en ningún momento se detuvo a pensar en las consecuencias de sus actos, solo se dijo a sí mismo que sería cuidadoso tanto para no ser descubierto como para ser capaz de detenerse cuando debía hacerlo, sería sencillo, disfrutaría del momento, de su belleza, de la extraña tranquilidad que sentía a su lado, de su sonrisa, de su mirada, y una vez logrado su objetivo se alejaría como tenía planeado en un principio y se olvidaría de ella, problema resuelto.

Anne había visto todo desde una ventana cercana. ¿Quién iba a decir que su hijo serían tan indiscreto con ella cuando apenas si ella misma le conocía una amante? Al parecer Amberly lograba hacerle olvidar toda su supuesta perfección, siempre pensó que el día que su hijo se casara sería con una mujer que lo llevara a la locura, que lo sacara de esa vida monótona y aburrida que llevaba; él se merecía vivir, merecía emoción, aventuras, cosa que no iba a lograr si seguía así, incluso ella misma había intentado persuadirlo miles de veces para que hiciera algo diferente, para que saliera de la rutina, pero había sido imposible, y al parecer solo una joven en específico podía lograr algo así.

Frederick fue a su despacho y empezó a revisar todos los pendientes, pero no lograba concentrarse, había cierta sonrisa, cierta mirada, cierta señorita que no podía sacarse de la cabeza. ¿Cuál sería el siguiente baile al que asistiría? Sería tentador tener un encuentro como en el pasado baile, quería tenerla cerca, extrañaba sentir su suave piel si era sincero consigo mismo, su olor a flores, y aunque le doliera admitirlo, también extrañaba esa sonrisa coqueta que solo le

dedicaba a él, esa que hacía que su corazón se acelerara, pero últimamente lo único que recibía de ella era rabia, incluso fastidio, el único momento en que vio algo diferente en ella fue cuando estuvo a punto de besarla.

Sin poder concentrarse, se levantó de su escritorio y salió de su despacho.

—Madre, ¡madre! —gritó mientras caminaba por la planta baja de la casa, al acercarse a las escaleras la vio bajando.

—¿Me necesitabas? —Ahora que la veía no sabía cómo preguntar; suspiró.

—¿Sabes a qué baile ira Lady Dunne próximamente? Debo decirle algo importante y no puedo presentarme en su casa, su hermano me odia. —Su madre sonrió, su hijo empezaba a mostrar interés en ella, su plan iba cada vez mejor, esta vez sí funcionaría.

—Oh, puedes enviarle una nota, o si quieres lo hago yo. —Frederick suspiró exasperado y frotó su frente con su mano; su madre era demasiado curiosa para su gusto.

—No se lo puedo decir en una nota, es importante. ¿Lo sabes o no? —preguntó cansado, siempre podía darle un par de monedas a alguna persona del servicio y ellos le darían la información que necesitaba.

La duquesa sonrió con suficiencia, claro que lo sabía, solo que le encantaba ver a su hijo interesado en ella. ¿Para qué querría saberlo?

—Sí, tengo la información que necesitas, pero ¿por qué quieres saberlo? —Frederick se encogió de hombros.

—Simple curiosidad, solo dímelo.

—Pero nunca habías mostrado un interés así por ninguna joven, jamás me habías hecho una pregunta así, acaso ¿estás pensando la posibilidad de cumplir mi deseo y darme nietos? Porque debo decir que esta chica me encanta, es elegante, educada, hermosa, perfecta. —Frederick bufó.

—Pero contigo será perfecta, porque cuando está conmigo no es precisamente educada o elegante, incluso llega a ser grosera. —La duquesa soltó una carcajada.

—Eso puede ser porque tú tampoco eres precisamente un caballero con ella. —Frederick sonrió al recordar el pasado baile, pero sacudió la cabeza para volver a la realidad, a lo que era realmente importante, para lo que había buscado a su madre.

—Madre, ¿me dirás a qué baile ira o tengo que buscar respuestas en otro lugar?

—Ira al baile de los marqueses de Normanby.

—¿Tenemos invitación? ¿La aceptaste ya? —La duquesa amplió su sonrisa.

—Por supuesto que acepté la invitación, en nombre de los dos. —Frederick le sonrió, dio media vuelta y volvió a su despacho; por suerte conocía al marqués de Normanby, eran grandes amigos y conocía esa casa tan bien como a la suya propia, ya tenía una idea de donde se perdería con cierta señorita.

CAPÍTULO 7

Amberly estaba sentada en el comedor disfrutando de su almuerzo mientras su padre y hermano se miraban mutuamente y empezaba a sentirse incomoda, odiaba eso, la hacían sentir como una extraña, una invitada con la que había que tener mucho cuidado con las palabras a pronunciar porque podría ser peligroso delatarse.

Dejó su tenedor a un lado y suspiró furiosa.

—Bueno ya, dejen de mirarse así. ¿Podrían decirme que les pasa? O al menos podrían pedirme que me retirara, así pueden hablar tranquilamente de sus cosas sin oídos curiosos que puedan ponerlos en evidencia —dijo furiosa, estaba harta de la actitud de su padre y hermano.

—Deliras, Amber, no pasa nada, mejor terminemos de disfrutar esta deliciosa comida en calma, estas creando problemas donde no los hay —dijo su hermano tranquilamente para luego meterse otro trozo de papa en su boca. Ella soltó un gruñido.

—No estoy creando problemas, es simplemente que es exasperantes verlos mirarse y hacer extrañas señas, me siento incómoda, como si fuera una invitada y no como parte de la familia. — Su hermano se encogió de hombros.

—Hay temas que no soy para señoritas, Amber, tú mejor encárgate de tu vestido y de todas esas cosas para el baile de esta, no te metas donde no te interesa. —Ella se levantó furiosa de su silla y miró a su padre.

—¿Compartes esa opinan, padre? —Su padre suspiró y cansado pasó su mano por su frente, no estaba de ánimos para soportar sus peleas de niños.

—Basta, Andrew, no molestes a tu hermana y deja de decir estupideces, sabes que Amber es capaz de opinar sobre cualquier asunto, es una mujer muy inteligente, y tú Amberly, por favor deja de decir estupideces, no pasa absolutamente nada, simplemente que con tu hermano estamos arreglando un par de cosas de la contabilidad. ¿Cómo puedes sentirte como una extraña? Esta es tu casa. —Se levantó dejando los cubiertos a un lado—. Y ahora si me disculpas tengo un par de cosas que hacer, no quiero escuchar peleas, por favor. —Dio media vuelta y se fue; Amberly bufó y se sentó de nuevo dejando caer su espalda en el espaldar de la silla, ya no tenía hambre así que dejó el plato a un lado.

—Las señoritas no hacen ese tipo de sonidos y mucho menos se sientan como si fueran a desbaratarse. ¿Es que acaso no puedes comportarte como debe ser? ¿De qué te sirvieron tantos años en la escuela? —Amberly lo miró con odio y se puso de pie de nuevo, tomó su vaso con agua y se lo tiró encima mojándolo por completo.

—Eres un idiota y un grosero. —Dio media vuelta y salió furiosa del comedor; Andrew se dejó caer en el espaldar de la silla y suspiró, no le gustaba ver a su hermana así de furiosa; la verdad era que le tenía mucho cariño y que solo intentaba protegerla, quería alejarla de todos los problemas por la falta de dinero, si la enfurecía lograría mantenerla lejos, no quería preocuparla, su padre y él estaban haciendo hasta lo imposible por sobrevivir y mejorar, aunque fuera lo suficiente para darles un respiro; en ese momento empezaba a considerar casarse con una mujer que le pueda proporcionar una buena dote, pero eso llevaría tiempo buscarlo y precisamente tiempo era lo que tenía. Andrew se levantó del comedor y fue al despacho de su padre.

—En algún momento tendremos que decirle y lo sabes, padre, necesitamos su dote —dijo en cuanto entró; se sentó frente a él y tomando una copa con whiskey empezó a revisar los documentos sobre la mesa.

—Tal vez sí, pero no ahora, aún podemos soportar un poco más de tiempo, si nos vemos perdidos le diremos y será decisión de ella si usamos o no su dote. —Dicho eso dio el tema por zanjado; había intentado persuadir a un par de conocidos para dejarlo participar en un par de negocios posiblemente fructíferos, pero no tenía el dinero suficiente para dar la primer cuota de inversión y tampoco habían prorrogas para este, así que fue imposible; por el momento intentaba mantenerse con los pocos ingresos que tenían, pero no alcanzaban para mucho; su hijo tenía razón, tenía que decirle a Amberly todo lo que estaba sucediendo.

Andrew miraba una y otra vez las cifras sobre el papel, pero poco podía concentrarse en ellas, tenía demasiadas cosas en su cabeza; sabía que su papa deseaba que ambos fueran felices, tanto Amberly como él, por eso les había dado la plena libertad para elegir pareja, pero igualmente no podía dejar de pensar en el bienestar de su hermana y su padre. ¿Qué pasaría con Amber si se quedaran en la ruina? Posiblemente terminaría como una solterona y sin un solo penique para mantenerse; y su padre ya estaba en edad de trabajar y no para estar en la cárcel de deudores, tenía que tomar medidas, y rápido, para él como hombre era mucho más sencillo, tenía más posibilidades, así que las pondría en práctica; por más que lo odiara, buscaría hacer negocios con Marlborough, era su única opción medianamente segura, aunque tendría que contarle de su situación económica, y si no funcionaba, buscaría esposa, estaba decidido, entonces solo le quedaba buscar la forma de acercarse al duque, dejaría de lado su orgullo y esperaba que él hiciera lo mismo, terminar con las diferencias y buscar su ayuda.

Amberly miraba los vestidos sobre su cama mientras decidía cuál usaría ese día, quería uno que la resaltara, que la hiciera ver hermosa, así que optó por el azul; era de un tono un poco más oscuro de lo usado por las jóvenes debutantes, pero le encantaba, tenía algunos detalles en un encaje azul un poco más claro en su escote, mangas y falda, además, venía con unos guantes hermosos que tenían unos pequeños bordados en azul claro y blanco, era de sus favoritos.

Briana peinó su cabello tan hermoso como siempre y por primera vez en mucho tiempo usó una de las joyas de su madre, usarlas la ayudaba a sentirla más cerca, la extrañaba demasiado; como este baile no sería otra presentación en sociedad podía destacar tanto como quisiera, se puso el hermoso collar adornado con un zafiro en el centro y pequeños diamantes alrededor, sus respectivos aretes y un poco de su aroma a flores, ese que tanto le gustaba; así que a la hora de partir, estaba completamente lista y a su parecer, muy hermosa.

Al bajar se encontró con su padre y hermano como siempre, quienes elogiaron su vestimenta.

—Estas hermosa, Amber, sin duda serás el centro de atención esta noche —dijo su hermano con una sonrisa, ver a su hermana le recordaba a su madre, se parecían mucho, sobre todo en el oscuro azul de sus ojos, además estaba usando una de sus joyas, la del zafiro que tanto le gustaba, en ese momento le agradeció a su padre que le permitiera usarlas, no creía encontrar a otra mujer que las luciera tanto como ella, aún no se creía que su pequeña hermanita hubiera crecido tanto y que fuera una hermosa jovencita en busca de esposo.

—Es cierto, hija, estas hermosa —dijo su padre, dejando un pequeño beso en su frente; su hija era hermosa, la más hermosa de todas, y haría hasta lo imposible por verla feliz.

Subieron al carruaje que los llevó a casa de los condes de Normanby rápidamente, y por

alguna razón Amberly estaba ansiosa, sentía como si algo fuera a pasar esa noche, pero solo esperaba que no fuera nada malo, no lo soportaría, a pesar de todo ese día tenía un estado de ánimo bastante bueno; quería disfrutar del baile como cualquier otra joven, sin pensar en tener que casarse o en buscar el candidato perfecto, por esa noche dejaría todo eso de lado y disfrutaría.

Al llegar a casa de los condes, su hermano la ayudó a bajar del carruaje y de su brazo, mientras entraba, pudo disfrutar de la belleza del lugar adornado con flores y telas doradas, sin duda sería un baile para recordar.

Al entrar vio a su amiga Cassandra sentada en una esquina y rápidamente se acercó a ella.

—Hola, Cassi, estas hermosa. —En cuanto ella la escuchó reaccionó, poniendo su mejor cara, lo que hizo que Amberly frunciera el ceño—. ¿Te pasa algo?

—Nada, solo tengo un par de problemas con mi padre, ya sabes cómo es. —Se levantó y abrazó a Amberly, necesitaba su cariño y su fuerza, luego se alejó y puso su mejor sonrisa—. Estas hermosa, Amber, me encanta tu collar. —Amberly instintivamente lanzó una mano a su cuello y sonrió.

—Era de mi madre, pero tú también estas muy hermosa —dijo viendo su lindo vestido verde claro, aunque jamás había visto que su amiga usara algo que la desfavoreciera, era tan hermosa. Se sentó a su lado y empezaron a hablar de trivialidades mientras el salón continuaba llenándose, admirando la decoración del lugar, el vestido de alguna mujer.

—Podríamos tomar el té mañana y conversar un poco, supe que el duque de Kent está interesado en ti —en cuanto dijo eso Amberly se sintió incomoda.

—¿Por qué dices eso?

—Anda el rumor de que se les vio paseando juntos y que en el último baile compartió contigo dos piezas, muchos ya ven la boda venir. —Amber suspiró.

—Sí, todo eso es cierto, pero ni siquiera sé si quiero casarme con él, son solo rumores, pidió permiso a mi padre para poder cotejarme y él lo aceptó dejando claro que la única que decidiría si me casaba o no sería yo, pero para ser sincera, no es precisamente el hombre con el que quisiera compartir mi vida, durante nuestro paseo solo habló de él, fue exasperante. —Soltó aire lentamente sintiendo que por fin liberaba un poco de su carga, en Cassandra podía confiar sin duda alguna, era la persona más leal que había conocido en toda su vida.

—Pero si tienes a libertas de elegir y te parece tan desagradable, ¿por qué sigues accediendo? Podrías decir que no estas interesada y ya, ya quisiera yo tener esa opción. —Amberly miró a su amiga con tristeza, tomó su mano y le dio cariñoso apretón.

—Ya verás que un día te llegará tu príncipe azul y ni tu padre podrá impedirlo. —Cassandra sonrió feliz, intentando encontrar las mismas esperanzas que tenía su amiga. —Y en cuanto a lo otro, es que hay muchas cosas que no sabes, no quería contártelo antes porque tenía miedo de que lo comentaras con alguien más, pero eres mi mejor amiga y sé que en ti puedo confiar, sin embargo, este no es el lugar correcto para eso. ¿Te parece si te invito a tomar el té mañana? Así podremos hablar tranquilamente en mi casa —Cassandra asintió.

—Me parece perfecto.

Frederick bajó del carruaje, ayudó a su madre a bajar y al cercarse a la entrada le dio un

fuerte abrazo a su amigo el marqués de Normanby mientras que las mujeres se saludaban; se conocían desde la universidad, habían estudiado juntos, y hace poco se había casado, pero por un viaje no había podido estar en su boda, era grandioso volver a verlo.

—Frederick, amigo, es un placer volver a verte.

—Lo mismo digo amigo mío. —El conde saludó a la duquesa y Frederick a la joven esposa de su amigo; entraron al salón saludando a un par de conocidos y antes de que Frederick pudiera buscar a cierta dama, la duquesa soltó un gruñido que llamó su atención.

—¿Pasa algo madre? —preguntó girando a verla.

—Que la velada estará llena de personajes desagradables. —Frederick siguió su mirada y vio a Albert, duque de Kent, entrando al salón.

—No le prestes atención, madre, solo mantente alejada de él y listo, asunto arreglado. —Ella suspiró e hizo una mueca.

—No puedo —dijo con un extraño puchero; era una mujer mayor, ese tipo de cosas no se veían tan seguido—. Ese hombre está interesado en Amberly y no es bueno para ella, solo hay que verlo, es despreciable, no me gusta que se acerque a ella, merece una mejor opción que esa. ¿Y que si se llegan a casar? Sería la mujer más desafortunada, yo no quiero eso para Amberly. —Frederick sintió algo extraño al imaginar a Amberly casada con Albert.

—Pero no podemos intervenir, madre, no es tu hija, es solo una amiga, una conocida; su padre decidirá qué hombre es bueno para ella, lo único que tú puedes hacer es darle a conocer tu opinión.

—Pero debe haber algo que podamos hacer, como encontrar algún otro pretendiente o qué sé yo, tú podrías hacer algo, eres un duque importante, tienes dinero. —Frederick tuvo miedo de preguntar, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué podría hacer yo, madre? —preguntó en un susurro rogando que no lo hubiera escuchado, tal vez así podría huir de esa incómoda conversación. Sin embargo, la duquesa se sintió complacida con la pregunta, mostraba algo de interés en la joven, pero para que su hijo entendiera tenía que ser dura con él, de lo contrario nunca atendería, así que soltó un fuerte gruñido, exasperada y lo miró con rabia.

—Después no te vayas a arrepentir de no haber hecho nada cuando la veas desgraciadamente casada con el asno ese, porque ya será tarde y la habrás perdido. —Dicho eso dio media vuelta y se fue. Dejó a su hijo entre confundido y loco con sus palabras.

Frederick suspiró y empezó a caminar por el salón buscando a Amberly, tenía algo pendiente con ella, pero las palabras de su madre no dejaban de dar vueltas en su cabeza, “ya será tarde y la habrás perdido”. ¿Perder a Amberly? ¿Cómo se podía perder algo que no fue suyo, algo que no le interesaba? Además, si se casaba con Kent era problema de ella, a él no tenía por qué importarle, no la quería para casarse, solo quería un beso, matar el deseo de probar sus labios, problema resuelto; ella podía casarse con quien quiera; Amberly Dunne no era la mujer para él y jamás lo sería, no era la mujer que quería para él, cuando llegara el momento de casarse, quería que fuera con una mujer más tranquila, no tan activa ni expresiva.

De repente la vio sentada junto a su amiga Cassandra, y su corazón se aceleró solo de verla y eso que fue solo de espaldas; estaba tan hermosa, ese vestido dejaba resaltar su pequeña cintura,

su escultural figura, dejaba a la vista su hermoso y delicado cuello, se moría por tenerla enfrente y admirarla por completo, era una mujer tan hermosa como pocas; sacudió su cabeza para calmar esos pensamientos que estaban teniendo reacción en cierta parte de su anatomía, tenía que evitar irse por ese camino o podría tener varios problemas. Poco a poco empezó a acercarse a las jóvenes, tenía un plan que cumplir.

Cassandra sonrió a las palabras de su amiga y levantó la mirada para ver quién más había llegado, sonrió sorprendida al ver que el duque de Marlborough se acercaba con la mirada fija en Amberly, algo le decía que ese caballero tenía cierto interés en su amiga, y a ella no le era totalmente indiferente, y como le había dicho lo poco que le gustaba el duque de Kent estaba dispuesta a ayudarlo a conquistar a su amiga, parecía un buen hombre, decían que sería el esposo perfecto, y ella deseaba la felicidad de su amiga.

—Perdón, Amber, debo irme, creo que mi padre me está llamando y ya sabes cómo se pone si demoro en acercarme. —Se levantó, le dio un pequeño abrazo a su amiga y empezó a alejarse dándole un guiño al duque; Frederick estuvo a punto de soltar una carcajada cuando Cassandra le guiñó un ojo, al parecer era del agrado de la joven.

Al llegar hasta Amberly inspiró profundo como siempre hacía; el olor a flores lo invadió, no sabía a cuál exactamente, pero sabía que eran flores por el jardín de su madre.

Amberly sintió su presencia incluso mucho antes de que hablara, era como si su cuerpo le avisara cuando se acercaba el peligro porque sentía un corrientazo atravesar su espalda y todo su cuerpo empezaba a temblar como loco; pero tenía miedo a girar, no se atrevía a hacerlo, no sabía cómo actuar frente a él, siempre decía o hacía cosas que la dejaban sin palabras, además no le gustaba la reacción que tenía su cuerpo a sus manos, a sus caricias, era como si lo deseara, lo esperara y actuara para conseguirlo, pero ella no quería eso, solo quería tenerlo lejos.

—Amberly —susurró el duque muy bajo; apenas ella había logrado escucharlo, pero logró acelerar tanto su corazón que temió que se le saliera en ese momento—. Lady Dunne, es un placer verla —dijo esta vez más alto.

Amberly se levantó tan despacio como pudo y se tomó su tiempo para girarse, y era que estaba tan guapo, tenía que alejarse, ya.

—Lord Marlborough, el placer es mío. —En cuanto Frederick pudo verla quedó medio hechizado; estaba tan hermosa, sus ojos brillaban, el vestido resaltaba sus senos, aún más en ese momento que su respiración era rápida y estos subían y bajaban a gran velocidad; su pequeña cintura dejaba a la imaginación en qué punto su curva se ensanchaba resaltando su cadera, era una mujer tentadora.

—Se ve realmente hermosa. ¿Cómo está usted el día de hoy? —Amberly se sonrojó, pero mordió su labio ligeramente intentando controlar su cuerpo.

—Muy bien, gracias, pero debo retirarme, si me disculpa. —Dio una pequeña reverencia y empezó a caminar, pero apenas había logrado moverse cuando él la detuvo tomando su mano y acercándola a él, cubriendo el acto con su cuerpo a miradas curiosas.

—¿Podría dedicarme el siguiente baile? —Ella iba a hablar, pero posiblemente Frederick vio en sus ojos su negativa, así que la interrumpió—. Por favor, no te niegues Amberly, solo uno —susurró muy bajito, empezando una conversación íntima en la que solo eran ellos dos los protagonistas.

CAPÍTULO 8

Amberly sintió que su cuerpo temblaba, la había llamado por su nombre de pila en un susurro tan bajo que sonó tan íntimo, tan privado que por un instante se olvidó de donde estaba y de cómo debía comportarse.

—Por favor, milord, le ruego que guarde su compostura y evitemos acercarnos el uno al otro, será lo mejor —dijo Amberly; su voz era temblorosa, no sabía qué hacer, su cuerpo empezaba a fallarle.

—No quiero, no me pidas eso, sé que sientes algo por mí. ¿No tienes la duda de qué es? —Frederick la tomó de la mano y poco a poco empezó a llevarla a la pista de baile antes de que Amberly lo notara, así cuando se diera cuenta ya sería demasiado tarde para negarse.

—No cuando no es lo correcto, o ¿qué es lo que quiere? ¿Algo como lo que pasó en el pasado baile acaso? Es ridículamente peligroso y usted lo sabe. ¿Qué habría pasado si nos hubieran descubierto o si nos descubren? O no, más bien respóndame algo: ¿qué es lo que quiere de mí? —Frederick se quedó sin palabras, no sabía cómo responder a su pregunta, pero estaba seguro de no querer dejarlo, si tan solo le diera unos pocos momentos solo para él, sin pensar en reglas, en el peligro o en cualquiera de esas estupideces. Necesitaba descubrir qué era eso que lo hacía temblar cada vez que la veía, o por qué esos deseos de estar siempre cerca de ella, de tocar su piel, de oler su aroma, jamás haría algo que la perjudicara, así que no se iba a detener.

—Entiendo todo eso, pero te juro que no haré nada que pueda dañar tu futuro o tu reputación, solo te pido unos pocos minutos. —Los músicos empezaron a tocar; Frederick tomó a Amberly de la cintura y la acercó a su cuerpo; ella se sobresaltó, miró a todos lados entendiendo lo que sucedía, tenían varias miradas curiosas sobre ellos, no podía alejarse, quisiera o no tendría que bailar con él, así que dejó que el duque tomara su mano y ella acomodó la otra sobre su hombro; Frederick empezó a moverse tan elegante y perfecto como solo él podía hacerlo y poco a poco ella empezó a seguir sus movimientos a un ritmo lento.

—¿Por qué no me deja en paz? —preguntó cansada, la verdad era que tenía miedo de lo que pudiera pasar entre ellos, incluso le tenía miedo a la razón de sus muchos sentimientos y acciones, no quería más problemas, no lo soportaría, solo quería una vida tranquila con su casi arreglado matrimonio, y Frederick solo estaba acabando con la poca tranquilidad que tenía, le estaba haciendo la vida más complicada; se suponía que debía estar buscando un esposo con dinero que ayudaría a su familia, pero no, allí estaba, a punto de cometer la más estúpida y peligrosa aventura de su vida con un hombre que estaba a punto de volverla loca y arruinarla por completo.

—Porque no puedo —susurró cerca de su oído, y sin importarle nada la acercó un poco más a su cuerpo, solo un poco más, algo que sin duda habría llamado la atención de los demás presentes, pero poco le importaba, en teoría no estaban haciendo nada incorrecto porque había demasiada gente en el salón y sus manos estaban donde debían estar, no estaba tocando nada indebido.

Amberly sintió algo extraño al sentirlo más cerca de su cuerpo, pero no se alejó, no quiso hacerlo; era divertido ver la mirada curiosa de los demás presentes, la furia en las jóvenes presentes e incluso en una que otra señora celosa por no ser ella la que estuviera entre sus brazos, y además se sentía extrañamente cómoda, por suerte poco le importaban las habladurías de la

sociedad, solo... viviría el momento.

—Si lo que pretende es conocernos mutuamente sin llamar la atención de los demás o levantar habladurías no lo está haciendo como debería, porque déjeme decirle que todos los presentes tienen los ojos fijos en nosotros —dijo intentando parecer furiosa, pero falló estrepitosamente, lo que produjo una fuerte carcajada por parte de Frederick.

Amberly miró una vez más a su alrededor y casi soltó una carcajada tan fuerte como la de Frederick al ver las caras de sorpresa y los comentarios entre ellos.

—Por suerte no te gusta la actuación —dijo el duque con una sonrisa—. Y sí, tienes razón, sé que no estoy haciendo buen trabajo con mi propósito, pero será la última vez, lo prometo, no volveré a ponernos en evidencia, de hecho creo que en público no me acercaré a usted. —Amberly sintió una fuerte presión en el pecho, pero tomó aire y habló tan tranquilamente como si estuviera hablando del clima.

—Sería lo mejor, mantenernos alejados el uno del otro, una cercanía así es muy peligrosa para ambos si no queremos terminar comprometidos. —Ella se sintió orgullosa de sí misma, casi parecía no importarle, si tan solo su corazón y su cuerpo hubieran sentido lo mismo entonces ahí sí habría sido perfecto.

—Pero creo que no escuchaste todo lo que debías, mi querida Amberly. —Ella frunció ligeramente el ceño. Muy claramente dijo: “En público”. —Ella lo miró curiosa achicando sus ojos, solo un poco.

—¿A qué se refiere con eso? —El duque sonrió, por alguna razón esa pregunta aumentaba su esperanza; la curiosidad siempre sería su aliada, pero posiblemente la peor enemiga de ella; como ya lo dijo, viviría el momento sin cruzar el límite y ya luego se iría encargando de solucionar todos los problemas que podrían ir apareciendo después.

—A que quiero tu amistad en privado —dijo simplemente; Amberly se quedó de piedra, no sabía qué pensar ante sus palabras, había miles de significados para esa simple frase, así que entonces ¿cuál era el suyo? Pero la respuesta empezaba a preocuparla más que asustarla, porque deseaba saberlo, vivirlo, sentirlo, y le preocupaba no tener control sobre sus sentimientos, no podía permitirse sufrir por un hombre que estaba fuera de su alcance.

—No sé si quiero saber el significado de esa frase. —El duque simplemente sonrió y el resto del baile lo disfrutaron en silencio, mirándose solamente el uno al otro, no existía el mundo, eran solo ellos intentando descubrir que había en los ojos del otro.

Se movieron al compás de la música mientras la duquesa miraba con una sonrisa en sus labios y una copa en su mano; era hora de poner en práctica su plan, así que caminó hacia uno de los sirvientes sacando las monedas que había llevado con ella especialmente para ese momento. Para su suerte, conocía a la perfección a su hijo, por su mirada, por su actuar, su actitud ya supo lo que iba a hacer, así que se aprovecharía del momento; aunque ellos pudieran llegar a odiarla en cierto momento, tenía la firme creencia de que llegarían a agradecerse.

—En un momento, posiblemente, el duque de Marlborough se internará en una de las habitaciones, no sé en cuál; él conoce muy bien esta casa, así que quiero que lo sigas y me digas la habitación exacta en la que estará, no es difícil y así podrás ganar un par de monedas —dijo mostrándole las monedas de oro que tenía en su mano; el sirviente abrió sus ojos como platos al ver las monedas y rápidamente aceptó, sabía que la mujer era su madre así que no podía ser nada

malo. ¿O sí?

La duquesa sonrió satisfecha ante la positiva respuesta del sirviente, casi podía verlos frente al sacerdote dándoles la bendición, solo era cuestión de tiempo, mientras se acercaría a la marquesa de Bristol, su gran aliada, aunque ella no lo supiera.

Cuando la música empezaba a llegar a su fin, el duque acercó su boca al oído de Amberly y, disimuladamente para que nadie lo notara, le susurró, lo que hizo que su aliento causara cosquillas en la piel de la joven.

—Al fondo del salón, cerca de la mesa con refrescos, hay un pasillo en la mano derecha, sigue ese pasillo hasta que veas el enorme retrato de la familia, es imposible confundirlo, tiene un marca; gira por ahí, el lugar estará desolado, todos estarán atendiendo al baile, me aseguré de ello —dijo orgulloso al recordar la discusión con su amigo, en la que al final había aceptado dejar esa área en especial completamente sola—. Espérame a mitad de pasillo que yo iré por ti; te estoy dando la oportunidad de negarte, pero ten por seguro que no me daré por vencido hasta que tengamos nuestra charla a solas, y puede que esta casa sea lo más seguro que tengamos, nuestra mejor opción, solo quiero hablar. —Al terminar, la última nota fue tocada dando por finalizado el baile, así que el duque hizo la debida reverencia, dio media vuelta y se fue; ese pasillo tenía varios accesos, no usaría el mismo de Amberly para prevenir, nunca estaba de más.

Amberly apenas si logró hacer una pequeña reverencia antes de que Frederick girara y se fuera rápidamente dejándola con la palabra en la boca y con miles de preguntas dando vueltas en su cabeza. ¿Cómo le decía ese tipo de cosas y luego se iba? Era más fácil para ella cuando terminaba obligándola a ir, así habría evitado que su cabeza le jugara una mala pasada mostrándole todo lo que podría pasar, no le gustaban este tipo de encrucijadas.

Caminó a paso lento hacia la mesa con frescos deteniéndose a saludar a un par de conocidos, intentando ganar un poco más de tiempo, no quería enfrentarse a tener que tomar una decisión como esa; se detuvo frente a la mesa y tomó un refresco, empezó a tomar a pequeños sorbos mirando de vez en cuando el pasillo aquel que se suponía la llevaría hasta él.

Frederick caminó hacia a la cocina con una sonrisa en sus labios, algo le decía que Amberly sí acudiría a su cita, estaba emocionado, no veía la hora de que llegara el momento.

—Lord Marlborough —gritaron a su espalda a pocos pasos antes de entrar a la cocina; giró y se encontró con Andrew Dunne, el hermano de Amberly, caminando hacia él. Suspiró cansado, se pasó su mano por su cabello alborotándolo y levantó las manos en señal de defensa al verlo frente a él.

—No es el mejor momento para una pelea, Warrington, de verdad no me interesa, sea lo que sea podemos hablarlo mañana, ha sido un día excelente que está a punto de mejorar, no quiero peleas, tengo algo importante que hacer —dijo rápidamente, no quería perder tiempo con él, era tiempo que podía aprovechar con Amberly; qué ironía, huía del hermano, pero corría hacia la hermana.

—No quiero problemas, Marlborough. Aunque no lo creas, simplemente quiero que hablemos, tenemos que tratar un asunto de suma importancia. —Frederick frunció el ceño, se cruzó de brazos y lo miró.

—No estoy entendiendo, hasta donde sé, usted y yo no tenemos asuntos en común, mucho menos vamos a tener que tratar algo de suma importancia, ¿quiere ser un poco más específico?

Tengo un poco de afán. —Andrew suspiró, eso no estaba siendo nada sencillo y Frederick tampoco le estaba ayudando.

Andrew tomó una gran bocanada de aire y empezó a meditar sus palabras, no solo estaba a punto de pedirle ayuda a un hombre con el que había tenido mil y un diferencias y problemas, sino que también le iba a revelar sus problemas económicos, si todo esto salía mal no solo sería el fin de sus oportunidades sino también los de su hermana.

—Necesito su ayuda, Marlborough. —Frederick elevó una ceja; eso fue lo último que había esperado escuchar así que su atención estaba puesta en sus palabras.

—¿En qué específicamente necesita mi ayuda?

—Mi familia tiene problemas. —Frederick se quedó de piedra al escuchar aquello, solo pudo pensar en Amberly. ¿Estaría pasándole algo y él no lo sabía?

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó serio, no le estaba gustando el tema de conversación y mucho menos los protagonistas.

—No es el lugar para hablarlo, aquí hay muchos oídos curiosos y no es conveniente que escuchen. ¿Qué tal si pasa mañana por Dunham Massey Hall? Allí podremos hablar tranquilamente, además creo que mi padre querrá estar presente en nuestra reunión, eso sí le voy a pedir discreción, por el bienestar de mi hermana principalmente, quiero que tenga su oportunidad de encontrar lo que quiere. —Frederick se quedó de piedra. ¿Qué era lo que buscaba Amberly, un esposo acaso?

—Bien, estaré mañana en su casa a las dos de la tarde, estoy muy interesado en lo que vas a decirme —Andrew asintió complacido y Frederick siguió su camino a la cocina, pero mientras daba vueltas por la mansión no pudo dejar de pensar en las palabras de Andrew. ¿Tan grave era? ¿En que se estaba metiendo al acercarse a Amberly? Pensó en mil cosas hasta que la vio, en ese momento su cabeza dejó de funcionar.

Amberly dejó el vaso vacío sobre la mesa y suspiró, ya era el momento de dejar de atormentarse con lo que podría pasar, si no iba se quedaría para siempre con la duda de que habría pasado y eso no era lo que quería, si se iba a casar por conveniencia, quería al menos vivir una aventura, una sola que le diera la oportunidad de soñar, de imaginarse todo lo que algún día podía llegar a tener, no había muchas esperanzas de un final feliz con Lord Kent, era su mejor opción después de todo por más que le costara aceptarlo, así que estaba decidida a vivir el momento esperando a ver qué pasaba.

Así que miró a su alrededor, esperando el momento justo, empezó a caminar hacia aquel pasillo, primero a pasos lentos y cortos, evitando llamar la atención de las personas cercanas, pero en cuando se vio cubierta aceleró el paso llegando casi a correr, tenía miedo de ser descubierta, lo más seguro era llegar tan rápido como fuera posible antes de arrepentirse.

Siguió las instrucciones al pie de la letra hasta que llegó al lugar, pero él no estaba, miró miles de veces a lado y lado, pero no había nadie, a punto estuvo de mirar en las habitaciones cercanas, pero justo antes de hacerlo escuchó su voz.

Frederick casi se puso a bailar en medio del pasillo al verla, estaba más que feliz, aunque las palabras de su hermano no dejaban de dar vueltas en su cabeza.

—Amberly —dijo tranquilamente—, no sabes cómo me alegra verte aquí. —Ella tomó aire y

giró, lo miró, pero no fue capaz de mantenerle la mirada, así que al final terminó mirando el suelo.

—¿Qué es lo que quería decirme, milord? —preguntó en un susurro; su voz no salía y le costaba respirar con tranquilidad.

—Creo que aquí podemos hablarnos con más familiaridad, ¿no crees? Por ejemplo, puedes llamarme Frederick —ella asintió, pero no habló—. Ven, se dónde podemos hablar tranquilamente un rato mientras no nos echan de menos en el salón. —Se acercó simulando tranquilidad, tomó su mano y la llevó a una de las muchas puertas que había en el lugar.

Al entrar se topó con el salón de música, pero sabía muy bien a donde iba; Amberly miró a su alrededor fascinada, le encantaba tocar el piano y precisamente ahí había un pianoforte hermoso, en su casa no había así que desde que había salido de la escuela no había vuelto a tocar. Frederick pudo notar su emoción al ver el lugar y no pudo evitar preguntarse: ¿qué instrumento le gustará más? En su casa nunca había música, a su madre nunca se le dio bien y a él nunca le gustó, sin embargo, había todo un salón lleno de todo tipo de instrumentos, tal vez algún día la llevaría.

—¿Hablares aquí? —preguntó emocionada Amberly, tanto que Frederick lamentó no poder quedarse allí, pero es que allí cualquier persona podía entrar y verlos.

—Lamentablemente no. ¿En tu casa no hay un salón de música? —Amberly hizo una mueca y se encogió ligeramente de hombros.

—No, no tenemos un salón de música, a papá no le gusta por alguna razón. —Frederick pudo ver la tristeza en sus ojos al decir eso.

—Tal vez puedes ir a mi casa, yo sí tengo una sala de música y puedes usarla tanto como quieras, igualmente eres muy amiga de mi madre, todos los saben, no sería extraño que nos visitaras más a menudo, y mi madre estaría muy contenta. —Ella abrió sus ojos emocionada y asintió.

—Tal vez algún día lo haga.

Frederick sonrió y siguieron caminando hasta el fondo de la habitación, la miró emocionando y metió su mano en la parte de atrás de un mueble, donde se abrió la pared como si de una puerta se tratara.

—Aquí estaremos más seguros. —La llevó a través de la extraña puerta hasta lo que parecía un salón de descanso, que tenía varios sofás, una pequeña biblioteca, dos ventanales que daban al exterior y pequeñas mesas dispuestas por el lugar—. Solo hay dos formas de acceder a este salón: por donde vinimos o por el pasillo contrario, pero esa puerta está cerrada, solo se puede abrir desde adentro, digamos que es la sala privada de la condesa.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó emocionada, cuando se casara le encantaría tener una salita privada.

Caminó hasta uno de los sofás y se sentó tranquilamente, si lo que él quería era que lo tratara con menos elegancia entonces podía dejar las estúpidas reglas de comportamiento que tanto odiaba a un lado y sentarse cómodamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Frederick? —preguntó ella nerviosa; él asintió y se sentó en el sofá del frente—. ¿Por qué tanto interés en mí? —Frederick sonrió.

—Yo también tengo una pregunta, así que al hacerla podremos tomarnos un tiempo para que cada uno medite su respuesta —ella asintió—. ¿Tu familia tiene algún problema? —preguntó sin poder evitarlo; las palabras de Andrew no dejaban de dar vuelta en su cabeza.

CAPÍTULO 9

Amberly se quedó de piedra, no sabía cómo responder a eso, aún más, le asustaba saber la razón por la que hizo esa pregunta y tenía miedo de preguntar. ¿Tal vez sospechaba algo? Era imposible, si se suponía que ni ella sabía lo que sucedía. ¿Cómo podía ser posible que lo supiera él? No, eso tenía que ser imposible, además si alguien ya supiera algo de la situación económica de su familia entonces posiblemente todos los caballeros huiría de ella como a la peste, tenía que buscar otra la forma de evitar responder esa pregunta.

En cambio, Frederick si se esperaba esa pregunta, lo supuso realmente, estaba seguro de que se la había hecho por lo menos unas cuatro o cinco veces, y la entendía, era claramente extraño que una persona como él estuviera tan interesado en ella, tanto que llegaba a ser obsesivo, incluso para él era extraño; sin embargo, tenía su respuesta, pero esperaba primero la de ella, aún más al ver cómo su rostro se había transformado por completo al escucharlo, algo escondía esa familia y él estaba dispuesto a descubrir qué era.

—Bien, responde mi pregunta —dijo ella, que debía mantener su compostura, mantenerse tranquila, si empezaban una tranquila charla con ese tema posiblemente pudiera evadir su pregunta.

—Tú no has respondido mi pregunta —respondió Frederick con una sonrisa, algo le decía que esa bella mujer empezaba a ponerse nerviosa y él estaba más que dispuesto a disfrutar de ello, le encantaba ver como perdía la paciencia y sus mejillas se ponían rosadas, como empezaba a decir lo que primero se le cruzaba por la cabeza e intentaba, con esos hermosos ojos azules suyos, fulminar de la faz de la tierra a su contrincante.

—Yo pregunté primero, lo justo sería que respondieras mi pregunta primero —Frederick asintió dándole la razón, se levantó ligeramente sentándose al borde del sofá, un poco más cerca de ella, un leve movimiento y podría tocar la tela de su vestido.

—Seré completamente sincero contigo —ella asintió complacida.

—No esperaba menos de... ti. —Frederick sonrió complacido, empezaba a soltarse un poco, eso haría que la conversación fuera más cómoda, con más familiaridad, podrían llegar a ser amigos tranquilamente.

—Entonces ¿empiezas a considerarme un caballero? —preguntó emocionado, pero Amberly solo se encogió ligeramente de hombros con una pequeña sonrisa en sus labios, cuando actuaba así se veía como una mujer juguetona, divertida, coqueta a la vista de Frederick, y le encantaba —. Bien, espero estar haciendo un buen trabajo; pero para responder a tu pregunta, debo decir que en realidad todo esto es por curiosidad, nunca había sentido lo que siento cuando estoy contigo, lo que siento al verte, ninguna mujer causa eso en mí, empezando porque ninguna mujer me trata como tú lo haces, solo quiero compartir un poco contigo. Ahora es tu turno, responde mi pregunta. —Amberly frunció el ceño. ¿Qué era acaso lo que sentía cuando estaba con ella? Sacudió su cabeza, tenía que distraerlo.

—¿Y cómo lo tratan las otras mujeres entonces? ¿Qué es lo que hace mi trato diferente? —A Frederick le pareció extraño el cambio de pregunta, él esperaba respuestas no más preguntas, pero le seguiría el juego hasta descubrir por qué el rumbo de la conversación.

—Porque todas las mujeres intentan impresionarme, ganar algo de mí e incluso buscan una

situación comprometedor para lograr un compromiso, como bien debes saber, un duque, soltero, con gran fortuna y una familia respetable es una excelente idea de esposo, y eso es lo que buscan las debutantes, ¿o me equivoco? —preguntó jugueteón, pero Amberly elevó una de sus cejas burlona.

—Tienes mucha confianza en ti, en tus posesiones y en tu atractivo físico para decir algo así, eres entonces el pretendiente deseado. —Frederick soltó una carcajada.

—Posiblemente sí, ese podría ser un buen nombre: el pretendiente deseado. —Amberly negó con la cabeza.

—Hay muchos más pretendientes tan deseados como tú, no veo qué te hace especial o diferente en comparación con ellos, además aún no respondes mi pregunta: ¿qué tiene de diferente mi trato hacia usted? O no, mejor aún, ¿qué le hace pensar que a mí no me interesa su mano, su título y su riqueza? —Frederick sonrió satisfecho, eso era lo que esperaba, que ella empezara a hablar tranquilamente, retándolo, sin miedo, sin trabas.

—¿De verdad crees, Amberly, que hay algún otro caballero que me iguale en simpatía, riqueza e importancia? No, querida, no uno que al menos se me acerque, bien lo has dicho tú: el pretendiente deseado, el caballero perfecto. —Ella soltó una carcajada.

—Necesitas lecciones de humildad, y además si lo hay, puede que no tan ricos o importantes como tú, pero te aseguro que hay muchas opciones, opciones muy buenas para cualquier dama que desea un buen esposo, y posiblemente ellos sean más educados, ahora es cuando empiezo a preguntarme: ¿por qué llamarlo el caballero perfecto o el pretendiente deseado cuando no lo merece? Un par de monedas, una cara bonita y un buen título lo tiene cualquiera y aún no he visto al caballero que dice ser. A ese punto Amberly intentaba provocarlo, quería sacarlo de sus casillas, hacerle perder la tranquilidad, y por cómo le cambió el rostro luego de escucharla, supuso que estaba a punto de conseguirlo, nada más lejos de la realidad.

Frederick sintió algo extraño al escucharla, pero no era rabia, ¿era impotencia tal vez? Era difícil saberlo, por alguna razón quería impresionarla, no le gustaba la mala impresión que tenía de él, lo hacía sentir poco merecedor a su título, a su hombría; desde la muerte de su padre su madre se había encargado de corregir lo poco que había intentado enseñarle su padre, entre eso, como tratar a una dama, y él quería aprender a tratar a esa dama en especial, casualmente la mujer que peor imagen de él tenía.

—Es un comentario interesante, dime, Amberly, ¿cuál es tu concepto de caballero? Porque veo que ni el título y el dinero tienen que ver en ello. —Amberly mordió ligeramente su labio, pensativa; era una pregunta difícil, siempre juzgaba qué tan caballero era un hombre, pero nunca se había detenido a pensar en cuál era su definición de caballero, muchas veces era difícil no confundirlo con el título y el dinero como bien él lo había dicho, existían miles de hombres con título y dinero que no merecían el nombre de caballero, y aunque a Amberly le costara aceptarlo, Frederick no era uno de esos, él era todo un caballero, solo que no podía decírselo.

—Todos pensamos diferente, usted y yo debemos tener una definición diferente. —Frederick se encogió ligeramente de hombros.

—No te estoy preguntando qué tiene nuestra definición de caballero en común, estoy preguntando su definición.

—No tengo una definición específica realmente —admitió ella.

—Entonces ¿por qué no me considera un caballero? ¿Bajo qué concepto hace semejante aseveración? —Cualquiera diría que Frederick estaba furioso, pero al contrario, se estaba divirtiendo de lo lindo con ella; Amberly empezaba a perder la paciencia, había olvidado que con Frederick no se podía jugar, era peligroso, era un hombre demasiado astuto, no era como los otros que simplemente decían estupideces para quedar bien, a Frederick le gustaba llevarla al límite, hacerle perder la paciencia, y ella le ayudaba.

—¿Por qué quiere saber mi definición?

—Porque tengo curiosidad. —Amberly sonrió, por fin sintiendo que tenía un pequeño respiro, al fin la conversación giraba en torno a él.

—Es un hombre muy curioso, lord Marlborough, y déjeme decirle que la curiosidad es algo muy peligroso, puede llevarlo a un callejón sin salida si no tiene cuidado. —Frederick estaba encantado con la conversación.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr a decir verdad, la curiosidad te lleva a vivir cosas que jamás imaginaste hacer. ¿O me equivoco, Lady Dunne? —Ella se encogió de hombros.

—No soy una mujer que sufra de curiosidad. —Frederick elevó una ceja burlona.

—Entonces dime, Amberly, ¿por qué estás aquí si no es por curiosidad, por qué asistir a una cita tan terriblemente peligrosa para su reputación? Además que bien podría ser yo un hombre pervertido, aprovecharme de usted y dejarla en la ruina, entonces ¿por qué vino? —Amberly se quedó sin palabras por un momento, él tenía razón, cometió la estupidez de ir a una cita tan peligrosa para ella solo por curiosa.

—Simplemente quería respuestas.

—Eso se llama curiosidad, mi querida Amberly, por más que te cueste aceptarlo, es curiosidad, posiblemente por la misma razón que tengo yo. —Ella negó repetidamente con la cabeza.

—No, yo no siento nada cuando usted se acerca, pero sí quería saber por qué lo hacía, entonces dime, Frederick, ¿qué es lo que sientes cuando me tienes cerca? —Frederick se levantó de su asiento y caminó hasta el de Amberly, se inclinó hacia ella apoyando sus manos en los apoyabrazos de su silla, y ella pegó su espalda al espaldar de la silla intentando alejarse, pero él se acercó aún más; sus rostros quedaron peligrosamente cercanos.

—¿Quieres que te lo diga o te lo demuestre? —preguntó coqueto, casi rogando al cielo que diga “demuéstramelo”; estaba volviéndose loco por besarla, había querido hacerlo desde que habían entrado a ese lugar.

Amberly sentía que todo su cuerpo temblaba, tenía miedo de intentar alejarlo, la última vez que lo había intentado terminó a punto de besarla, y no quería eso, debía alejarse; Frederick era como la tentación en persona, tenía miedo de lo que podía llegar a sentir por él, de lo que podía llegar a vivir con él.

—Será mejor que te alejes —susurró muy bajo; su voz era temblorosa, apenas si podía hablar; su cuerpo ya empezaba a traicionarla.

—No quiero alejarme, Amberly, de hecho, lo que quiero es acercarme, solo un poco más, tal vez besarte, sentir cómo tu cuerpo tiembla bajo mis caricias, bajo mis dedos, cómo tu pulso se acelera cuando mis caricias empiezan a bajar, cómo tu cuerpo empieza a seguir mis

movimientos, cómo empieza a ser más mío que tuyo, sería maravilloso. —Su voz era ronca, y una de sus manos voló hasta su mejilla y empezó a acariciarla suave y lentamente.

—Dijiste que solo íbamos a hablar Frederick, esto no es hablar, no me hagas esto, no me gusta perder el control sobre mi cuerpo. —Frederick acercó su rostro unos milímetros más al de ella.

—Sí, es cierto, dijimos que solo íbamos a hablar, pero también te dije que esta curiosa reunión era para descubrir por qué siento todo eso por ti y creo que la mejor forma de hacerlo es probando, prometo que no haré nada que pueda dañarte de alguna u otra forma.

—¿Eso incluye mi virtud? —dijo ella en un susurro temeroso.

—Claro que sí, no pienso tomar tu virtud, esa debes guardarla para tu esposo, ahora solo quiero tus labios y un par de caricias. —Amberly relajó un poco su cuerpo, empezaba a dolerle de tenerlo tan rígido, pero para Frederick fue acercarse un poco más a su objetivo.

—Me cuesta creerte, no cumpliste tu palabra cuando dijiste que solo íbamos a hablar. ¿Qué me asegura que lo hagas ahora? Además ni siquiera sé que es lo que dices sentir cuando me acerco. ¿Cómo sé si todo esto va a tener un límite? ¿A dónde quieres ir a parar con todo esto, Frederick? ¿Crees poder terminarlo cuando debas hacerlo? Y aún más importante, nada me asegura que cuando termine, yo no sufriré. —Frederick se quedó completamente quieto, no se había detenido a pensar en cómo terminaría todo, y aun peor, en cuándo lo haría. ¿Saldría alguien lastimado por su cercanía? No quería lastimarla, pero no quería alejarse, no quería dejarla.

Amberly por primera vez en su vida estaba dejando claros sus miedos a otra persona ajena a ella o a su doncella, pero era que se encontraba entre la encrucijada de participar de lo que fuera que empezarían o alejarse definitivamente de Frederick y de todo lo que lo implicara a él, y no podía negar que sentía mucho por ese hombre, su cuerpo enloquecía en cuanto lo tenía cerca; sin embargo, intentaba convencerse una y otra vez que era porque había sido el primer hombre que había mostrado algún interés especial en ella, era solo eso, no era nada especial.

—Es difícil responderte esas preguntas, Amberly, y lo sabes, porque no tengo una respuesta a prácticamente nada de eso, siempre he sido muy medido con mis actos, nunca en mi vida he hecho algo sin un estudio minucioso que me asegure estabilidad, bienestar y tranquilidad, soy muy minucioso, nunca he hecho algo que de verdad me nazca, que quiera hacerlo porque sí y no por una obligación o una necesidad, quiero hacer algo que sea porque lo deseo, porque sí, sin detenerme a pensar en todo eso que dijiste, la verdad no me importaría aceptar las consecuencias si por primera vez en mi vida estoy haciendo lo que quiero, vívelo conmigo. —Amberly levantó su mano temblorosa, también quería vivirlo, y lentamente la apoyó sobre el fuerte pecho de Frederick, pudo sentir cómo su respiración se agitaba y su corazón empezaba a latir fuertemente bajo su mano.

—Tengo miedo, Frederick, tú no respondes a mis preguntas. —Frederick sonrió, aunque le costó una eternidad hacerlo, su mano, a pesar de ser un simple apoyo, una leve caricia, empezaba causarle graves estragos en su cuerpo.

—Tú tampoco respondes a las mías, Amberly, digamos que estamos en igualdad de condiciones. —Amberly frunció el ceño, no recordaba no haber respondido sus preguntas—. ¿Qué pasa en tu familia, Amberly? —Ella se quedó de piedra y bajó su mirada, apenada—. Sabes que en algún momento lo descubriré, ¿cierto? —Amberly asintió.

—No entiendo la razón de esa pregunta, y además la respuesta es delicada, puede perjudicar a mi familia, apuesto que con ello sí te alejarías de mí. —Frederick sintió aún más curiosidad por su conversación del día siguiente con Andrew, tenía muchas preguntas, pero no se quedaría a perder el tiempo pensando en ellas.

—No creo que haya algo que pueda alejarme de ti. —Amberly levantó su mirada conectándola con la de él.

—¿Por qué?

—Porque no lo permitiré. —Y sin previo aviso la besó, juntó sus labios a los de ella y sintió que su cuerpo por fin tenía vida, apenas si sus labios estaban juntos y ya su cuerpo exigía más; al ver que ella no protestaba ni intentaba alejarlo, empezó a mover sus labios lentamente, acariciando los de ella tan suave como podía; los labios de Amberly resultaron suaves, dulces, embriagadores, adictivos, no podía alejarse y no quería hacerlo.

Era su primer beso, y Frederick podía notarlo, cuando empezó a mover sus labios, lo hizo lentamente, con duda, con miedo a equivocarse, pero para Frederick eso resultó ser su completa perdición, quería más.

Amberly movía sus labios intentando imitar el movimiento de los labios de Frederick; no era capaz de alejarse, en cuanto sus labios se conectaron se sintió extrañamente feliz y un fuerte pero excitante fuego se extendió por su cuerpo, jamás había imaginado compartir su primer beso con Frederick Aldridge, duque de Marlborough, pero estaba feliz haciéndolo, le encantaba, estaba decidida a vivirlo con él.

Frederick la tomó de la cintura con una de sus manos y levantándola del sofá pegó su cuerpo al suyo; su beso empezó a tomar fuerza cuando al levantarse Amberly rodeó su cuello con sus brazos y acarició su cabeza tímidamente; Frederick envolvió sus brazos a su cintura y empezó a acariciar su espalda y lateral, caminó lentamente hacia el sofá más grande y poco a poco la recostó en él, no tomaría su virtud, claro que no, pero no pensaba privarse de acariciar un poco más de cuerpo.

Amberly no quería pensar en nada, menos cuando su espalda había tocado el suave sofá y Frederick había apoyado ligeramente su cuerpo sobre el de ella; él movió sus manos y empezó a acariciar su pecho y sus brazos por sobre la ropa, mientras poco a poco subía a su rostro.

Frederick recostó su cuerpo sin permitir que notara la enorme dureza de cierta parte de su cuerpo y empezó a mover sus manos por su cintura suavemente subiendo a su pecho, pero cuando llegó a él Amberly se tensó por completo y detuvo el apasionado beso.

—No te haré daño —susurró Frederick; su voz era cada vez más ronca y sufrida, le costaba hablar; Amberly tenía miedo, su cuerpo temblaba por sus caricias, no podía parar, así que tomó su rostro entre sus manos, lo bajó y juntando sus labios de nuevo empezó a besarlo aún más apasionadamente mientras sus manos bajaban por su dorso, sintió las manos de Frederick sobre sus senos mientras intentaba liberarlos, a ese punto no le importaba nada, solo disfrutaba, porque su cuerpo se arqueaba ansiando sentir sus manos sobre sus senos: sin embargo, un fuerte grito hizo que Frederick se alejara de ella de un salto y Amberly subiera las manos a su pecho que afortunadamente aún no había sido liberado; los habían descubierto.

CAPÍTULO 10

Amberly sintió que el miedo empezaba a apoderarse de ella, ya no podía ni respirar, los habían descubierto, por primera vez en su vida intentó disfrutar, vivir un poco y resultó que logró terminar completamente arruinada y posiblemente obligada a casarse con el hombre con el que menos se había imaginado en esa situación; aunque sí, disfrutó mucho del beso y de las caricias en su cuerpo, se acabó, estaba arruinada, solo deseaba no ser tan completamente desdichada, esperaba al menos no tener una vida tan triste y amarga. Se inclinó y cubrió su rostro con sus manos y empezó a respirar con fuerza, se negaba a llorar.

Frederick sentía que el corazón se le iba a salir del pecho en cualquier momento, la había arruinado, eso era lo que más lo mortificaba, había arruinado a Amberly; entonces ella nunca tendría la oportunidad de buscar un esposo, de elegir; no, él cumpliría con su deber, claro que sí, se casaría con ella al día siguiente si era posible, haría lo que fuera porque eso jamás hubiera pasado, pero se encararía de que su dolor no fuera tan fuerte; por su culpa Amberly no sería feliz, por su estupidez y sus arrebatos, pero se prometió a sí mismo, que desde ese momento hasta el final de sus días iba a hacer hasta lo imposible por darle todo lo que el dinero comprara y que pudiera llenar al menos un poco de la tristeza que posiblemente sentía.

Ambos tenían miedo de mirar a la puerta; Amberly le daba la espalda a esta, y Frederick tenía los ojos cerrados y sus manos apoyadas en su cadera, se suponía que a ese lugar era muy difícil acceder, no entendía cómo habían podido descubrirlos, aun más, tenía entendido que para acceder allí había que subir al segundo piso. ¡Era casi imposible! El acceso era denegado.

Lentamente abrió sus ojos y miró la puerta, quedándose de piedra, sin palabras, no había nadie en la puerta, así que miró alrededor de toda la habitación y se detuvo en los dos únicos accesos, pero no había nadie en el lugar, entonces no entendía. ¿De dónde provino el grito? ¿Los habían descubierto o no?

—Amberly, arriba hermosa, arriba. —Se acercó a ella aún sin creérselo, aún miraba a lado y lado de la habitación durante varias veces, pero no había nadie, miró más de mil veces, no había nadie. Amberly negó con la cabeza y hundió aún más su cabeza entre sus manos.

—No quiero, no quiero ver esos rostros de vergüenza, desilusión y lastima, no quiero, por favor sácame de aquí. —Su voz estaba rota, pero Amberly no dejaba salir las lágrimas, eso sería aún peor, debía ser fuerte; Frederick se acercó, se puso de cuclillas frente a ella y tomando su rostro entre sus manos lo sacó de su escondite y la obligó mirarlo.

—No hay nadie —susurró; Amberly abrió sus ojos como platos y empezó a negar con la cabeza, casi empezaba a sentir la tristeza de su futura vida; había escuchado el grito, ¿cómo decía Frederick que no había nadie?

—Gritaron, gritaron muy fuerte, fue muy cerca —susurró; las lágrimas ya estaban lejos; la sorpresa y la confusión la invadían, no entendía nada. ¿Cómo decía que no había nadie? Estaba casi segura de haber oído un fuerte grito muy cerca de ellos.

—Lo sé, yo también lo escuché, pero no hay nadie, Amberly, ya revise la habitación; levántate y mira por ti misma, no hay nadie, te lo juro, jamás te mentaría con algo así. —Amberly frunció el ceño y soltando su rostro de su agarre se levantó del sofá y le dio casi tres vueltas a la habitación mirando cada uno de los pequeños rincones, comprobando que, efectivamente, no

había nadie.

—No hay nadie —susurró aún sin poder creérselo—. Entonces ¿de dónde vino el grito? —preguntó extrañada girando para ver de nuevo a Frederick que ya se había puesto de pie; él frunció el ceño sin entenderlo, pero de pronto una idea surgió en su mente.

—Pudo haber sido de la habitación de que dejamos atrás. —Amberly recordó el camino por el que habían llegado.

—¡La sala de música! —exclamó fuerte; Frederick asintió.

—Será mejor ir a ver por qué gritaron, seguramente el lugar ya está lleno de gente con un grito así de fuerte, debemos llegar allí y mezclarnos tranquilamente —Amberly asintió y empezó a caminar hacia la puerta, pero Frederick la detuvo tomándola por el codo, con un pequeño jalón la pegó a su cuerpo y encerró su cintura entre sus brazos, impidiéndole moverse, impidiéndole alejarse.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó exaltada al sentirse atrapada; sus manos temblaban por acariciarlo y pegarse a él, pero después de un susto como el de hacía un momento con semejante grito, no estaba preparada para otra dosis de peligrosa pasión.

—Pedirte un beso de despedida —dijo coqueto, con la mirada fija en sus labios, como el peligro había pasado, quería un poco de su dulzura para pasar el mal trago que le había dejado ese momento en el que se vieron perdidos.

—¡Estás loco! Estuvieron a nada de descubrirnos y tú quieres un beso, estás loco, es peligroso, debemos irnos ya. —Frederick negó con la cabeza.

—El peligro ya pasó, solo pido un beso. —Amberly empezó a forcejear para soltarse, pero la verdad era que no tenía la completa intención de alejarse, solo simulaba hacerlo para luego tener la tranquilidad de decirse a sí misma “lo intenté”. Se rindió y con un largo suspiro conectó sus ojos con los verdes de Frederick y sintiendo esa misma pasión que brillaba en ellos, enredó sus brazos en su cuello y sin pensarlo dos veces, lo besó.

Frederick sintió que a su alrededor todo se movió; ella lo había besado. En ese momento no existía hombre más contento que él, así que la abrazó con un poco más de fuerza, pero sin llegar a hacerle daño y acarició su espalda una vez más, deteniéndose en la curva de su cadera. Amberly lo besó, tal cual había aprendido hacía solo un momento; su lengua tenía una fuerte lucha con la de él mientras sus labios se movían, pero era hora de alejarse, tenían que salir de allí pronto, así que siguiendo sus instintos, esos que no sabía que tenía, le dio un suave mordisco a su labio inferior mientras se alejaba, se sintió poderosa cuando Frederick soltó un gemido.

—Será mejor irnos —susurró cerca de sus labios, y antes de que él pudiera volver a besarla, se alejó, logró escapar de sus brazos y caminó hacia la puerta; Frederick necesitó un par de segundos para respirar profundo y calmar cierta parte de su anatomía que esperaba que no se notara tanto; en cuanto se sintió más calmado, caminó hacia la puerta, donde Amberly lo esperaba, se acercó a su oído y dejó un suave mordisco en el lóbulo de su oreja.

—Esto no se queda aquí, preciosa, me debes muchísimas respuestas y creo tener la forma de conseguirlas, no sabes cómo disfrutaré haciéndolo. —Y sin decir una palabra más, sin detenerse a verla por miedo a perder la poca calma y resistencia que tenía si veía el deseo de sus ojos una vez más, abrió la puerta y miró a lado y lado, asegurándose de que no hubiera nadie y salió; Amberly lo siguió de cerca por inercia, después de sus palabras le costaba coordinar, había

quedado en las nubes luego de eso, nerviosa, ansiosa.

Caminaron rápidamente por los largos pasillos, subiendo y bajando varias escaleras; el camino era considerablemente más largo que el camino que habían tomado en un principio; llegaron al salón y la música había parado, todos los invitados hablaban entre sí y miraban hacia el pasillo por el que ella había entrado mucho antes.

Siguiendo a Frederick desde una distancia prudencial, fue hacia la multitud, hacia la causa del escándalo, para llegar casualmente a la sala de música en la que ellos habían estado. Dios, que cerca habían estado de ser descubiertos.

Se abrieron paso entre la gran multitud para encontrar a Roger Gibbs, conde de Coventry, que se estaba arreglando su ropa y cubría con su cuerpo a Anny Waldlow, hija de los marqueses de Bristol, quien posiblemente también estaba acomodando su vestido; ya podía imaginarse como habían sido descubiertos. A un lado del salón la marquesa lloraba amargamente mientras miraba a su hija, Frederick ahogó una exclamación al verlo y suspiró.

—No puede ser, Roger —dijo Frederick en un susurro preocupado, sin embargo, Amberly estaba muy cerca así que pudo oírlo; podía ver la preocupación en el rostro de Frederick, tenía entendido que Roger y él eran grandes amigos, era entendible que le doliera verlo así, además posiblemente buscaba la forma de ayudarlos.

Amberly sintió pesar por la hermosa joven que justo en ese momento se giró hacia Roger; sus ojos estaban hinchados y antes de poder verlo, cayó desplomada en brazos del conde mientras lloraba amargamente, y Roger intentaba calmarla acariciando su espalda.

“Suficiente”, estuvo tentada a gritar Amberly; no era justo que se quedaran viéndolos así, solo empeoraban su situación, así que se hizo paso por entre la gente, pasó incluso frente a Frederick, que intentó disimuladamente detenerla, llegó hasta el frente y colocándose frente a la pareja, casi cubriéndolos con su cuerpo y su vestido, se giró hacia la multitud.

—¡Basta! —dijo fuerte y claro llamando la atención de todos los presentes—. Ya no hay nada más que ver, se acabó la función, así que si son tan amables se retiran de la habitación, que la pareja y su respectiva familia necesitan privacidad para arreglar esto. —Amberly empezó a empujar ligeramente a los presentes, pero estos se negaban a salir.

—Lo único que intenta es encubrirlos, Lady Dunne. ¿Acaso tiene usted algo que ver en todo esto? ¿Sabía lo que estaba sucediendo en esa habitación? —preguntó una de las mujeres mayores que encabezaban la multitud, de las más chismosas, eso era claro, pero no recordaba su título; la fulminó con la mirada y girándose un poco se enfrentó a ella.

—Le pido un poso de decencia y consideración, milady, supongo que ya vieron todo lo que debían ver de la pareja, y ellos merecen privacidad para arreglar el asunto. —La mujer la miró indignada.

—Es usted una grosera, Lady Dunne, además lo más obvio es que el caballero debe responder por sus actos y casarse. —Amberly se encogió ligeramente de hombros.

—Eso no es asunto suyo, milady, eso solo le concierne a la pareja y a las respectivas familias, ni a usted ni a mí, así que de media vuelta y salga si es tan amable. —A Amberly poco le importaba meterse en un escándalo por ayudarlos, pero era que ella era mujer y solo pensaba en que ella pudo haber sido la que estaba en el lugar de la joven que aún lloraba, y desearía tener una persona que hiciera eso por ella.

La mujer y todos los demás presentes dieron media vuelta y salieron del lugar susurrando mil cosas que no valía la pena repetir; en cuanto todos salieron, solo quedaron la marquesa, Roger, la joven Anne, Frederick, que cerró la puerta, y Amberly.

Amberly se acercó a la pareja y dándole un leve toque a Roger en el hombro, logró que él se alejara un poco, solo un poco de la joven sin llegar a soltarla.

—Déjame ayudarla —susurró Amberly; ese no era el momento para formalismos. Roger negó con la cabeza.

—No me pienso alejar de ella. —Amberly sonrió ligeramente.

—Me alegra escuchar eso, pero está a medio vestir; su vestido no está correctamente puesto, además entre mujeres podemos apoyarnos más fácilmente en un momento así, es difícil que los hombres entiendan muchas cosas. —Anne miraba a Amberly curiosa a pesar de que las lágrimas no paraban de salir de sus ojos, parecía una buena mujer, parecía tener buenas intenciones, y como le dijo a Roger, habían cosas que solo las mujeres entendían, así que miró a Roger, que asintió, y logró que él se levantara y se alejara por completo; Amberly se acercó a ella y dedicándole una afectuosa sonrisa la tomó de las manos para ayudarla a levantarse.

—¿De verdad quieres ayudarme? —preguntó Anne en un susurro y Amberly asintió—. ¿Por qué?

—Porque soy mujer —dijo simplemente y, levantándola, caminó hasta Frederick para pedirle su pañuelo, quien se lo dio sin problema, volvió hacia la joven y limpiando su rostro la ayudó a ponerse correctamente su vestido y arreglar un poco su peinado—. Todo estará bien —susurró en el oído de la joven—. Si necesitas algo, solo pídemelo, en mí tienes una aliada —susurró antes de dejarla a solas con el conde y su madre.

Frederick salió tras ella, aún no salía de la sorpresa, no había esperado que Amberly actuara así, y le encantó verla; fue tan sencilla, tan compasiva, una mujer de admirar.

—Gracias, Lady Dunne —dijo en cuanto salieron, manteniendo las distancias a pesar de que se moría por agradecersele con un beso.

—No hay por qué, Lord Marlborough; las mujeres siempre necesitamos una amiga, una aliada incluso en los peores momentos, era lo mínimo que podía hacer. —Frederick miró a su alrededor.

—Pudimos haber sido nosotros —susurró bajo para no ser escuchado; Amberly asintió nerviosa.

—Cierto, pero no lo fuimos, digamos que la suerte estuvo de nuestro lado —Frederick asintió, sintiendo, sin embargo, cierta tristeza por su gran amigo.

—Pero no me arrepiento —volvió a susurrar Frederick; Amberly lo miró con una enorme sonrisa en sus labios.

—Ni yo —susurró de vuelta.

—¡Lady Dunne! —gritaron a su espalda sacándolos de su hechizo; Amberly giró para encontrarse con Lord Kent que caminaba hacia ella, tuvo que hacer un esfuerzo demasiado grande para no dejar ver el disgusto que eso le generaba, sentía que su noche empezaba a arruinarse.

—Lord Kent. —Hizo la debida reverencia, y Albert hacia detrás de Amberly.

—Lord Marlborough, un placer verlo, hace un tiempo que he querido arreglar una cita con usted, podríamos tener negocios muy beneficiosos usted y yo.

—Lord Kent —respondió Frederick; Amberly pudo notar el fastidio en su voz y estuvo tentada a sonreír—, lamento decirle que tengo mi agenda llena, así que no podré asignarle una reunión, igualmente, estaremos en contacto. —Caminó frente a Amberly y dándole la espalda a Albert, le hizo una pequeña reverencia guiñándole su ojo, que solo ella pudo verlo, pero fue más que suficiente para entender algo: había más, su historia no terminaba ahí, habría un próximo encuentro y se moría por vivirlo.

Frederick se fue sin molestarse por despedirse de Albert, que lo miró entre furioso y sorprendido, aunque no era la primera vez que lo hacía, no dejaba de sorprenderle su altanería, se creía el Dios del mundo, y Albert estaba dispuesto a enseñarle quien estaba primero.

—¿Cómo está usted? Estuve un buen tiempo buscándola, quería invitarla a bailar ahora que todo el escándalo ha pasado. —Amberly sonrió apenada, Frederick la había dejado tan contenta que era difícil que Albert lo arruinara.

—Lo lamento, milord, pero estoy bastante cansada, estuve caminando por el jardín junto con Cassandra, mi amiga, no sé si la conoce, y terminé terriblemente cansada, no puedo bailar ahora. —Albert estuvo a punto de bufar; esa mujer lo sacaba de quicio, era exasperante, pero tenía que aguantársela.

—Oh, es una lástima, entonces déjeme acompañarla a tomar algo al menos —Amberly asintió al verse atrapada, le era imposible escaparse de eso.

Asintió y dejando que Albert tomara su mano para apoyarla en su brazo, la llevó a la mesa con refrescos.

Frederick miraba la escena furioso, estaba tentado a acercarse y tomar del cuello al idiota de Albert para sacarlo de una patada del salón, pero no era el único furioso; su madre, la duquesa de Marlborough, miraba la escena furiosa, aún no podía creer que su plan había fallado terriblemente, no solo no había conseguido atrapar a su hijo sino que había arruinado la vida de una joven, pero era que el sirviente había asegurado haberlos visto entrar a ese salón, no podía creer cómo se había equivocado; en ese momento lamentó haber enviado a esa vieja chismosa para que mirara un supuesto instrumento nuevo; claro, el sirviente le había dicho que era la sala de música, midió el tiempo para que fueran encontrados en el momento justo y se vieran obligados a casarse, pero al parecer, por su culpa, los casados irían a ser otros; sin embargo, estaba más que decidida a unirlos, había perdido esa batalla, pero ganaría la guerra, no pararía hasta ver a su hijo casado con la hermosa Amberly.

Durante el resto de la velada, Frederick no le quitó los ojos de encima a Albert y Amberly, tuvo que controlarse varias veces para no ahorcarlo cada vez que se acercaba más de lo debido; sin embargo, Amberly siempre se alejaba disimuladamente, le encantaba esa mujer, lo tenía loco, buscaría la forma de hablar con ella para saber cuándo sería su próximo baile, tenía que empezar a planear su próximo encuentro y rápido, además, posiblemente le diría a su madre que la invitara de nuevo a casa, asegurándose de estar allí para recibirla, jamás se lo perdería, se moría de ganas por saber qué era lo que vendría después.

CAPÍTULO 11

Amberly caminaba junto a Albert por el salón mientras la música sonaba, hacía un rato que había logrado esquivar sus propuestas de bailar, pero no podía quitárselo de encima, y la verdad era que ya estaba cansada de tenerlo pegado a ella en ese momento, se lamentaba haber coqueteado con él, pero no podía rechazarlo así como así, no cuando su familia aún dependía de su buen matrimonio, no cuando él aún era su mejor opción. Frederick había dejado más que claro que no buscaba una boda, así que él terminaría siendo su mejor momento, su mejor recuerdo, no más, una linda aventura que posiblemente le contaría a su hija, si llegaba a tenerla, en el día de su presentación en sociedad.

Por el momento, disfrutaría y cuidaría su corazón, porque aunque sí estaba dispuesta a vivirlo, no estaba dispuesta a sufrir, no permitiría que su corazón se viera involucrado y terminara lastimado, se aseguraría de enamorarse y todo sería perfecto; si llegaba a enamorarse su vida sí sería terriblemente triste, en cambio, si no lo hacía, podría entregarse a cualquier hombre sin remordimientos, sin tristes recuerdos, sin necesidad de imaginarse otras manos, otro hombre.

—Me gustaría invitarla a comer en mi casa el día de mañana, por supuesto su padre está invitado igualmente, podemos almorzar juntos. —Amberly tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mostrar el fastidio que le significaba eso, pero lastimosamente no podía negarse.

—Es... —la duquesa de Marlborough la interrumpió impidiéndole responder a su invitación. Anna caminaba por el salón intentando calmar su furia causada por el pésimo final que habían tenido sus planes, no sabía lo que había hecho su hijo para evitar ser descubiertos; el punto era que tenía que pensar en algo más, no se daría por vencida, eso sí que no. Sin darse cuenta llegó hasta donde Amberly hablaba con Albert, ella que conocía bien a la joven podía notar el aburrimiento y fastidio que sentía ella estando junto al duque de Kent, así que disimuladamente se acercó dispuesta a escuchar algo que le sirviera para alejarla de ese hombre, tal vez su hijo podía sacarla a bailar, pero en cuanto escuchó su invitación a comer decidió intervenir, jamás permitiría que ella entrara a casa de ese hombre, tenía que moverse rápido o perdería a la mejor nuera del mundo.

—Amberly, querida, es un placer verte nuevamente —dijo mientras aparecía frente a la pareja—. Lord Kent. —Hizo una pequeña inclinación con su cabeza, pero no le tendió su mano; era grosero, pero a ella se le perdonaba todo.

—Lady Marlborough —dijo Albert con fastidio, ya empezaba a cansarse de los desplantes y la grosería de esa familia.

—Amberly, espero que no hayas olvidado nuestra reunión de mañana, tengo todo preparado, me llegó un nuevo té de china que es maravillosamente delicioso y me encantaría compartirlo contigo. —Amberly abrió sus ojos como platos, y la duquesa le guiñó un ojo disimuladamente; Amberly se sintió como en una emboscada, no podía rechazar la invitación de la duquesa, o bueno el intento de invitación, pero tampoco podía rechazar a Kent, no si aún guardaba alguna esperanza de casarse con Albert, tenía pocos pretendientes, pero ninguno rico e importante como él.

La duquesa casi pudo ver la duda en sus ojos, al ver cerca a su hijo le hizo una pequeña señal para lograr que Frederick se acercara; en cuanto estuvo junto a la pareja, Amberly se sintió aún

más incómoda frente a la fija mirada de Frederick y la confusión de Albert.

—Lady Dunne, estaba buscándola, me encantaría compartir con usted el siguiente baile. ¿Me lo permite? —Amberly se quedó de piedra. ¿Cómo iba a aceptar un baile con Frederick cuando le había estado inventando mil excusas a Albert para evitar bailar con él? Entonces sí estaba en serios problemas, no quería rechazar a Frederick, pero sería grosero, ya no sabía qué hacer, y la duquesa pareció notarlo.

—Caballeros, si me permiten, creo que estamos hostigando a nuestra bella dama, démosle un respiro. ¿Qué tal si vamos a tomar un poco de aire al balcón? Dejemos que este par de caballeros charlen tranquilamente mientras tú acompañas a esta anciana a tomar aire, ya no aguanto tanto como hace veinte años, me canso rápidamente. Amberly sonrió y sintió que el peso de su espalda desaparecía, por un momento se sintió completamente perdida.

—Usted no es tan mayor, Lady Marlborough, aún es joven y hermosa —dijo Amberly educadamente, se giró hacia los dos hombres y les dedicó una coqueta sonrisa—. ¿Nos darían un momento caballeros? Prometo volver en cuanto la duquesa haya descansado un poco, como entenderán es mi deber acompañarla —Albert asintió, se inclinó ligeramente tomando su mano y dejó un beso en el dorso de su mano.

—La estaré esperando, Lady Dunne. —Amberly sonrió educadamente y asintió, después de todo posiblemente sí tuviera que volver junto a Kent.

—Después de compartir un baile conmigo, posiblemente vuelva a su lado Kent, como entenderá es una joven muy hermosa de la que cuesta separarse, y si ella me lo permite, la acompañe a tomar un refresco mientras tenemos una pequeña charla. —Albert sintió que su sangre hervía, con Frederick siempre era igual, siempre queriendo estar por encima de él y esperando ganar todo, pues no, esa vez no sería así.

—No será posible, Marlborough, Lady Dunne y yo tenemos una charla pendiente sobre nuestra reunión de mañana, además, se siente cansada, por eso no ha podido bailar conmigo, mucho menos podrá bailar con usted. —Amberly suspiró cansada, y la duquesa puso sus ojos en blanco; hombres, siempre intentando ser los mejores.

—Caballeros, creo que esta discusión está fuera de lugar, es completamente innecesaria, así que si nos disculpan, nosotros nos retiramos. —La duquesa tomó a Amberly del brazo y poco a poco la fue sacando de ese horrible encierro en el que la habían metido ese par de hombres; en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos soltó un bufido que logró que Amberly soltara una carcajada.

—Yo también empezaba a cansarme de estar en medio de semejante discusión, me sentía bastante incomoda —la duquesa asintió.

—Oh si, te entiendo, pero no te preocupes, me las ingeniaré para no dejarte sola con ese par de locos, si no te molesta mi compañía claro está. —Entraron al balcón y ambas mujeres se recostaron ligeramente en el grueso barandal que les permitía una hermosa vista al perfecto jardín, siempre manteniendo su compostura.

—Yo encantada, me encanta compartir tiempo con usted. —Amberly fijó su mirada en las hermosas flores que adornaban los lindos y cómodos asientos, sería lindo sentarse allí en medio de tantas flores, colores y deliciosos olores; envidiaba a la condesa, quería tener un lugar así para ella, esperaba que a su esposo le gustaran las flores, tal vez así podría tener su propio jardín en

un futuro; le gustaría sembrar todo tipo de flores, sentarse en medio de ellas y disfrutar del sol o de un buen libro.

Frederick sonrió al verla alejarse con su madre, ellas dos se habían convertido en dos grandes amigas, le encantaba verlas juntas, el rostro de su madre se iluminaba, posiblemente empezaba a ver a Amberly como una hija; esa era una de las razones por las que le insistía en casarse, se sentía sola y le encantaría tener una mujer más en casa, pero él no se sentía listo para eso.

—Aléjate de ella, Marlborough —dijo Albert más fuerte de lo que pretendía, incluso sonó grosero, desafiante, como si fuera una orden, lo que logró que Frederick enfureciera.

—Creo que escuché mal. ¿Acaba de ordenarme que me aleje de Amberly? ¿Se atrevió a hacer algo así, Kent? Porque espero estar equivocado, por su bien, espero estar malinterpretando sus palabras, así que le pido que corrija mi error. —Frederick cerró sus dos manos que se convirtieron en puños casi blancos de la fuerza contenida.

—No es un error, Marlborough, escuchó muy bien, le estoy ordenando que se aleje de ella, no permitiré que me la quite, déjela en paz de una buena vez, no le conviene tenerme de enemigo. —Frederick se enfureció aún más, achicó sus ojos para mirarlo fijamente y dio un paso al frente, dejando clara su amenaza.

—Retire sus palabras ahora mismo, Kent, hágalo o tendrá que enfrentarse a las consecuencias, porque jamás permito que me den ordenes, y mucho menos que se crean con la libertad de elegir a quien me acerco y a quien no, además, entienda una cosa, Kent: nada ni nadie podrá alejarme de Amberly Dunne, mucho menos usted, un insignificante hombre incapaz de moverse por esa enorme panza. —Albert cerró sus manos en dos puños al igual que Frederick, respondiendo además a su reto.

—No retiraré nada, no estoy dispuesto a perder esta vez, Marlborough, ya he perdido demasiado dinero por su culpa, incluso perdí a la mujer que amo por su culpa, no voy a perder a Amberly.

—¿Qué es lo que busca con ella, Kent? ¿Por qué tanto interés en Amberly? Ella no es la mujer para usted, es demasiada mujer para usted. —Kent enfureció aún más.

—¿Me está tratando de poco hombre?

—Estoy diciendo lo obvio, aléjate de ella o yo mismo te alejaré, no permitiré que la dañes, Kent, ella es demasiado pura, hermosa y transparente para un hombre tan podrido como usted, jamás permitiría que se le acercara más de lo debido. —Albert dejó salir una sonrisa perversa, causando que un escalofrío recorriera la espalda de Frederick, eso no podía ser nada bueno, tenía que alejar a Amberly de ese hombre y rápido.

—Déjeme hacerle una pregunta, Marlborough. ¿Está dispuesto a casarse con Amberly? —Frederick se quedó de piedra, no sabía cómo responder a ello, no sabía si quería casarse, mucho menos si quería hacerlo con Amberly, por más maravillosa que fuera.

—Eso a usted no le interesa —respondió intentando esquivar su pregunta, pero Albert amplió su sonrisa suponiendo su respuesta; el silencio lo dijo todo.

—Me casaré con ella, Frederick, sea lo que sea que tenga que hacer, me casaré con ella, la haré mi mujer; incluso, posiblemente, te pida que seas nuestro padrino de bodas en cuanto todo esté listo, por que déjeme decirle que hablaré con su padre tan pronto como sea posible y

concertaré el matrimonio. —Frederick sintió que el aire empezaba a faltarle y que sus ojos se nublaban, quería matarlo a golpes.

—No lo permitiré —masculló furioso Frederick.

—No eres nadie para evitarlo, le recuerdo, Lord Marlborough, que el único que podría impedir nuestro matrimonio es el padre de la dama; usted puede ser muy rico y tener un título muy importante, pero no lo suficiente como para intervenir en algo así, nos casaremos y no podrá impedirlo. —Frederick dio un paso más hacia él, estaba a nada de perder la paciencia, estaba a nada de levantar su puño y estamparlo contra su rostro.

—Jamás —masculló furioso entre dientes, incluso le costaba hablar, la rabia que sentía de por sí ya era difícil de controlar.

—Quiero que usted sea nuestro padrino de bodas —dijo ignorando sus palabras—. En cuanto todo este arreglarlo le haré saber la fecha, que posiblemente sea muy pronto, me muero por tenerla solo para mí, no puedo esperar para tenerla desnuda en mi cama, no sabe usted todas las veces que me lo he imaginado, como bien puede usted verlo, debe tener un cuerpo de infarto, me imagino sobre ella, penetrándola con fuerza en nuestra noche de bodas, acariciando su cuerpo, su... —No pudo continuar hablando porque Frederick le estampó su fuerte puño en su rostro haciéndolo callar: su cuerpo se giró con violencia y cayó al suelo, y miles de gritos se escucharon por el salón, pero poco le importaba; Frederick veía todo rojo de la rabia. Mientras su rabia aumentaba, Albert sonrió y limpió la gota de sangre que bajaba de la comisura de su labio, le dolía la mandíbula como el infierno, pero no le daría la satisfacción de verlo.

—Ese maravilloso cuerpo que esconde bajo esos vestidos, oh sí, me muero por acariciarla por completo, por perderme en su interior. —Albert lo estaba provocando, y logró lo que buscaba; Frederick de solo imaginarse ese asqueroso cuerpo sobre el de Amberly, acariciando su hermoso y suave cuerpo con sus rasposas y asquerosas manos, sintió ganas de vomitar, ese hombre iba a lastimarla, estaba seguro, y antes de ser consciente de sus actos, estaba sentado sobre él golpeando su rostro una y otra vez con tanta fuerza como podía; a pesar de los pocos intentos de Albert para defenderse, no era mucho lo que pudiera hacer, Frederick era mucho más fuerte, corpulento y grande que él, tenía todas las de perder; sin embargo, se sentía victorioso, lo había llevado al límite, estaba más que seguro de lo que Frederick sentía por Amberly, así que estaba más que decidido a cumplir su cometido: se casaría con ella.

Los gritos en el interior del salón empezaron a sonar y llamaron la atención de Amberly y de la duquesa, que habían disfrutado del silencio desde que habían salido del lugar; se miraron entre sí confundidas y decidieron volver al interior del salón, caminaron lentamente hasta donde una gran cantidad de gente se aglomeraba y poco a poco lograron avanzar entre la multitud hasta llegar al frente.

Amberly cubrió su boca con sus manos, y la duquesa dejó salir un grito al ver a Frederick golpeando a Albert; varios hombres intentaban detenerlo, pero era imposible, parecía poseído por la furia, hasta que Roger se acercó dando grandes zancadas, tomó a Frederick de sus brazos y lo alejó de Albert de un tirón.

—Cálmate —susurró Roger a Frederick, pero era imposible; varios hombres intentaban ayudar a levantar del suelo a Albert, pero estaba muy golpeado; la duquesa se acercó a su hijo y acarició su rostro intentando calmarlo, pero era imposible; Amberly miraba la escena sin saber qué hacer, así que decidió seguir los deseos de su cuerpo y se acercó a Frederick llamando la

atención de todos los presentes y aumentando la rabia de Albert. ¡Era él el herido!

Frederick vio a Amberly y se quedó completamente quieto, no, no podía permitir que algo tan hermoso fuera dañado por semejante hombre.

Amberly no sabía qué decir, tenía un extraño deseo de acercarse y abrazarlo, de preguntarle si estaba bien, si se había hecho daño, pero no podía, hacer algo así los pondría en evidencia, a ella y a Frederick, así dijo lo único que podía decir, rogando al cielo que él viera en su mirada todo lo que en realidad quería decir.

—¿Está usted bien, milord? —Frederick asintió y dejó salir una pequeña sonrisa.

—Sí, milady, me encuentro perfectamente —Amberly asintió, tentada a sonreír mordió su labio para evitarlo, luego giró y dio unos pequeños pasos hacia Albert.

—¿Necesita un médico, milord? —susurró, pero Albert se levantó rápidamente con una mano en su pecho aguantando el dolor, se irguió y miró a su lado; Amberly siguió sus ojos y se encontró con su hermano que la miraba interrogante.

Andrew se acercó a su hermana preocupado, sin embargo, ella parecía ajena a todo lo sucedido, así que como hermano protector se puso a su lado y la abrazó por la cintura, pegándola a su cuerpo.

—¿Todo bien, Amber? —preguntó en un susurro; ella se aferró a su brazo y asintió, iba a hablar, pero Albert se le adelantó.

—Milord, solicito para el día de mañana una reunión con su Lord Warrington, es de suma importancia. ¿Le parece a las dos? —dijo a Andrew; Amberly frunció el ceño, y Frederick sintió ganas de volver a golpear a ese imbécil, pero el fuerte agarre de Roger se lo impidió.

—Lo lamento, Lord Kent, pero el día de mañana, mi padre y yo tenemos una cita con otro caballero para unos negocios, me es imposible agendar esa cita. —Albert frunció sus labios y miró de reojo a Frederick que sonreía complacido.

—Hablaré con Lord Warrington yo mismo y escogeré día y hora con él. —Andrew enfureció, como si él no fuera importante.

—Haga lo que se le dé la gana, Kent, me da igual. —Tomó a su hermana de la mano y lo fulminó con su mirada—. Vámonos Amber. —La sacó de allí y la llevó a la entrada; mientras esperaban su carruaje ya que su padre se había sentido mal y se había ido antes, o eso le había dicho Andrew a su hermana, Frederick los alcanzó.

—Andrew, ¿puedo hablar con usted a solas? —dijo cuando llegó hasta ellos; Andrew asintió y se acercó al duque.

—¿Pasa algo? —preguntó curioso.

—Estoy dispuesto a aceptar cualquier negocio que usted y su padre me propongan con una sola condición. —Andrew abrió los ojos como plato, tanta maravilla debía tener un pero muy grande.

—¿Cuál?

—Amberly, su hermana, no puede comprometerse con Kent. Piénselo y lo negociaremos mañana. —Dicho eso, le dedicó una pequeña mirada a Amberly, dio media vuelta y volvió al salón en busca de su madre.

CAPÍTULO 12

Andrew quedó en shock después de esas palabras, solo pudo reaccionar cuando Frederick ya estaba demasiado lejos para decir algo más. ¿Estaría Frederick interesado en Amberly? Se preguntaba una y otra vez, no lo entendía. ¿Por qué otra razón Frederick le pediría algo así? Pero si estaba tan interesado en ella y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por evitar que se casara con otro hombre, entonces ¿por qué no le proponía matrimonio él? Era la única forma de asegurarla para sí. ¿Sería porque aún no estaba seguro de querer casarse y no quería que ella se comprometiera con otro? No, era ridículo, a menos que las intenciones con su hermana no fueran las correctas y solo quería asegurarse de mantener su camino libre, y eso hizo que su sangre hirviera; su hermana jamás sería moneda de cambio, y él se iba a encargar de dejárselo muy claro, era increíble que se atreviera a decirle algo así, a él, era su hermano por Dios.

Andrew, furioso, caminó hasta su hermana y tomándola de la mano delicadamente la llevó hasta el carruaje que ya los esperaba y la ayudó a subir, pero no quería hablar, no quería desquitarse con su hermana.

—¿Pasó algo? Llegaste muy raro, Andrew —preguntó extrañada Amberly; su hermano tenía el ceño fruncido, respiraba con fuerza y sus manos estaban cerradas en dos fuertes puños, parecía a punto de golpear a alguien; sin duda alguna, fuera lo que fuera que hubiera pasado, lo había enfurecido.

—Amberly, si yo te pidiera que te alejaras de Lord Marlborough definitivamente, que no volvieras a ir a su casa ni a hablar con él. ¿Lo harías? —Amberly frunció el ceño y una extraña presión apareció en su pecho; era como un mal presentimiento, tenía miedo de la razón por la que su hermano preguntaba eso, tenía miedo de verse obligada a alejarse de Frederick.

—¿Por qué preguntas algo así, Andrew? Empiezas a asustarme. ¿Pasó algo malo? —Andrew suspiró y acomodó un poco su cuerpo para quedar frente a frente con su hermana, tomó sus manos entre las suyas y acercándolas a sus labios dejó un pequeño beso en cada una, luego la miró a los ojos.

—Recuerda siempre, Amber, que soy tu hermano, que te adoro como nadie y que jamás permitiría que te dañen, jamás haría algo que te hiciera infeliz, eres mi hermanita —dijo Andrew en un susurro, y el corazón de su hermana se aceleró; era la primera vez que le hablaba con tanto amor, la primera vez que le decía cosas tan hermosas, la primera vez que le hablaba así de cariñoso; en ese momento Amberly sintió que su corazón se derretía; oh sí, si su hermano se lo pedía sería capaz de alejarse de Frederick, después de todo para él todo eso era como un experimento, mientras que Andrew era su hermano, jamás habría maldad en él.

—Lo sé, Andrew, y tú sabes que te quiero mucho. —Su hermano dejó un pequeño beso en su frente y se acomodó de nuevo en su asiento con la mirada fija en ventana; su cabeza estaba a miles de kilómetros de ahí, se sentía confundido, había algo que no cuadraba, algo se le escapaba sobre Frederick, pero lo iba a descubrir, no iba a permitir que dañara a su hermana.

Amberly se quedó en completo silencio el resto del viaje, le parecía extraña la actitud de su hermano, pero prefería dejarlo tranquilo, ya luego podría averiguar qué era lo que en realidad pasaba, y lo bueno de todo eso era que había podido librarse tanto de la invitación de Kent como la de la madre de Frederick, así que podría estar tranquila en casa, tal vez se sentara a leer un rato o tal vez invitase a Cassandra, seguro que le encantaría salir de casa.

Al llegar a casa Andrew la ayudó a bajar del carruaje, y cuando ella caminaba rumbo al despacho de su padre él la detuvo

—¿A dónde vas? —preguntó Andrew.

—Voy a ver a papá, quiero ver cómo está y preguntarle por qué dejó la fiesta así, estoy preocupada por él. ¿Crees que se sienta enfermo? —dijo ella mientras caminaba, pero en vez de recibir una respuesta, su hermano la tomó del brazo para detener sus pasos.

—Déjame hablar con él primero, es un asunto importante, tú puedes hablar con él mañana, por favor, Amber. —Amberly soltó un fuerte bufido y se liberó de su agarre de un tirón.

—Es ridículo —gritó furiosa—, no entiendo por qué tanto secreto entre tú y papá, odio sentirme así, aislada, como si no fuera de esta familia, ni tú ni papá me dicen lo que pasa. ¿En algún momento van a llegar a confiar en mí? —Aunque empezó gritando, sus últimas palabras eran apenas un susurro, su voz sonaba rota y le costaba mantener las lágrimas a raya, le dolía muchísimo la forma en que su padre y su hermano la aislaban.

—Te entiendo, Amber, pero déjame hablar con papá. —Sin poder evitarlo, una lágrima rodó por su mejilla, la limpió de un fuerte manotón y subió las escaleras corriendo sin detenerse aun cuando su hermano la llamaba a gritos; en cuanto llegó a su habitación se alegró de que Briana no estuviera allí, así que cerró la puerta con seguro y se lanzó a la cama llorando amargamente, no se molestó en quitarse el vestido, solo quería sacar toda la tristeza que albergaba en su corazón.

Andrew suspiró derrotado al ver a su hermana correr, odiaba verla así, pero no era decisión suya decirle o no; su padre había decidido no decirle nada, aunque para él tampoco era justo, pero no era su asunto, ese era trabajo de su padre.

Caminó al despacho de su padre para encontrarlo igual que siempre, con un vaso con whiskey en su mano izquierda y con mil papeles en la derecha, su ceño fruncido y la inconfundible señal de preocupación en su rostro; en cuanto la puerta se abrió, levantó la mirada y suspiró tranquilo al ver a su hijo, últimamente le daban nervios encontrarse con su hija, ya no sabía cómo seguir ocultándole todo lo que pasaba.

—Pensé que era Amberly —susurró y volvió a mirar los papeles sobre su escritorio.

—Estuvo a punto de venir, pero logré que fuera a su habitación —el conde asintió, pero no le estaba prestando verdadera atención a sus palabras—. Terminó llorando padre. —En ese momento levantó su mirada asustado, odiaba ver a su hija llorar, le partía el corazón.

—No quiero que se preocupe —dijo intentando convencerse a sí mismo que no decirle era lo mejor, pero en ese punto, cuando estaban a solo un paso de perderlo todo, sus argumentos perdían validez.

—Igualmente llegará el momento en que tenga que saberlo, no puedes escondérselo para siempre, y lo mejor sería saberlo antes de que lleguen a quitarnos lo poco que nos queda. —Dicho eso, dio media vuelta y salió, había ido dispuesto a contarle lo sucedido con Frederick, pero no quería preocuparlo más, quería darle al menos una noche de un poco de tranquilidad.

Al siguiente día Amberly despertó con su vestido aún puesto, tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar, no tenía ánimos de nada así que llamó a su doncella y pidió que le prepararan un baño, se quitó la ropa y se hundió en el agua hasta que esta estuvo completamente fría, no quería

hablar con nadie, no quería estar con nadie; al salir del agua se puso un sencillo vestido azul cielo decorado con un pequeño y delicado encaje del mismo tono, demasiado sencillo para salir, tampoco estaba de ánimos para arreglarse más de lo debido, así que se hizo una trenza a un lado y estuvo lista; tomó uno de sus libros favoritos y salió al jardín, se sentó en medio del césped y empezó a leer, quería disfrutar de un poco de tranquilidad.

A las dos en punto, Frederick llegó a casa de los Warrington dispuesto a todo, estaba más decidido que nunca a alejar a Amberly del puerco de Kent, estaba dispuesto a dar todo el dinero que fuera necesario, para algo debía servir ser rico, solo esperaba que ellos aceptaran.

En cuanto llegó lo hicieron pasar directamente al despacho del conde donde Andrew lo esperaba sentado frente a su padre; se acomodaron los tres en el escritorio del conde y sin rodeos Frederick empezó la conversación, la curiosidad lo estaba matando.

—¿Para qué soy bueno? ¿Cuál es ese asunto de tanta importancia del que hablaba Andrew? —El joven heredero miró a Frederick con el ceño fruncido, después de lo que le había dicho anoche empezaba a desconfiar de ese hombre más de lo que ya lo hacía.

El conde miró al duque y suspiró; según su hijo esa era su última opción, ya estaba cansado de revisar los mismo documentos una y otra vez, no habría error alguno, estaban completamente arruinados, y ese duque resultaba ser su última opción, pues estaba dispuesto a usarla y a sacarle todo el beneficio posible.

—Bien, caballero, como ya debe suponer, esta es una discusión privada y lo que se hable aquí no puede salir de este lugar —el duque asintió.

—De mis labios no saldrá una sola palabra de lo que ocurra aquí —el conde asintió satisfecho, dejó caer su espalda en el espaldar de la silla y tomó aire.

—La cosa en realidad no es larga de contar o difícil de entender, los malos negocios y las malas inversiones nos dejaron en la ruina, tengo muchas deudas como ya debe suponer usted y no tengo como pagarlas, lo único que me queda es esta casa, ya perdí nuestra casa de campo, apenas si tenemos para sobrellevar la situación. —Frederick abrió sus ojos sorprendido, nunca se esperó una noticia así; sí había llegado a imaginar que estuvieran mal económicamente, pero nunca pensó que tan mal, sin embargo, había algo que no entendía.

—Si están en la ruina, ¿cómo es que Amberly tiene dote? Porque tengo entendido que su dote de hecho es muy buena. —Andrew fue el que habló para responder esa pregunta.

—Es lo único que nos queda; mi padre no quería arruinar las oportunidades que pudiera llegar a tener Amber para encontrar al hombre de su vida, un hombre que la haga feliz; acá entre nos Marlborough, ambos sabemos perfectamente que una mujer sin dote jamás encontraría esposo, nosotros queremos que ella sea feliz, y si mantener su dote es su única opción, pues es preferible terminar en la cárcel para deudores a que ella termine sola e infeliz. —Frederick se quedó sin palabras, no sabía qué decir a eso: eran un par de caballeros dispuestos a todo por ver que la única mujer en sus vidas fuera feliz, eso era de admirar.

—Ella no sabe nada, Marlborough, no sabe que estamos en la ruina, no sabe que lo único que tenemos es su dote, no sabe que lo perdimos todo —dijo Andrew rogando al cielo para que el duque cumpliera con su palabra y que no comentara a nadie su situación.

—No podrán esconder algo así por mucho tiempo, en algún momento ella lo sabrá y lo mejor sería que se entere por ustedes, por su familia, a que se entere por otra persona o porque un día

lleguen a sacarlos de su casa o a llevarse a su padre a la cárcel. ¿Por qué no decirle? —preguntó confundido, en ese momento entendió las advertencias de Andrew y la importancia del asunto.

—Porque no quiero que se preocupe por eso, porque sé que si llega a saberlo sería capaz de casarse con un hombre adinerado solo para solventar nuestras deudas sin importar su felicidad, yo no quiero eso para mi hija —dijo el conde.

—Bien, eso lo entiendo, ahora, ¿qué tengo que ver yo en todo esto? —Andrew miró a su padre y este asintió dándole permiso a hablar, era la hora de la verdad.

—Necesitamos que nos prestes un poco de dinero, Marlborough, hay un negocio que pinta bastante bien, tal vez la única opción que tenemos para sobrevivir a esto, debo admitir que es bastante dinero, pero a estas alturas, usted es nuestra única opción, el único caballero que conozco que sé que cumplirá su palabra sea cual sea su decisión —dijo Andrew; las cartas estaban echadas, todo estaba en manos de él.

—¿Y qué seguro tengo yo? —preguntó Frederick; ningún hombre en sus cinco sentidos prestaría una gran cantidad de dinero sin un seguro.

—Esa es la otra cuestión, no hay seguro, si el negocio sale mal, perdemos nosotros y pierde usted —dijo el conde con una mueca; esa era la parte difícil de todo eso.

Frederick suspiró, no era una decisión sencilla, era perder mucho dinero o quedarse viendo como toda una familia se hundía en las deudas cuando bien podía darle él un último salvavidas, y a pesar de lo feo, desalmado y aprovechado que podía escucharse, decidió tomar su oportunidad y usarla a su favor.

—Andrew, ¿se acuerda de lo que le dije ayer en la noche? —Andrew se tensó y el conde miró a su hijo con el ceño fruncido.

—¿Qué te dijo el duque, Andrew? —preguntó curioso el conde.

—Yo le explicaré —interrumpió Frederick—. Ya que es usted el responsable de la familia, es usted con el que tengo que hablar. —Tomó aire—. Antes de que malinterprete mis palabras, les pido a ambos, que me dejen terminar. —Andrew y el conde lo miraron con desconfianza, pero igualmente asintieron—. Ayer a su hijo le hice una propuesta: que estaba dispuesto a participar en lo que fuera que me propusieran, en este caso, que les daría el dinero que necesiten sin problema alguno con una sola condición, tengo entendido que el duque de Kent está bastante interesado en Amberly, ayer me lo confesó, quiere casarse con ella —el conde lo interrumpió.

—No estoy entendiendo, ¿qué tiene que ver nuestro préstamo con los intereses de Kent en mi hija? —Andrew levantó su mano para detener las palabras de su padre.

—Escúchalo, padre, porque tanta maravilla tiene una gran condición. —El conde frunció el ceño y volvió a mirar al duque.

—Estoy dispuesto a dar el dinero con tal de que Amberly no se comprometa con Kent, esa es mi única condición, ella no puede casarse con él. —El conde se quedó terriblemente sorprendido al escucharlo, nunca se esperó una condición así.

—Yo tengo una pregunta, Marlborough, y por su bien espero que la respuesta sea buena, o usted y yo tendremos muchos problemas. ¿Por qué no quiere que mi hermana se case con Kent? ¿Acaso está interesado en ella? —preguntó Andrew preparándose para todo y sintiendo la rabia nacer en su cuerpo. Frederick acarició su mentón con su mano y suspiró.

—Entiendo su pregunta, entiendo que esté preocupado por su hermana, pero para responderle debo decir que no estoy interesado en casarme, ni con su hermana ni con cualquier otra mujer, pero lo que sí sé es que Kent no es el hombre correcto para ella, usted quiere verla feliz y ese hombre solo será su mayor desgracia. —Andrew se levantó de golpe, tan rápido que su silla se fue para atrás.

—¡Mi hermana no es moneda de cambio, Marlborough! —gritó furioso—. No sé por qué tengo un mal presentimiento con usted, su madre es muy cercana a mi hermana, y algo me dice que usted tiene intenciones poco correctas para con Amberly. ¿Acaso me equivoco? —Andrew intentaba contener sus ganas de saltarle encima y acabarlo a golpes para hacerle ver que su hermana tenía quien la defendiera, en cambio su padre solo los miraba asombrado, no sabía qué decir ni qué pensar.

—Eso no es asunto suyo —respondió Frederick más fuerte de lo que pretendía, que vio la rabia en Andrew y rápidamente se levantó de su silla—, piénsenlo y en cuanto tengan una respuesta pueden comunicarse conmigo. —Dicho eso, dio media vuelta y caminó a la salida.

—¡Te quiero lejos de Amberly, Marlborough! ¡No permitiré que arruines a mi hermana! —gritó Andrew que lo seguía de cerca para asegurarse de que se fuera—. Ya me encargaré de que mi hermana no se vuelva a acercarse ni a usted ni a su madre, esa es nuestra respuesta, no tengo nada que pensar, ella no es moneda de cambio. —Frederick se detuvo de golpe y se giró furioso.

—¡Nada ni nadie podrá alejarme de ella! Mucho menos usted —dijo furioso; Andrew dio un paso atrás dispuesto a dar el primer golpe, pero justo en ese momento Amberly apareció frente a ellos con el ceño fruncido al verlos tan peligrosamente serios y a punto de agarrarse a golpes.

Frederick se quedó completamente quieto al verla, solo podía pensar en sus ojos rojos e hinchados, había estado llorando, estaba seguro, pero ¿por qué lloraba? ¿Quién fue el culpable? Quería acabar con el culpable fuera quien fuera; se acercó a ella con dos grandes zancadas, y ante la furiosa mirada de Andrew, tomó su rostro entre sus manos y acarició sus mejillas.

—Estabas llorando. ¿Por qué llorabas? —preguntó preocupado; Amberly levantó sus manos y acarició las de él suavemente, pero antes de que pudiera hablar, Andrew tomó al duque del cuello de su camisa y de un fuerte tirón lo alejó de su hermana, tan fuerte que estuvo a punto de tumbarla también a ella.

—¡Aléjese de ella, Marlborough! —gritó furioso; Amberly abrió sus ojos asustada al ver que Frederick se estabilizaba y caminaba hacia su hermano con la fija intención de golpearlo.

—¡No! —gritó asustada—. Por favor, no —susurró; sus ojos se cristalizaron, y dio un paso hacia ellos con la mirada fija en Frederick, rogándole que no lo hiciera. Frederick al verla se detuvo, relajó sus manos y respiró profundo.

—Más le vale que yo no vuelva a verla llorar —dijo Frederick a Andrew en una clara amenaza.

—Y más le vale a usted no volverse a acercarse a mi hermana —respondió Andrew usando el mismo tono; Frederick decidió darle una última mirada a Amberly y luego salió de allí, ya vería la forma de hablar con ella, mientras que Andrew se juraba a sí mismo jamás permitir que su hermana volviera a acercarse a ese hombre.

A ese punto, las cartas habían sido lanzadas, solo dependía de los jugadores, dependía de quién hiciera la mejor jugada, el vencedor se lo llevaría todo y el perdedor posiblemente perdería

el corazón.

CAPÍTULO 13

Andrew vio furioso como Frederick salía de su casa, aun no podía creerse que se atreviera a amenazarlo, como si él tuviera derechos sobre su hermana. ¿Quién se creía? Él estaba más que decidido a alejar a su hermana de ese animal vestido de caballero. Giró y vio a su hermana llorar, así que tuvo que respirar profundo varias veces para intentar calmarse antes de hablar con ella, no quería ser muy agresivo.

—Amber, yo me suponía que algo así podía pasar, lo sabía, en un hombre como él no se puede confiar, es que debí suponerlo desde aquella vez en la universidad, soy un estúpido. — Amberly calmó sus lágrimas para intentar hablar.

—¿Qué sucedió entre ustedes dos? —Andrew se acercó a ella, tomó su rostro entre sus manos, limpió sus húmedas mejillas, pegó sus labios a su frente y dejó un tierno beso en ella.

—Eso ya no interesa, Amber, hace parte de un pasado del que no eres culpable, jamás te metería en ello, sin embargo, me veo en la obligación de pedirte, de rogarte que me prometas que te alejarás de Frederick, de su madre y de todo lo que lo implique a él de alguna forma, prométemelo. —Amberly se quedó de piedra, no era justo; él no le había hecho nada a ella. ¿Por qué tenía que alejarse?

—Pero ¿por qué? ¿Qué fue lo que pasó allí adentro? —En ese momento ella se arrepintió de no haberse colado tras el despacho de su padre, allí donde solía esconderse, y haber escuchado la conversación, así entendería por qué su hermano estaba tan furioso.

—Amberly, solo has lo que te pido, ¿sí? —dijo con rabia—. No preguntes, siempre andas preguntando, no entiendo por qué tanta necesidad de saber, simplemente confórmate con que soy tu hermano mayor, soy responsable de ti, debo cuidarte y sé que es lo mejor para tu futuro y tu felicidad. —Ella lo miró furiosa y dejó atrás las lágrimas.

—¡Soy yo la que tiene que alejarse ¿y me pides que no haga preguntas?! ¡Es ridículo! —gritó, no era justo que ella tuviera que pagar por las discusiones de ellos dos.

—¡Es una orden, Amberly! —gritó Andrew perdiendo la poca paciencia que aún conservaba.

—¡Tú no me das órdenes, no tienes el derecho a hacerlo por muy hermano mayor que seas! —Andrew se acercó peligrosamente a Amberly, pero ella no dio un paso atrás, era cierto que haría lo que fuera por su hermano y que unos momentos atrás pensó que incluso sería capaz de alejarse de Frederick por él, pero todo había cambiado; si ellos no compartían lo que sucedía con ella, pues ella tampoco iba a pagar las consecuencias.

—¡Basta! —gritó el conde saliendo de su despacho, cansado de escuchar la estúpida discusión entre sus hijos, que logró volver a la realidad luego de la estupefacción en la que había quedado después de escuchar a Frederick.

—Pero, padre, ella debe alejarse de él, ordénaselo tú a ver si a ti sí te obedece, tú mismo escuchaste lo que dijo ese hombre, solo traerá desgracias a Amberly. —La joven frunció el ceño.

—¿Podrían decirme lo que sucedió? —dijo exasperada interrumpiendo a su padre que iba a hablar, pero terminó siendo ignorada: el conde y su hijo siguieron su conversación solos.

—Ni tú ni yo tenemos el derecho o el deber de prohibirle algo a Amberly, es su vida, ella

tiene la completa libertad de elegir qué hacer con ella, ya debe saber medir las consecuencias de sus actos, ya no es una niña. —Andrew despeinó su cabello, desesperado.

—No estoy de acuerdo, ella podría caer en desgracia por su culpa, tú lo oíste. ¿Cómo nos hace una propuesta así? Ella no es moneda de cambio. —En ese momento, con esa última frase, todos los miedos de Amberly salieron a flote. ¿Moneda de cambio? Entonces, más que nunca, debía saber lo que había pasado en esa reunión.

—Por eso nosotros no vamos a aceptar, por respeto a tu hermana, pero por ese mismo respeto es que no puedes imponerle algo así. —En ese momento, como recordando su presencia, el conde giró y miró a su hija con tanto amor que a punto estuvo Amberly de olvidar por qué estaba furiosa en un comienzo—. Confío en ti, hija, sé que eres inteligente y que jamás harías algo que pueda perjudicarte a ti o a tu familia, así que no, jamás te prohibiría que te acerques al duque, eres libre de hacerlo, solo ten cuidado. —Dando por terminada la conversación, dio media vuelta y volvió a su despacho, últimamente no salía de ese lugar.

Desde el momento en que escuchó al duque, el conde no dejó de pensar en otra cosa, sus palabras llamaban su atención sin duda alguna, y como bien pasó con su hijo, sus palabras eran fáciles de malinterpretar; sin embargo, él en sus ojos no vio maldad o lujuria al hablar de su hija, todo lo contrario, era amor, no cabía duda alguna, estaba seguro de que Frederick jamás haría algo que perjudicara a Amberly, seguro solo estaba un poco confundido por sus sentimientos, pero llegaría el momento en que aceptaría lo inevitable, y su hija iba a ser muy feliz, nunca le faltaría nada.

Amberly se acercó a su padre, dejó un beso en su mejilla y salió de casa pidiendo a gritos que arreglaran su caballo sin importar lo incorrecto que se veía eso en una mujer, pidió a su doncella que la viera en casa del duque, que se fuera en el carruaje para simular que iban juntas. Amberly se puso un enorme sombrero que cubría casi por completo su rostro y una enorme capa negra, era casi imposible saber quién era si se le veía de lejos, y ella no tenía la intención de ponerse en evidencia, pero tenía una conversación pendiente con cierto caballero, una conversación que no podía posponer.

Amberly salió tan rápido como su caballo se lo permitió tomando únicamente las vías que se sabía, eran solitarias, y no le tomó más de diez minutos llegar, pero no podía entrar por la puerta principal, la descubrirían fácilmente y estaría en serios problemas, así que decidió dar la vuelta y entrar por la parte trasera de la casa, agradeciendo al cielo encontrar el camino correcto que la llevó justo a donde quería.

Bajó de su caballo bajo la sorprendida, atenta y curiosa mirada del encargado de los caballos del duque y le entregó las riendas.

—Vengo a buscar al duque, agradecería que cuidara a mi caballo mientras hablamos y le ruego prudencia con sus palabras, prometo no demorarme —Dio media vuelta y caminó hacia la entrada trasera de la casa— y mi doncella llegará en poco tiempo en el carruaje —dijo sin detenerse, tenía afán de llegar.

Al llegar a la puerta se detuvo de golpe, no se atrevió a entrar, era demasiado peligroso, los sirvientes no eran precisamente conocidos por su discreción, cualquiera podría verla y un solo comentario la llevaría a la ruina, así que dio media vuelta y volvió junto al hombre que le quitaba la silla de montar a su caballo.

—¿Podría pedirle un favor? —El hombre la miró con una ceja elevada, claramente curioso.

—Claro que sí, dígame, milady.

—¿Se encuentran en casa el duque y la duquesa? —el hombre asintió—. ¿Podría llamar a la duquesa y pedirle que venga? Le juro que no es para nada malo, solo necesito hablar con ella y es muy urgente. —El hombre negó con la cabeza.

—Es peligroso, no puedo, señorita, podría perder mi trabajo si algo llegara a sucederle a la duquesa. —Amberly junto sus manos en forma de súplica.

—Le juro que no haré nada que la dañe, usted me ha visto aquí, estoy segura, he venido varias veces a tomar el té con la duquesa, solo que en esta oportunidad es un asunto de vida o muerte y no estoy para formalismos, se lo ruego. —El hombre no pudo negarse, no tenía corazón para hacerlo, así que asintió y caminó rumbo a casa. Justo como prometió, encontró a la duquesa y luego de explicarle la extraña visita que tenía en las caballerizas, la duquesa salió prácticamente corriendo a su encuentro.

—Amberly, por Dios. ¿Te encuentras bien? ¿Pasó algo? —dijo preocupada al verla, revisándola disimuladamente de pies a cabeza.

—Sí, estoy bien, sé que esto sonará extraño, sé que no es lo correcto y que podría traernos demasiados problemas si algo sale mal, pero esto es realmente urgente. —La duquesa frunció el ceño sin entender a dónde quería llegar Amberly con todo eso.

—Directo al punto, Amberly, por favor, solo dime que es lo que necesitas de mí —Amberly asintió y tomó una gran bocanada de aire.

—Necesito hablar con su hijo —dijo tan rápido que por poco la duquesa no logró entenderle—. Sé que es extraño, pero necesito hablar con él o juro que me volveré loca, él sabe algo que yo debería saber, algo que mi hermano no me quiere contar, podemos hablar aquí, nadie nos vería, pero por favor se lo ruego, lo necesito. —La duquesa negó con la cabeza, no podía negar que la había dejado muy sorprendida, pero no entendía por qué arriesgarse tanto.

—¿Es tan urgente que no puedes esperar a una verdadera reunión? Una que no sea a escondidas —Amberly negó.

—No, si espero probablemente me arrepienta o nunca encuentre la valentía o el momento correcto para hacerlo, por eso tiene que ser ahora, cuando no soy totalmente consciente de lo que estoy haciendo, no estoy pensando en nada, simplemente lo estoy haciendo. —La duquesa entendió. Muchas veces nos dejamos llevar por los miedos o la cobardía para al fin quedarnos con el sinsabor de no haber sido capaces de arriesgarnos, quedándonos con la duda de ¿qué había pasado si...? Lo mejor era arriesgarse, luego se enfrentaría a las consecuencias, pero quedaría la tranquilidad de haberlo hecho.

La duquesa asintió.

—Coge tu caballo y ve hacia al sur, muy cerca de aquí hay una vieja cabaña, donde yo guardaba mis pinturas cuando de joven me gustaba pintar el bosque y la laguna, hace años que no la uso, y el personal no suele ir por allí, haré que Frederick vaya. —Dicho eso, dio media vuelta dándole las respectivas instrucciones al hombre, quien le ensilló el caballo de nuevo y la ayudó a montar.

La duquesa volvió a casa rápidamente, fue directamente al despacho, sabía que su hijo estaría allí, pero en cuanto entró y su hijo levantó la mirada se quedó sin palabras, no sabía qué decir,

nunca se había imaginado haciendo algo así. ¿Cómo concretar un encuentro secreto entre su hijo y una mujer? Aunque si era sincera consigo misma sí lo había hecho, y casualmente con la misma pareja, pero una cosa era intentarlo en un baile y otra intentarlo bajo su mismo techo.

—¿Pasa algo madre? —preguntó Frederick preocupado al ver los nervios de su madre; desde que había salido de casa del conde sus nervios estaban a flor de piel, sus manos temblaban y le costaba concentrarse en otra cosa que no fuera Amberly, en sus ojos hinchados de tanto llorar y en la fuerte discusión con su hermano; seguro que llegarían a prohibirle su compañía, pero no estaba dispuesto a permitirlo, había algo en esa mujer que lo atraía como ninguna, no la dejaría ir hasta que no supiera qué era.

—Sé que sonará extraño, pero alguien te espera en mi casita de pintura. ¿La recuerdas? La que queda cerca de la laguna —Frederick asintió, recordaba a la perfección la vieja casa; sin embargo, su ceño se frunció.

—¿Quién está esperándome allí? —preguntó confundido. ¿Cómo podía haber alguien esperándolo allí y no en la sala de visitas como era correcto? O una pregunta mejor ¿quién podría ser? Era un lugar muy alejado para hacer visitas.

—Antes de responder a eso, debes prometerme que no harás nada que pueda perjudicarlos luego, debes prometer que te comportarás como todo un perfecto caballero Frederick. —Aunque la duquesa tenía la firme intención de casarlos y tenía el propósito de que fueran descubiertos juntos en un lugar público, no quería que fuera por rumores mal intencionados de la servidumbre o que pasara algo incorrecto entre ellos sin estar casados.

—No estoy entendiendo, madre —dijo confundido.

—Amberly Dunne te espera en mi casita de pintura, —Dicho eso, dio media vuelta y salió del despacho para preparar todo para la llegada del carruaje de Amberly, iba a encargarse de cubrirlos, era extraño para alguien que había intentado casarlos que causara un escándalo.

Frederick se quedó de piedra. ¿Qué hacía Amberly en ese lugar? Pero sin perder más tiempo, se levantó de su asiento y salió corriendo a las caballerizas, esperó a que el encargado le preparara su caballo y salió a todo galope hasta aquel alejado lugar. Al llegar, amarró su caballo junto al de Amberly en un árbol cercano, caminó lentamente hasta la entrada y casi podía sentir los nervios en su cuerpo, era insoportable.

Al llegar, Amberly decidió conocer la curiosa casita mientras Frederick llegaba, se quitó su capa y su sombrero dejándolos sobre un escritorio; en el interior de la casa estaba todo lleno de caballetes, cuadros ya terminados y pinturas, muchas de ellas ya secas; además, al fondo, había unas escaleras que llevaban a un pequeño balcón desde el cual se tenía una vista perfecta del lugar, entonces entendió el gusto de la duquesa por ese lugar, era una lástima que se había dejado de usar; Amberly se imaginaba pintando allí, aunque no lo hacía tan bien, le gustaba hacerlo; o incluso se imaginaba leyendo un libro allí, eso sí que le encantaba.

Cuando bajaba las escaleras la puerta se abrió y Frederick entró mirando a lado y lado, buscándola, y al encontrarla ya no pudo apartar los ojos de ella, era fascinante, el lugar les daba algo que nunca habían tenido, ni siquiera en aquella escondida habitación, allí no había peligros, eran solo ellos dos, era como un mundo, solo de ellos, un mundo que les daba libertad, intimidad, confidencialidad y cierta magia, porque allí, en medio de pinturas, colores, flores, no había lugar para las mentiras o los secretos.

—Hola —dijo Frederick con su hermosa y ya conocida sonrisa, tan coqueta como siempre complementándola con esa mirada terriblemente hechizante.

—Hola —susurró tímidamente Amberly; era cierto que fue ella la que lo buscó, pero eso no evitaba que en ese momento, cuando lo tenía justo en frente, los nervios la invadieran.

—Nunca me había imaginado que te vería aquí, cuando me lo dijo mi madre no lo podía creer, pero debo admitir que es una grata sorpresa. ¿Para qué me necesitas? —dijo Frederick cerrando la puerta tras de él; Amberly terminó de bajar las pocas escaleras que le quedaban y se acercó a él solo unos pocos pasos más, conservando una distancia necesaria para ambos.

—Tengo un par de preguntas para ti y voy a necesitar que seas completamente sincero conmigo, es importante. —Frederick dio un paso más hacia ella y asintió.

—Puedes tener la seguridad de que siempre he sido completamente sincero contigo, puedes tener la confianza de que lo seguiré siendo siempre —Amberly asintió conforme, confiaba en él por alguna extraña razón.

—Bien, no sabes cuánto te agradezco eso, ya estoy cansada de los secretos —murmuró furiosa al recordar a su padre y a su hermano; sacudió la cabeza dejando atrás esos pensamientos y volvió a la realidad—. Quiero que me respondas: ¿qué fue lo que pasó entre mi hermano y tú cuando estaban en la universidad? ¿Qué fue lo que pasó durante la reunión que tuviste con mi padre y mi hermano en mi casa? Y no me vengas con que nada porque por no nada Andrew me habría pedido que me alejara de ti, y una cosa más: ¿por qué enfrentarte a todos por mí? —dijo con firmeza, gratamente sorprendida por la fuerza y seguridad de su voz, además jamás se había imaginado haciendo algo así.

Frederick se quedó en silencio para meditar sus preguntas, las respuestas no eran complicadas en sí, por lo menos dos de las tres preguntas tenían respuesta, pero algo le decía que Amberly no se conformaría con eso, ella quería respuestas, y él no sabía cómo iba a dárselas.

Mientras tanto, en Dunham Massey Hall, el conde de Warrington recibía una inesperada y poco gratificante visita.

—Lord Kent, qué sorpresa, no lo esperaba. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo el conde mientras llevaba al duque a su despacho.

—Sé que es inesperado, pero debía hablar con usted, es un asunto de suma importancia. —El conde frunció el ceño, no tenían ningún “asunto” en común que pudiera justificar su presencia en su casa.

—Lo escucho. ¿De qué se trata? —dijo el conde curioso.

—De su hija —dijo Kent seriamente, lo que causó un escalofrío en la espalda del conde.

—¿Amberly? ¿Pasa algo con ella? —Kent sonrió de forma perversa antes de hablar.

—Tengo una propuesta que hacerle a usted y a su hija —dijo tranquilamente, como quien hablara del clima, como quien hablara de algo simple o poco importante, solo que esa vez era mucho más que un simple negocio.

CAPÍTULO 14

Frederick no sabía qué hacer o por dónde empezar a hablar, debía buscar la forma de alejar su atención de ciertos temas, tal vez si alargaba sus explicaciones un poco, si contaba un par de cosas que ella no le había pedido, tal vez así lo lograría.

—¿Qué te parece si nos ponemos un poco más cómodos? No sé tú, pero esto de hablar estando de pie cansa. —Tomó dos de las sillas que estaban arrumadas a un rincón, limpió el polvo con su mano y puso una en frente de la otra—. Señorita, —Señaló la silla, y Amberly se acomodó en ella mientras él se sentaba en la otra.

—¿Podrías empezar de una vez? Siento que la espera y los nervios que tengo en este momento acaban conmigo. —Frederick sonrió y acarició su mentón con su índice.

—Es que es un tema un tanto complicado, son tres preguntas nada sencillas de responder, no puedes esperar que te diga: la primera respuesta es esta, la segunda esta y la tercera esta. —Amberly sonrió y se encogió de hombros.

—La verdad, sí, esperaba que hicieras algo así; aunque tu madre se encargue de despistar a los sirvientes, no creo que tengamos mucho tiempo. —Frederick puso los ojos en blanco y dejó caer su espalda en el espaldar de la silla; eso no le ayudaba en nada.

—No puedo darte una respuesta así si quieres entender todo, no es como si me preguntaran qué tal está el clima. —Amberly suspiró sintiéndose terriblemente frustrada.

—Bien, pero por lo menos empieza de una vez —Frederick asintió complacido y empezó su relato.

—Como bien sabrás, estuve en la misma universidad que tu hermano, tenemos la misma edad, así que íbamos en el mismo año, ambos estudiábamos economía y aunque te cueste creerlo éramos grandes amigos; a veces salíamos a tomarnos una copa de whiskey o a conocer chicas, digamos que siempre andábamos juntos, hasta que un día conocimos a una chica que era la hija de una de las sirvientes de uno de nuestros compañeros; era una mujer demasiado hermosa para ser una simple sirvienta, sabes que ellos esperan muy poco del futuro, no tienen las posibilidades que nosotros gozamos, pero ella era diferente, ella buscaba mucho, demasiado para una mujer de su estatus. —Y de repente se quedó en silencio; Amberly bufó en protesta.

—¡No te pares! Sígueme contando. ¿Qué era lo que ella buscaba? —La historia ya la había atrapado, no podía esperar a saber cuál era el desenlace de todo eso.

—Ella quería ser la esposa de un noble, quería tener un título, dinero, joyas, gozar de respeto, vestidos costosos y asistir a elegantes fiestas, pero sabes que eso es casi imposible para una mujer de su estatus; sin embargo, era tan hermosa que había sido capaz de engatusar a muchos.

—Ustedes dos incluidos, supongo —dijo Amberly interrumpiéndolo; Frederick asintió y sonrió ante el recuerdo.

—Cualquiera habría caído, no solo era hermosa con su cabello claro, sus ojos color miel, su piel clara y un cuerpo esbelto, sino que también sabía mantener una conversación, era coqueta y jugaba con su sonrisa que dejó a un par de corazones engatusados por el camino, y sí, como lo supones, tu hermano y yo caímos ante ella. —Frederick suspiró, aunque siempre le pareció una enemistad muy estúpida, ahora que se detenía a pensar en todo lo sucedido, entendía un poco

más la actitud de su amigo, porque sí, a pesar de todo, seguía considerándolo su amigo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Amberly con delicadeza al entender cómo afectaba lo sucedido a Frederick.

—Sin saberlo, empezó a jugar con los dos, coqueteando con ambos, engatusando a ambos hasta el punto de llegar a considerar una boda por más extraño que suene. —Amberly abrió sus ojos como platos, estaba realmente sorprendida—. Sí, ambos llegamos a pensar en casarnos con ella, era una mujer que sabía utilizar sus cualidades para conseguir lo que quería, pero como entenderás, ante cualquier mujer deseosa de dinero y poder, el heredero a un ducado sonaba terriblemente mejor en comparación al heredero de un conde, así que empezamos a tener nuestros encuentros furtivos llenos de miradas, sonrisas y besos robados, nunca intenté algo más; a pesar de que era hija de una sirvienta y que jamás habría tenido la obligación de responder si algo salía mal, la respetaba por ser mujer, no quería aprovecharme de lo que supuse era un inocente coqueteo, hasta que un día me preparó una sorpresa. —Amberly frunció el ceño. Un mal presentimiento crecía en su pecho.

—¿Sorpresa? —preguntó en un susurro.

—Un día decidimos quedarnos un par de noches en casa de nuestro amigo, estábamos de vacaciones y en cuanto llegamos ella aseguró tenerme una sorpresa; esa misma noche apareció desnuda en mi habitación; yo era un jovencito que apenas empezaba a conocer los placeres carnales, así que no pude evitarlo y terminé tomando su cuerpo, pero yo no fui el primero, de eso sí que estoy totalmente seguro. —Amberly sintió una extraña presión en su pecho al escucharlo, yacieron juntos y por alguna razón eso le causaba dolor.

—No lo puedo creer —susurró sorprendida.

—En aquel entonces mi padre aún vivía, era un hombre muy controlador y siempre me había dicho que tenía que casarme con una mujer merecedora de mi título y mi dinero, así que en cuanto se enteró de ella me dejó claro lo que pensaba. —El dolor en el rostro de Frederick era de lo peor que había visto.

—¿Qué hizo? —preguntó sin querer saberlo realmente.

—Digamos que me enseñó el puesto que ocupa la servidumbre y se aseguró de que ni ella ni yo lo olvidáramos. —Amberly frunció el ceño sin entender el significado de eso, pero no quería hacer más preguntas, no era el momento.

—Eso lo entiendo, pero sigo sin entender ¿qué tiene que ver mi hermano en todo esto? —Frederick se encogió ligeramente de hombros.

—Ella se encargó de hacerle saber todo lo que pasó entre nosotros, asegurando que era yo el que la buscaba y le dijo que fui yo el que le quitó la virginidad luego de engatusarla prometiéndole matrimonio, y terminó su grandioso relato contándole todo lo que pasó con mi padre con un ligero cambio, que obviamente, me perjudicó a mí y la benefició a ella, dejándome mal ante Andrew; él me pidió una explicación y miles de veces intenté explicarle, pero nunca me dejó hablar, así que al final terminó odiándome. —Amberly poco a poco entendió todo lo que había pasado; su hermano siempre había sido muy rencoroso y si realmente estaba enamorado de la chica era obvio que le creería a ella y no a su gran amigo, pero era triste que no lo escuchara si eran tan buenos amigos.

—¿Y ya, así terminó todo? ¿Nunca intentase hablar con él de nuevo, explicarle todo,

simplemente dejaste que su amistad se dañara? —Frederick se encogió de hombros.

—Digamos que era una causa perdida, así que no lo intenté más. —Amberly iba a seguir preguntando, pero la mirada que Frederick le dedicó le advirtió que no lo hiciera, era un punto delicado, tal vez aún le dolía haber perdido a su amigo por una injusticia.

—Solo una cosa más. ¿Qué pasó con ella? —dijo Amberly esperando no haber tocado ningún punto delicado, y al parecer no fue así porque Frederick respondió sin problema alguno.

—No lo sé. Luego de todo lo que pasó, mi padre se aseguró de alejarme de ella; simplemente terminó la universidad y volví a casa, en alguna oportunidad le pregunté a mi amigo, pero solo me dijo que ella y su madre se había ido de su casa y nunca más volvieron a saber de ellas — Amberly asintió conforme, ya tenía una de las respuestas que quería, lo cual agradecía enormemente, sentía que él sí confiaba en ella, que él no le escondería nada, era gratificante luego de vivir entre secretos con su padre y su hermano.

—Gracias por contarme —dijo sinceramente.

—De nada, pero algo me dice que no te conformarás solo con eso y que tendré que seguir respondiendo a tus preguntas. —Amberly mordió su labio inferior ligeramente.

—Siempre puedes negarte, pero si vas a contarme algo quiero que lo hagas porque de verdad quieras hacerlo, no porque te veas obligado. —Frederick sonrió y se movió en su silla para sentarse en el borde de esta y lograr estar más cerca de Amberly, la tomó de su mentón y acercó sus labios a los suyos, les dio un leve roce y un casto beso.

—Quiero hacerlo, quiero que sientas que en mí puedes confiar tanto como yo confié en ti, contarte todo esto no es un delito, digamos que fortalece nuestra relación. —Amberly elevó una ceja.

—¿Nuestra relación? Dime, Frederick, ¿qué tipo de relación tenemos tú y yo? —Él sonrió y alejándose de ella volvió a su posición inicial.

—Esa es una muy buena pregunta, mi querida Amberly, pero ya habíamos quedado en tres preguntas, no tienes derecho a hacer más, por lo menos no por ahora. —“Por ahora”, esas dos palabras resonaron fuerte y claro en Amberly.

—Bien, entonces responde a mi segunda pregunta. ¿Qué paso entre mi padre, mi hermano y tú en la reunión que tuvieron en mi casa? —Frederick meditó un momento la respuesta, había prometido no revelar a Amberly la situación económica de su familia, ni a Amberly ni a nadie y estaba dispuesto a cumplir su palabra; sin embargo, tampoco quería mentirle, así que debía buscar la forma de decir la verdad evitando esa pequeña parte.

—Bien, hace un tiempo tu hermano se acercó a mí pidiéndome una reunión, según él era de suma importancia y su padre tenía que estar presente, así que concertamos la reunión para el día siguiente, o sea, hoy, por eso sabía que Kent no podía reunirse con tu padre hoy, no podía permitir que se reunieran, no después de lo que me dijo. —Se quedó en silencio esperando que ella hiciera la pregunta.

—¿Qué te dijo? —preguntó curiosa.

—Te responderé a eso con otra pregunta. ¿Tu padre aceptaría un matrimonio por conveniencia? —Las alarmas de Amberly se prendieron.

—¿Qué? ¿Cómo que un matrimonio por conveniencia? —preguntó asustada. ¿Qué era lo que le había dicho Kent?

—Respóndeme. —Amberly parpadeó varias veces rápidamente.

—No, mi padre prometió darme la completa libertad de elegir a mi esposo, jamás arreglaría un compromiso sin mi aprobación —Frederick asintió complacido, la miró seriamente y entrecerró sus ojos como queriendo ver lo que pasaba por su cabeza y su corazón en ese momento.

—Ahora te haré una pregunta aún más importante, ¿te casarías con Kent? —Amberly se quedó en completo silencio sin poder responder a ello; si fuera su decisión la respuesta sería un enorme no, claro que no se casaría con él, pero como aquí no solo estaba implicado su futuro si no el de su hermano y el de su padre, su única familia, por ellos la respuesta sería sí.

—No sabría responder a eso, lo único que puedo decir es que existen momentos, circunstancias que te llevan a hacer cosas que posiblemente no harías. —Frederick frunció el ceño. ¿Circunstancias? ¿Acaso Amberly sabía o suponía algún tipo de circunstancia que la llevara a casarse con Kent? ¿Acaso sabía de las deudas de su padre? Algo no estaba bien.

—¿Acaso existe alguna circunstancia que te lleve a casarte con Kent? —Amberly bajó la mirada a su regazo, allí donde sus manos se unían con fuerza; no se atrevía a mirarlo, temía perder la poca fuerza que le quedaba y terminar revelándolo todo—. ¿No tienes nada que decir? —preguntó Frederick impaciente.

—No hay nada que decir, además se supone que el que respondería las preguntas serías tú, no yo, sigues sin responder mi segunda pregunta. —Frederick se sintió decepcionado, ella no quería decírselo, fuera lo que fuera que estuviera pasándole, no sabía si era que ella ya sabía de la situación económica de su familia o si era algo más que aún no conocía, pero le dolía que ella no se lo contara.

—Solo diré que ahora estoy más que decidido a alejar al idiota de Kent de ti, es un puerco y no permitiré que te dañe, eres demasiado pura y hermosa para que alguien así te marchite. —El corazón de Amberly empezó a latir con fuerza.

—Esas son unas palabras muy hermosas, pero no entiendo, ¿cómo puedes pensar que Kent pueda hacerme daño? No tendría razón alguna para causarme algún mal, además ni siquiera creo que este tan interesado en mí como para llegar a un matrimonio —dijo confundida: era cierto que Kent la había coqueteado un poco y que no era precisamente el pretendiente deseado por una jovencita, pero él no parecía tan mala persona como lo hacía ver Frederick; tal vez ellos dos también tenían toda una historia que explicara su enemistad.

—Crees que todo el mundo es bueno, Amberly, aunque eso es algo lindo; él no es una buena persona, si tú supieras lo que me ha dicho, lo que ha hecho. —Suspiró frustrado.

—Pues entonces cuéntamelo a ver si logro entenderlo —dijo a punto de perder la tranquilidad.

—No es tan sencillo, además ese hombre es despreciable, lo dejó claro luego de amenazarme aprovechándose de la cercanía que hay entre tú y yo. —Amberly abrió sus ojos como platos.

—¿Sospecha algo de nuestra cercanía? —Frederick negó con la cabeza, calmándola.

—Simplemente me dijo algo con la clara intención de amenazarme.

—¿Qué fue lo que te dijo? —susurró; Frederick conectó sus ojos con los de ella.

—Que quería casarse contigo a como dé lugar —masculló furioso, no estaba dispuesto a seguir hablando, así que se levantó de golpe asustándola, empezó a caminar de lado a lado mientras se pasaba la mano por el cabello despeinándose; empezaba a ponerla nerviosa, pero de repente se detuvo, la miró y con dos grandes zancadas se acercó a ella, la tomó por los brazos levantándola de la silla y con uno de sus brazos encerró su cintura para pegar su cuerpo al suyo y con su mano libre empezó a acariciar suavemente su mejilla, cuello y labios—, No lo permitiré —susurró antes de tomarla por la nuca y acercar sus labios a los suyos robándole el aliento en un beso.

Mientras tanto, en casa del conde, Albert se sentaba frente al enorme escritorio de madera oscura frente al conde de Warrington, que se preparaba mentalmente para ganar el negocio más grande de su vida; estaba dispuesto a todo con tal de ganar.

—Cuénteme, Lord Kent. ¿En qué puedo ayudarle? No recuerdo tener asuntos en común con usted, así que como entenderá, tengo curiosidad por la causa de su presencia en mi casa —dijo el conde que fue directo al grano, no le gustaban los rodeos, mucho menos cuando se trataba de su hija, además ese hombre no le daba buena espina.

—Bien, como veo, usted prefiere ir directo al punto y eso me gusta, así que dígame, milord, ¿está usted dispuesto a comprometer a su hija conmigo? Puede pedir lo que desee, estoy dispuesto a negociar todos los términos de nuestro acuerdo, pero quiero estar comprometido con su hija cuando antes. —El conde sintió que la sangre abandonaba su cuerpo, nunca se había esperado algo así, no le gustaba ese hombre para su hija, no solo era desagradable a la vista sino también en su forma de actuar; era un hombre demasiado pomposo, grosero y engreído para su gusto.

—Mi hija no es objeto sobre el cual podemos negociar —dijo el conde seriamente, intentando disimular el desagrado que le producía todo esto—. Un día le prometí darle la libertad de elegir a su esposo, así que no es conmigo con quien tiene que hablar sino con ella. —El duque miró al conde como si se hubiera vuelto loco, jamás había escuchado algo así.

—No creo que algo así sea conveniente, solo dígame que pide para concederme la mano de su hija en matrimonio y listo, lo tendrá, sea lo que sea. —El conde apretó sus manos en puños, sintiéndose furioso al escuchar aquello, como si su hija no fuera lo suficientemente inteligente para elegir un buen futuro.

—Ya le dije que las cosas en mi hogar no funcionan así, no casaré a mi hija por conveniencia, será ella quien elija a su esposo y espero que su matrimonio sea por amor —dijo furioso y se levantó de su asiento obligando al duque a hacer lo mismo—. Así que si quiere casarse con Amberly, pídaselo a ella. —Caminó hacia la puerta y la abrió esperando que saliera, pero en vez de eso el duque se acercó a uno de los sofás.

—Entonces la esperaré aquí, quiero hablar con ella hoy mismo y usted debe estar presente, supongo, sigue siendo su hija —el conde masculló algo por lo bajo; ese hombre era realmente desagradable y era una lástima que al llegar su hija se llevara semejante sorpresa, pero no tenía otra opción, esperarían juntos a que su hija llegara, mientras tanto, rezaría al cielo para que su respuesta fuera negativa.

CAPÍTULO 15

Amberly se removió un poco al sentir las caricias de Frederick en su espalda baja, cada vez que él empezaba a acariciarla así, ella perdía el control sobre su cuerpo y terminaba entregándose por completo a él; era como si su cuerpo no fuera suyo, como si viviera para esperar sus caricias.

—Para —susurró Amberly entre besos, que puso sus manos sobre su pecho y poco a poco fue alejándolo de su cuerpo; no podía perder la concentración justo ahí, no cuando por fin estaba recibiendo las respuestas que necesitaba, no podía permitir que la distrajera con sus besos, algo le decía que todo era un truco para no responder a su última pregunta, era más ni siquiera había respondido la segunda en su totalidad, pero para desgracia de Frederick, esa última pregunta era la que más le interesaba en ese momento.

—¿Por qué quieres parar? Puedes tener la tranquilidad de que no haré nada que te dañe. — Amberly sintió cómo sus besos empezaban a bajar por su cuello y la razón empezaba a desaparecer, así que dio unos cuantos pasos atrás, se alejó de él tanto como le fue posible, detuvo sus pasos que se acercaban de nuevo a ella y levantó sus manos poniéndolas en medio de ambos.

—Basta, estás intentando distraerme y va a funcionar, pero no lo voy a permitir, quiero mis respuestas y las quiero ahora, no sabemos si llegaremos a tener otra oportunidad como esta para hablar. —Frederick suspiró derrotado y dio media vuelta para volver a su posición inicial en la incómoda silla de madera.

—¿Por qué tanto interés? ¿Por qué tantas preguntas? —preguntó Frederick agotado, odiaba cuando lo acorralaban con mil preguntas a las que él posiblemente no tenía respuesta.

—Porque estoy cansada de los secretos, de las mentiras, quiero la verdad, quiero entender todo lo que sucede a mi alrededor, odio vivir en la ignorancia. —Frederick miró a la joven y por alguna razón sintió que ella sabía más de lo que muchos creían, de eso estaba casi seguro, solo que no estaba seguro hasta qué punto y no quería cometer errores, no con ella.

—No hay nada más que decir en realidad sobre lo sucedido en tu casa, les hice una propuesta, beneficiosa para ellos, claro, con la única condición de nunca casarte con Kent, y tu hermano se puso furioso, solo decía que tú no eras moneda de cambio y que nadie elegiría por ti. —Amberly se sintió extraña; Frederick ya no hablaba por gusto o por voluntad propia, simplemente hablaba como si estuviera siendo obligado y eso no era lo que ella quería.

—Bueno —susurró lentamente esperando que se calmara un poco—, eso nos lleva a mi última pregunta, pero ¿por qué empiezas a comportarte así? Estábamos hablando muy tranquilamente. —Frederick pasó su mano por su cabello despeinándolo.

—Empiezo a sentirme acorralado con tantas preguntas, sabes mucho más que algunas de las personas realmente involucradas en el asunto, te acabo de contar cosas que pocas personas saben y a ti lo único que te importa son las respuestas que aún no recibes; es cierto que vivir en la ignorancia es horrible Amberly, pero con tus preguntas estás llevándolos al límite, no puedes presionar a todo el mundo por algo que tú quieres, piensa también en ellos —murmuró cansado; estaban mejor cuando la tenía entre sus brazos y su cuerpo se rendía a sus caricias.

Amberly bajó su cabeza apenada y fijó la mirada en sus manos entrelazadas sobre su regazo; tenía razón, se había concentrado en encontrar respuestas, encontrar lo que ella quería, pero nunca se detuvo a pensar en las personas que ponía entre la espada y la pared para conseguir esas

mismas respuestas, en ese momento empezaba a sentirse apenada.

Frederick vio la tristeza en el hermoso rostro de Amberly y una fuerte presión apareció en su pecho, suspiró con pesadez y a punto estuvo de golpearse a sí mismo por idiota; la lastimó con sus palabras cuando ella no lo hacía a propósito, quería respuestas y era normal después de vivir en medio de una ignorancia que posiblemente la terminara dejando en la calle. Se levantó de su asiento y se acercó a ella arrodillándose justo en frente, tomó su rostro entre sus manos y lo levantó con delicadeza.

—Perdóname, soy un imbécil, a veces olvido que no sé decir las cosas y hablo sin pensar, perdóname. —Se inclinó un poco sobre ella y dejó un casto beso en sus labios; sus manos ardían por acariciarla, cierta parte de su anatomía protestaba desde hacía mucho por tenerlo olvidado, pero lo único que era capaz de hacer era dejar esos pequeños y cortos besos en sus labios, al menos podía probar lo dulce que eran y disfrutar de ellos aunque fuera por poco tiempo.

—No pasa nada —dijo ella encogiéndose ligeramente de hombros—, tal vez podemos dejar esa parte de la conversación para otro día —Frederick asintió complacido—. Será mejor que me vaya, Briana debe estar en tu sala simulando que está conmigo. ¿Podrías enviar mi caballo con uno de tus hombres? Como entenderás, debo volver en el carruaje —él asintió y en su pecho empezó a crearse un extraño vacío.

—Si quieres puedo llevar yo mismo tu caballo en cuanto termine unas cosas aquí, otra persona levará el mío y así podré pedirle permiso a tu padre para salir a cabalgar un poco, ¿te parece? —A la hermosa joven se le iluminaron los ojos dejándolos de un azul aún más intenso; Frederick tuvo que hacer su mayor esfuerzo para contenerse y no lanzarse sobre ella para volverla loca con sus besos, le encantaban esos hermosos zafios que tenía por ojos, y eran aún más hermosos cuando brillaban con tanta intensidad, no quería ni imaginárselos cómo serían llenos de placer y lujuria.

Amberly se levantó de golpe emocionada, haciendo que Frederick cayera hacia atrás y chocara contra el suelo; ella lo miró apenada e intentó ayudarlo, pero él se levantó rápidamente y tomándola de la mano la llevó a la puerta.

—Si salimos ya tendremos el tiempo justo para cambiarme y cabalgar, podemos hacerlo en el pequeño bosque que hay detrás de mi casa, es muy lindo, aunque no tenemos un lago —dijo ella al ver el hermoso reflejo del cielo en la cristalina agua.

—Bueno, pues andando —dijo el duque sin poder evitar emocionarse tanto como ella; su alegría, su energía era contagiosa.

Frederick la ayudó a subir a su caballo y cabalaron a casa; él se encargó de alejar a todos los sirvientes y a los posibles ojos curiosos de la entrada trasera y del pasillo al salón para tomar el té; su madre había cerrado la puerta en cuanto llegó Briana, la doncella de Amberly, para lograr que todos crean que ella había llegado en su carruaje, y se encerró con la duquesa a tomar una deliciosa taza de té.

En cuanto Amberly llegó a la sala para tomar el té, su doncella guardó su capa y su sombrero en una enorme bolsa que había llevado, arregló su peinado y su vestido, dejándola perfecta y lista para ir a casa.

—Ve, estaré allí con tu caballo en aproximadamente una hora; en cuanto llegues, habla con tu padre de mi invitación y cámbiate el vestido por uno de montar, de esa forma no tardaremos

en salir —Amberly asintió emocionada; cuando estaba por salir, Frederick la tomó de la mano deteniéndola, la acercó a su cuerpo y sin importarle la presencia de su madre dejó un pequeño beso sobre sus labios; por suerte, Briana había ido a llamar al carruaje.

La duquesa vio cómo su hijo besaba a Amberly y sonrió triunfadora, lo mejor sería que empezara a arreglar todo para la boda de su hijo, estaba segura de que en menos de un mes, Amberly viviría en su casa, y que en un año ya hasta tendría un pequeño nieto.

Amberly sintió el calor en sus mejillas cuando Frederick se alejó, no se atrevió a mirar a la duquesa, le daba vergüenza, así que susurró una despedida y dando media vuelta salió; en cuanto subió al carruaje, puso sus manos en sus mejillas intentando bajar el calor en esas. El camino fue corto, las calles estaban un poco solitarias, así que tardaron menos de veinte minutos en llegar, pero en cuanto atravesó la puerta de entrada, frunció el ceño al ver un carruaje cerca de la entrada, lo que significaba que habían visitas; no reconocía el escudo, así que en cuanto el carruaje se detuvo, bajó rápidamente y para su sorpresa, la visita la esperaba justo ahí, en el salón de la entrada junto a su padre.

—Lord Kent —dijo ella educadamente haciendo una reverencia.

—Lady Dunne, ¿cómo está usted? Déjeme decirle que está muy hermosa el día de hoy. —Amberly lo miró con desconfianza, pero sus labios se curvaron en una tímida sonrisa muy bien ensayada.

—Gracias, y estoy muy bien, pero dígame ¿a qué debemos el honor de su visita? —Amberly miró a su padre, el desagrado en su rostro empezaba a preocuparla, algo le decía que lo que iba a suceder no sería bueno, nada bueno, pero podía salir ilesa.

—De hecho la estaba esperando a usted, milady, hablé con su padre para negociar el asunto, pero él aseguró que era usted la que tenía la última palabra. —Ella sintió que el aire empezaba a faltarle y rogó al cielo por estar equivocándose, solo había una cosa que él le pediría a ella.

—Y ¿de qué se trata? Espero poder ayudarlo —susurró ella mirando de reojo a su padre, como pidiendo auxilio, pero como bien dijo el duque, era ella la que tenía la última palabra, sin embargo, tenía miedo de equivocarse, ya podía imaginar sobre qué quería hablar, solo había un tema que podrían tratar ellos dos y no esperaba algo así justo en ese momento.

—Si usted lo desea, podemos hablar en un lugar más privado. —Amberly empezaba a perder la paciencia y su cuerpo se movía inquieto, le estaba costando mantener la calma.

—Empieza a ponerme nerviosa, milord, solo dígalo y listo, no hay nada que mi familia no pueda escuchar, puede usted hablar tranquilamente —el duque asintió, dio un paso hacia ella, pero Amberly, por instinto, retrocedió, debía mantenerse serena y tranquila en todo momento, y su cercanía la ponía realmente mal, él le provocaba una mala sensación, un mal presentimiento siempre que lo tenía cerca, como si su cuerpo le pidiera que alejara.

Albert se sintió furioso en cuanto ella retrocedió, no podía esperar para tenerla en su casa y hacer con ella lo que se le viniera en gana, eso sí, después de tomarla tantas veces como quisiera, además tenía el firme propósito de doblegarla, parecía ser que había crecido con demasiadas libertades, pero a su lado, ella entendería quién era el que mandaba, aprendería a agachar la cabeza cuando debía hacerlo; Albert no iba a dejar nada de lo que todos conocían como Amberly Dunne, pero primero, debía convencerla de casarse con él.

—Lady Dunne, debe usted saber que es una mujer maravillosa, llena de hermosas cualidades

y además, posee un corazón tan puro y noble que cualquier hombre moriría por tenerlo solo para él, es como la mujer perfecta y al conocerla supe que es usted la mujer con la que yo deseo compartir mi vida; sepa usted que yo no tenía la intención de casarme, ni ahora ni en unos años, pero en cuanto la conocí todo eso cambió, le ruego que acepte mi mano, quiero convertirla en mi esposa, mi mujer, mi duquesa. —Amberly se quedó de piedra, sin palabras, no sabía qué hacer, no sabía si mirar a su padre para pedir ayuda y no estaba segura de su respuesta: su cuerpo y su cabeza le gritaban que no, pero su corazón, el amor por su familia le gritaba que sí, que esa sería, posiblemente, la única oportunidad que tendría su familia.

—Amberly, ¿podemos hablar un segundo? —dijo el conde preocupado al ver el rostro de su hija, parecía que en cualquier momento iría a desvanecerse, se veía pálida, asustada, empezaba a asustarlo, así que prefirió darle un poco de tiempo para pensar.

Amberly asintió, incapaz de pronunciar palabra alguna; su padre la tomó de la mano y la dirigió tras la primera puerta que encontró, que resultó ser el salón de onces, la llevó hasta una de las sillas y la acomodó, tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo.

—Papa, yo... —El conde negó con la cabeza para silenciarla, acarició su mejilla delicadamente y sonrió al verla tan nerviosa y perdida.

—Es normal que estés así, pequeña, es la primera vez que un hombre se te declara y es normal que tu cuerpo reaccione de esa manera; tienes miedo al futuro, a tomar la decisión equivocada, a arrepentirte, pero no pienses en nada de eso, mi pequeña niña, escucha a tu corazón, pregúntate qué es lo que sientes, qué es lo que quieres, solo entonces toma una decisión, y si necesitas pensártelo pues díselo, pero no te sientas presionada, no es una decisión sencilla, de tu respuesta dependerá tu futuro y no soportaría verte siendo infeliz sabiendo que no hay nada que yo pueda hacer para salvarte. —Los ojos de la joven se cristalizaron al escuchar a su padre; era tan cariñoso y delicado que sentía una deuda con él; Amberly estaba completamente segura de que su papá lo había dado todo por ella. ¿Por qué no podía hacer lo mismo? Devolverle aunque sea un poco todo el sacrificio que había hecho por ella, pero le estaba costando.

—Lo entiendo, papá —susurró ella manteniendo sus lágrimas a raya y tomando una decisión, dispuesta a arriesgarse.

—Bien. —El conde dejó un pequeño beso en su frente y se levantó— ¿Quieres que le pida que entre? Tal vez así te sientas un poco más tranquila —Amberly asintió, y el conde salió de la pequeña sala, ella se levantó y le dio la espalda a la puerta mientras tomaba varias bocanadas de aire para intentar de mantener la calma; en cuanto el duque entró, ella se giró y enderezó su espalda, entrelazó los dedos de sus manos con fuerza y habló.

—¿Tiene usted una respuesta a mi proposición? —preguntó el duque; la puerta había quedado abierta, como debía ser, ella aún era una joven casadera, así que el conde, tan disimuladamente como pudo, se posicionó cerca de la puerta dispuesto a escuchar aunque sea un poco.

—Le tengo una propuesta en realidad, como entenderá usted, no es sencillo responder a una propuesta así, pero debo advertirle que posiblemente sea la propuesta más extraña que le hayan hecho en su vida. —Albert frunció el ceño y la miró curioso.

—La escucho.

—Primero que todo, quiero pedirle, que sea cual sea su respuesta, lo que hablemos aquí se

quede entre nosotros —Albert asintió, aunque empezaba a sentir desconfianza por su propuesta; Amberly caminó hacia la puerta y pudo ver a su padre, que no era realmente bueno para esconderse—. Queremos un poco de privacidad, por favor —dijo, obligando al conde a irse y a esperar para saber su decisión; en cuanto este se fue, volvió a girar hacia al duque y habló, sorprendiéndose incluso a sí misma por la fuerza y la seguridad de su voz—. Quiero que renuncie a mi dote y que además le ceda a mi familia una considerable cantidad de dinero.

Albert se quedó sin palabras. ¿Cómo era posible que una mujer le pidiera algo así? Con condiciones así posiblemente llegaría a ser una solterona más a pesar de su gran belleza, era ridículo.

—Creo que escuché mal —dijo Albert sin ser capaz de salir de la sorpresa.

—No escuchó mal, mi milord; la verdad es que aunque no es de dominio público, mi familia tiene serios problemas económicos, lo único que nos queda es mi dote y solamente porque mi padre se niega a usarla, sin embargo, se supone que yo no debo saber todo esto, escuché una conversación por casualidad, así que tendríamos que buscar la forma de ayudarnos sin que lo noten. —Albert estuvo a punto de creer que estaba soñando, parpadeó varias veces para volver a la realidad.

—¿Se da usted cuenta de lo que me está pidiendo? —preguntó sorprendido.

—Claro que lo sé, pero puede usted pensar que esto es como un negocio, yo le hago una propuesta que bien puede usted renegociar, proponga una opción. —Albert se quedó sin palabras, pensándolo muy bien era cierto que quería hundir a Marlborough, pero con esas cosas, esa mujer podría convertirse en todo un problema, además, perdería una gran cantidad de dinero que a su parecer no lo valía.

—¿Y qué pasa si no acepto? —preguntó el duque.

—Sencillo, mi respuesta a su propuesta de matrimonio sería no si usted no acepta, llegará alguien que si lo haga, y en caso tal que no sea así, bien puede mi familia usar mi dote sin problema alguno, mi padre solo quiere poner de su parte para permitirme encontrar el hombre adecuado para mí. —Albert se lo pensó por un momento, perder un poco de dinero no era relevante, no para él, sin embargo, la satisfacción de doblegarla, de enseñarle a Marlborough lo que nunca podría tener era aún mayor; por ganarle una estaba dispuesto a todo, pero pensaba sacar el mayor provecho a eso.

—Bien, entonces le tengo una contra propuesta: estoy dispuesto a rechazar su dote si usted acepta mi propuesta, pero solo le daré el dinero a su familia si a partir del día nuestro matrimonio contando un año me da usted un hijo y se comporta como la perfecta esposa, siguiendo todas mis instrucciones y haciendo todo lo que se le pida, es mi última palabra. —Amberly se quedó sin palabras, no esperaba algo así y por alguna razón se moría por decir que no, todo eso le daba mala espina.

—No lo sé, no suena conveniente para mí —murmuró insegura; Albert se acercó a ella y esa vez no retrocedió, Amberly estaba dispuesta a enfrentar la situación.

—Es un negocio, lady Dunne, y solo tiene dos posibles respuestas, elija usted una. —Amberly suspiró viéndose entre la espada y la pared, no tenía más opción.

—Bien, acepto ser su esposa —murmuró derrotada, solo esperaba no arrepentirse.

CAPÍTULO 16

Albert estaba feliz, extasiado, ella había aceptado, muy pronto la tendría bajo su poder, además de la perfecta excusa para doblegarla: ayudar a su familia; casi no podía esperar para tenerla en su noche bodas, se encargaría de acelerar la boda tanto como le fuera posible, de hacerle saber a Marlborough que Amberly sería solo suya, se moría por ver su rostro en cuanto lo supiera, por invitarlo a la boda, incluso tomaría a Amberly frente a él solo por demostrarle, que esa vez, había perdido, y que no le había costado nada.

En cuanto a la joven Amberly, Albert, como bien se había prometido en una oportunidad, disfrutaría de ella hasta que se aburriera, se encargaría de obtener por lo menos un hijo, la doblegaría, la manejaría a su antojo con la excusa perfecta, y luego cuando estuviera acabada, rota, la mantendría encerrada en su casa mientras él disfrutaría de su vida libremente, era perfecto.

Amberly sentía que estaba a punto de morirse, aún no se podía creer que había aceptado, era cierto que estaba completamente desesperada por su familia, pero la verdad era que nunca se imaginó llegar tan lejos, además, tenía un muy mal presentimiento, con solo verle la siniestra sonrisa de sus labios lograba que un frío atravesara su espalda, como previniéndola para todo lo que vendría, solo esperaba ser lo suficientemente fuerte para aguantarlo y salir ilesa de ello; lo único malo era que ese error lo pagaría por el resto de su vida, ya no había vuelta atrás.

Albert dio un paso al frente acercándose a ella, si estaban comprometidos podían compartir un pequeño beso, ¿no? Estaba casi seguro de que sería él su primer beso, su primera vez, y debía preparar todo para la boda lo antes posible: un pequeño beso no haría ningún mal, pero en cuanto Amberly sintió su mano en su cintura, cuando lo vio terriblemente cerca no lo soportó, y sin ser completamente consiente de sus acciones, se alejó tanto de él como le fue posible, como si fuera el mismísimo demonio, sintió asco, miedo, no quería ni pensar en su noche de bodas.

Albert se sintió furioso en cuanto ella se alejó tanto que prácticamente atravesó el salón, tuvo que hacer un gran esfuerzo por no tomarla del cabello y obligarla a responderle, pero se contuvo.

—Debemos comunicarle a su familia la gran noticia, ¿no cree? Seguro que se alegrarán mucho. —Albert le tendió su mano, pero Amberly se negó a tomarla, simplemente negó con su cabeza y caminó hacia la puerta, deteniéndose junto a esta.

—Yo hablaré con mi familia, debemos tratar un asunto privado y como entenderá necesitaremos privacidad, la boda podemos programarla en un mes, ¿le parece? —El duque negó con su cabeza y se acercó, enderezando su espalda, imponiéndose sobre ella, demostrándole quién mandaba, quién tenía el poder.

—Nos casaremos en una semana y no está a discusión, conseguiré una licencia especial mañana mismo, si quiere usted hablar con su familia y contarle lo sucedido, puede hacerlo, no me opondré, pero en una semana nos casaremos, es mi última palabra. —Dicho eso, Albert hizo una pequeña reverencia y rodeándola salió del lugar sin detenerse a hablar con el conde y su hijo, quienes lo esperaban afuera.

Amberly empezaba a arrepentirse de su decisión en ese preciso momento, no quería ni imaginarse cómo sería después su vida si desde entonces empezaba a imponerse sobre ella; siempre supo que la libertad que gozaba con su padre no era normal, pocas mujeres tenían un

privilegio así, miles de veces se imaginó casada con un hombre que la obligara a comportarse como las demás, que le prohibiera ciertas cosas, que le ordenara otras, y en todos aquellos casos, con solo imaginarlo, sintió que se moría, no se imaginaba actuando de otra forma, doblegada por un hombre, y para su desgracia, suponía que sería eso lo que sucediera en cuanto diera el sí frente al altar. Pero no tenía más opciones, nunca creyó encontrar un hombre que la aceptara tal cual era, que la impulsara a volar, no que le cortara las alas, e incluso si así no fuera, su destino ya estaba escrito, ella se había encargado de poner pluma y papel, estaba perdida.

La joven se dejó caer al suelo y se abrazó a sí misma, tenía miedo, miedo de su futuro, miedo de la decisión tomada, miedo de no ser capaz de soportarlo, y antes de poder controlarlo, las lágrimas empezaron a salir con fuerza, se sentía tan desdichada, no era justo, ella quería un final feliz, con un esposo que la amara, con hermosos hijos corriendo por la casa, con su padre visitando su hogar tan seguido como le fuera posible, compartiendo su eternidad junto a un hombre que la hiciera sentir afortunada y feliz por el resto de sus días, pero eran sueños infantiles, debía afrontarlo.

Tomando una gran bocanada de aire, se levantó, alisó su falda, limpió sus mejillas y salió del pequeño salón, por el camino se encontró al conde, quien después de ver cómo salió el duque, furioso, supuso una negativa a su propuesta, lo que le alegró el día, pero pensaba confirmarlo con su hija.

—¿Qué pasó, Amber? —preguntó tranquilamente intentando no exaltarla, supuso que rechazar su primera oferta de matrimonio no debía ser algo sencillo.

—En una semana habrá boda —anunció Amberly intentando evitar que su voz se rompiera a mitad de la frase—, me casaré con el duque de Kent, acabo de aceptarlo. —El conde sintió como si un gran balde con agua fría le hubiera caído encima.

—¿Qué estupidez estás haciendo, Amberly Dunne? ¿Cómo te casas con un hombre así? ¿Por qué? Si tienes la libertad de elegir a tu esposo, libertad que muy pocas jóvenes gozan. ¿Por qué elegir a un hombre así? Y no me vengas con que estás enamorada, porque nadie en su sano juicio se enamoraría de eso, es ridículo, estas arruinando tu vida, así que en este preciso momento me vas a explicar qué significa todo esta estupidez —exclamó furioso, nunca pensó que su hija fuera tan idiota como para aceptarlo a él, ese hombre era como el coco o el monstruo con el que los niños se asustaban. ¿Quién querría tenerlo de esposo?

Amberly se quedó sin palabras, no podía decirle las verdaderas razones por las que había aceptado, su padre no permitiría que se sacrificara así por ellos e incluso podría llegar a odiarla, así que no fue capaz de hablar con la verdad.

La joven se acercó a su padre, tomó su rostro entre sus manos y acarició su arrugado rostro, definitivamente era una mujer muy afortunada por tener la familia que tenía.

—Habrà boda, papá, no hay vuelta atrás, no debes preocuparte por mí, yo estaré bien, te aseguro que tengo una buena razón. —Dejó un beso en su frente y dio la orden de avisar al duque de Marlborough que no podía acompañarlo en su paseo a caballo, luego subió a su habitación y al entrar, simplemente se quitó su vestido y acostándose en su cama se cubrió con las mantas, por ese día no quería saber más del mundo, quería descansar, se negaba a llorar de nuevo, su decisión estaba tomada, pero necesitaba un descanso, así que cerró sus ojos y cayó en un profundo sueño.

Al siguiente día, las invitaciones para dar a conocer el compromiso entre Albert Rawson,

duque de Kent, y Amberly Dunne, hija del conde de Warrington, habían sido enviadas, a más tardar en una hora, todo Londres sabría de su compromiso, y esa misma noche sería su fiesta.

La duquesa de Marlborough tomó la gran bandeja llena de invitaciones y la llevó a su salón personal para revisarlas una a una, y elegir las que aceptara y enviar su respectiva respuesta; había todo tipo de invitación de las personas más respetadas de Londres, hasta que una color crema con las legras A&A grabadas en el centro del sobre llamó su atención; era para el anuncio de un compromiso, no había duda alguna, ese tipo de presentación solo la usaban en casos así, pero por alguna razón, en cuanto la tomó, tuvo un mal presentimiento.

Abrió el hermoso sobre lentamente y en cuanto la leyó sintió que le costaba respirar, tomó la invitación y salió corriendo al despacho de Frederick; entró sin molestarse en llamar causándole un pequeño sobresalto al joven duque que la miró curioso.

—¿Pasa algo, madre? —preguntó asustado al ver su pálido rostro que no despegaba la mirada del papel en sus manos.

—Tienes que leer esto —exclamó ella casi sin voz; dejó la invitación sobre su escritorio, y Frederick frunció el ceño al verla.

—Madre, ya sabes lo que pienso de las invitaciones, te lo he dicho, elige a cuáles iremos y luego házmelo saber, no tengo tiempo para revisar toda la correspondencia. —La duquesa lo fulminó con la mirada.

—Deja de decir estupideces y lee la invitación. —Frederick soltó un bufido y tomando la invitación la leyó, sintiendo que con cada letra que leía el nudo en su garganta era cada vez peor, y le costaba respirar.

“A & A

Albert Rawson, duque de Kent, y Amberly Dunne tienen el placer de invitarlos a su baile de compromiso”.

Frederick sintió que su sangre hervía, sentía unas terribles ganas de asesinar a alguien, pero no sabía si era a Amberly por ser tan estúpida, porque estaba seguro de que ella lo había aceptado, ya que su padre jamás le arreglaría un matrimonio por conveniencia, o asesinar a Kent; creyó dejarle claro que no podía acercarse a ella, a saber qué sucias artimañas habría usado para obligarla a aceptar, aunque no creía que existiera algo con que chantajear a esa mujer.

—¿¿Cómo que se casan?! —gritó furioso levantándose de su asiento y caminando de un lado a otro sin dejar de ver la invitación en sus manos.

—¿Por qué te pones así? ¡Te dije que hicieras algo antes de que fuera demasiado tarde! Ahora, posiblemente, la mejor mujer que podrías llegar a encontrar está a punto de casarse con el peor hombre sobre la faz de la tierra —exclamó furiosa la duquesa, dando media vuelta y saliendo del lugar.

Frederick se dejó caer en la silla, derrotado, perdido. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo solucionar algo así? ¡Se iban a casar! Negó con la cabeza y soltó un bufido. ¿Qué le importaba si ella se casaba? Después de todo él no estaba buscando esposa, miles de veces le dijo a su madre que era demasiado joven para casarse, tenía 25 años, casi 26, era ridículo enfurecerse; si quería casarse con el mismísimo diablo que lo hiciera, no era asunto suyo, él iba a disfrutar su soltería como tenía planeado desde hacía mucho y se limitaría a ver desde lejos como la hermosa joven que

empezaba a colarse en su pensamiento las 24 horas del día arruinaba su vida, lo único que no entendía era por qué sentía como si le estuvieran arrancando el corazón.

Al siguiente día, Amberly se sentía morir, tenía puesto un precioso vestido rosa claro con pequeños detalles en encaje de un rosa tan pálido que parecía blanco, pero era tan delicado y hermoso que se sentía como toda una princesa, además, Briana se había encargado de hacerle un hermoso recogido adornado con pequeñas flores rosadas que resaltaban a la perfección con el negro de su cabello, terminando con unos lindos pendientes plateados y su delicado collar, ese que le había regalado su padre hace algunos años, delicado pero hermoso; sin embargo, sentía que con cada paso que daba mientras se acercaba al gran salón de la casa del duque de Kent, donde ya se escuchaba el bullicio de la gente, anunciarían su compromiso; todo estaba listo, pero ella se moría por dar media vuelta y volver corriendo a casa.

Su padre la llevó del brazo hasta la mitad del salón, donde el duque la esperaba, y todos, con copa en mano, se prepararon para brindar.

—Bienvenidos todos a esta hermosa velada, es para mí un placer anunciar, oficialmente, el compromiso de mi hija, Amberly Dunne, con Albert Rawson, duque de Kent, y solo puedo rogarle a Dios por su felicidad, les deseo un matrimonio próspero y lleno de amor —dijo el conde con un nudo en la garganta, no le gustaba tener que entregar a su hija a semejante hombre, pero nada podía hacer.

Las copas se alzaron y se escucharon los tintinear de esas al chocarse entre sí: todos sonreían y celebraban la noticia, todos menos Amberly, que por más que lo intentaba, no lograba sonreír, no podía, y Frederick lo notó, vio cómo el hermoso rostro de la joven se llenaba de tristeza, entonces las dudas nacieron en él. ¿Por qué casarse si no quería?

Amberly se vio obligada a compartir el primer baile de la velada con el duque, pero no pronunció palabra alguna, sentía que si hablaba perdería la gran batalla que llevaba en su interior y terminaría llorando, pero en cuanto el baile terminó, se escabulló por una de las habitaciones sin importarle a dónde llegaría, solo quería alejarse de ese lugar y ahogarse en su tristeza; en exactamente cinco días, enfrentaría la prueba más dura de su vida: su boda.

Frederick vio cómo se alejaba y sin poder evitarlo la siguió, asegurándose de que nadie lo viera; entró tras ella en la escondida habitación y entonces la vio cerca de una ventana observando la luna.

—¿Por qué te vas a casar? Tú no lo quieres —dijo él sobresaltándola, pero Amberly no se atrevió a girar, pensó que estaba sola, quería observar la luna que se veía hermosa, grande y muy redonda mientras alumbraba la noche y acompañaba las estrellas, era una noche perfecta, le ayudaba a sentirse un poco menos desgraciada, pero nunca había pensado que Frederick la seguiría, no estaba lista para enfrentarse a él.

—Vete, por favor, te lo suplico, hoy no puedo hablar contigo, tal vez luego, pero no hoy, te lo ruego. —A medida que hablaba su voz se fue rompiendo; Frederick sintió que aquel vacío en su pecho, ese que había empezado cuando leyó la invitación, crecía, causándole un enorme agujero; ella no quería casarse, estaba seguro, entonces ¿por qué lo hacía?

—No, Amberly, no me pidas que me vaya, tu no quieres casarte, ahora lo tengo más que claro, y tu padre jamás te obligaría a hacerlo, entonces, ¿por qué lo haces? ¿No te das cuenta que algo así no tiene vuelta atrás? Estas cometiendo el peor error de tu vida. —Amberly, sin poder evitarlo, sintió cómo las lágrimas empezaban a mojar sus mejillas, se giró furiosa y gritó.

—¡Déjame en paz y vete! —Frederick se sintió aún peor al ver sus ojos cristalizados y las lágrimas cayendo, se veía tan frágil, tan indefensa.

—¡No! Solo dime por qué te casas, si no quieres hacerlo dilo, estoy seguro de que tu padre puede ayudarte, yo puedo ayudarte, solo tienes que decirme qué es lo que haces, por qué lo haces. —Amberly negó con la cabeza; sus piernas empezaron a temblar, ya no soportaban el peso, así que cayó al suelo y empezó a llorar con fuerza, era cierto que quería ayudar a su familia como fuera, pero nunca había pensado que sería tan difícil.

En cuanto Frederick la vio tambalearse, corrió hacia ella, pero no alcanzó a cogerla antes de que cayera al suelo, así que se agachó y la abrazó con fuerza.

—No puedo, no puedo —decía la joven entre lágrimas; Frederick la abrazó con fuerza y acarició su espalda delicadamente.

—No llores, te lo ruego, te lo imploro, no llores, dime lo que sea, pídemelo lo que quieras, pero odio verte así. —Amberly negó con la cabeza incapaz de hablar—. No tengas miedo, solo dime qué es lo que pasa. —Ella levantó su rostro solo un poco y pudo ver esos hermosos ojos verdes, quería contarle todo, quería hacerlo y estaba dispuesta a ello.

—¡Aléjate de ella ya mismo! —gritaron desde la puerta; ambos, sobresaltados, giraron el rostro y vieron a Albert, furioso, entrando al lugar y cerrando la puerta tras él para evitar que fueran escuchados.

Amberly sintió miedo y de un rápido movimiento se alejó de Frederick, pegando su espalda a la pared; Frederick la vio tan asustada que sintió cómo su rabia empezaba a crecer.

—¡No tienes ningún derecho sobre ella! —gritó Frederick fuera de sí levantándose del suelo.

—¡Claro que lo tengo, ahora es mi prometida y muy pronto mi esposa! —gritó Albert furioso acercándose a él, tenía unas terribles ganas de acabarlo a golpes, no solo a él, sino también a ella.

—No lo permitiré —respondió Frederick sorprendiéndose incluso a sí mismo.

—No hay nada que pueda hacer, Marlborough —dijo mientras se acercaba—. Imagina lo que haré con ella cuando sea mi esposa, la tomaré tantas veces que no podrá caminar por meses, la golpearé cada vez que se atreva a contradecirme, no podrás volver a acercársele, será mía y haré con ella lo que quiera —susurró tan bajo que solo Frederick alcanzó a oírlo, Amberly estaba demasiado lejos para escuchar su conversación. Frederick levantó su puño y lo estampó contra el rostro de Kent sin importarle nada.

En ese momento, Frederick sintió unas enormes ganas de ahorcarlo, pero estaba dispuesto a luchar, por ella, haría lo que fuera necesario con tal de alejarla de él, así tuviera que casarse, lo haría.

CAPÍTULO 17

Amberly tenía miedo, solo de ver cómo Frederick se enfrentaba a golpes con Albert sentía que su corazón se detenía, y pensar que todo fue su culpa, por su estúpida actitud, por sus malas decisiones estaba pagando las consecuencias; lastimosamente no pensó arrepentirse tan pronto, pensó esperar a la boda al menos, pero su corazón la traicionaba, aunque le costaba admitirlo, su corazón latía fuerte solo de ver a Frederick, su cuerpo temblaba y ansiaba sus caricias, sus labios suplicaban sus besos, pero no era capaz de luchar por él, no se sentía suficiente mujer; después de todo, él era el duque perfecto, el hombre perfecto, el pretendiente deseado. ¿Cómo podría elegirla a ella? Una mujer con su familia casi en la ruina, no tenía ningún atractivo especial, hasta el momento, su presencia solo le había traído problemas, había mil mujeres más, cada una mejor que la anterior, y sin duda alguna, ella se sentía al final de la lista.

Se abrazó a sí misma tanto como se lo permitía su vestido y se hizo un pequeño ovillo, no lo soportaba, era demasiado para una sola persona, sentía morir cada vez que veía que Kent se le acercaba, no soportaba su tacto, mucho menos su sola mirada, entonces, ¿cómo iba a casarse o peor aún, darle hijos? Pero ya era tarde para arrepentirse, su destino había sido escrito, solo esperaba no morir en el intento.

De pequeña siempre soñó con una hermosa boda, decorada en azul, su color favorito, incluso había imaginado su vestido cientos de veces, la decoración del lugar, la capilla, porque debía ser en la pequeña capilla cerca de casa, era hermosa y acogedora, con rosas blancas adornando la entrada y hermosos ángeles en las ventanas, le encantaba ese lugar, sin duda su boda debía de ser allí; también soñaba con el esposo perfecto, que amara con todos sus defectos, que viviera por hacerla feliz, el padre de sus hijos, ese que solo la vería a ella desde que entrara en la capilla hasta el último día de sus vidas, y esa fue la mirada que creyó ver en Frederick; por un momento se permitió soñar en silencio aunque le costó admitirlo, le atraía, se decía a sí misma, solo era atracción, fue el primer hombre que la miró así, que la trató así, no debía, no podía ser amor, ni siquiera sabía lo que era el amor, pero no quería, eso solo aumentaría su desgracia.

Por un momento levantó la mirada, y entre lágrimas, vio cómo Frederick y Albert se enfrentaban a golpes rodando por la alfombra, no recordaba quién lanzó el primer golpe y las palabras anteriores a ese, pero si seguían así, sin duda alguien los escucharía y eso empeoraría la situación.

—¡Basta! —gritó furiosa dejándolos helados, se levantó del suelo y limpió sus húmedas mejillas de un manotazo, pero de poco servía, las lágrimas no paraban de salir—. ¡¿Qué es lo que quieren, matarse a golpes?! Pues bien, háganlo, me da igual, pero no me involucren a mí. — Alisó su falda e intentó arreglar su peinado.

Frederick la vio caminar hacia la puerta y se levantó del suelo rápidamente, dejando a Albert tirado en el suelo, la tomó de la mano antes de que ella llegara a la puerta y la detuvo.

—Amberly, ¿estás bien? —preguntó preocupado al ver su rostro; ella simplemente asintió, sintiéndose incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¡¿Amberly?! Es usted un maleducado, Lord Marlborough, al parecer nunca le enseñaron a tratar una dama, para usted es Lady Dunne y próximamente, Lady Kent —dijo Albert sentándose en el suelo mientras su mano sostenía aquel punto en su estómago que le causaba un dolor agonizante.

Frederick pudo ver cómo la mirada de Amberly se ensombreció y se llenó de tristeza, en ese momento entendió algo: ella no quería casarse, ya no le interesaba la razón por la que había aceptado ese compromiso, ya no quería saberla, así como también se negaba a pensar en la razón por la que lo haría, simplemente lo haría, estaba decidido, sin miedos, sin reproches, después de todo, a su corazón, parecían gustarle las posibles consecuencias.

—¡Usted cállese! —le gritó Frederick a Kent obligándolo a cerrar la boca; no quería más golpes, su cuerpo posiblemente no lo soportaría, así que no dijo una palabra más, ya se desquitaría cuando Amberly fuera su esposa.

—Déjame, Frederick, te lo suplico, no lo soporto más, no hoy. —Amberly se sentía al borde de un acantilado, como decidiendo entre saltar al vacío o permanecer en lo alto, luchando por su vida, su futuro, su felicidad.

Frederick sintió miedo, miedo de no poder salvarla, miedo de perderla, miedo de que fuera demasiado tarde.

—Escúchame —dijo acercándose a ella y acariciando delicadamente su rostro sin importarle el gruñido a sus espaldas—. No te dejaré, no me sentaré a ver cómo destruyes tu vida, no lo permitiré. —Amberly sintió un nudo en su garganta y sus lágrimas aumentaron.

—Es tarde, Frederick, el compromiso fue anunciado, nada se puede hacer, no me lo hagas más difícil, simplemente déjame —dijo ella entre lágrimas, pero Frederick negó con la cabeza, secó sus mejillas con sus dedos y acercándose a su oído susurró, para evitar así que Albert llegara a escuchar.

—En dos días hay una velada en casa de los Lancaster, debes ir, no tienes de que preocuparte, yo me encargaré de todo. —Amberly negó con la cabeza, temiendo a lo que estaba pasando por la cabeza de Frederick.

—Mi familia... —susurró preocupada, pero Frederick, disimuladamente, puso uno de sus dedos sobre sus labios para silenciarla.

—No le pasará nada a tu familia, nadie saldrá perjudicado, solo confía en mí. —Dejó un pequeño beso en la mejilla de la joven y se alejó, pero no saldría de la habitación hasta que Kent o Amberly también lo hicieran; Amberly había dejado de llorar, pero se asustó al ver a Albert de pie frente a ella, aún más cuando él se acercó.

—Esta me la vas a pagar en cuanto seamos marido y mujer, te cobraré todas y cada una de las que me has hecho con ese imbécil, y por tu bien, espero que sigas siendo virgen, al menos así tendré algo de piedad. —Dicho eso, salió de la habitación y cerró la puerta cuando Frederick salió tras él.

Amberly sintió un frío recorrer su espalda y su cuerpo tembló, fuera lo que fuera que tuviera planeado Frederick, estaba dispuesta a hacerlo, poco le importaba lo que pudiera hacerle Albert si con ello ganaba al menos unos pocos minutos a su lado.

Se acercó a un pequeño espejo que había en el lugar y terminó de arreglarse, pellizcó ligeramente sus mejillas intentando ponerles algo de color y decidió que tendría que salir de ese lugar pronto; la hinchazón de sus ojos sería muy difícil de esconder, así como tampoco quería ni enterarse de cómo habían explicado los golpes Frederick y Albert, pero cualquier persona medianamente inteligente, sabría que sus lágrimas y sus golpes estaban conectados y no quería

imaginarse todo lo que podrían decir de ella, ya muchos comentarios se escuchaban por ahí después de aquella pelea en la que se había acercado primero a Frederick para saber si estaba bien.

Salió de la pequeña habitación y vio cómo todas las personas susurraban entre sí, frunció el ceño y se acercó a una de las jóvenes.

—¿Pasa algo? —preguntó disimuladamente; la joven apenas si la miró, seguía con la vista pegada a la entrada del salón, pero asintió.

—El duque de Marlborough y el duque de Kent salieron de algún lugar bastante golpeados y discutieron por todo el camino hasta que salieron del lugar, no sin que antes, Lord Kent, dejara claro que había boda y que la velada había terminado. —Amberly asintió y caminó hacia su padre; el conde al ver a su hija pudo darse cuenta de sus lágrimas, pero esperaría para preguntar, así que tomándola de la mano la sacó del salón y subieron al carruaje.

—¿Algo que quieras contarme? —Amberly negó.

—¿Hay alguna invitación de los Lancaster? —preguntó curiosa intentando distraer a su padre, pero no estuvo ni cerca de funcionar, sin embargo, el conde lo dejó pasar, por alguna razón no quería saber lo que había pasado.

—Creo recordar que sí, ¿por qué la pregunta? —La joven se encogió ligeramente de hombros y siguió mirando a través de la ventana.

—Me gustaría ir, quiero que sea la última velada que disfrutaré como mujer soltera, ya luego todo cambiará siendo Lady Kent. —Su voz, maravillosamente, no cambió a medida que hablaba, así que no dejó en evidencia su disgusto por esa boda.

—Bien, estoy de acuerdo, aunque yo no quiero ir a más veladas por esta semana, nada de reuniones hasta tu matrimonio, así que irás con tu hermano, ¿te parece? —Amberly asintió, pero prefirió no hablar por el resto del camino; después de todo, la noche de su compromiso había sido un desastre, posiblemente Albert y Frederick estuvieran en boca de todos, a la espera de encontrar una víctima más, y en dos días, tal vez fuera su última velada junto a un hombre maravilloso, sin duda alguna, una de las peores noches de su vida.

Frederick llegó a casa y su madre no dejaba de verlo, de seguro tenía muchas preguntas, pero él no tenía tiempo para responderlas, tenía un plan que idear, un plan que tenía que salir perfecto.

—Antes de que digas cualquier cosa, ¿conoces a Lady Lancaster? —La duquesa frunció el ceño confundida por el cambio de tema, pero igualmente respondió.

—Así es, es una gran amiga mía. —Frederick sonrió complacido.

—¿Conoces a la perfección la casa? —La duquesa empezó a temer que su hijo se hubiera vuelto loco. ¿Qué tipo de pregunta era esa? Poco importaba si conocía bien esa casa, al parecer el compromiso de Amberly le afectó más de lo que había pensado.

—Esto es ridículo, Frederick. —La duquesa soltó un pequeño bufido y dio media vuelta dispuesta a irse, pero su hijo la detuvo.

—Solo respóndeme, mamá. —Ella se cruzó de brazos.

—No hasta que me expliques. —Frederick suspiró y asintió, llevó a su madre hasta su despacho, se sentó y empezó a explicarle el plan, paso por paso, especificando cuándo sería su

función en todo eso si decidía ayudarlo, y para su sorpresa, la duquesa sonrió complacida.

—¿Estás planeando una encerrona para Amberly? —preguntó emocionada la duquesa, claro que aceptaría.

En cuanto Amberly llegó a casa, subió directamente a su habitación, no tenía ganas de comer ni de hablar con nadie y le pidió a Briana que se retirara; en cuanto se quedó sola, se dejó caer en la cama, desde que salió del salón, no había dejado de pensar en lo que sucedió aquella noche con Frederick, ya que no había sido una noche cualquiera, por lo menos para ella fue realmente importante, algo imposible de olvidar; después de todo, él le había dado su primer beso, y tal como lo contaban en uno de esos libros que tanto le gustaba leer, fue mejor de lo que algún día lo soñó, había sido tan romántico, tan perfecto, que su corazón y su cabeza se negaban a olvidarlo; siempre le quedarían los recuerdos, esos que ni Kent ni nadie podrían quitarle.

Acarició sus labios delicadamente y sonrió, recordaba a la perfección el atrevido camino que habían tomado sus labios luego de haberla besado, casi podía sentir sus labios sobre su cuello, sus manos acariciando ligeramente su cuerpo, cómo su cuerpo temblaba respondiendo a él, ese extraño deseo que la llenaba, esa necesidad de algo, deseaba que fuera él y no otro, que fuera Frederick y no Albert.

Se despojó de su vestido y se puso su camisón, se metió bajo las cobijas y abrazándose a sí misma cerró los ojos hasta caer en un profundo sueño; esa noche se permitió soñar con todo aquello que un día le hubiera gustado tener, se permitió soñar con él.

Al siguiente día, Amberly no salió de casa, estuvo todo el día leyendo su libro favorito una vez más sentada en el pequeño bosque trasero de su casa, caminó por el prado, y aunque intentó pintar, al final se dio por vencida, no era precisamente su fuerte, la verdad era que le encantaba leer, nunca se cansaba de hacerlo y jamás podría cansarse.

Y aunque le costara admitirlo, pasó varios minutos pensando en su atuendo del día siguiente, quería estar realmente hermosa, que Frederick no pudiera dejar de verla; algo le decía que sería una noche especial y ella quería dejar su toque, quería recordar esta noche por el resto de sus días, como un bálsamo para su dolor.

Preparó su mejor vestido, las joyas que su padre le había regalado hacía unos años, sus mejores zapatos y unas lindas flores para su cabello, sería un gran día.

Al siguiente día, se levantó muy temprano, desayunó y almorzó en su habitación hasta que llegó la hora de arreglarse; Briana le ayudó a ponerse su vestido que era de un color azul muy claro, casi blanco, con encaje con pequeños detalles en forma de flores color azul; su padre siempre había dicho que ese vestido resaltaba sus ojos porque eran del azul más brillante que había visto; se puso el collar y los aretes plateados, esos que tenían una pequeña rosa azul en el centro, y su cabello tenía pequeñas flores blancas y azules adornando su cabello, le encantaba.

El conde en cuanto la vio se sintió el hombre más afortunado al tener la hija más hermosa de ese mundo, esos hermosos ojos azules le recordaban tanto a su querida esposa, solo lamentaba no haber tenido suficiente tiempo para demostrarle todo eso que despertaba en él.

Mientras tanto, en Lancashire, casa del duque de Lancaster, Frederick fue uno de los primeros en llegar, para su suerte, su madre había aceptado ayudarlo, de hecho fue bastante sencillo convencerla y, por suerte, la duquesa de Lancaster no puso problema alguno cuando su madre le contó parte del plan; después de todo necesitaban su casa y solo ella podría ayudarlos.

Poco a poco el salón se fue llenando y todo estaba preparado, tenían bajo control hasta el más mínimo detalle, esa sería una noche decisiva.

En cuanto Amberly entró al salón, Frederick la vio y no pudo apartar sus ojos de ella, estaba hermosa, parecía una diosa, era como si no pudiera dejar de ver esos hermosos ojos azules, pero no fue el único que la vio, porque el duque de Kent se acercó a ella y tomándola del brazo la llevó hacia una de las paredes cercanas.

—Mantente alejada de Marlborough, te lo advierto. —Su amenaza hizo que su piel se erizara, pero Amberly estaba decidida a arriesgarse a todo, poco le importaba lo que le pasara después, así que de un tirón se soltó de su agarre y lo fulminó con la mirada.

—Es cierto que tengo que casarme con usted, pero aún no soy su esposa, y hasta que no diga sí en el altar, usted no tiene ningún derecho sobre mí. —Dicho eso, dio media vuelta y se fue del lugar, encontrándose por el camino con Anne Wadlow y Roger Gibbs, conde de Coventry.

—¡Lady Anne! Un placer verla. —En el rostro de Anne se podía ver la incomodidad que sentía estando allí; claro, después de semejante escándalo, era la rechazada de la sociedad; sin embargo, al ver a Amberly, sonrió.

—Solo Anne, un placer verla de nuevo, Lady Dunne —dijo tímidamente; Amberly tomó una de sus manos y le dio un ligero apretón para brindarle un poco de ayuda.

—Solo Amberly. —Anne sonrió, y luego de mirar por un momento a Roger, tomó aire.

—Amberly, me gustaría que fueras mi madrina de bodas, me ayudaste mucho aquella noche, eres lo más cercano que tengo a una amiga. —Amberly sonrió tímidamente y se acercó a ella para darle un fuerte abrazo.

—Me encantaría. —Anne estuvo a punto de hablar, pero justo en ese momento, Frederick apareció frente a ellas, y luego de una pequeña reverencia y un educado saludo, tomó de la mano a Amberly y la llevó al centro del salón para empezar el primer baile.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —preguntó Amberly curiosa, pero Frederick simplemente sonrió.

—Es una sorpresa.

—¿Me darás instrucciones igual que la primera vez? —Frederick negó con la cabeza.

—Esta vez yo mismo te llevaré —susurró coqueto en su oído mientras seguían el ritmo de la música; el resto del baile solo se miraron el uno al otro como si el mundo no existiera, además de un par de miradas y sonrisas coquetas; Amberly estaba demasiado feliz como para preocuparse por algo, y Frederick tenía claro que después de lo que haría esa noche, las habladurías causadas por ese simple baile poco importarían.

Al terminar la música, Frederick la tomó de la mano y juntos caminaron por el salón hasta que pasaron desapercibidos y colándose escaleras arriba empezó la mayor aventura de sus vidas.

—Que empiece la función —susurró Frederick tan bajo que Amberly no alcanzó a escucharlo, pero eso sí, antes de desaparecer escaleras arriba, le dio la señal a su madre; el plan estaba en marcha.

CAPÍTULO 18

Frederick la llevó hasta aquella habitación, que según le había contado su madre, era el saloncito personal de la duquesa, que era bastante acogedor y femenino, y estaba decorado en diferentes tonos de rosa, como los sillones, que eran de un rosa muy claro, pero había flores de un rosado fuerte dándole su toque de delicadeza, además una pequeña biblioteca y un par de decoraciones más; le gustaría arreglar una habitación así para su esposa, pensó él, así ella tendría un lugar solo para su comodidad.

Vio cómo Amberly caminaba por el lugar mientras detallaba todas las decoraciones, se veía emocionada, encantada, se veía tan diferente que hacía dos días, cuando tenía su rostro lleno de lágrimas; daría todo el dinero que poseía e incluso su título por mantener ese bello rostro con una sonrisa.

—Es un lugar hermoso y seguro, no creo que nadie se atreva a subir las escaleras de casa ajena en medio de una fiesta, es poco probable que nos encuentren, pero dime, ¿cómo supiste de este lugar? —Frederick sintió que empezaba a sudar frío, debía sonar convincente o se vería en serios problemas, tenía treinta minutos para saber si era lo correcto o no hacer todo eso.

—Alguna vez vine con mi madre; ella y la duquesa son grandes amigas así que de pequeño vine varias veces y me dediqué a conocer la casa y por suerte, a lo largo de los años, no ha cambiado mucho, por lo que aún puedo ubicarme un poco —Amberly asintió conforme, miró los títulos de los pocos libros que habían allí y casi saltó emocionada cuando vio las mismas historias que ella tenía en casa.

—Amberly, debemos hablar —dijo el duque seriamente dejándola de piedra; una conversación que empezaba así no podía terminar bien.

—¿Sobre qué? —respondió sin siquiera girarse, no quería mirarlo, tenía miedo de sus preguntas, pero aún más de las respuestas que debía dar: con Frederick, ella solía sentirse diferente, no podía controlarse, no podía negarle nada.

—Sabes sobre qué. —Frederick se acercó a ella y tomándola de la cintura se acercó tanto que pudo sentir su olor y el ligero temblor de su cuerpo, con solo moverse un poco, solo un poco, podría besar su tentador cuello, pero tenía que controlarse.

—No, no lo sé, no soy adivina, no puedo saber que estás pensando ahora, así que es más sencillo si lo dices y ya. —Amberly estaba jugando un juego peligroso, quería distraerlo a como daba lugar, pero lo que no sabía, era que él ya tenía un plan, y de ese, no tendría escapatoria.

—Solo quieres evitar el tema, te conozco, pero de esta no te salvas, así que vas a responderme de una vez, ¿por qué te vas a casar con Kent? Y dime la verdad. —La joven se quedó completamente quieta, se mordió ligeramente el labio inferior y cerró los ojos con fuerza, por más que le costara aceptar la realidad, la respuesta a esa pregunta era lo que más le dolía, porque era la fiel prueba de su estupidez.

—No es el momento Frederick, te lo ruego, solo vine porque quería pasar un rato agradable a tu lado, quería olvidar todo esto que me está pasando, suficientes problemas tengo como para ahogarme en la tristeza justo ahora, quiero que este sea un lindo momento, algo para recordar siempre, para llevar en mi corazón pase lo que pase. —Frederick la tomó ligeramente de la cintura y poco a poco la hizo girar, al tenerla frente a frente, tomó su rostro entre sus manos y

acarició sus mejillas, pasando distraídamente su pulgar por la comisura de sus labios, encantado con la suavidad de aquellos.

—Solo respóndeme una cosa, Amberly, solo una, ¿de verdad quieres casarte con Kent? Solo dime la verdad, por favor. —Amberly lo miró directamente a los ojos y sintió como si su corazón fuera a derretirse, no podía ni quería mentirle.

—No —susurró muy bajo, pero Frederick la escuchó y fue todo lo que necesitó para saber que estaba haciendo lo correcto, aunque se sentía un poco mal al no darle más opciones; después de lo de ese día, Amberly solo tendría una opción: él.

—Entonces, ¿por qué? Me cuesta entenderte. —Amberly bajó la mirada—. Solo dímelo, confía en mí, jamás te juzgaría, jamás haría algo que te dañara. —Ella, sin atreverse a mirarlo, habló.

—Claro que confié en ti, es solo que son demasiadas cosas, incluso a mí me cuesta entender por qué acepté, ahora más que nunca me arrepiento, pero poco puedo hacer, el compromiso fue anunciado, no puedo cancelarlo justo a dos días de la boda, pero no hablemos de ello, más bien dime, siempre aseguras que jamás harías algo que me dañara, entonces, ¿qué estarías dispuesto a hacer por mí? —Frederick la tomó del mentón y levantó su rostro delicadamente hasta conectar sus miradas.

—Creo que hoy podrás hacerte una idea sobre qué estoy a hacer por ti. —Amberly frunció el ceño sin comprender sus palabras. ¿Acaso haría algo ese día? Porque se moría por saber qué era.

—¿Tienes algo planeado acaso? —preguntó curiosa mientras lo tomaba por los hombros.

—Oh sí, claro que tengo algo planeado para hoy, sé que te encantará. —La joven sonrió emocionada.

—Dime qué es. —El joven duque negó con la cabeza y pegó su frente a la de ella, cerró sus ojos y le pidió perdón en silencio, haría hasta lo imposible por verla feliz y rogaba al cielo que, al final del día, los resultados fueran satisfactorios para ambos.

—Ya lo verás. —Frederick había llevado la cuenta del tiempo en su cabeza, si sus cuentas no fallaban, debían llevar unos veinte minutos allí, así que la besó como si fuera la primera vez, conquistando sus labios a cada movimiento, conquistando su corazón, entregándole todo lo había en su corazón, demostrándole todo lo que le hacía sentir con solo una sonrisa, su ansiedad por besarla, por tenerla solo para él, por cuidarla, defenderla, amarla, verla sonreír, eran tantas cosas en un solo momento, causadas por una sola persona, tantas que a veces su cuerpo enloquecía, se bloqueaba, no sabía qué hacer o cómo actuar, le costaba entender, pero prefería no pensar en ello y disfrutaría de la dulzura y suavidad de su piel.

Amberly sentía que su cuerpo ardía, sentía que en cualquier momento caería al suelo derretida a causa de sus besos y caricias, no sabía qué hacer o cómo moverse, así que se dejó llevar; acariciaba su rostro y cuello mientras él la besaba y cuando sus cálidos besos bajaron por su cuello, lo tomó de los hombros tan fuerte como le fue posible, a cada movimiento intentaba acercar su cuerpo al de él, sentía una extraña necesidad de fundirse en su piel, unas extrañas cosquillas en su vientre; él era el único capaz de provocar su cuerpo de esa forma, así que posiblemente lo único que necesitaba era tenerlo a él.

Frederick bajó sus besos tanto que Amberly sintió sus húmedas caricias en el inicio de sus pechos; respiraba tan rápido y su corazón latía tan fuerte que por un momento llegó a pensar que

su cuerpo había enloquecido, pero era tan placentero que solo cerró sus ojos y dejó que Frederick se apoderara de su cuerpo.

Con sus ágiles dedos, Frederick fue soltando poco a poco el corsé de su vestido dispuesto a darse un festín con su cuerpo, bajó la tela ligeramente y logró liberar uno de sus pechos y mientras le prestaba toda la debida atención liberó el otro.

Mientras tanto, en medio del salón, la duquesa de Marlborough y la duquesa de Lancaster caminaban por el lugar tomadas del brazo mientras hablaban distraídamente y miraban disimuladamente el enorme reloj que decoraba el salón.

—Ya pasó media hora, Ana, ¿estás segura de lo que vamos a hacer? No me gustaría que la joven se sienta infeliz con el desenlace de esta historia —preguntó la duquesa de Lancaster a su gran amiga, que solo había accedido a semejante locura porque Frederick le había asegurado que era por una buena causa, y ella lo llamó amor, pero solo hasta ese momento se detuvo a pensar en la joven, porque sí, podía ser que él estuviera enamorado, pero ¿y si ella no lo estaba? No quería ser la culpable de su desgracia.

—Entiendo tus miedos, Sara, yo tampoco querría que por mi culpa, una joven tan dulce y hermosa sea infeliz el resto de su vida, pero estoy casi segura de que ella ama tanto a mi hijo como él la ama a ella —respondió la duquesa de Marlborough; era entonces o nunca, por fin vería a su hijo casado con una buena mujer.

—Tu hijo no usó la palabra amor si mal no recuerdo, él simplemente dijo “una buena causa”. —Ana sonrió y se encogió ligeramente de hombros.

—Ninguno de los dos quiere aceptar lo que siente, es más que evidente que están enamoradísimos el uno del otro, pero son tan tercos que mientras Frederick asegura que es por salvarla de un mal matrimonio, ella afirma que es una simple cercanía y que el esposo correcto es Kent, nada más ridículo. —La mujer puso los ojos en blanco y Sara soltó unas suaves risas.

—La verdad es que no he llegado a más allá del saludo con la joven, pero es muy hermosa y por lo que tú me has dicho es una gran mujer, ahora entiendo por qué Frederick, cuando me contó su plan, tenía en su voz cierto toque de admiración e incluso diría que de amor —Ana asintió emocionada.

—Y cuando ella habla de él pasa exactamente lo mismo; siempre me gustó esa chica, por eso debo admitir que dos veces intenté casarlos por un escándalo, pero a la segunda, los cazados fueron otros. —Sara abrió los ojos como plato.

—¡Lord Coventry! No puedo creer que intentarás casar a tu hijo con un escándalo —Ana detuvo sus pasos y la miró divertida.

—Creo que es más sorprendente que sea mi propio hijo el que prepare el escándalo que lo obligara a casarse. ¿Cuándo había escuchado algo así? Es normal si lo organiza una mujer, pero ¿el mismo hombre? Casi me da algo cuando Frederick me explicó todo. —Sara rio dándole la razón, era lo más loco que había escuchado en su vida.

—¿Crees que es el momento? —susurró Lady Lancaster mirando una vez más al reloj, ya había pasado más de media hora; Frederick había dicho que la llevaría al salón y una vez que desapareciera escaleras arriba, si no bajaba ninguno de los dos en media hora, el plan seguía en pie, se suponía que era para hablar con ella y saber si estaba haciendo lo correcto, pero ya era mucho tiempo, fuera lo que fuera que esos dos estuvieran haciendo en su saloncito, sin duda

debía ser muy interesante para mantenerlo allí tanto tiempo.

—Creo que sí —respondió Lady Marlborough mirando el reloj—. Solo esperemos que todo nos salga bien —ambas mujeres asintieron y buscaron a un grupo de personas específico, quienes las ayudarían a dar la estocada final, empezaron a caminar por el salón hasta que las vieron, cinco mujeres bastante mayores sentadas en círculo a un lado del salón hablaban animadamente mientras tomaban una copa de vino que a saber dónde habían conseguido.

Ana sintió nervios mientras se acercaban a las mujeres, quienes eran las personas más chismosas de todo Londres, sin duda alguna; su hijo crearía todo un escándalo. ¿Quién lo diría? El primer y seguramente último escándalo de su hijo sería el que lo llevaría al altar; su padre debía estar revolcándose en su tumba y no había cosa que le diera más placer.

—Señoras —saludó la duquesa de Marlborough al llegar haciendo un ligero movimiento con su cabeza; las mujeres giraron y sonrieron.

—¿Desean sentarse? —preguntó una de ellas y haciéndole un pequeño espacio, se sentaron a su lado—. ¿Nos necesitan para algo? —preguntó la mujer directamente, era obvio que la visita de las duquesas debía tener un propósito.

Ambas duquesas se miraron entre sí, y tomando una gran bocanada de aire, Lady Lancaster empezó a hablar.

—He estado cambiando la decoración de la casa en estos días y me gustaría que ustedes la vieran y me dieran su opinión, he oído que ustedes tienen muy buen gusto, así que quisiera que me acompañaran, que los jóvenes disfruten del baile mientras nosotras hablamos del lugar, ¿les parece? —Las cinco mujeres se miraron entre sí por unos segundos que se le hicieron eternos a la duquesa de Marlborough; si las mujeres se negaban estaban perdidas, sin embargo, todas se pusieron de pie.

—Me encantaría ayudarla —dijo una de ella, y ambas duquesas a punto estuvieron de soltar un suspiro de alivio.

—Podemos empezar por la biblioteca y luego por mi saloncito personal, la verdad es que son mis lugares favoritos de la casa.

Todas las mujeres caminaron por la primera planta del lugar hasta la biblioteca, que efectivamente estaba siendo remodelada y durante varios minutos estuvieron dando opiniones u opciones para el lugar, pero en cuanto terminaron, se dirigieron al salón de la duquesa.

Frederick intentaba detener sus manos, pero la necesidad que sentía por ella era tan grande que le costaba dejarse guiar por la calma, era consciente de que debía detenerse, si seguía así sería capaz de tomarla allí mismo y no podía permitirlo; ella merecía algo mucho mejor que hacerlo en casa ajena recostada en un sofá, además, no podía permitir que los encontraran, ella estaba más desnuda que vestida, así que haciéndole caso a su consciencia, detuvo sus manos, que ya inspeccionaban sus largas y hermosas piernas bajo su falda y subió ligeramente el corsé.

Amberly sentía que volaba incluso aún más alto que las mismas nubes, jamás había sentido su cuerpo de esa forma y le encantaba, sin duda alguna sería algo para recordar y atesorar por siempre fuera cual fuera su futuro; estaba completamente perdida en sus caricias y besos hasta que escuchó un ruido extraño, abrió los ojos, pero le costaba enfocar, su mente estaba en cada uno de los movimiento de Frederick, hasta que la puerta se abrió de golpe y un fuerte grito los dejó completamente quietos.

Las mujeres abrieron la puerta del salón de la duquesa y en cuanto vieron la escena que tenían en frente se quedaron de piedra, hasta que una de las mujeres dio un fuerte grito de la impresión; Frederick estaba recostado sobre la joven Amberly mientras besaba su cuello y parecía acariciar su cuerpo; la joven tenía el corsé ligeramente abierto y la falda un poco subida, y su peinado se había deshecho, era todo un escándalo.

—¡Frederick! —gritó Lady Marlborough intentando ejercer su papel de madre indignada por el comportamiento de su hijo, pero a punto estuvo de ponerse a saltar de felicidad. Sara no fue capaz de pronunciar palabra alguna; el plan había funcionado, pero ahora no sabía cómo reaccionar ante una escena así.

—¡Por Dios! Pero ¿qué significa todo esto? —masculló indignada una de las mujeres.

El joven duque se negaba a alejarse de Amberly; ella estaba pálida, parecía asustada, sin embargo, ella puso sus manos sobre su pecho y con un suave empujón lo alejó. Amberly no se atrevía a mirar a la puerta, al alejarlo, se sentó en el sillón y arregló su vestido mientras las voces aumentaban, al parecer ahora tenían más espectadores.

—¿Amberly? —susurraron en la puerta; en ese momento pudo ver a su hermano, su mirada de decepción le rompió el corazón. ¿Qué diría su padre? No soportaría decepcionarlo a él, no habría tenido que ir.

Andrew no sabía cómo reaccionar, ver a su hermana en esa posición lo dejó sin palabras, tenía miedo por ella, no quería verla sufrir.

La joven mordió su labio intentando detener las lágrimas, solo miraba a su hermano, estaba deseando que se acercara, la abrazara y le dijera que todo estaría bien; sin embargo, no fue él el que se acercó, sino Anne.

—Al parecer tenemos mucho en común —susurró ella con una ligera sonrisa intentando levantarle el ánimo; Amberly intentó sonreír, pero la primera lágrima bajó por su mejilla; Anne se acercó rápidamente y la abrazó.

—Todo estará bien —aseguró ella—, no es tan malo una vez que se va toda la gente chismosa de la puerta, por experiencia propia, sé que si permitiste que algo así pasara con él es porque algún sentimiento ha de haber, debes ser fuerte, el mal momento será largo y duro, pero cuando pase, verás que todo es muy hermoso. —Amberly limpió sus lágrimas y se alejó un poco de ella.

—¿Cómo es que tú estás tan tranquila después de haber pasado algo así? —Anne se encogió de hombros y miró de reojo a Roger que estaba hablando con Frederick.

—Estoy locamente enamorada de él. ¿Tú sientes algo por Frederick? —Con esa simple pregunta se quedó sin palabras, y convenientemente Frederick llegó a su lado, alejó a Anne y se plantó frente a Amberly tomando su rostro entre sus manos.

—¿Y ahora qué? —preguntó temerosa; Frederick acarició sus mejillas y le dio una pequeña sonrisa.

—Ahora eres mía, solo mía.

CAPÍTULO 19

Amberly no sabía qué sentir. ¿Rabia? Tal vez, después de todo terminaría casada con el hombre que menos había imaginado. ¿Decepción? Había una pequeña posibilidad, después de todo tendría que casarse por obligación, relativamente. ¿Emoción? Esa era la que más probabilidades tenía; sin embargo, por alguna extraña razón no sentía remordimiento, pero tampoco quería pensar en lo que diría su padre, debía planear cómo pedirle ayuda a Frederick para salvar a su familia de la ruina, eran muchas cosas para un solo momento, Amberly temía que en cualquier segundo caería desmayada, lo que sería aún más problemático después de cómo los habían encontrado, bien podrían inventar un embarazo, Dios no quería ni pensar en ello.

Frederick la abrazó tomándola por la cintura y la pegó a su cuerpo, suya, en ese momento era suya, pronto se casarían y entonces sería oficialmente su esposa, su mujer, la mujer con la que compartiría su vida; aún no era totalmente consciente de lo que había hecho, pero ya no había vuelta atrás, pediría una licencia especial y a más tardar en una semana sería un hombre casado, solo esperaba no tener más problemas, quería disfrutar de su prometida y en un futuro cercano, de su esposa, tan tranquilamente como le fuera posible.

Amberly recostó su cabeza en el pecho del hombre y suspiró al escuchar los fuertes latidos de su corazón restándole importancia al jadeo de indignación que soltaron las mujeres en la puerta, si los habían encontrado en una situación aún más bochornosa, un abrazo no era nada.

Albert caminaba tranquilamente por el salón mientras pensaba qué haría una vez que estuviera casado con Amberly; su matrimonio sería en dos días y era cierto que disfrutaría de su noche de bodas tanto como le fuera posible, pero ¿y después? Tenía claro que debía enseñarle a respetar, debía doblegarla, pero no sabía cómo, no sería sencillo, para su desgracia era una mujer fuerte y segura, así como tampoco podía acabarla a golpes como le gustaría, después de la boda debían seguir apareciendo en público y atender debidamente las invitaciones. ¿Manipularla con su familia? Podía ser una opción, pero una vez que él se negara a su dote, su familia tendría un pequeño respiro e incluso podrían tener la posibilidad de mejorar su situación económica, entonces sería un poco complicado hacerlo, debía pensar en una mejor opción.

En cierto momento un rumor empezó a correr por el salón y las miradas de todos los presentes empezaron a ponerlo nervioso, lo miraban y murmuraban. ¿Había hecho algo mal? No, no podía ser posible, siempre había sido muy cuidadoso por mantener las apariencias; entonces vio que muchos se dirigían escaleras arriba y frunció el ceño, no se debía tener permitida la subida, pero todo aquel que bajaba lo miraba, así que caminó escaleras arriba dispuesto a descubrir lo que ocurría, y en cuanto llegó, lo entendió.

—Será mejor que vengas, Amberly —dijo Andrew acercándose a su hermana, necesitaba alejarla del duque, ya suficiente escándalo había formado, tenía el firme propósito de llevarla a casa y acabar con ese incómodo momento, además empezaba a cansarse de las miradas malintencionadas de los presentes.

—No —masculló Frederick preocupado, aún no podía alejarse de ella, necesitaba solo un poco más de su compañía, de su apoyo, después de todo estaban juntos en todo eso, quería tenerla cerca.

—Entiéndelo, Marlborough, es demasiado para un solo día. —Frederick miró a Amberly con miedo, tenerla en sus brazos se sentía tan bien que temía soltarla y no poder volver a abrazarla,

pero sería su esposa, tendrían el resto de sus vidas.

—Ya lo sé —dijo derrotado, la tomó del mentón y levantó su mirada perdiéndose en el intenso azul de sus ojos; era lo más hermoso que había visto en su vida.

—Espero verte mañana a primera hora en mi casa, dispuesto a hablar con mi padre —advirtió Andrew—, porque supongo que responderás como es debido. —El joven duque frunció el ceño indignado.

—Por supuesto que cumpliré con mi deber. —Amberly sintió cómo un peso desaparecía de su espalda, no por miedo a que Frederick no se casara con ella, sino miedo a la infelicidad de alguno de los dos, pero cuando miró esos hermosos ojos verdes, sintió que todo estaría bien, que todo se resolvería, sintió que él le daba la fuerza que necesitaría para enfrentar todo lo que estaba por venir.

—¡Pero ¿qué significa todo esto?! —gritó alguien desde la puerta sobresaltándolos; todos vieron cómo el duque de Kent entraba al lugar lleno de furia mientras su mirada estaba fija en la pareja abrazada en medio del lugar, parecía estar a punto de asesinar a alguien; todos estaban a la expectativa e incluso temían parpadear por miedo a perderse de algo.

—Lord Kent, me temo que no es un buen momento y sé que la situación es bochornosa, y le doy mis más sinceras disculpas, pero le ruego posponer el asunto hasta el día de mañana, en casa podremos hablar con mi padre en privado y así evitaremos un escándalo —intervino Andrew tranquilamente intentando evitar la incomodidad del momento, en definitiva, debía sacar a su hermana de allí lo antes posible, eso empezaba a empeorar.

—¡Es usted una cualquiera, Lady Dunne! —gritó Albert furioso al ver a su supuesta prometida abrazada a otro hombre, no había que ser muy inteligente para entender lo que había sucedido.

—¡¿Por qué, porque soy mujer?! Es ridículo, solo juzgan a las mujeres cuando el error bien pudo ser culpa de ambos, pero no, el hombre siempre es el inocente —dijo Amberly defendiéndose; eso era lo que más odiaba de esa sociedad llena de hipocresía, que siempre era la mujer la que era juzgada.

—¡Porque es bien conocido que las mujeres carecen de inteligencia y sentido común! No intente escudarse, mejor dígame, ¿una vez casados seguiría manteniendo su relación? ¿Cómo explicaría su deshonor en nuestra noche de bodas? No quisiera saber cuántos hombres han pasado por su cuerpo. —La miró con tan desprecio que causó en la dama unas terribles ganas de llorar.

Frederick sintió la rabia crecer en su cuerpo y antes de poder evitarlo, esquivando a Amberly, golpeó el rostro del viejo duque tan fuerte como le fue posible lanzándolo al suelo.

—¡No permitiré que hable así de ella! —Albert rápidamente se levantó dejando de lado el terrible dolor que atravesó su mandíbula, sacó un gante y se lo lanzó directo al rostro, lo que causó un jadeo entre todos los presentes.

—Lo reto a duelo. —En ese momento Amberly sintió que se quedaba sin aire. ¡Un duelo! Su hermano tuvo que tomarla de la cintura y sostenerla para evitar que cayera al suelo, su cuerpo parecía no reaccionar.

—Esto es una locura, Kent —dijo Frederick sorprendido, nunca había llegado a pensar que él

lo retaría a un duelo; era cierto que su honor pudo haber quedado herido, pero eso ya era demasiado, eso y que la puntería no era su fuerte.

—Mañana al amanecer en Hyde Park, será a muerte, lleve un padrino y a quien considere necesario, yo haré lo mismo. —Se acercó a él y susurró muy bajo—. El que muera quedará fuera del juego y solo entonces tendré vía libre para acabar con su fortuna, su título y su mujer, no sabe cómo disfrutaré matándolo. —Dicho eso, dio media vuelta y salió bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Amberly sintió desfallecerse, sus piernas le fallaron cediendo a su peso y aunque su hermano la sostenía, la sorpresa del reto lo había dejado en otro mundo y no reaccionó a tiempo cuando su hermana cayó al suelo derrotada; se apuró a tomarla, pero Frederick se le adelantó y alzándola la llevó hasta el sofá más cercano, la acomodó y tomó su pálido rostro entre sus manos.

—Amber, preciosa, ¿te sientes mal? —susurró preocupado detallando su rostro, pero Amberly estaba a punto de llorar.

—Prométeme que no irás —susurró tan bajo que el duque apenas si llegó a escucharla—, te puede matar, no puedes presentarte a ese duelo. —Frederick suspiró.

—Sabes que tengo que presentarme. —Amberly no lo soporto más, las lágrimas empezaron a salir con fuerza y soltándose de su agarre salió corriendo, en cuanto escuchó del duelo tuvo miedo, aún no podía creer que algo así había pasado. ¿En qué momento se le ocurrió, en qué momento siquiera consideró casarse con un hombre como Kent? Era lo más estúpido que había hecho en su vida. ¿Amarrarse a un hombre así? Por Dios, ni siquiera todo el oro del mundo podría justificar algo así, y en ese momento que al parecer se casaría con un gran hombre, un hombre que despertaba mil cosas en ella, en su cuerpo, existía la enorme posibilidad de perderlo, no era justo.

Sin darse cuenta atravesó las puertas de la mansión y recostándose en la pared lloró con fuerza, necesitaba desahogarse.

Frederick vio cómo salió corriendo y se levantó rápidamente dispuesto a seguirla, pero Andrew lo tomó del brazo para detenerlo.

—Será mejor que la deje sola por un momento, yo iré con ella y la llevaré a casa, mientras, usted tiene un duelo del que encargarse, y no es por nada, pero más le vale salir vivo y responder ante mi hermana, no creo que soporte perder a su prometido después de todo lo que pasó, además no quiero volver a escuchar de Kent, lo quiero lejos de mi hermana. —Andrew salió corriendo antes de perder de vista a su hermana y la alcanzó justo para ver cómo se recostaba en una pared y lloraba amargamente, cómo le dolía ver a su hermana así.

Pidió el carruaje y por suerte llegó en menos de cinco minutos, se acercó a su hermana y abrazándola cuidadosamente la tomó en sus brazos agradeciendo al cielo que ella no lo rechazara, la acomodó en el asiento del carruaje y salieron rumbo a casa, había sido una noche larga para ambos.

Durante el camino Amberly no dejó de llorar y al llegar su hermano la llevó en brazos hasta su habitación, por suerte su padre no se despertó con su llegada; Andrew entendió que su hermana necesitaba un momento a solas, así que en cuanto la ayudó a desabotonarse un poco el ajustado vestido para que pudiera estar más cómoda, salió cerrando la puerta y bajó al despacho de su padre, se sirvió un whiskey y lo bebió de un sorbo, estaba decidido, iría al duelo y se

aseguraría de traer con vida al idiota ese que posiblemente llegaría a ser su cuñado. Mientras él había intentado separarlos a como daba lugar, luego de la indignación por la propuesta del duque, ellos habían estado juntándose cada vez más al parecer, curioso.

Amberly no se molestó en quitarse el vestido, solo terminó de desabrocharlo junto con el corsé y entre medio de lágrimas, en algún momento durante la noche, cayó profundamente dormida, le costaba entender aquellos sentimientos que nacían en su interior. ¿Amor? Era posible, cualquier mujer se enamoraría de un hombre así, era como un sueño hecho realidad. ¿Miedo? Definitivamente sí, miedo a perderlo antes de siquiera llegar a tenerlo. ¿Arrepentimiento? Era una posibilidad, porque sin duda alguna se arrepentía de haber aceptado a Kent, pero no sabía de qué más debía arrepentirse. ¿De haber sido descubiertos? No tenía respuesta a eso, eran demasiadas cosas, y para complementar, Frederick podría morir en un duelo en muy pocas horas, se sentía perdida.

Frederick no quiso pasarse por su casa, tenía demasiados sentimientos encontrados, si tan solo ya estuviera casado por lo menos ella estaría relativamente segura, pero si el duelo era a muerte, que era lo más seguro, y llegaba a perder la vida, posiblemente ella se viera obligada a casarse con Kent, dudaba que recibiera otra proposición, sería repudiada por la sociedad. No, no podía morir, entonces lamentaba no haber practicado su puntería, hacía años que había dejado de practicar con el arma, solo esperaba que Dios se apiadara de él y que lo ayudara a salir con vida de esa.

Roger, su gran amigo, se acercó y le dio un fuerte apretón en el hombro; su prometida se había ofrecido para acompañar a Amberly mientras el duelo se llevara a cabo, pasara lo que pasara, por lo menos estaría junto a alguien sincero, según había escuchado estaban fomentando una linda amistad, ella no estaría sola.

—¿Estás seguro de querer presentarte? —preguntó Roger temeroso, no quería perder a su gran amigo, se conocían desde siempre.

—Tengo que hacerlo y lo sabes, es mi deber, quedaría como un cobarde, sería vergonzoso, soy el duque de Marlborough, prefiero morir a ser llamado cobarde. —Roger suspiro, él haría lo mismo así que no podía juzgarlo, el deber lo obligaba.

—Bien, entonces mantente vivo, tu madre no soportaría perderte y tienes una mujer que espera por ti, así como algo me dice que tú esperas por ella, tienes que vivir. —El joven conde estaba cumpliendo su deber como padre, había intentado evitar el duelo y acompañaría a su gran amigo hasta el último momento.

—¿Alguna vez llegaste a pensar que a los veintiséis estaría comprometido y con un duelo a la vuelta de la esquina? —El conde sonrió y se sentó a su lado en uno de los escalones de la entrada de la mansión de los Lancaster; prácticamente todos los invitados se habían ido y por suerte la madre de su amigo estaba rezando lo suficientemente lejos como para darles la calma necesaria.

—Jamás, pero dime, ¿cómo es que esta chiquilla logró que los encontraran en el momento justo? Nunca creí que un escándalo sería el que marcaría tu matrimonio, además ella estaba comprometida con Kent. —Frederick agradeció al cielo tener a su gran amigo acompañándolo, quería ver su rostro cuando le contara la verdad, así que lo miró con una enorme sonrisa que causó que el ceño del conde se frunciera. ¿Por qué sonreír cuando había sido descubierto y tenía que casarse? Bueno, él estaba feliz con su compromiso, pero ¿Frederick? Imposible.

—¿Qué me dirías si supieras que fue ella la atrapada y no yo? —dijo divertido y no pudo

evitar soltar una fuerte carcajada al ver el confundido rostro de su amigo, así que poco a poco fue contándole todo lo sucedido. Sí, había sido ella la atrapada, solo debía asegurarse de nunca contárselo, no quería ni imaginarse cuál sería su reacción, fuera buena o mala, no quería saberlo.

Ambos caballeros hablaron hasta que el amanecer estuvo cerca, pidieron prestados un par de caballos al duque de Lancaster y salieron a todo trote al lugar acordado. No tardaron más de quince minutos en llegar a Hyde Park, luego fue sencillo encontrarlos; el duelo sería en una de las partes más alejadas del lugar.

—¿Está seguro de esto Kent? —dijo Frederick al llegar, no conocía al padrino que Kent traía consigo, pero no era que le importara.

—El duelo será a muerte y de arma serán las pistolas —respondió él.

Ambos caballeros se prepararon debidamente sin dejar de mirarse el uno al otro.

—Me cuesta entender la enemistad que siente hacia mí, me gustaría entenderlo antes de ver la muerte caminar frente a mí. —No era normal que conversaran justo antes de un duelo, así que los presentes los miraron con mucha curiosidad.

Estaban Roger cumpliendo como padrino, Andrew acompañando a su futuro cuñado, el juez, del que había olvidado el nombre, y el padrino de Kent, que no sabía quién era el hombre.

—Por su culpa mi hermana estuvo a punto de quitarse la vida, asegura que usted intentó quitarle su virginidad y ahora vive con miedo a que alguien se le acerque o la toque; su padre le arrebató miles de libras al mío de la forma más ruin que existe, se hizo pasar por su amigo y juntaron varios negocios, pero resulta que solo uno ganaba; su riqueza, su fortuna me pertenecen, su familia es un fraude, un fraude que yo acabaré, quiero destruirlo, empezando por Amberly, porque se atrevió a rechazarme a mí por aceptarlo a usted, porque usted siempre ha estado por encima de mí, siempre busca dejarme en ridículo y lo logró, me quitó a mi prometida de la forma más ruin y no contento con ello lo hizo público, ahora soy el hazmerreír de toda la sociedad londinense, por eso y más es que quiero matarlo, además si usted ya no está, Amberly se verá obligada a casarse conmigo. —Frederick sintió lastima, era un hombre tan desesperado por encontrar algo en su vida que había terminado metiéndose en la de los demás, se había dejado cegar por unos estúpidos celos, era ridículo, si llegaba a morir le quedaría el sinsabor de que había sido por un duelo sin sentido alguno.

—Yo jamás toqué a su hermana, y si lo que quiere es dinero será mejor que lo trabaje solo, porque no permitiré que me quiten lo que por derecho es mío —masculló Frederick furioso.

Entonces el duelo empezó, las armas fueron entregadas, ambos caballeros se pusieron de espaldas el uno al otro y empezaron a contar los pasos mientras una hermosa joven miraba por la ventana de su habitación cómo el sol empezaba a salir por el oriente y el calor de sus rayos calentaba su cuerpo cubierto con apenas una bata; Amberly rezaba todas y cada una de las oraciones que aprendió, rogaba al cielo que mantuviera a Frederick con vida, que le diera una oportunidad, solo una, prometía no desperdiciarla, pero entonces, en Hyde Park, resonaron con fuerza dos disparos dispuestos a arrancar una vida esa misma mañana y entonces, un cuerpo cayó al suelo.

CAPÍTULO 20

—Milady, tiene visita —informó el mayordomo a la joven, aunque lo más probable era que se negara, era su deber hacerlo, le dolía ver a esa hermosa joven con el rostro lleno de lágrimas; él la vio crecer, durante toda su vida había trabajado para el conde de Warrington, siempre pensó que esa joven era especial, y nunca se equivocó, si hubiera tenido hijos le habría gustado que la suya fuera como la pequeña Amberly.

—No quiero ver a nadie, quien sea dígame que no puedo recibirlo —dijo Amberly abrazándose a sí misma sin dejar de mirar por la ventana; estaba en la biblioteca, que era una de las habitaciones que tenían vista a la calle, y ella quería ser la primera en saber si Frederick llegaba, pero el carruaje que entró hacía unos segundos no tenía el escudo de su familia, además tampoco recordaba a quién pertenecía, no estaba para visitas o preguntas sobre la noche anterior.

—Es una lástima entonces que me haya atrevido a seguir a tu mayordomo tan groseramente con el propósito de encontrarte. —Ambos giraron la cabeza para ver a Lady Anne entrar por la puerta con una enorme sonrisa en sus labios y un enorme morado en su pómulo izquierdo.

—Me retiro —anunció el mayordomo haciendo la debida reverencia para luego retirarse y volver a su trabajo. Amberly no pudo apartar su vista del golpe que opacaba tan hermoso rostro, debió ser uno muy fuerte, la marca estaba bastante marcada.

—Estás golpeada —murmuró sin poder evitarlo; Anne sonrió ligeramente e intentó girar su rostro para evitar que lo viera, pero era imposible, así que soltó un suspiro de frustración y acercándose a ella, limpió sus lágrimas y se encogió de hombros.

—Que sea nuestro secreto, Roger no puede saberlo por nada del mundo. —Amberly frunció el ceño olvidándose por un segundo de sus desgracias.

—Pero cuando te vea será inevitable que lo note —Anne asintió, y tomándola de la mano la llevó a uno de los sofás y se acomodaron juntas.

—Ya me encargaré de avisarle que no podremos vernos por unos días mientras deja de notarse, no quiero ni imaginarme que pasaría si se entera; mi madre me está ayudando aplicándome algo que aunque huele horrible, ayuda bastante, no quería que nadie lo viera. — Amberly ajustó la manta que cubría sus hombros porque empezaba a caerse.

—Entonces el que hayas venido no ayuda mucho, cualquier persona podría ver eso.

—Lo sé, pero le prometí a Frederick y me prometí a mí misma que vendría a acompañarte y a apoyarte, no imagino por lo que estás pasando, pero supongo que una mano amiga puede alivianar tu tristeza. —La joven Dunne miró la ventana y tuvo que morderse su labio para no llorar.

—¿Crees que ya terminó? Porque siento que en cualquier momento me voy a volver loca si Frederick no entra por esa puerta sano y salvo, solo de imaginarlo herido o muerto dejo de respirar, todo esto es mi culpa, soy una estúpida. —Escondiendo su rostro entre sus manos empezó a llorar; Anne se acercó un poco más y la abrazó cuidadosamente.

—Yo no podría soportar que algo le pasara a Roger, pero según me dijo, de jóvenes solían practicar tiro y Frederick siempre le ganaba, debes confiar en Dios, ya verás que lo traerá de vuelta a tus brazos y podrán casarse. —La joven pelinegra levantó su rostro y miró a su amiga,

porque algo le decía que serían muy buenas amigas, era una gran mujer. ¿Quién iba a decir que la conocería al ayudarla en medio de un escándalo?

—¿Roger esta con él? —preguntó entre lágrimas y la joven asintió.

—Es su padrino en el duelo, me lo dijo esta mañana, envió una nota a mi casa. —Amberly se levantó y corrió a la ventana para volver a recostarse en la pared sin perder de vista la calle. Anne la siguió y la tomó de los hombros intentando darle todo su apoyo.

—Debes ser fuerte, Amberly, pase lo que pase debes ser fuerte y enfrentarlo con mucha valentía. —La joven Wadlow miró a su alrededor, necesitaba distraerla al menos por un rato, el duelo ya debía haber terminado, pero si ella tenía miedo de saber cómo había terminado todo, no quería ni imaginarse como debía estar sintiéndose Amberly.

—¿Tu padre y tu hermano están en casa? —preguntó intentando distraerla, pero para su desdicha, ella respondió sin perder de vista la ventana.

—No, no están en casa, esta mañana salieron juntos a no sé dónde, espero que no se encuentren a nadie que pueda contarle a mi padre lo que sucedió anoche; Andrew me dijo que lo mejor era que hablara con él cuando estuviera más calmada, como puedes notar, no estoy en condiciones de dar explicaciones. —Anne suspiró, fue hasta donde estaba Amberly y tomándola de la mano la acompañó.

—Recemos juntas. —Ambas jóvenes se tomaron con fuerza de las manos y cerrando los ojos rezaron lo que no habían rezado en toda sus vidas; Anne no era tan devota, iba los domingos a la iglesia y prestaba atención a las palabras del párroco, pero no era tan entregada a la religión, así como tampoco Amberly, le costaba no dormirse los domingos mientras el párroco hablaba, pero en ese momento rezaron una y otra vez todas las oraciones que se sabían.

Mientras tanto, en Hyde Park, la impresión que dejó la detonación de ambas armas los había dejado estupefactos a todos, tenían miedo de moverse y descubrir al que no les gustara mientras ambos caballeros se miraban el uno al otro con el arma en alto; pero de repente, uno de ellos cayó al suelo arrodillado y el arma se desprendió de sus manos, tocó delicadamente su abdomen al sentir un terrible ardor allí, la sangre salía con fuerza, y Albert se quedó sin habla, estaba herido.

El médico contratado por el duque de Kent corrió hacia él y cubriendo la herida con sus manos empezó a revisarlo, era una herida de gravedad, debía extraer la bala, coser la herida y rogar al cielo porque no se infectara o le subiera la fiebre, así que mirando al hombre que lo acompañaba empezó a gritar órdenes.

En menos de diez minutos, el hombre que acompañaba al duque como padrino, el médico y un hombre que había llevado el médico trasladaron a Albert hasta el carruaje tan rápido como les fue posible mientras el médico presionaba la herida intentando detener la hemorragia, si no actuaban rápido podría morir.

Frederick aún estaba en shock, tenía miedo de moverse, pero Roger llegó hasta él y miró su rostro preocupado.

—¿Estás herido? —preguntó el conde preocupado; Frederick no lo sabía, no era capaz de moverse y descubrirlo hasta que su amigo puso su mano sobre su hombro y este soltó un grito de dolor.

Roger abrió los ojos preocupado retirando delicadamente la oscura tela que lo cubría y entonces vio cómo la sangre brotaba de su hombro de un pequeño agujero.

—¡Estás herido! Necesitamos un médico —exclamó preocupado Roger al ver a su amigo herido; Frederick empezó a sentirse mareado, sintió que a sus piernas les costaba mantener el peso de su cuerpo y su vista empezaba a ponerse borrosa.

—Ayúdame, no me puedo morir, necesito ir por mi mujer, no puedo dejarla sola —susurró asustado, aún tenía mucho por vivir, quería casarse con Amberly, ver su vientre crecer mientras levantara su hijo, ver los primeros mechones planeados que adornaran su cabello, quería tener una vida a su lado, no podía perderla en ese momento que por fin la tenía. ¿Era amor lo que sentía al verla? No lo sabía, pero quería describirlo a su lado.

Roger lo tomó antes de que cayera al suelo inconsciente, pidió a gritos ayuda y un hombre que limpiaba el lugar lo ayudó a cargarlo a su carruaje, le dio un par de monedas al hombre y salieron tan rápido como fue posible a casa del conde; al llegar pidió a gritos al doctor y junto con su mayordomo lo subieron hasta su habitación; su ama de llaves le puso pañitos con agua tibia hasta que llegó el doctor y sacándolos de la habitación lo atendió.

Roger se recostó en la pared frente a su puerta y suspiró, debería avisarle a Amberly o a Anne, pero tenía miedo de hacerlo, conociéndolas, saldrían y vendrían prácticamente corriendo y su histeria y sus lágrimas no ayudarían en nada a la situación; en ese momento necesitaba calma y paciencia para atender a su amigo, porque se prometía a sí mismo y le prometía a Amberly que sacaría de esa a Frederick.

El doctor tardó más de una hora y media en sacarle la bala del hombro al duque, limpió la herida y la cosió lo mejor que pudo, entonces el resto quedaba en manos de Dios, dejó un par de medicinas para el dolor y salió de la habitación.

—¿Cómo está Frederick? —preguntó el conde preocupado en cuando el doctor salió. El hombre suspiró.

—Bien dentro de lo posible, una herida de bala es muy grave, tuve que sacar la bala, limpiar la herida y coserla, le di algo para que permaneciera dormido un poco más, por lo menos hasta la noche, dejo un ungüento para que se lo apliquen sobre la herida cada cuatro horas y en cuanto despierte que se tome una cucharada del jarabe —Roger asintió tomando nota mental de todo lo que debía hacer—, y si llega a subirle la temperatura, llámeme de inmediato. —El doctor salió y Roger entró en la habitación, llamó a su ama de llaves y le dio todas las instrucciones del médico dándole la orden de no alejarse del duque, confiaba en esa mujer y esperaba que cuidara de su amigo lo mejor posible.

Tomó su caballo y salió a todo trote, aunque no le gustara debía informarles lo que había pasado, solo esperaba encontrar las palabras correctas para mantener a Amberly en su casa.

Anne ya no sabía qué hacer para mantener a su amiga calmada; Amberly no dejaba de caminar de un lado a otro sin perder de vista la ventana, era más de medio día y ella no había probado bocado, estaba pálida y no dejaba de llorar, tenía que pensar en algo y rápido.

—Amber, por lo menos toma un té, estas muy pálida, empiezas a preocuparme y no quiero llamar a un médico. —Amberly negó con la cabeza sin dejar de ver la calle y observó cuando su padre y hermano entraron en casa, era el momento de dar explicaciones.

Andrew entró a casa junto a su padre y luego de preguntarle al mayordomo dónde estaba su

hermana se dirigieron a la biblioteca; durante el paseo, todos los miraron curiosos, con lástima, la gente murmuraba, no tuvo cómo explicárselo, así que tuvieron que volver a casa y su padre iba más que dispuesto a saberlo todo; al final no había podido ir al duelo, pero rogaba a Dios que Frederick saliera vivo.

—¡Amberly! —gritó furioso el conde sobresaltando a ambas mujeres; Anne miró a su amiga asustada.

—Será mejor que te vayas —susurró Amberly; su padre debió enterarse de lo sucedido, en ese momento sí que estaba en serios problemas.

—Está bien, me iré, pero solo porque creo que debes hablar con ellos a solas, prométeme que mandarás a llamarme si sucede algo, no importa la hora —Amberly asintió y dándole un fuerte abrazo a su gran amiga se despidió, y en cuanto la joven salió, su padre y hermano entraron.

—¡Ustedes dos me van a explicar ahora mismo lo que sucedió! —gritó furioso el conde—. No soy estúpido y noté cómo nos miraban todos. —La joven miró a su hermano y él asintió, ya no había vuelta atrás, tendría que hablar.

—Me casaré con Frederick Aldridge, duque de Marlborough. —El conde se quedó sin palabras. ¿No estaba comprometida con Kent?

—Explícate, tú estabas comprometida con Kent. ¿Cómo que te vas a casar con Marlborough? —Andrew llevó a su padre hasta uno de los sillones del lugar, y Amberly se arrodilló frente a él, tomó sus manos entre las suyas y las lágrimas empezaron a salir.

—Perdóname, papá, yo no quería, yo no lo planeé, yo... —Su padre se soltó de su agarre y la silenció.

—Dilo de una vez, Amberly.

—Hace mucho tiempo supe que estamos en la ruina —Empezó ella dejando al conde y a su hijo sin palabras—, lo escuché sin querer un día que hablabas con Andrew y me decidí a casarme por conveniencia con un hombre capaz de solventar nuestras deudas, conocí a Frederick, pero sabía que él jamás accedería, es joven, me dejó claro que no quería casarse, así que apareció Kent y empezó a cortejarme, era mi mejor opción, luego me pidió matrimonio y yo acepté con la condición de negarse a mi dote y ayudarlos económicamente, nos comprometimos y Frederick empezó a intervenir en mi vida, siempre lo veía, empecé a sentir algo y me dijo que quería que nos viéramos en la fiesta de los Lancaster, quería tener al menos un recuerdo que hiciera mi vida menos desgraciada, odiaba a Kent, me daba asco, en cambio Frederick hacía que mi corazón se acelerara, me hacía sentir mil cosas, me enamoré, me enamoré perdidamente de él, papá, así que me dejé llevar, pero durante la fiesta nos encontraron en una situación comprometedoras así que Frederick me dijo que nos casaríamos, pero luego llegó Kent y lo retó a duelo y ahora no sé si está bien o si está muerto, no sé nada, estoy volviéndome loca. —Amberly habló tan rápido que no le dio tiempo ni a su padre ni a su hermano de procesar la información, los dejó estupefactos, pero era que ya estaba cansada y necesitaba su ayuda para encontrarlo.

—Por Dios —susurró el conde sin poder creerlo, nunca se había imaginado que algo así podría pasar; la respiración se le cortó y un fuerte dolor en el pecho, hombro y brazo del lado izquierdo le impedía hablar.

Andrew notó la molestia de su padre y soltó su pañuelo y camisa esperando que respirara, pero el conde empezó a ponerse pálido y sostenía su pecho con fuerza.

—¡Papá! —exclamó asustada Amberly intentando darle aire a su padre con el libro más cercano; Andrew hizo que llamaran al médico y con un par de hombres lo subieron a su habitación, pero de repente el conde dejó de respirar dejando a una desolada Amberly y a un asustado Andrew. El médico llegó y luego de sacar a todos de la habitación, lo atendió rápidamente y logró estabilizarlo a tiempo.

—Le dio un ataque al corazón, está muy delicado, ahora está dormido, pero posiblemente pronto despierte, lo mejor es que no reciba emociones fuertes, pero no creo que aguante mucho, su salud está muy deteriorada —anunció el médico en cuanto salió de la habitación, dejó un par de indicaciones y se fue.

Amberly sentía que estaba a punto de morir; su padre había enfermado por su culpa, y Frederick posiblemente estuviera herido a causa de un duelo, por culpa suya también; entró en la habitación y se arrodilló a su lado, lloró amargamente su desgracia mientras acariciaba la mano de su padre y le pedía perdón una y otra vez.

Andrew fue hasta el despacho de su padre y se tomó un trago de whiskey. ¿Qué haría sin su padre? No podía morir, no aún, no en ese momento, él no se sentía preparado para enfrentar todo lo que un condado demandaba sin contar las mil deudas que tenían, solo pedía un poco más de tiempo, no quería perder a su padre.

Roger llegó a casa de los Warrington y pidió ver a Amberly; el mayordomo dijo que lo anunciaría aunque no creía que lo fueran a recibir, pero se negó a decir algo más, ya había sido muy imprudente.

—Milady, el conde de Coventry solicita verla. —Amberly sintió miedo, pero también un poco de esperanza, así que se levantó y salió corriendo, necesitaba una buena noticia o se volvería loca, suficiente tenía con su padre enfermo, no quería detenerse a pensar en por qué había venido el conde y no Frederick, pero quería tener fe.

Roger vio el pálido rostro lleno de lágrimas de Amberly y se asustó.

—¿Pasó algo? —preguntó preocupado.

—¿Dónde está Frederick? —preguntó ella directamente sin responder a su pregunta; Roger dudó en responder, se veía mal, cansada, pálida, no quería ser portador de malas noticias—. Solo dílo Roger, por favor, no soporto más esta incertidumbre —rogó ella sin importarle lo grosero que era llamarlo por su nombre de pila sin haber sido autorizada.

El conde suspiró, no había de otra, ella merecía saber la verdad.

—Kent está muy mal herido, la bala le dio en el abdomen, y a Frederick... a él... —suspiró —... a él la bala le dio en el hombro; el médico ya lo atendió, pero dijo que solo quedaba esperar, ahora todo está en manos de Dios.

Amberly sintió que el mundo se le venía encima. ¿En qué momento su vida había dado tantas vueltas? Se sentía perdida, no creía haber hecho tanto daño como para que estuviera pagándolo, no era justo, estaba a punto de perder a su padre y al hombre que amaba y sin poder evitarlo, cayó inconsciente, ya no lo soportó más.

CAPÍTULO 21

—Lady Amberly —susurraba el médico en su oído, pero la joven se negaba a despertar, sentía una paz tan reconfortarle que no tenía ganas de enfrentarse a su cruel realidad, quería tener un momento de descanso, se sentía tan abrumada, se sentía incapaz, no sabía cómo enfrentarse a tantos problemas, tenía miedo de perder a su padre, de perder a Frederick. ¿Qué sería de ella sin uno de esos dos hombres? Uno era el padre que tanto amaba y el otro el hombre del cual estaba enamorada. No, no quería despertar, pero el fuerte olor que entró por sus fosas nasales la obligó a removerse inquieta.

—Amber, despierta pequeña —susurró Andrew preocupado, en cuanto el conde gritó pidiendo auxilio y vio a su hermana desvanecida en sus brazos sintió que el corazón dejaba de palpar, suficiente tenía con su padre gravemente enfermo descansando en su habitación, necesitaba a su hermana, ella sería su fuerza, por ella enfrentaría lo que viniera con toda la valentía que fuera capaz de sacar. Pero por suerte el médico aún estaba cerca de casa, así que no tardaron más de cinco minutos en traerlo de vuelta.

Roger miraba todo cruzado de brazos desde la puerta, algo le estaba preocupando además de su amigo y la futura esposa de este, le había escrito a Anne pidiendo que viniera a ver a su amiga, estaba muy débil y necesitaba su ayuda, había firmado la nota como Amberly D, por seguridad; su padre aún se negaba a su matrimonio aunque ya era prácticamente una realidad, pero según le dijo el sirviente que envió, en cuanto supo que él estaba ahí se negó alegando quehaceres y una supuesta salida con su madre, algo no estaba bien allí.

Amberly movió su cabeza lentamente cuando sintió que su cuerpo despertaba, cerró sus ojos con fuerza al sentir una fuerte punzada de dolor en su cabeza, intentó levantar su mano para acariciar sus cienes, pero alguien se lo impidió, poco a poco abrió sus ojos y pudo ver a su hermano y al médico junto a ella y a Roger en la puerta.

—¿Cómo se siente, Lady Dunne? —preguntó el médico evaluando lentamente su rostro; estaba pálida y sus ojos parecían perdidos, al parecer le costaba enfocar y su cuerpo estaba muy débil.

—No lo sé, me duele mi cabeza, me siento débil y no quiero ni abrir los ojos, supongo que eso es un mal. —Andrew sonrió; su hermana no estaba tan mal si aún podía hacer ese tipo de comentarios, había aprendido a conocerla y sabía que cuando estaba mal simplemente no hablaba.

—El dolor de cabeza puede ser por el desmayo, pero ¿qué ha comido el día de hoy? —Amberly se tensó y apretó sus labios cerrándolos con fuerza, en ese momento se arrepintió de no haber obedecido a Anne, debió comer algo, pero era que la preocupación no la dejaba.

—Amberly, responde las preguntas del médico —ordenó su hermano impaciente; su silencio no podía ser nada bueno, desde ese momento en adelante debía tener mano dura con su hermana o podría caer enferma y no estaba dispuesto a permitirlo.

Amberly suspiró, parpadeó varias veces ganando un poco de tiempo mientras pensaba en la mejor forma de decirlo y se sentó en la cama, posiblemente su hermano quisiera ahorcarla en cuanto lo dijera, pero al no encontrar cómo suavizar sus palabras, simplemente lo dijo.

—No he comido nada desde la cena de ayer —admitió ella derrotada, pudo escuchar el fuerte

gruñido que soltó su hermano y por la reacción del médico, tuvo suerte de no haber tenido una reprimenda por ambos caballeros.

—Esa sea posiblemente la causa del desmayo, su cuerpo estaba muy débil al no ingerir alimentos durante el día y la noticia sobre la salud de su padre alteró su cuerpo, para eso no hay mejor medicina que comer, así que debe alimentarse correctamente; le dejaré algo para el dolor de cabeza, tome una cucharada antes de dormirse por cuatro días y guarde reposo por lo menos por hoy, será suficiente con eso. —El doctor se puso de pie, cerró su maletín e hizo una pequeña reverencia—. Cuídese. —Dicho eso, dio media vuelta y salió de la habitación.

—Tú y yo hablaremos seriamente —sentenció Andrew antes de salir tras el doctor para pagarle sus honorarios.

—¿Qué paso en el duelo? Dime algo sobre Frederick, por favor, ¿está muy grave? —dijo la joven nerviosa en cuanto perdió de vista a su hermano; Roger sacudió su cabeza para volver a la realidad y miró a Amberly.

—No puedo mentirte, Amberly, todas las heridas de bala son graves, Frederick tiene el hombro herido, el doctor lo atendió en mi casa, tuvo que extraerle la bala y cerrar la herida, hizo todo cuanto pudo, solo queda rogar al cielo que no le suba la fiebre y no se le infecte, pero él es un hombre fuerte, en cuanto el duelo terminó estaba loco por venir por ti, no morirá, estoy seguro, él vivirá para casarse contigo. —Amber mordió ligeramente su labio aguantando las lágrimas; claro que tenía que vivir, ella quería un cuento de hadas a su lado, quería enamorarlo, amarlo, entregarle todo, tenía que vivir.

—¿Por qué crees que él quiere casarse conmigo? —preguntó asustada. ¿Y si era solo por honor o deber? Ella tampoco quería arruinarle la vida obligándolo a un matrimonio, ella quería que él fuera feliz, fuera a su lado o no.

Roger no pudo evitar sonreír, era más que obvio que esos dos estaban más que enamorados, pero ninguno quería aceptarlo, aunque Amberly lo demostraba más conocía demasiado bien a su amigo y sabía que se moría de amor por esa mujer.

—¿Por qué crees tú? —pregunto él acomodándose en uno de los sillones de la habitación; ella se encogió ligeramente de hombros, y su mirada se quedó en sus manos cruzadas sobre su regazo.

—Que nos encontraran en un momento así fue todo un escándalo, más aun cuando Kent lo retó a duelo, tal vez quería casarse por cuidar de mi reputación o simplemente por cumplir con su deber. —El conde negó con la cabeza, se levantó de la silla y acercándose a ella apoyó una de sus manos sobre las suyas y la miró a los ojos con una enorme sonrisa en sus labios.

—Algo me dice que ustedes dos serán muy felices, pero no soy yo quien debe responder a esa pregunta, el mismo Frederick lo hará, eso sí, déjame asegurarte que no tienes nada que temer, sus razones son muy fuertes. —Tomó una de sus manos y dejó un pequeño beso en el dorso de esa—. Frederick se quedará estos días en mi casa, no le he avisado a la duquesa porque no quiero enfrentarme a ella aún, sin embargo, enviaré una nota avisándole que está bien, así que por favor si te pregunta no le digas nada; mandaré a uno de mis sirvientes a avisarte cuando despierte, pero debes cuidarte, no querrás que te vea tan pálida y débil. —Sonrió y salió de la habitación cerrando la puerta; Amberly cerró sus ojos y rezó, rezó por su padre, rezó por el amor de su vida, rezó por el futuro que le esperaba, rogándole a Dios bienestar.

Se levantó y se quitó el vestido y el corsé quedándose solo con su camisón para luego volver a sentarse y cubrir sus piernas: a los pocos minutos, entró Andrew seguido de dos sirvientes que traían dos enormes bandejas con sopa, carne, fruta, ensalada y postre; Amberly abrió sus ojos como plato.

—Te comerás todo esto sin protestar, no me separaré de ti hasta ver las dos bandejas vacías. —Amber miró a su hermano como si se hubiera vuelto loco y negó con la cabeza rápidamente.

—Estás loco, jamás podría comerme todo esto. ¡Explotaría! Es demasiada comida. —El joven miró ambas bandejas sobre la cama y rápido su nuca, pensativo.

—Tendrás que desocupar al menos una de las bandejas —accedió sentándose a su lado en la cama y tomó una de las uvas para llevarla hasta su boca.

—¿Ha despertado papá? —preguntó nerviosa Amberly mientras acercaba la sopa de pollo y tomaba una cucharada.

—Sí, está reunido con el abogado, está muy débil, pero espero que con un poco de descanso y muchos cuidados mejor. —Ambos se miraron y asintieron, debían confiar.

Amberly poco a poco comió todo lo que había en una de las bandejas, se sentía mucho mejor, pero su estómago posiblemente estallaría en cualquier momento, por suerte no tenía el corsé aprisionándola o moriría, descansaría por ese día de todas las torturas femeninas, pronto anochecería y quería dormir.

—Quisiera hablar con papá ahora que está despierto —dijo ella dejando la bandeja a un lado y vio cómo su hermano dejaba la otra completamente vacía junto a la suya.

—Por ahora no es posible, me dijo que en cuanto terminara con su abogado nos llamaría uno por uno para hablar por separado, así que ya llegará tu momento de hablar con él. —Andrew se recostó en la cama junto a Amberly y acarició su rostro levemente—. ¿Por qué no intentas dormir un poco? —dijo cerrando sus ojos, se sentía cansado, fue demasiado para un solo día y, lastimosamente, aún no terminaba

—Duerme un poco, creo que yo escribiré algo —dijo y dio un beso en la frente de su hermano y se levantó de la cama cubriéndose con la manta que mantenía sobre uno de los sillones, fue hasta su escritorio y tomando papel y pluma empezó a escribir; le gustaba escribir sobre sus sentimientos o pensamientos, era como un diario, solo que ella no solía escribir todos los días, solo lo hacía cuando sentía que lo necesitaba, cuando buscaba desahogarse o simplemente pensar, pero ese día quería expresar en letras lo mucho que amaba a ese hombre ya que aún no se sentía lo suficientemente valiente para decírselo a él, aunque esperaba tener la oportunidad de hacerlo.

El pergamino casi se llenaba cuando tocaron su puerta, así que se levantó y abrió para encontrarse con Briana.

—Milady, su padre quiere verla —anunció ella; Amberly salió prácticamente corriendo hasta la habitación de su padre luego de cerrar la puerta de su habitación, y le gritó a Briana que no molestaran a su hermano; en cuanto estuvo enfrente de la puerta no tocó sino que simplemente entró y logró ver el cansado y pálido rostro de su padre.

—Papá, ¿cómo te sientes? —dijo acercándose, se arrodilló frente a la cama y tomó una de sus manos entre las suyas; el conde sonrió al ver a su hija, aún le costaba entender todo lo que

había pasado, no entendía en qué momento sus vidas habían dado un giro tan fuerte que los había dejado aturridos; su pequeña niña, su angelito, después de todo, se vería obligada a casarse, solo esperaba que su amor fuera verdadero y correspondido, no podría descansar tranquilo sabiendo que su hija era infeliz.

—Estoy bien, pequeña, no tienes de qué preocuparte, estoy perfectamente, pero creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente. —Amberly bajó la mirada y asintió.

—Lo sé.

—Dime la verdad, Amberly, ¿estás realmente enamorada de Marlborough? —la joven asintió sintiendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, no había actuado correctamente y lo sabía.

—Estoy irremediablemente enamorada de él, papá.

—¿Entonces por qué comprometerte con Kent? Una vez me prometiste que jamás te casarías por obligación o conveniencia. ¿Por qué aceptaste? Estabas rompiendo nuestra promesa, por una razón no te dije de nuestra situación económica, no era por mentirte o mantenerte en la ignorancia, era por tu bienestar, porque sabía que algo así podría pasar, te conozco demasiado bien, eres mi hija; nunca me gustó Kent, es un hombre que no vale la pena, sin honor, sin palabra, pero estaba dispuesto a aceptarlo por ti, de verdad creí que sentías algo. ¿Tantos sacrificios para no usar tu dote y que tuvieras una oportunidad de amar, conocer, vivir, disfrutar de esta sociedad y que tú lo echaras a perder? No quiero una vida desdichada para ti, hija. —Amberly limpió sus húmedas mejillas, pero las lágrimas seguían saliendo, así que fue prácticamente inútil.

—Perdóname, papá, sé que cometí un error enorme y no sabes cómo me arrepiento ahora que sé todo lo que causé, pero te juro que no lo hice a propósito, nunca tuve la intención de que algo así pasara, tú y Andrew son lo más importante en mi vida, haría lo que fuera por ustedes. —El conde acarició el rostro de su hija con una de sus manos y tomándola del mentón lo levantó, obligándola a mirarlo.

—De nada vale levantarte por el pasado, pequeña, eso deberías saberlo, ya nada puedes hacer para cambiar el pasado, pero sí puedes cambiar tu futuro, aún estas a tiempo, no hagas algo de lo que puedas arrepentirte luego; si amas a Frederick, cástate con él, ten tu propia familia, ama y déjate amar, vive tu vida, se feliz, es lo que más deseo en la vida, que tú y Andrew sean felices, son mis hijos, los amo con todo mi corazón y daría todo por ustedes dos; prométeme que serás feliz, hija, pero esta vez cúmplelo. —Amberly no quería pensar en las razones por las que su padre estaba hablando como si de una despedida se tratase, quería pensar que era una simple reprimenda entre padre e hija por las estupideces que había hecho últimamente.

—Lo sé, papá y te lo prometo, perdóname —susurró ella entre lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte, sé que ahora todo estará bien, supongo que Frederick no ha venido por lo que me pasó, pero mañana posiblemente esté en condiciones de recibirlo, sino tu hermano puede arreglarlo con él, no habrá problema alguno, la boda debe ser en menos de una semana, eso sí, pero ya le diré eso a tu hermano. —La tomó de sus manos y la impulsó a levantarse e inclinarse hacia él.

Nadie se había atrevido a recordarle lo del duelo y mucho menos a decirle en qué había terminado; el conde debía concentrarse en mejorarse, nadie quería alterarlo con noticias así, porque si el duque llegara a morir, Amberly se vería en serios problemas, sería completamente

rechazada por la sociedad; pero no, ninguno quería pensar en esa opción.

—Si quieres llamo a Andrew —murmuró ella, pero su padre negó con la cabeza y entendió que lo que había hecho era lo correcto al sentir cómo sus fuerzas empezaban a fallarle, ya no podía ni levantar su mano para acariciar el hermoso rostro de su hija.

—Aún no, quiero que recuerdes que nada de esto es tu culpa, yo estoy enfermo desde hace mucho, es completamente normal, ya estoy viejo, así que no quiero que te atormentes por nada, la noticia que me diste solo me alteró un poco, pero no es tu culpa. —Eso era difícil, Amberly se sentía más que culpable, si ella no hubiera dicho lo que dijo su padre no estaría tan débil guardando reposo en cama; él siempre había sido un hombre muy saludable, si algo llegaba a pasarle jamás se lo perdonaría.

—No te va a pasar nada, papá, no te puede pasar nada, no puedes dejarnos, Andrew y yo aún te necesitamos. —Haciendo todo el esfuerzo que pudo, levantó su mano y dejó uno de los mechones negros de su hija tras su oreja.

—Sabes que yo no voy a durar toda la vida y en algún momento tendré que irme, pero quiero que recuerdes siempre que te amo y que nada de lo que pase es tu culpa —Amberly asintió e inclinándose un poco dejó un beso sobre su frente.

—Ahora llama a tu hermano. —La joven se despidió de su padre y salió de la habitación sintiendo que el gran peso que llevaba en su espalda disminuía; su padre estaría bien.

Caminó hasta su habitación y despertó cuidadosamente a su hermano, le pidió que fuera a ver a su padre y quedándose sola en la habitación contempló la salida de la luna a medida que la noche llegaba; cuando sus ojos estaban tan pesados que le era difícil mantenerlos abiertos se acostó y se quedó profundamente dormida en cuestión de instantes.

Al siguiente día, se levantó y luego del baño se puso un lindo vestido verde claro de día y peinó su cabello con una sencilla trenza, bajó a desayunar junto a su hermano, pero él parecía algo nervioso.

—¿Pasa algo, Andrew? —preguntó preocupada, pero él simplemente negó.

Andrew no sabía cómo decírselo; su padre estaba cada vez peor, se lo dijo anoche, además de un par de instrucciones más para todo lo que vendría y para ayudar a su hermana, tenía miedo de que no sobreviviera el día.

Amberly prefirió no hablar más, simplemente se concentró en su desayuno mientras pensaba en ir a visitar a su padre; tal vez le llevaría un libro y se lo leería en voz alta, a su padre siempre le había gustado leer.

—Milady, un mensaje —anunció el mayordomo acercándose con un papel blanco sobre la bandeja en sus manos.

Amberly lo tomó y sintió su cuerpo vibrar de emoción al ver que era de Roger.

“Ha despertado y está loco por verte, será mejor que vengas.

R.G, conde de Coventry.”

La joven se levantó emocionada de su asiento dispuesta a tomar su caballo y salir a trote, pero la sirvienta que había sido designada para cuidar a su padre entró corriendo al comedor con lágrimas en los ojos.

—¡El conde, el conde no respira! —gritó la mujer desesperada, y ambos jóvenes sintieron cómo el alma se les caía a los pies y el corazón se les detenía de repente.

CAPÍTULO 22

—Envía a alguien por el médico —ordenó Andrew a la mujer, se levantó rápidamente y abrazó a Amberly que parecía estar en otro mundo, tomó su rostro entre sus manos y limpió las lágrimas que empezaban a salir—. Escúchame, Amber, pase lo que pase te necesito fuerte, no puedes dejarte vencer ahora, así que levántate y vamos a verlo, pequeña. Dejó un beso en su frente y la miró fijamente; Amberly sentía que su corazón se estaba rompiendo, quedando hecho trizas; su padre era su gran héroe, su gran amigo, no podía perderlo, no ahora, no aún. Respiró profundo y tomó la mano de su hermano pidiéndole esa fuerza que tanto necesitaba.

Ambos subieron hasta la habitación de su padre y lo vieron ahí, recostado en la cama con sus ojos cerrados y su rostro relajado, parecía dormir tranquilamente a pesar de que estaba un poco pálido, y aunque Amberly no se atrevió a acercarse y se mantuvo a los pies de la cama, Andrew sí lo hizo; acarició delicadamente la mejilla de su padre y bajó lentamente su mano hasta su pecho esperando sentir los latidos de su corazón, aunque fueran leves, tenía la esperanza de sentirlos, pero no, no había nada, ni una sola señal de vida.

—¿Qué sucedió? —preguntó el médico entrando a la habitación; Andrew se alejó rápidamente dándole espacio al médico para que lo revise, pero no se atrevió a mirar a su hermana, tenía miedo de enfrentarse a ella, de enfrentar todo lo que se les venía.

—Él está bien, ¿verdad doctor? —susurró Amberly con miedo aferrándose con fuerza a uno de los postes de la cama; el médico lo revisó y suspiró pesadamente.

—Lo lamento, pero el conde ha fallecido, no hay nada que pueda hacer por él. —Andrew cerró sus ojos con fuerza, pero eso no evitó que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas, apoyó su frente en la pared y respiró profundo, tenía que ser fuerte; su hermana se dejó caer al suelo sin dejar de mirar a su padre; murió, los dejó, entonces estaban completamente solos; las lágrimas corrieron por sus mejillas y se abrazó a sí misma.

El médico se retiró silenciosamente dejándolos solos; el joven se acercó a su hermana y la abrazó fuertemente, dejó un pequeño beso en su frente y limpió sus lágrimas.

—Hay que organizar el entierro, no quiero personas tan falsas en mi casa fingiendo sentir tristeza cuando es solo lástima, así que aunque no sea así como lo dicten las normas, simplemente lo enterraremos; esperaremos unas dos semanas, tal vez tres, eso tendré que hablar con Frederick, pero debemos organizar su boda. —Amberly sintió que la mandíbula se le desencajaba. No, ¿cómo podía pensar en eso cuando su padre acababa de morir?

—¡Pero esto es horrible! No me casaré, es ridículo, mi padre no acaba de morir cuando tú ya estas planeando mi boda, no lo haré. —Él masajeó sus sienes con sus dedos intentando disminuir el dolor que empezaba a crecer.

—No, Amberly, no soy yo, tú tienes que casarte o caerás en la desgracia, nunca más te invitarían a una velada y serías rechazada por todos, tus posibilidades de matrimonio serían nulas, te casarás. —Andrew estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario con tal de alejar a su hermana, ya no había esperanzas en ese entonces que su padre había muerto; las deudas eran demasiado grandes para seguir escondiéndolas, era hora de enfrentarse a la realidad, pero dejaría a su hermana muy lejos de todo eso, a salvo, con un hombre que cuidara de ella como era debido, no quería arrastrar a su hermana a todo lo que tendría que vivir a partir de ese día.

—¡No me voy a casar! No me importa si me convierto en la paria de la sociedad, poco o nada me importa, ¿no te das cuenta? Por culpa de lo que pasó esa noche es que mi padre murió, me lo dio todo y yo no supe aprovecharlo, no debí permitir que algo así sucediera, pagaré mi error, no merezco ser feliz junto al hombre que amo. —Él empezaba a sentirse incómodo en ese lugar, así que llamó a su mayordomo y le ordenó que preparara todo para el entierro mientras él volvía, confiaba en el hombre; tomó a su hermana de la mano y la llevó hasta su habitación.

—Olvídalo, Amberly, deja de decir estupideces —gritó furioso—, que papá haya muerto no cambia nada, te casarás, quieras o no, te casarás, no me importa si tengo que arrastrarte a la iglesia, ahora tú eres mi responsabilidad y le prometí a papá que te casarías con el hombre al que amas, le prometí que te mantendría a salvo y lejos de todo esto; además deja de pensar así, tú no eres la culpable de nada, papá llevaba enfermo desde hace mucho tiempo y no estaba descansando bien por las preocupaciones que las deudas le estaban dejando. —Amber sintió morir; su hermano quería obligarla a casarse con Frederick.

—No quiero —susurró ella entre lágrimas, se acercó a su hermano y se abrazó a él llorando amargamente—, siento que es mi culpa, amo a Frederick con todo mi corazón, pero siento que no lo merezco, yo causé todo esto, si tan solo no hubiera aceptado a Kent, si desde un principio hubiera aceptado lo que siento por Frederick, tal vez todo sería diferente. —Aunque le costara aceptarlo, tenía miedo de no merecer al amor de su vida, miedo de ser la culpable de la muerte de su padre.

—No llores por lo que ya hiciste, Amber, no vale la pena, después de todo, ya no podrás cambiarlo, concéntrate en lo que viene ahora, quiero que vivas tu vida, que ames, que tengas hijos, que seas feliz, deja de pensar estupideces, eso es lo que quería papá, ¿o no? Fue por eso que te dejé elegir a tu esposo y lo hiciste, ahora no lo pierdas. —El joven le dio un fuerte abrazo a su pequeña hermana.

—¿Y tú? ¿Qué pasara contigo? Papá te dejó muchos problemas y no quiero que pases por malos momentos, eres mi hermanito. —Andrew soltó una carcajada y se alejó un poco para mirarla a los ojos.

—Que yo me acuerde, el hermano mayor soy yo, así que ya veré cómo me las arreglo, mejor vamos a darle un último adiós a papá.

Ese día, se apoyaron el uno en el otro como nunca antes lo habían hecho, ese día, como hermanos, dieron el último adiós a ese gran hombre que tuvieron como padre, cada uno sufriendo a su manera.

Amberly no tenía ánimos de responder la nota del conde por mucho que quisiera ver al duque y mucho menos de ir hasta su casa, así que su hermano les escribió contándoles lo sucedido, y aunque Frederick intentó una y otra vez levantarse de la cama para correr a acompañarla en un momento tan duro, no pudo, la herida aún le dolía y cabía la posibilidad de que se abrieran las puntadas que cerraban la herida, a pesar de que había despertado debía permanecer en cama si quería terminar de recuperarse, así que tuvo que quedarse en cama descansando aunque su mente y corazón estaban con su dama de ojos azules.

El duque se recuperó rápidamente y dos semanas después ya pudo levantarse de la cama aunque no podía hacer mucho esfuerzo, y como debió haber hecho hacía mucho tiempo, habló con el actual conde de Warrington, Andrew Dunne, para pedirle la mano de su hermana, pero como debió suponer, su respuesta fue: “Eso debe preguntárselo a mi hermana, no a mí”.

Esa misma tarde, luego de hablar con Andrew, Frederick llevó a su hermosa dama a dar un paseo a caballo por sus tierras; sus propiedades en Londres eran muy amplias, contaba con hermosos paisajes, flores, árboles, era perfecto; Frederick detuvo su caballo cerca de los límites de su tierra, bajó del animal y tomó a Amberly de la cintura para bajarla de su yegua teniendo cuidado de no lastimar su brazo.

—Es un lugar muy hermoso —dijo ella disfrutando de las vistas, la gran variedad de árboles, la edificación de la enorme casa a lo lejos, el verde del lugar y para complementar el maravilloso paisaje, el azul del cielo tan hermoso como nunca antes.

—Es muy cierto, me encanta venir porque desde acá hay una vista perfecta de todo lo que me rodea, y aunque la última vez que vine sentí que me faltaba algo en la vida para sentirme completo, hoy, siento que tengo todo, que no necesito más —murmuró él tomándola de la cintura y acercándola a su cuerpo; la joven no sabía qué hacer o cómo debía reaccionar, así que se dejó llevar por el destino y que pasara lo que tenía que pasar.

—Y ¿qué era lo que te faltaba? —preguntó en un susurro.

—Tú, me faltabas tú, me faltaban esos hermosos ojos azules que iluminan mi vida, me faltaba esa hermosa sonrisa que cada día me enamora más y más, me faltaba la suavidad de tu piel tentándome a casa segundo, las curvas de tu cuerpo, toda tú. —Metió su mano en su bolsillo y sacó un lindo anillo en oro blanco con dos piedras, una azul y una verde; Amberly se quedó sin palabras.

—Frederick, yo... —Él puso un dedo sobre sus labios para silenciarla y no pudo evitar acariciarlos suavemente con la yema de su pulgar.

—Cásate conmigo —dijo fuerte y claro, pero luego sacudió la cabeza al darse cuenta de sus palabras—. Perdón, no lo dije como debía, ¿te quieres casar conmigo? —Amberly cubrió su boca con sus manos, sorprendida, y sus ojos se cristalizaron.

—Claro que quiero casarme contigo —gritó emocionada, y dando un pequeño salto, enrolló sus brazos en el cuello de Frederick y lo besó; aunque lo tomó por sorpresa, él rápidamente la abrazó con fuerza mientras besaba sus labios, al fin sería legalmente suya.

Frederick deslizó el anillo por su dedo cuando se separaron y volvió a besarla; pasaron la tarde entre pequeños besos, un par de caricias prohibidas y sonrisas coquetas, pero al anochecer, al volver a casa, Amberly decidió hablar con él, no estaba dispuesta a abandonar a su hermano a su suerte antes de volver a su casa, pronto se casaría.

—Quiero pedirte un favor, sé que lo que te pido no es normal y que no es muy correcto, pero es muy importante para mí. —Frederick frunció el ceño confundido.

—Explícate, Amber. —La joven tomó una gran bocanada de aire para preparar sus próximas palabras.

—Mi familia tiene problemas económicos... —empezó ella, contándole todos sus problemas al hombre con el que compartiría toda su vida, quería pedirle su ayuda, rogarla si era necesario, pero no podía dejar que su hermano se enfrentara a todo lo que se le venía por delante completamente solo; aunque él fuera el mayor, ella siempre lo cuidaría.

Pero se sorprendió al terminar su relato y ver que el rostro de Frederick no parecía ni mínimamente sorprendido.

—En cuanto nos casemos, hablaré con tu hermano sobre el tema y te prometo que lo ayudaré, no permitiré que nada le pase a tu hermano, no tienes de qué preocuparte, tengo un par de negocios de los que podemos participar juntos. —Amberly frunció el ceño y lo miró con desconfianza.

—¿Por qué no pareces sorprendido? —El duque se pasó una mano por el cabello al escuchar su pregunta, solo rogaba al cielo que su reacción no fuera tan mala.

—Supe de la situación económica de tu familia el día que estuve en tu casa, cuando hablé con tu hermano y tu papá, ese día les propuse entrar a cualquier negocio que me propusieran, aceptar cualquier cosa si te mantenían alejada de Kent. —Amberly, por alguna razón, se sintió traicionada, le habían dicho todo a él que no era parte de la familia y no a ella; Frederick debió decirle lo que sabía en cuanto salió del despacho, entonces entendió la furia de su hermano, entendió por qué la había llamado “moneda de cambio”.

—¿Algo más que me estás escondiendo? —preguntó ella furiosa; Frederick pensó en contarle la razón por la que los habían encontrado en una situación comprometedor, pero tuvo miedo, perder a su padre ya era demasiado, ese dolor aún no había sanado, no quería correr el riesgo de perderla, tal vez luego cuando ya estuvieran casados y nada pudiera separarlos.

—Nada —susurró muy bajo, pero Amberly furiosa, tomó su caballo, se subió y salió a todo trote de la casa del duque; Frederick rápidamente la siguió, pero no la alcanzó hasta que ella cruzó la entrada de su casa y fue recibida por su hermano, así que dio media vuelta y volvió a su hogar, no era el momento de hablar.

—¿Pasó algo? —preguntó Andrew al ver llegar a su hermana sola y peligrosamente furiosa; ella se quitó su sombrero y se plantó frente a él con los brazos cruzados.

—Oh nada, que al parecer yo soy la única que nunca se entera de nada, pero ¿qué importancia puede tener eso? Después de todo me casaré en poco tiempo. —Levantó su mano para mostrar su anillo y subió rápidamente a su habitación.

Odiaba ser excluida de todo solo por ser mujer; se quitó rápidamente su vestido y el corsé quedando en solo camisón, se puso su bata y sentándose cerca de la ventana, se abrazó a sí misma y observó la luna, extrañaba a su padre, extrañaba sus sonrisas, sus caricias, sus palabras, su voz; rogaba al cielo no haberlo decepcionado nunca, no podría vivir con algo así, y después de todo, cumpliría con su promesa, se casaría con el hombre al que amaba, no importaba lo que Frederick sintiera por ella, lo enamoraría y serían muy felices, tendrían un futuro juntos.

Por respeto al luto por la muerte del conde, no se casaron hasta varios meses después, aunque sí hicieron público su compromiso a los dos días de la proposición; la más contenta con la noticia había sido posiblemente la duquesa, quien se había esmerado por hacer una gran fiesta, aunque Frederick no se quedaba atrás, ya podía imaginarse envejeciendo a su lado, mientras que Amberly tenía un gran cantidad de sentimientos encontrados; claro que estaba feliz, después de todo se estaba casando con el hombre al que amaba, pero no podía dejar de extrañar a su padre, le habría gustado que fuera él quien la entregara frente al altar, tal vez si al situación fuera diferente...

—Acepto.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia. —Frederick tomó el rostro de su esposa entre sus manos y dejó un casto y suave beso en sus labios sellando así su unión.

A la cena de celebración, asistieron los personajes más importantes de la sociedad de Londres, sin embargo, Amberly solo quería gritar, estaba cansada de tanta falsedad, de tantas sonrisas y felicitaciones lejos de ser sinceras, solo mostraban envidia, rabia, crítica, incluso llegó a escuchar una historia en la que supuestamente ella había organizado todo para ser encontrados en aquella habitación; no obstante, como si de una ráfaga de tranquilidad se tratase, Anne, condesa de Coventry, la abrazó fuertemente; por alguna extraña razón, hacía mucho que no sabía nada de su amiga Cassandra, le había enviado la invitación a su boda, pero no se presentó, e incluso había enviado a un mensajero con una nota pidiéndole que fuera a verla, pero se negó, empezaba a preocuparla, tenía que buscarla.

—Felicidades, deseo que seas muy feliz —dijo sinceramente, y Amberly dio gracias al cielo por tenerla cerca.

—Gracias, Anne, ya estaba cansada de que me preguntaran: “¿Cómo lograste atrapar al duque?”. Necesitaba una sonrisa sincera. —Anne la tomó del brazo y la llevó a caminar por el salón.

—No les prestes atención, esta noche te espera algo muy emocionante, así que no dejes que las malas compañías te arruinen el momento. —La joven pelinegra empezó a ponerse nerviosa, su noche de bodas, ¿cómo pudo olvidar ese pequeño asunto?

—No me hables de eso —murmuró sonrojándose ligeramente; la condesa soltó una carcajada.

—No debes preocuparte por eso, ya verás que será grandioso.

Al llegar el anochecer, los invitados se fueron, incluso la duquesa fue a quedarse en otra de sus propiedades para dejarlos solos; Frederick la llevó hasta su habitación y mientras ella inspeccionaba el lugar, él se quitó su chaqueta y chaleco.

La habitación estaba decorada en un azul oscuro, a la derecha había una puerta que la llevaba a un lindo blanco, que podía verlo a través de la ventada; y a la izquierda, había dos puertas, una de ellas debía ser el baño, y la otra, posiblemente la que la llevara a su habitación.

—Quisiera ver mi habitación —dijo ella caminando hasta la puerta; al abrirla, Frederick apareció a su espalda, Amberly no sabía qué pensar al ver la que se suponía sería su habitación, con todos los muebles cubiertos por sábanas, al parecer, hacía mucho tiempo que nadie dormía allí.

—Tú y yo compartiremos habitación, no permitiré que mi duquesa duerma en otra cama que no sea la mía. —La joven lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero él la llevó de nuevo a su habitación—. Si no te gusta algo, puedes cambiarlo —Se acercó a ella y con sus dedos acarició suavemente su rostro—, pero por ahora, quiero convertirte en mi mujer, quiero que seas completamente mía. —Amberly estaba hechizada por la calidez y el cariño que mostraban los ojos del duque, estaba nerviosa, sí, pero quería hacerlo, después de todo era su noche de bodas y quería pasarla junto a su esposo.

Frederick la desnudó lentamente mientras besaba cada centímetro de su piel que iba quedando expuesta, la acarició y disfrutó de su piel, de su cercanía, de su calor, de su dulzura, de la forma en que sus hermosos ojos azules se oscurecieron y se llenaron de deseo a medida que la noche avanzaba; se abrazó a ella y en medio de besos la penetró, sintiéndose lleno y saciado como nunca antes lo había sentido; ella era la indicada, podía sentirlo en los fuertes latidos de su

corazón; fue tan cariñoso y delicado como el deseo se lo permitía mientras la hacía suya, por fin suya, esa noche sintió que había encontrado lo que siempre había estado esperando: a su gran dama.

Esa noche fueron uno solo, se entregaron el uno al otro sin miedos, sin secretos, en medio de promesas silenciosas, besos apasionados y mucho amor.

CAPÍTULO 23

Amberly se removió incómoda al sentir el sol directamente en su rostro, soltó un pequeño gemido y tomando la sabana la subió para cubrir su rostro, estaba más que dispuesta a seguir durmiendo, pero una fuerte carcajada la despertó por completo, abrió los ojos y se encontró arropada con unas sábanas azul oscuro, bajó la mirada y se encontró con su cuerpo completamente desnudo, aunque la sensación de sentir las sábanas sobre su piel era muy sensual, no pudo evitar sonrojarse al recordar lo sucedido la noche anterior, entonces era, oficialmente, la esposa de Frederick Aldridge, duquesa de Marlborough, el matrimonio había sido consumado, ya no había vuelta atrás, pero se negaba a salir de su escondite.

—Anda, amor, yo sé que estás despierta, déjame ver ese hermoso rostro tuyo, además, traje algo de comida, seguro que estás hambrienta. —Amberly estaba dispuesta a no pronunciar ni una sola palabra, tenía el firme propósito de parecer dormida, pero el fuerte gruñido de su estómago y la fuerte carcajada de su esposo, sin poder evitarlo, la hizo reír.

Bajó la sábana hasta dejarla justo sobre su nariz y dejó al descubierto sus ojos.

Frederick se sintió hechizado, esos hermosos ojos azules lo miraban con un brillo hermoso, con un cariño especial, estaba maravillado, era como ver el mismísimo cielo al amanecer, tan azul y perfecto cómo solo ella podría serlo, era perfecta, y era suya.

—¿Cómo te sientes? ¿Te hice daño? —preguntó el duque cariñosamente, rogaba al cielo no haberle hecho daño, porque para él, había sido una noche inolvidable, su cuerpo era tan perfecto, la suavidad de su piel, su dulce olor, la forma en que sus ojos se oscurecían en medio de la pasión como el cielo en una noche de tormenta, Dios, se moría por volver a tenerla entre sus brazos escuchándola gemir su nombre de placer.

Amberly se encogió ligeramente de hombros, su cuerpo sentía las consecuencias de su posesión, pero la preocupación en sus ojos no le permitió decirle lo adolorida que se sentía en partes de su cuerpo nunca antes pensadas.

—Solo tengo una ligera molestia, pero no es nada, no me hiciste daño, fue una noche perfecta, estoy bien —dijo ella suavemente y pudo ver cómo la mirada de su esposo se suavizaba.

—No sabes cómo me alegra saber eso, jamás querría dañarte. —Se inclinó hacia ella y tomando la sábana la bajó hasta dejarla sobre sus hombros donde ella la tomó fuertemente sobre sus pechos, dejando libre sus provocativos labios donde dejó un pequeño y casto beso.

Tocaron la puerta y Frederick rápidamente se levantó y caminó hasta ella para abrirla, Amber se cubrió completamente con las sábanas, pero por suerte, él apenas si había abierto la puerta así que quien sea que hubiera sido, no la había podido ver, aunque ella sí pudo ver el torso desnudo de su esposo cuando se movió por la habitación con una bandeja con comida sobre sus manos, era tan musculoso, fornido, guapo; cuando él se giró y la encontró viéndolo no pudo evitar sonrojarse. Frederick tuvo que morderse la lengua para no decir nada, la forma en que lo miraba empezaba a tentarlo y no era el momento para tomarla de nuevo, pero era toda una prueba, era que se veía tremendamente sexi cubierta solamente con las sábanas que se amoldaban perfectamente a su cuerpo.

Dejó la bandeja sobre la cama justo frente a ella y se sentó a su lado apoyando la espalda en

el cabezal de la cama.

—Será mejor que comamos —dijo él con una sonrisa coqueta; ella se sonrojó y mordió ligeramente su labio inferior.

Amber ajustó la sábana a su cuerpo para impedir que fuera a caerse por alguna razón sosteniéndola con sus brazos para poder tomar algo de comida con las manos; la fruta picada que había en la bandeja se la comió ella junto con el jugo y un par de galletas, estaba tan concentrada en su comida que no se había dado cuenta que Frederick había terminado de comer y que la observaba tan fijamente que empezaba a ponerla nerviosa.

—¿Pasa algo? —preguntó nerviosa.

—Nada, que me encanta mi esposa. —Con palabras así, el corazón de la bella joven se aceleraba tanto que temía que se le saliera del pecho, era tan tierno, tan delicado, tan cariñoso, y la miraba como si fuera una joya preciosa que se había encontrado en el camino, la tenía maravillada.

La joven desvió su mirada intentando calmarse, pero su vista cayó en la cicatriz que había dejado la bala que atravesó su hombro el día del duelo con Albert, entonces una pregunta se le vino a la mente, ¿podrían ser tan desgraciados?

—¿Qué habrá pasado con Kent luego del duelo? Supe que tenía una herida de gravedad en el estómago, ¿habrá muerto? No es que le deseara la muerte, a pesar de todo nunca fue tan malo conmigo, pero tengo miedo de lo que pueda hacernos, lo hicimos quedar en ridículo, es incluso entendible que quiera venganza. —El duque la tomó por los hombros y la recostó en su pecho abrazándola por la cintura, logrando así pegar sus cuerpos y disfrutar de su calidez.

—Roger tenía la misma pregunta, así que estuvo averiguando sobre ese asunto y le dijeron que Kent murió, la herida dañó varios órganos y aunque el doctor lo atendió a tiempo, tuvo mucha fiebre y dolor durante varios días, al final no lo soportó más y murió, pero no fue una a muerte tranquila, fue horrible por lo que me dijeron; la verdad siento algo de culpa por el asunto, sin embargo, fue él el que me retó a duelo, no tenía más opción que defender mi vida a como daba lugar así hubiese tenido que pasar sobre la de él. —Frederick no quería decirle todas las amenazas que le había hecho Albert, a pesar de todo con ella no fue tan mala, pero agradecía al cielo que fuera su duquesa y no la esposa de Kent, no quería ni imaginarse qué podría estar haciéndole en ese preciso momento. ¿Y si la hubiera lastimado? No, eso jamás hubiese pasado, él jamás lo habría permitido.

Amber sintió una ligera presión en el pecho, “muerto”, no había llegado a pensar en que podría morir; en teoría, por su culpa, no le guardaba ningún rencor, había sido un buen hombre, por lo menos con ella; por ejemplo, había aceptado sus condiciones para el compromiso a pesar de que eran de lo más extraño que posiblemente había escuchado.

—Tengo varios compromisos para hoy —dijo Frederick levantándose de la cama—, puedes recorrer la casa si así lo deseas, pero intenta no perderte, este lugar tiene pasadizos algo confusos; o puedes visitar la biblioteca o los jardines, lo que quieras, yo te veré a la hora de la comida, no creo que llegue hasta a tarde. —Dejó un beso en su frente y entró en el baño.

Cuando Frederick abandonó la habitación perfectamente vestido, Amber llamó a su doncella, que por suerte había podido traer de casa de su padre, se dio una larga ducha para luego ponerse un lindo vestido verde claro de día, no tenía pensado salir, por lo menos no ese día, así que

quería estar tan cómoda como le fuera posible, su cuerpo estaba un poco adolorido y no soportaría un ajustado corsé o un incómodo vestido.

Recorrió casi todo el primer piso de la casa durante la mañana, aunque le faltaron unas cuantas habitaciones, ya que se había detenido demasiado tiempo en la biblioteca y en la sala de música, donde estuvo tentada a sentarse en el piano y disfrutar de su melodía, pero no podía, no era el momento, aún tenía que acostumbrarse a la idea de ser la señora de la casa, la duquesa de Marlborough, empezando porque debía aprender a comportarse como tal.

Cuando llegó la tarde estaba realmente cansada, así que prefirió disfrutar de su comida en la comodidad de su habitación, eso de comer sola en ese enorme comedor no le gustaba, era deprimente, y como el cuarto del duque tenía un lindo balcón con vista al jardín trasero de la casa, le encantaba el toque de color que las flores plantadas allí le daban al lugar, iba a disfrutarlo, deseaba sentarse allí a disfrutar de una noche estrellada.

—Me puedes explicar, ¿por qué mi esposa no está almorzando en el comedor como debe ser sino que está comiendo en nuestra habitación? Este no es el lugar indicado, debes ocupar tu lugar en la casa —dijo el duque entrando a su habitación; Amberly dejó la cuchara a medio camino y puso los ojos en blanco, había sido un día grandioso como para arruinarlo con cosas tan insignificantes como esas.

—No pienso comer en un lugar terriblemente enorme en el que solo se escuche el eco de los cubiertos, es demasiado solitario para mi gusto, este lugar es un poco más cálido y familiar, usaré el comedor cuando tengamos familia o cuando almorcemos juntos. —Frederick despeinó su cabello frustrado, respiró profundo intentando mantener la calma, pero le costó demasiado, no había sido un buen día, tenía varios problemas con una nueva inversión, así que solo quería llegar a casa y disfrutar de una tranquila comida junto a su esposa, pero se encontró con su mayordomo diciéndole que su mujer estaba almorzando en su habitación; los sirvientes apenas si la habían visto, y aunque sí, su obligación era presentarla oficialmente como su duquesa, ella debía ejercer su posición.

—No es una opción, Amber, si los sirvientes no ven que ocupas el lugar que te corresponde en la casa no te respetarán ni te verán como su señora. —Ella resopló cansada, dejó el plato a un lado y se levantó furiosa.

—¡Es ridículo! Hace apenas un día que llegué, déjame al menos hacerme a la idea de vivir en este lugar, además no quiero vivir bajo una incómoda cortesía y agobiante elegancia; si estoy en mi casa, quiero descansar de esa agotadora cantidad de normas que nos obliga a llevar esta sociedad, quiero una casa tranquila. —Él suspiró cansado, era increíble que tuviera ese tipo de problemas con su recién estrenada esposa.

—No está a discusión, Amberly, tienes que ocupar tu lugar como duquesa, no logro entender tu actitud, es lo que cualquier mujer quisiera, tendrías cientos de sirvientes a tu disposición, un gran título, todo el dinero que necesites y más, pero tú solo quieres sentarte aquí a disfrutar del paisaje. —La joven sintió unas enormes ganas de ahorcar a su esposo, odiaba que la compararan con otras damas de la sociedad, era cierto que ella no era la perfección en persona, pero no podía obligarla a hacer algo con lo que no estaba cómoda, ¿o sí?

—Pues ya deberías saber que yo no soy como cualquiera de esas otras mujeres de las que hablas. ¿O es que acaso me obligarás a cambiar para tener la mujer que deseas? —El duque sintió unas terribles ganas de tomarla por los hombros y sacudirla. ¿Cómo decía ese tipo de

cosas? ¡Era ridículo! Era perfecta tal cual era.

—¿Cómo dices algo así? —exclamó furioso—. Yo jamás te he siquiera insinuado que quiero que cambies, para mi eres perfecta, solo quiero que sientas que esta es tu casa, tu lugar, que estés cómoda. —Amber sintió que liberaba un enorme peso, siempre había tenido miedo de verse obligada a cambiar cuando se casara porque a su esposo no le gustara su actuar, era algo que sucedía muy a menudo, los hombres solían ejercer su supremacía sobre sus esposas, agradecía al cielo que Frederick fuera diferente.

—Te entiendo, disculpa, sé que no es la reacción correcta, pero es que aún no me acostumbro a todo este cambio, es difícil para mí, estaba acostumbrada a una vida más tranquila a la sombra de mi padre y hermano. —Él se acercó y la abrazó, dejó un pequeño beso en su frente y acarició su espalda.

—Calma, poco a poco iremos aprendiendo a convivir juntos, solo debemos hablar cada vez que no nos guste algo, mantener las peleas al mínimo y ya luego iremos aprendiendo más. —La joven lo abrazó con fuerza por la cintura y apoyó su cabeza en su pecho; él era mucho más alto que ella, así que su oído quedó justo sobre su corazón y los fuertes latidos de este se convirtieron en una hermosa melodía.

—Una cosa más, ya que no tendré mi propia habitación porque quieres que solo duerma en la tuya, ¿podría tomar una de las habitaciones sobrantes y convertirla en mi despacho o en mi salón de descanso? Quiero un lugar que sea solo para mí, un lugar al que tú no puedas entrar sin mi autorización. —Frederick la alejó un poco y elevó una ceja.

—Dos cosas: una, si no quieres compartir habitación, puedo ordenar que preparen la tuya, no quiero que te veas en la obligación de aceptar mi habitación solo porque es mi deseo. —Ella negó con la cabeza rápidamente.

—Me encanta la idea de compartir habitación, así te tendré siempre cerca para poder abrazarte y disfrutar de tu calor en las frías noches, no lo hago por obligación —Frederick asintió conforme manteniendo a raya las ganas de tomarla en brazos y bailar de alegría.

—Bien, me alegra oír eso; ahora, dos: puedo acceder a darte tu propio despacho, tu biblioteca privada, lo que quieras, pero eso de que no puedo entrar sin tu autorización no me gusta tanto. ¿Qué si tengo una urgencia? —La joven duquesa soltó una carcajada.

—No es como lo imaginas, claro que puedes entrar, solo que será como mi despacho, y así como en el tuyo, deberán intentar no molestarme o interrumpirme a menos que sea completamente necesario. —El joven caballero tuvo que pensárselo durante varios segundos, pero al final accedió, no podía negarle su propio espacio si eso ayudaba a que se sintiera más cómoda y viera esa casa como la suya.

Una semana después, Amberly cerró la puerta de su habitación privada de un portazo, estaba furiosa, por más que lo intentaba las peleas eran inevitables, y no contento con discutir con ella, le había ordenado que se retirara a la habitación. ¿Quién se creía? ¿Y todo por qué? Porque ella no había revisado las invitaciones que habían llegado durante los últimos dos días y la había visto intentando montar a horcadas un caballo que además no era suyo, pero si ni siquiera tenía su caballo allí, algo realmente insignificante.

Se sentó en uno de los sillones y tomó el libro que había dejado allí para continuar con su lectura, y pensar que había desperdiciado su precioso tiempo con una discusión sin sentido en

vez de continuar con su maravillosa lectura; al final, había obtenido su habitación de descanso, que tenía unos lindos sillones rosas ubicados estratégicamente, varias mesitas aquí y allá y un escritorio blanco al fondo; le encantaba, además había bastante luz gracias a los enormes ventanales y la pared blanca. Solía ir a la biblioteca, tomar un libro y leerlo allí, o a veces se sentaba a escribirle una carta a su hermano, de Cassandra no había vuelto a saber nada, solo rogaba a Dios que estuviera bien.

Por más que lo intentó, le fue imposible retomar su lectura, así que dándose por vencida, se levantó y fue hasta una de las ventanas y observó el paisaje, no había vuelto a hablar con Frederick sobre las deudas de su familia, no quería agobiarlo con más problemas, pero debía ir a visitar a su hermano y preguntarle sobre el tema, quería asegurarse de que él estuviera bien.

Completamente aburrída, salió y fue hasta el establo, donde ordenó que le prepararan un caballo, poco le importaba cuál, solo quería salir a cabalgar un poco, y aunque el hombre la miró con recelo, ya que claro, había debido escuchar la discusión con su esposo como todos los demás, igualmente cumplió su orden.

Montó el caballo como toda dama debía hacerlo y salió a todo trote alejándose de la enorme casa que empezaba a agobiarla, creía recordar un pequeño lago que tenía la propiedad, donde había hablado con Frederick aquella vez que había ido a exigir respuestas, aquel que estaba cerca de la casita de pintar de la duquesa, quería estar sola.

—Señor —dijo su ama de llaves entrando al despacho—, ¿quería verme? —Frederick asintió, la miró rápidamente y volvió su vista a los documentos en sus manos.

—Mi esposa, ¿en dónde está? —La mujer se removió inquieta, luego de escuchar aquella discusión, la reacción del duque no sería buena.

—La duquesa salió en uno de los caballos hace ya un rato. —Frederick la miró furioso.

—¿Salió? —preguntó en un grito, y la mujer, nerviosa, asintió.

—Señor, Lord Coventry —anunció su mayordomo entrando al lugar, pero Roger fue recibido por un fuerte gruñido por parte de su amigo.

—¿Pasó algo? —preguntó el conde confundido.

—Gracias, Marta, pueden retirarse —dijo el duque a su ama de llaves y a su mayordomo, miró a su amigo y suspiró.

—Mi esposa, eso pasa, ¿acaso tu esposa también te vuelve loco? Porque juro que estoy a punto de terminar encerrado en Bedlem. —Roger tuvo que morderse su labio para no soltar una carcajada.

—Hemos tenido un par de problemas, pero todos terminan como debe ser: en la cama. —El duque soltó otro gruñido y suspiró.

—Esto será más difícil de lo que pensé. —Sacudió su cabeza dejando esos pensamientos atrás, debía atender a Roger tan rápido como le fuera posible para ir en busca de su esposa, debía hablar de un par de cosas y si contaba con un poco de suerte, terminarían abrazados y desnudos en su cama—. Dime, Roger, ¿en qué puedo ayudarte? Estoy un poco apurado. —Se levantó y caminó hacia la puerta.

—Tengo un problema con el favor que me pediste sobre el hermano de Amberly. —

Frederick se tensó, ese era otro tema que empezaba a preocuparle.

CAPÍTULO 24

—Es poco lo que puedo hacer Frederick, resulta que tu cuñado es terriblemente terco, está empeñado en arreglárselas solo, no lo entiendo, está a punto de caer en la cárcel para deudores, su título pende de un hilo, está a un paso de terminar en la completa ruina, y aun así se niega rotundamente a aceptar tu ayuda, ya no sé cómo más hacer para convencerlo. —El duque masajeó sus sienes y respiró profundo, esos últimos meses seguro que había perdido al menos diez años de vida, entre su esposa y su cuñado iban a llevarlo directo a la muerte; el estrés lo estaba sobrepasando, ni siquiera había podido tocar a su mujer en el último mes por lo menos, a pesar de que todas las noches solían dormir en la misma cama abrazados el uno al otro, en ese momento apenas si podía tocarla, así que no había podido desahogarse en el cuerpo de su esposa, sentía que iba a explotar en cualquier momento.

—Es tan terco como su hermana, pero dame un momento, me encargo del problemilla que tengo con Amberly, y luego con el de Andrew, tampoco voy a permitir que mi cuñado termine en la cárcel de deudores, Amber no me lo perdonaría. —Debía empezar a pensar en algo y pronto, necesitaba recuperar la calma o seguro terminaría loco.

—¿Alguna idea, algo en lo que pueda ayudarte? —dijo Roger; su amigo se veía tan cansado que hasta lástima le daba, al parecer, el matrimonio no le había sentado tan bien que digamos, quería aligerar, aunque fuera un poco, la carga que su amigo parecía cargar sobre sus hombros.

—No, gracias Roger, pero no, ya me ayudaste en más de lo que necesitaba, ahora tendré que hacerme cargo de ello yo mismo, pero de un problema a la vez, ahora tengo que encargarme del asunto de Amberly. —Le dio un apretón en el hombro a su gran amigo en agradecimiento; Roger había sido un gran apoyo en los peores momentos, tenía mucho que agradecerle.

—Te deseo suerte entonces —Frederick asintió y dando media vuelta salió corriendo de su despacho, pidiendo a gritos que le prepararan el caballo, debía salir a toda prisa.

—¿Qué dirección tomó la duquesa? —preguntó él al hombre encargado de cuidar a los animales; él tenía que haberla visto, era decir, le preparó el caballo, debió ver qué camino tomaba; sus tierras eran demasiado grandes para recorrerlas todas, podría terminar el día y no encontrarla.

—Salió en dirección a la casa de pintura de su madre, milord, pero iba demasiado rápido, espero que haya podido controlar al animal correctamente y que la señora sea una gran jinete, aunque lo intenté no me dejó aconsejarla en el manejo de Shaira, no obstante esa yegua es muy mansa... —decía el hombre distraídamente, y Frederick casi salió a correr en dirección a la cabaña al escuchar la posibilidad de un accidente, no quería ni pensar en ello, con solo imaginar que algo así podría pasar su corazón dejó de latir y le costaba respirar. No, ella estaba bien, tenía que estarlo.

El hombre no había terminado de hablar cuando el duque salió a todo trote en su caballo, por suerte, era un animal fuerte y grande, así que rápidamente llegó al lugar y respiró profundo al ver la yegua amarrada en uno de los árboles cercanos a la pequeña cabaña comiendo pasto tranquilamente, lo que significaba que su esposa estaba perfectamente; amarró su caballo junto al de ella y caminó lentamente hasta la entrada, sin embargo, nunca se había imaginado encontrarse con algo así.

Amberly tenía su cabello recogido y cubierto con un extraño pañuelo, estaba envuelta de polvo de pies a cabeza y limpiaba el lugar enérgicamente; se movía por allí y por allá limpiando el polvo y organizando los muchos objetos que había en el lugar, mientras dejaba los mil caballetes en una esquina y en el espacio que iba quedando libre, organizaba las pocas mesas y sillas que tenía.

Ya llevaba varios minutos de pie en el marco de la puerta, pero su esposa estaba tan concentrada en sus tareas que ni notó su presencia, solo hasta que carraspeó fuertemente para llamar su atención; Amberly pegó un pequeño grito por el susto, se suponía que estaba sola, pero al verlo en la puerta sintió su sangre hervir, ni todo la limpieza que había hecho en el lugar la ayudaron a olvidar la rabia que sentía desde que había salido de casa, fue la mejor opción que encontró para olvidar todo lo que su corazón sentía, pero ni todo el polvo del mundo podría tapar al tan grande; no solo era la rabia que sentía al escuchar sus quejas y órdenes, sino que ya hacía mucho que había entendido que se había enamorado aunque no había tenido la valentía de decírselo, era como un gran tumulto de sentimientos, tantos que le era difícil escuchar uno a la vez.

—Si vienes a decirme que no debería estar haciendo esto porque soy una duquesa y tengo que aprender a comportarme como tal, olvídalo, no te quiero escuchar, ya son demasiadas quejas para un solo día, ya sé que estoy llena de polvo, limpiando una vieja cabaña y que parezco sirvienta, pero no quiero oírlo. ¿Podrías dejarla para mañana? —Amberly volvió a su trabajo limpiando la mesa, quería dejar ese lugar impecable, ya se veía tomando unas pequeñas onces allí mientras disfrutaba de la vista o leyendo un libro, aunque tendría que traer un sillón más grande y cómodo si quería disfrutar del lugar.

El duque suspiró pesadamente, eso iba a ser más difícil de lo que había pensado, estaba más brava de lo que recordaba, debía elegir muy detenidamente sus palabras o su esposa podría terminar viuda al asesinarlo, allí no había testigos y no quería arriesgarse.

—Amor, cálmate, debemos hablar, si no hablamos del tema no podremos solucionarlo y la verdad extraño a mi hermosa y cariñosa esposa, ya no quiero más peleas. —Ella dejó de limpiar y lo fulminó con la mirada

—¿Sobre qué quieres hablar específicamente? Porque creo que la lista es demasiado larga y no creo que podamos retomarlos todos en un solo día, pero como puedes ver, estoy muy ocupada. ¿Podemos hablarlo en casa luego? —La mirada que tenía en ese momento la hacía morir de amor, era que sus ojos la miraban con tanto cariño, comprensión, calma, eso no ayudaba con su rabia, primero debía asegurarse de no caer rendida en sus brazos al primer intento, debía aguantar, aunque fuera al segundo.

—Anda, Amber, quiero que hablemos tranquilamente sin más peleas, no soporto verte brava conmigo, es solo que debes poner de tu parte también. —La joven duquesa tiró al suelo el pedazo de tela que estaba usando para limpiar el lugar, puso las manos en su cintura y lo miró desafiante, esperando que diga la palabra equivocada.

—Bien, entonces hablemos, ¿por dónde quieres empezar? Por la forma en que me gritaste frente a todos los sirvientes al verme aprendido a montar caballo a horcadas o por no revisar la correspondencia o no, ya se, por montar un caballo que no es el mío, aunque no es como que tenga uno que usar, o algo aún mejor, de la forma en que me ordenaste que me comportara como una dama, como una duquesa, no como una plebeya. —Ahora veía la importancia de medir sus

palabras, actuó por impulso, no pensó en que podría llegar a lastimarla con sus palabras, era solo que desde pequeño le habían enseñado la importancia de mantener el buen nombre de la familia, de comportarse como era debido, era un duque, suficiente tenía con el escándalo que había provocado el matrimonio.

—Perdóname, sé que no debí comportarme así, ni gritarte ni decirte nada de lo que te dije, me dejé llevar por estupideces que me enseñó mi padre, pero para mí eres perfecta así tal cual eres, incluso llena de polvo y con el vestido más negro que azul. —Ella frunció el ceño y bajó la mirada, tan concentrada estaba en su tarea que no había notado que tenía el vestido completamente sucio.

—Pero seguro que no soy la perfecta dama que deseaste tener —susurró ella. ¿Ya había pasado el primer intento, verdad? Porque se moría por sentir sus brazos a su alrededor y besar sus dulces labios.

—Para mí eres perfecta. —Frederick entró a la pequeña cabaña cerrando la puerta tras él, se acercó a ella y tomándola de la cintura juntó sus cuerpos—. Digo estupideces, pero perdóname, es solo que estoy tan acostumbrado a la perfección en todo y tú eres tan diferente que me cuesta acostumbrarme, pero resultaste ser un como un bálsamo para mi vida, me diste emoción, alegría, no quiero que cambies nada, es más, si quieres yo te enseño a montar caballo a horcadas, pero que solo yo vea esas largas y hermosas piernas, solo yo. —Amberly soltó una carcajada. ¿Tanto porque un par de sirvientes le vieron algo de las piernas? Bueno, no podía culparlo, si otra mujer veía a su esposo desnudo seguro estaría aun peor.

—Cuando me dices cosas tan lindas no puedo estar enojada contigo —susurró ella rindiéndose, puso sus manos sobre su pecho y las subió lentamente hasta su cuello—. No sabes cómo te extraña. —Tomó su rostro entre sus manos y obligándolo a inclinarse, lo besó.

Dicen que la mejor parte de las peleas son las reconciliaciones, y esa vez no fue diferente, en ese momento Frederick entendió por qué Roger decía que los problemas debían terminar en la cama, aunque en esa oportunidad había sido en el suelo de una vieja cabaña, pero era más que suficiente para demostrarse el uno al otro el inmenso amor que aún no habían declarado, la entrega que su matrimonio representaba, y era que sus cuerpos se movían como uno solo, debía ser mucho más que amor, porque era tan fuerte y tan grande que ni el amor puede compararsele, y para demostrarlo, no solo eran necesarias las palabras.

—Soy tuya, solo tuya, si tú eres mío —gimió ella en medio del placer que las caricias de su esposo le proporcionaban, solo necesitaba algo, una señal, que le asegurara que su amor sería bien recibido y gritaría a los cuatro vientos que lo amaba.

—Soy tuyo amor, solo tuyo, eso no tienes que dudarlo ni por un solo segundo, no hayo una vida sin ti, sin ver esos hermosos ojos azules cada mañana, lo quiero todo contigo, quiero hijos, quiero una vida, quiero un futuro, por más que intenté negármelo, ahora entendí que te amo, Dios, te amo demasiado. —Amber sintió que su corazón estaba a punto de salirse del pecho, era lo más hermoso y emocionante que había vivido en toda su vida.

—Dios, no sabes cuánto esperé para escuchar esas dos palabras, te amo, te amo desde mucho antes de casarnos, te convertiste en mi gran sueño, en mi más anhelado deseo, y ahora que te tengo soy la mujer más feliz del mundo, te amo. —Aquel momento era mucho más que simple placer, era incluso mucho más que el amor, no había palabra que pudiera definirlo, explicarlo, era algo tan grande que solo pocas personas habían tenido el placer de sentirlo, de vivirlo,

aunque no era difícil encontrarlo, solo era encontrar la persona indicada y el corazón te lo haría saber.

La hermosa joven estaba abrazada a su esposo mientras sus cuerpos volvían a la normalidad, había sido diferente a todos los demás, más intenso, más especial, con más sentimiento.

—Si quieres arreglar este lugar sería mejor que llamarás a alguien para que te ayude a limpiarlo, mi madre me escribió pidiendo que enviara sus baúles, así que este lugar será tuyo; ella se quedará a vivir en la otra casa, según ella no quiere interrumpirnos, así que solo vendrá algunos días a saludar. —Pasó su mano por su cintura distraídamente atrayéndola a su cuerpo tanto como fuera posible, si pudiera, se fundiría a su piel con tal de tenerla siempre así.

—Bueno, a verdad la extrañaré, pero si es su decisión habrá que respetársela, y en cuanto a lo otro, posiblemente sí traiga a un mar de sirvientes, quisiera hacer una linda sala de lectura para mí, la pintura no es lo mío aunque lo intenté, así que me quedo con la lectura, es un lugar hermoso y le entra mucha luz, es perfecto. —Frederick se giró un poco recostando a su esposa en el suelo y elevando ligeramente el suyo para cubrirla.

—Es tu decisión, puedes hacer lo que quieras, es tu casa, todo esto es tuyo.

A regañadientes, ambos se vieron obligados a levantarse, vestirse y volver a casa, pero Amberly se quedó planeando su sala de lectura, y Frederick tomó su caballo rumbo a casa de su cuñado, recordando comprarle un caballo a su esposa, uno que pueda montar libremente sin tener que usar “ajenos”; ella merecía lo mejor, pero lo cierto era que no podía tener mejor estado de ánimo, su mujer era la mejor medicina para todo.

—Milord, Lord Marlborough desea verlo —anunció el mayordomo a Andrew mientras entraba al despacho del conde.

—Déjalo pasar —ordenó el joven que volvió la mirada a los documentos que tenía en sus manos, debía encontrar la forma de solucionar los problemas y pronto.

—Mi queridísimo cuñado, ¿cómo te encuentras el día de hoy? Porque a mí parecer es un día maravilloso a decir verdad. —Andrew puso los ojos en blanco haciendo una pequeña mueca.

—No quiero saber de tu vida privada, por Dios, estás casado con mi hermana, con eso es más que suficiente para mí.

—No sabes lo placeres que se tiene de casados, son muy diferentes a los que puede proporcionarte un simple encuentro con cualquier viuda tras los arbustos. —Andrew dejó los documentos a un lado y lo miró asqueado—. Dime, ¿hace cuánto que no disfrutas de los placeres de la carne? —dijo el duque provocándolo, y soltó una carcajada cuando se levantó de su asiento y se bebió una copa de whiskey de un solo sorbo.

—Juro que si sigues hablando así de mi hermana te acabo a golpes; si a eso es a lo que vienes, puedes irte. —El duque levantó sus manos en señal de defensa y fue calmando su risa poco a poco.

—En realidad vengo hablar de algo mucho más serio. —Su cuñado tomó asiento frente al duque de nuevo.

—Ya me puedo imaginar de qué quieres hablar, supongo que tu amigo Roger ya te ha contado —él asintió.

—No solo sigues insistiendo en darme la dote de Amber, sino que sigues negándote a recibir mi ayuda, es ridículo, estás con un pie en la cárcel de deudores y con el otro en la completa ruina. ¿Cómo crees que se sentirá Amberly si algo así llegara a pasarte? Se sentiría destrozada, eres mi cuñado, déjame ayudarte, deja tu orgullo a un lado y acepta, aunque sea hazlo por tu hermana. —Andrew no sabía cómo responder a eso, haría lo que fuera por Amber, a pesar de haber crecido precisamente juntos, esa mujer se convirtió en su pequeño tesoro, era tan pura, tan sencilla, estaba muy orgulloso de su hermana, y aunque le costara aceptarlo, el duque tenía razón, su hermana moriría de tristeza si se enterase de que él terminó en una cárcel para deudores por los malos negocios de su padre o en la completa ruina.

—Aceptaré la dote de Amber, no más —dijo el conde accediendo, con eso debía ser suficiente, era mucho dinero, tenía que arreglárselas con eso, pero la negativa de su cuñado empezaba a hartarlo, pedía demasiado.

—No, he visto tus finanzas, es muy poco dinero para darte al menos un pequeño respiro, con ello apenas si podrás pagar una que otra deuda, tal vez las más urgentes, pero no podrás invertir o mover el dinero para obtener ganancias, no te alcanzará, en cambio, si recibes mi pequeña ayuda, pagarás todas tus deudas y entrarás en un negocio muy lucrativo.

—Me estás ofreciendo pagarme todo —masculló furioso, odiaba la idea de que todos sus problemas fueran arreglados por otro. No, él debía hacerse cargo o jamás se sentiría merecedor del título y de las obligaciones que este trajera.

—No lo veas de esa forma, puedes pensar que... —Andrew levantó su mano para silenciarlo, no quería ni oír aquella posibilidad.

—Acepto la dote, puedes irte, me las arreglaré con ello. —Frederick suspiró, algo había logrado, pero no era suficiente; Amberly iba a ahorcarlo.

—Hagamos algo, tómallo como un prestado, pagas tus deudas, inviertes y ganas un poco de dinero, te recuperas y en cuanto puedas me pagas todo de nuevo, acéptalo, el rumor de tu situación económica ya circula por la sociedad. —Ya lo sabía, claro que lo sabía, había escuchado el rumor; la gente ya empezaba a mirarlo como si de un bicho raro se tratara.

—¿Amber sabe algo de eso? —Frederick negó con la cabeza.

—Por suerte no ha oído los rumores, he estado manteniéndola alejada de todo eso, no quiero que lo escuche, le rompería el corazón. —El joven conde suspiró rendido, no podía seguir pensando solo en sí mismo, aunque su hermana ya estaba a salvo de todo eso, no quería verla triste por su culpa.

—Bien, acepto, pero con una condición.

CAPÍTULO 25

Frederick volvió a casa complacido, había logrado su propósito, no de la forma que esperaba, pero lo logró, que era lo realmente importante; la condición no era tan grave después de todo, era algo que podía manejar fácilmente, aunque aún debía pensar en cómo llevaría el tema, era un problema más fácil de llevar que de tener a su cuñado en la ruina; en ese momento lo único que quería era encontrar a su esposa, llevarla a su habitación y tenerla secuestrada por al menos dos días, quería dejar tanto estrés a un lado y la mejor medicina era la hermosa mujer que lo esperaba en casa, así que en cuanto entró, le entregó su sombrero, guantes y abrigo a su mayordomo mientras miraba hacia todos lados esperando ver a su esposa.

—¿Dónde está la duquesa? —preguntó directamente al no verla, solía estar al pendiente de cuando él llegaba para salir a saludarlo y preguntarle qué tal su día. ¿Por qué ese día era diferente? Y algo le decía que la respuesta no le gustaría tanto.

—Milady está en... —Un fuerte estruendo en la cocina interrumpió al mayordomo y dejó helado al duque. No, no podía ser cierto, ¿qué hacía Amberly en la cocina? Iba a ser una larga noche, y tomando un profundo suspiro se preparó para lo que iba a encontrarse.

—No digas nada, creo que ya sé. —Empezó a caminar hacia la cocina con pasos lentos y cortos, demorando su llegada tanto como le fuera posible, sin embargo, nada lo podría haber preparado para ser golpeado en la cabeza por un recipiente lleno de harina y una asquerosa masa, que no solo lo dejó completamente blanco sino también con un pequeño hilo de sangre bajando por su frente, tuvo que tomarse de la pared fuertemente para evitar caer al suelo por el mareo que le provocó el golpe; cerró sus ojos con fuerza y tomó aire repetidas veces, no hacía falta verla para saber que Amberly estaba implicada en todo eso, pero intentaba concentrarse en que era su esposa y que no podía ahorcarla.

La joven duquesa estaba furiosa, no entendía cómo era que todo podía terminar tan mal a ese paso, primero iba a terminar quemando la cocina antes de lograr su propósito.

—Mi lady, solo debe decir lo que desea y yo misma se lo prepararé, pero por favor, deje eso que puede hacerse daño, y el duque puede llegar en cualquier momento, no le gustará verla aquí —dijo la cocinera terriblemente preocupada, pues su señora estaba metida en la cocina intentando cocinar Dios sabe qué, pero el resultado no sería bueno, de eso no tenía duda alguna, y si el señor iba a ponerse furioso, esperaba no pagar las consecuencias de ello.

—Déjame que tengo que poder, solo debes ayudarme un poco, tal vez decirme qué debo hacer ahora —dijo Amberly completamente decidida, darse por vencida no estaba entre sus posibilidades—. Quiero hacer una poco de pan, ¿qué debo hacer? —La mujer entendió que no iba a poder sacarla de allí, así que resignada, tomó el recipiente de madera y lo llenó de harina, huevos y sal; cuanto más rápido terminaran, más rápido podría sacarla de allí.

—Debe batir esto muy cuidadosamente, la masa no debe pegarse, así que debe hacerlo muy rápido. —La mujer empezó a mover el cucharón rápidamente para mostrarle como se hacía, y luego de la insistencia de su señora, se lo entregó para que ella continuara, pero sus movimientos eran descoordinados y lentos, así que la masa empezó a volverse grumosa y extraña y además, como predijo la cocinera, se le pegaba al recipiente.

—¿Por qué se pone así? Estoy haciéndolo justo como me explicaste. ¡Esto es horrible! ¿Ni

siquiera un simple plan podré cocinar? —masculló la duquesa furiosa consigo misma, se sentía terriblemente inútil, era muy poco lo que debía hacer en esa casa, de hecho, sus deberes como duquesa solía terminarlos muy pronto y luego quedaba completamente desocupada, por eso estaba arreglando su casita cerca del lago, ya que en cuanto volvió con Frederick de allí, se estaba durmiendo del aburrimiento y le surgió la idea de cocinar algo, y como la cocinera le dijo que lo más sencillo era el pan, estaba decidida a aprender. Su esposo le propuso organizar un baile, era una actividad digna de una dama, pero ella no se sentía animada a ello, la verdad no le interesaba, aunque sabía que debía organizar uno muy pronto no quería hacerlo aún, tal vez luego le escribiría a la madre de Frederick para pedirle ayuda, pero por entonces, estaba concentrada en aprender a cocinar.

—Será mejor ponerle un poco más de harina —dijo la mujer preocupada al ver la fea masa, además era su duquesa, debía ayudarle o enseñarle si era eso lo que deseaba.

—Ya lo hago yo —dijo Amberly emocionada, debía poder, así que tomó el saco de harina y empezó a ponerla en el recipiente, pero cuando intentó seguir revolviendo, fue imposible hacerlo, era como si tuviera una piedra en medio de tanta harina.

—Será mejor que... —La mujer intentó detener a su señora, pero fue imposible, era demasiada harina, debía poner un poco de agua si quería intentar arreglar la masa y tal vez hiciera falta un huevo, eso sería un desastre.

—¡No! —gritó deteniendo la intervención de la cocinera—. Tengo que hacerlo yo sola o así nunca podré aprender, algo debo hacer mientras esté en casa.

—Mi señora, puede practicar en la sala de música o pintar, es más, si quiere mando a llamar para que la lleven por un libro nuevo. —La cocinera estaba desesperada; su señora movía la masa muy agresivamente.

—¡No! —gritó, tenía que lograrlo.

Amberly intentaba mezclar los ingredientes, pero era imposible, empezaba a ponerse furiosa, así que tarde notó cuando movió la cuchara con demasiada fuerza y el recipiente salió volando, pero sintió que su sangre se helaba y su cuerpo se convertía en una piedra cuando vio que la madera cayó sobre su esposo, dejándolo lleno de harina con una asquerosa masa sobre su cabeza, un pequeño hilo de sangre cayendo por su frente y una evidente furia en su rostro.

—¡Frederick! ¿Estás bien? —Se acercó intentando aparentar tranquilidad, pero estaba demasiado nerviosa, y la sangre en su rostro no ayudaba. ¿Le habría hecho mucho daño? Esperaba que no, nunca hubiera sido su intención, era su esposo, no era como que quería matarlo, aunque en ese momento, posiblemente fuera él el que quería matarla.

La cocinera tembló asustada, su señor seguro que la echaría a la calle. ¿Y entonces? Ella no tenía la culpa de lo que había su señora, debía pensar en algo y pronto.

—Más te vale tener una buena razón para explicar por qué estás metida en la cocina haciendo algo que no hace parte de tus obligaciones —masculló el duque furioso, levantó su mano y quitó la harina de sus ojos para poder abrirlos; y ahí estaba su mujer, completamente cubierta de harina, mordiendo ligeramente su labio inferior y claramente nerviosa.

—Será mejor que te quites toda la harina de encima y me dejes limpiarte la herida, te está saliendo sangre, puede ser peligroso —murmuró inquieta, se acercó un poco más y lo tomó de la mano—. Que preparen un baño para el duque —ordenó a la mujer que logró volver a respirar en

cuanto salieron de la cocina.

Frederick mantenía sus labios apretados para intentar mantener la calma mientras su esposa lo llevaba hasta el baño de su habitación.

—Será mejor que tengas una buena explicación, eso no era lo que quería encontrar en cuanto llegara a casa. —Amberly hizo una mueca, pero por suerte su esposo no llegó a verla porque iba un paso por detrás de ella.

—Lo sé y perdón, hay una muy buena explicación, pero será mejor esperar a que te limpies y mire esa herida, tal vez sea necesario llamar al médico, luego de asegurarnos que estarás perfectamente, entonces podremos hablar del tema. —Al llegar frente a su habitación, Amberly abrió la puerta y lo llevó hasta la cama, lo sentó allí y empezó a desnudarlo lentamente, pero era asqueroso solo tocarlo.

—Tú también necesitas un baño. —Si una mujer tan hermosa empezara a desnudarte tan lenta y provocadoramente sería imposible no sentir nada, así que, aunque Frederick estaba terriblemente furioso, su cuerpo reaccionó inmediatamente a los suaves toques de su esposa.

Amberly se sonrojó al sentir las manos de su esposo sobre su cintura agarrándola con fuerza, pero sin llegar a hacerle daño, no era como que quería aprovecharse del momento, pero si le daba un par de caricias a su esposo, tal vez, y solo tal vez, su esposo no la matara luego de contarle qué hacía en la cocina, eso podría disminuir su rabia aunque fuera solo un poco, todo ayudaba.

La joven duquesa continuó desnudando a su esposo lentamente, hasta quedar sin un solo trazo de tela que cubriera su cuerpo, así que pudo darse un festín con sus ojos, sí, se había vuelto una completa descarada, pero eso era culpa de su esposo que lo había convertido en una necesidad; solo él sabía cómo hacerla volar, solo él podía provocarle tantas cosas, solo él sabía amarla, así como él sería el único hombre que ella podría amar. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta la bañera, dejó que se sumergiera en el agua y observó el agua resbalar por su cuerpo.

Recorrió su pecho con su mano y continuó bajando hasta su cadera, la acarició, pero no se atrevió a tocarlo más allá, no era tan valiente como le hubiera gustado.

—Sabes que muero por tomarte en este preciso instante y tus movimientos lo único que logran es provocarme, pero aunque es una muy buena idea de distracción, sigo furioso por haberte encontrado como te encontré en la cocina, y sigo queriendo una explicación, no te salvaras de ello hagas lo que hagas. —Su esposa suspiró, su última arma era distraerlo un poco mientras le contaba todo, así que empezó a desabotonar su sucio vestido para luego quitárselo junto con el resto de su ropa hasta quedar completamente desnuda bajo la penetrante mirada de su esposo, se metió en la bañera frente a él y se acomodó entre sus piernas.

—¿De verdad quieres saber todo? Porque luego te vas a poner furioso y terminarás regañándome como siempre lo haces, siempre puedes olvidarlo, ya sé que no debo volver a comportarme así, que debo tomar mi lugar como duquesa y comportarme como tal, que debo dejar de lado todas esas locas ideas que tengo, no puedo dejarte en ridículo, pero solo te pido que me tengas un poco de paciencia, estoy acostumbrada a actuar libremente, mi padre nunca me puso reglas, no debía mantener las apariencias con absolutamente nada, aún no me acostumbro a actuar como una duquesa. —Él suspiró, la tomó de las piernas que las acercó para dejarlas sobre las suyas propias, casi sentada a horcadas sobre él, por suerte la bañera era bastante grande o no habrían podido entrar juntos.

—Aún quiero saberlo. —Amberly mordió su labio nerviosa y su esposo lo notó, así que la abrazó, pegó sus torsos y acarició su espalda sensualmente de arriba abajo con las yemas de sus dedos intentando tranquilizarla, pero ella sabía que no tenía opción, iba a terminar diciéndoselo, así que no importaba si era entonces o luego.

—Estaba terriblemente aburrida, intenté continuar con mi proyecto en la casa cerca del lago, llamé a un par de mujeres para que me ayudaran, pero al final no me permitieron hacer nada y terminaron haciéndolo todo ellas, así que volví a casa medio frustrada; intenté leer, te juro que lo intenté, por lo menos con dos libros diferentes, pero no lograda concentrarme, era una pérdida de tiempo, así que lo dejé a un lado; quise recorrer la casa, conocer a fondo a ver si podía hacer algo en alguno de los cuartos, tal vez redecorarlo, pero todo está perfecto, fue inútil: incluso pensé en organizar un baile como me dijiste, siendo la duquesa que soy tengo mis obligaciones con la sociedad, pero con pergamino y pluma en mis manos, por más que lo intenté no se me ocurrió absolutamente nada, causa perdida; ni el piano logró distraerme, así que cuando me ofrecieron un poco de pan con frutas me surgió la idea de querer cocinar y no permití un no por respuesta, pero aunque la cocinera me ayudó, mi masa no era precisa, pero como la mujer terca que soy lo intenté y lo intenté, pero todo se salió de control cuando salió volando y cayó sobre ti, perdón. — Se aferró a su torso y recostó su cabeza en su pecho escuchando los fuertes latidos de su corazón, no quería ver el rostro de decepción que seguro debía tener en ese mismo instante, de verdad lo intentaba, quería ser la mujer perfecta para su esposo, pero nunca lo lograba, sentía rabia consigo misma: Frederick era todo un ejemplo como duque, el único escándalo que había tenido terminó casándolos, pero su comportamiento siempre fue impecable, igualmente ella no era capaz de hacer lo mismo y hacer que su esposo se sintiera orgulloso.

—No es tan grave, lo mejor será dejarlo pasar, tampoco puedo exigirte algo que aún no puedes darme, poco a poco irás aprendiendo, si quieres, puedo pedirle a mi madre que venga a quedarse con nosotros un par de días, para que te enseñe un par de cosas, te ayude en otras y tengas con quien distraerte mientras yo no estoy en casa, ya verás que dentro de poco te moverás como pez en el agua. —La joven cerró los ojos con fuerza, no quería llorar.

—¿Y si no lo logro? Ya estamos casados, ¿acaso habría alguna forma de arreglarlo? Porque no creo que puedas cambiar de esposa. —Frederick se dio cuenta del error que cometió con las palabras que dijo; podría ser que su esposa no fuera precisamente la mujer perfecta, pero tampoco era como que quisiera cambiarla, solo quería que mientras estuvieran en público evitara ese tipo de comportamiento, que aparentara, aunque no dejaba de preocuparle si alguien llegara a casa de visita y la encontrara haciendo algo como lo de ese día; pero era su esposa, la mujer que amaba, aceptaría cualquier cosa por ella, no le importaría vivir de escándalo en escándalo, era un idiota, la había hecho sentir como una inútil, nada más lejos de la realidad.

—Amber, no tienes por qué pensar en eso, eres una gran mujer, terriblemente hermosa, dedicada, decidida, inteligente, adorable, sensible, eres... —Su esposa se removió inquieta entre sus brazos, así que la alejó un poco, la tomó del mentón y al levantar su rostro pudo ver las lágrimas bajando por sus mejillas.

—Eres demasiado bueno para decirme la verdad, pero seguro que te hubiera gustado tener una esposa que no te trajera tantos problemas, que te diera una vida tranquila, que fuera la dama que necesites, sé que no me comporte a la altura, pero terminaste casado con un completo desastre de mujer aunque no lo querías, terminamos unidos por un escándalo, nada más deshonorables que ello, solo te traigo dolores de cabeza. —Frederick negó con su cabeza y limpió

sus lágrimas con sus dedos, odiaba ver así a su esposa, era demasiado hermosa como para permitir que llorara.

—Eso no es cierto, aunque sí es cierto que nos casamos por un pequeño escándalo que tal vez yo provoqué. —Su esposa abrió los ojos y la boca sorprendida, pero Frederick prefirió continuar hablando y explicarse antes de escuchar sus quejas—. Desde que supe que te casarías con Kent entendí que no podía permitirlo, él no era el hombre para ti, yo era el hombre para ti así como tú eres la mujer para mí, hice lo único que podía, impedirlo a como daba lugar y mi mejor opción fue crear un escándalo, pero por eso hablé contigo antes, si no hubiera notado que habrían posibilidades de que sintieras algo por mí no lo habría hecho, además sabía que no sentías nada por Kent, no podía perder ni un solo segundo, pero aunque nuestro matrimonio fue la consecuencia de ello, la causa de este mismo era el amor, te amaba demasiado como para permitir que otro hombre te tuviera, nos unió el amor. —Amber no podía enojarse por ello, era demasiado hermoso como para hacerlo, además habían terminado felizmente casados gracias a ello. ¿Qué importaba lo que lo que había provocado?

—Te amo demasiado como para enojarme por ello, si no lo hubieras hecho posiblemente estaría viviendo la peor pesadilla del mundo junto a Kent, si a ti no te gusta mi actitud a él le gustaba aún menos, estaba decidido a doblegarme, a cambiarme, me lo dijo en más de una oportunidad, supongo que era el miedo a permitir que su mujer tenga más libertad o poder, aunque podría haber tenido una mejor esposa. —Su esposo cubrió sus labios con uno de sus dedos para silenciarla, no soportaba escucharlo.

—No puedes pensar en ello, no te cambiaría ni porque me ensuciaras con harina todos los días de mi vida, para mí eres perfecta, mi perfecta esposa. —Tomó su rostro entre sus manos y acercó sus labios a los de ella, pero no llegó a tocarlos, ella lo detuvo.

—De perfecta no tengo nada.

—En eso te equivocas, es normal que tengas tus defectos, nadie es completamente perfecto, pero seguro que si alguien se acerca esa eres tú, tienes demasiadas cualidades como para poder evitarlas, eres una mujer que lo merece todo, el solo hecho de que quieras aprender a cocinar te hace única, muchas preferirían ordenar que lo hicieran, pero no tú, tú quieres aprender, tú eres perfecta.

—Perfecta... —Frederick la silenció de nuevo para luego juntar sus frentes; ambos estaban llenos de harina, qué importaba ensuciarla un poco más.

—Eres perfectamente imperfecta para mí, no necesito más nada para ser feliz. —Y la besó.

El amor va mucho más allá de un par de besos o unas caricias por aquí y por allá, eso cualquiera te lo podría dar, pero el amor es eso que te hace suspirar, es un algo que no tiene definición, que no tiene límites, que puede llegar a ser tan grande como tú se lo permitas, porque amar y ser amado es lo más hermoso que dos personas pueden llegar a vivir; y en ese momento, Amberly y Frederick entendieron que la felicidad no sería eterna, nunca faltarían un par de problemas, pero estaban decididos a aprovechar hasta el más mínimo instante que la vida les permitiera, estaban dispuestos a amarse tanto como les fuera posible; nadie es perfecto, el secreto está en amar sus imperfecciones aún más que sus mismas cualidades.

EPÍLOGO

—Lo siento, milady, pero no tiene permitido levantarse de la cama, milord lo ordenó, debe quedarse en cama todo el día, la comida será traída a su habitación y todo lo que necesite puede pedirlo a su doncella tocando la campanilla o si así lo desea, podemos dejar a una de las mujeres en la habitación para que atienda sus necesidades —informó el mayordomo a una furiosa Amberly, a su esposo lo único que le faltaba era amarrarla a la cama, era ridículo, ni que se fuera a partir bajando las escaleras, era cierto que su estabilidad había cambiado considerablemente en los últimos meses, pero tampoco era para exagerar; ayer tuvieron un susto terrible, pero tampoco podía llevarlo al extremo, solo que el duque había olvidado algo: su esposa no era precisamente la mujer más obediente del mundo, seguro que iba a sacarle un par de canas si no lo mataba de un infarto.

—Pues hágame el favor y le dice a su lord, que si quiere darme órdenes que lo haga él, que no tiene por qué enviarlo a usted, además, todos tienen una función específica, usted no tiene por qué estar de niñera detrás de mí, y si el duque llega a decirle algo, solo dígame que a mí nadie me da órdenes. —El mayordomo se quedó sin palabras, era cierto que ya se había acostumbrado a la actitud de la duquesa, todos habían entendido que ella no era precisamente la dama más normal del mundo, pero no dejaba de sorprenderse de la relación entre sus señores; aunque le encantaba el actuar de su señora, ya era hora de que una mujer se hiciera valer, pero el duque iba a ahorcarlo si se enteraba de que la duquesa había salido.

Amberly se levantó de la cama tomándose con fuerza la enorme barriga que tenía mientras se apoyaba en la cama; sus movimientos habían quedado considerablemente reducidos cuando se enteraron de su embarazo, y Frederick apenas si la dejaba mover un dedo, vivía con dos mujeres a su espalda siguiéndola a dónde fuera, si llegaba a poner un solo pie fuera de casa, uno de los lacayos corría a avisarle, no podía estar sola; según él temía que hiciera una de sus locuras y terminara afectando su salud o la del bebé, qué cosa más ridícula, si ella era la mujer más tranquila y prudente que existía.

—¿Podrías llamar a Briana? —dijo al mayordomo, que luego de asentir y de hacer una pequeña reverencia salió de la habitación y a los pocos minutos entró su doncella quien la ayudó a ponerse uno de sus vestidos, azul, porque últimamente parecía ser el favorito de su esposo; decía que le encantaba la forma en que contrastaba con el tono de sus ojos, y a ella le encantaba complacerlo, aunque en ese momento seguía con ganas de ahorcarlo.

Tenía siete meses de embarazo, casi ocho, aún recordaba la reacción de su esposo cuando lo supo, estaba, literalmente, bailando y saltando por toda la habitación, para luego tomarla por la cintura y elevarla una y otra vez, pero lo más gracioso fue lo que sucedió después: la dejó en el suelo, arregló su vestido y acarició su abdomen.

—No volverás a moverte, de aquí hasta que él bebé tenga al menos un año, te quedarás en cama guardando reposo, te queda prohibido levantarte de la cama, hasta caminar te queda prohibido. —Después de eso no pudo evitar soltar una fuerte carcajada, era lo más ridículo que había escuchado.

Luego de eso tuvieron varias peleas porque él quería prácticamente encerrarla en su habitación, y ella quería continuar con su vida común y corriente, limitando su actuar, claro, cuidándose a sí misma y a su bebé.

También recordaba aquella noche, en la que después de llegar al paraíso gracias a sus caricias, habían hablado del sexo del bebé, seguro que todas las mujeres al quedar embarazadas temían que su esposo rechazara a su bebé si llegaba a ser mujer, solo había que recordar a Anne, todo lo que su amiga había vivido era horrible, eran muy pocos los hombre que apreciaban a sus hijas; todos querían un hijo, un heredero, no una mujer que solo implicara gastos, pero por suerte, su duque había dejado más que claro que fuera hombre o mujer, su pequeño sería el ser más amado en todo el mundo entero, porque si era una niña, sería su pequeña princesa, su niña amada, y si llegaba a parecerse a su madre, pues tendría que usar todo su ingenio para mantener a todos los hombres de Londres lo más alejados posible; si llegaba a ser hombre, le enseñaría a disfrutar de su vida y a amar a la mujer que amara.

—Milady, no debería salir —dijo una de las sirvientas cuando atravesaba la puerta trasera; Amberly no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—No quiero que nadie me siga y si el duque quiere verme solo tiene que decirle que estaré en mi salón de lectura, pero que no quiero regaños ni discusiones, si eso es lo que quiere que mejor ni se aparezca por allí. —La mujer se quedó perpleja. ¿Cómo se le daba un mensaje así a su señor? Pero tal como ordenó la duquesa, nadie la siguió.

Amber caminó tranquilamente hasta su salón de lectura, la vieja casita de pintura de la madre de Frederick había sido completamente renovada, entonces tenía una pequeña biblioteca y varios sillones bastantes cómodos que le permitían disfrutar tranquilamente de sus amados libros; al llegar, se sentó en el sillón más cercano a la ventana y disfrutó de la vista, el sol estaba en lo más alto y brillaba en el agua del pequeño lago, los árboles y flores cercanos les daban un toque hermoso, digno de ser recordado por siempre.

En cuanto Frederick se enteró de lo que había hecho su esposa, tomó su caballo y volvió a casa, por suerte había sido informado, pero ya no sabía cómo mantenerla alejada de los problemas. ¿Qué le costaba mantenerse en cama? Pero sin duda alguna, lo mejor fue el extraño mensaje que le había dejado con una de las sirvientas, no supo si reír o enfurecerse aún más, dejó su caballo y caminó hasta la casita de lectura de su esposa.

—¿Algún día llegarás a hacerme caso? —dijo el duque entrando al lugar—. Seguro que un día de estos vas a matarme de un susto, ¿qué si te pasa algo por acá? Estas muy lejos de casa como para poder avisarle a alguien. —Localizó a su esposa a un rincón del lugar, se acercó a ella y haciéndose espacio en el sofá, la abrazó y acarició su barriga.

—No me va a pasar nada, tú eres un exagerado, puede que esté embarazada, pero jamás haría algo que nos dañara a alguno de los dos, confía en mí. —Él suspiró rendido, levantó ligeramente a su mujer y la puso sobre sus piernas para tener mejor acceso a su vientre y a sus labios.

—Perdóname, pero es que ustedes dos son lo más hermoso que me ha pasado en la vida y todos en casa saben que la prudencia no es precisamente tu mayor cualidad, no soportaría que algo les pasara, te amo demasiado, a ti y a nuestro hijo, quiero cuidarlos. —Amber se recostó en el pecho de su esposo.

—Solo te pido un poco de paciencia, de verdad lo intento, tú sabes que te amo demasiado y este bebé que está creciendo en mi vientre es de lo más hermoso que he vivido, pero si crees que tenerme en casa te ayudará a estar más tranquilo, pues está bien, pero no me pidas que me quede en cama.

—A ti no puedo negarte nada, mi perfecta dama. —Y la besó.

Ese día, como lo habían hecho desde hacía mucho tiempo atrás y como lo siguieron haciendo hasta el final de sus días, se entregaron como siempre y se amaron como nunca, porque un amor tan grande era imposible de terminarlo, de ignorarlo, de destruirlo. Dos meses después tuvieron dos pequeños, ambos compartían el azul de los ojos de su madre, pero el pequeño y apuesto caballero tenía el cabello de su padre, mientras que la joven y hermosa pequeña el de su madre; un par de pequeños que solo fortalecieron el amor de sus padres.

Muchas veces le tememos al cambio, a lo diferente, ignorando que tal vez sea eso lo que llegue a ser la fuente más grande de felicidad, porque nadie es perfecto, todos somos perfectamente imperfectos a los ojos del indicado.

Si te ha gustado

Perfectamente imperfecta

te recomendamos comenzar a leer

Tras el largo viaje

de *Lisa Aidan*



CAPÍTULO 1

Cuando el avión había tomado tierra esa madrugada, Lili cargaba a sus espaldas casi dos días enteros de viaje. Tomó la decisión visitando la Gran Barrera de Coral; en concreto, en una de aquellas pequeñas islas coralinas paradisíacas.

Desde hacía aproximadamente un año, Wade, su hermano pequeño, había regresado al que siempre fue su hogar; lo sabía porque esa fue una de las condiciones que le impuso a su abuela para que volviera, aunque en aquel entonces no se sintió preparada. El pesar continuaba demasiado presente aún, sin embargo, en la actualidad, todo aquello formaba parte del pasado. Además de ver a su hermano después de cinco años de separación, su mejor amiga, Jenny Buckard, se casaría al cabo de unos pocos meses.

El momento de su regreso había llegado.

Esperando en la cinta de recogida de equipajes, rememoró el día en que se marchó de su hogar, de su país, en aquel mismo aeropuerto; con una maleta de ropa y el corazón destrozado

por la pérdida.

Por entonces la aflicción era tan profunda que se le antojó insoportable permanecer en aquel lugar. Perder a su madre debido a aquella maldita dolencia con la que había combatido de forma incansable, batalla tras batalla, la mayor parte de su vida, fue un golpe muy duro en el seno de su familia.

A sus diecisiete años, Lili hacía demasiado que había asumido el cuidado de Wade y de su padre que, poco a poco, mientras su mujer luchaba, fue sumiéndose en su propia triste y solitaria enfermedad hasta que, un día, no soportó más continuar sin la que había sido el amor de su vida y puso fin a la suya para así poder reunirse con ella dejando tras de sí una nota, como toda explicación, a sus dos hijos.

La tarde en que encontró a su padre sin vida fue el segundo peor día de toda su existencia, aunque en aquellos momentos desconocía todavía que un tercero estaba al llegar.

Pocos días después del entierro de su padre junto a la tumba de su amada esposa, enterrada apenas tres meses antes, su abuela materna hizo acto de presencia por primera vez desde que Lili podía recordar. La mujer, de buena cuna como lo había sido Leila, su madre, antes de que la familia le diera la espalda por haber decidido casarse con su padre, Shawn Rogers, por amor, llegó con sus abogados, sus imposiciones y sus normas.

Por aquel entonces Lili todavía era menor y aquella desconocida era, en definitiva, su único familiar vivo, por lo que nadie dudó en darle a la mujer su custodia y la de Wade, así como tampoco lo hicieron al arrebatarle el control de la fortuna familiar que su padre había logrado tras años de duro trabajo.

Cuando Halstrom envió a su hermano a un internado lejos de ella, Lili, cansada de gastar energías inútilmente, no lo pudo sobrellevar, recogió a toda prisa la ropa que fue capaz de reunir en una sola bolsa y partió sin mirar atrás. Allí donde fue, tarde o temprano recibía noticias de ella por uno u otro método, por lo general, procuró no aceptar nada que tuviera que ver con aquella desconocida pariente que pretendía tomar el control de sus vidas, cosa que no aceptaba ni consentiría de buen grado.

—Disculpe.

La voz de un pasajero atrajo su atención de nuevo al presente, el hombre rozó su hombro con delicadeza y se cruzó delante de ella para poder estirar el brazo y recoger su maleta de la cinta. Resultaba evidente que estaba acostumbrado a viajar, vestía un traje gris claro con una camisa verde oscuro y zapatos negros. Todo el conjunto resaltaba el color dorado de su cabello que lucía húmedo y recién peinado. De él emanaba el aroma de su loción para después del afeitado, señal de que se había aseado nada más bajar del avión.

Divagando acerca de ello, vio aparecer su mochila entre el resto de las maletas y fue inevitable que una sonrisa sobrevolara sus labios; se veía tan diferente entre los demás equipajes como ella se percibía.

Aquella mochila la había acompañado por todo el mundo. En cada nueva tierra que pisó adquirió un parche de tela que luego cosió en la solapa o en los laterales. En su día le pareció algo bonito para recordar su paso por tan variopintos lugares y acertó. Cada vez que observaba uno de aquellos retales bordados venían a su mente recuerdos de lo vivido allí.

Tomó el asa de la mochila en un puño y la levantó para sacarla de la cinta, acto seguido y

asiéndola con ambas manos, la alzó un poco más para colocarla en su espalda. Una persistente vibración provocó que buscara de forma automática en el bolsillo de la chaqueta tejana que llevaba. Encaminándose hacia la salida del aeropuerto, comprobó la pantalla de su teléfono móvil que le indicaba, mediante una alarma programada hacía mucho, que ese día era el cumpleaños de Rina Buckard, la hermana pequeña de Jen, su mejor amiga.

Al tomar la decisión de volver de un día para otro, no pensó detenidamente en el día de su llegada, ni en aquella coincidencia. No tenía nada preparado. Tampoco quiso que su regalo fuera algo comprado a toda prisa en el Duty Free del aeropuerto. Se dijo que más tarde buscaría alguna tienda para comprarle a la pequeña algo que fuera digno de ser regalado.

Ahora quería encontrar un taxi, llegar a casa y meterse debajo de un chorro de agua caliente.

Qué extraño le resultó pensar en esos términos: llegar a casa. Tuvo muchas casas a lo largo de aquellos cinco años, cada una distinta de la anterior. Desde una tienda de campaña, a una choza, o una cabaña en un árbol; incluso vivió en una casa flotante. Aunque regresar al lugar donde había crecido era algo que todavía sentía lejano.

Quizás se tratara del cansancio acumulado pues, aunque había logrado dormir la mayor parte del trayecto en avión antes de su única escala, apreciaba el abotargamiento de su mente por la fatiga que comenzó a hacerle mella no podría decir exactamente cuándo.

Decidida a no caer vencida por la extenuación, buscó una cafetería abierta en las cercanías del aeropuerto donde desayunó sin prisas. A esas horas todos los comercios permanecían cerrados por lo que debía abordar el momento de retomar su camino hacia casa de forma definitiva.

El trayecto en taxi fue más corto de lo que recordaba, aunque era consciente de que los kilómetros que separaban su hogar del aeropuerto eran los mismos que cinco años antes.

A su llegada ya había amanecido; la suntuosidad de los primeros rayos de luz solar, bailando sobre la fachada que tan bien conocía, le encogió ligeramente la boca del estómago. Le fue necesario respirar hondo para asimilar tener los pies en el lugar en el que se encontraba de nuevo, a pesar de estar convencida de que aquello le supondría algo más que unas profundas respiraciones y tiempo.

Por suerte se le ocurrió programar una alarma antes de acomodarse en el sofá del salón ya que fue un sobresalto, por el ruido que esta hacía, lo que la despertó.

A una desubicada Lili le costó varios segundos procesar el lugar en el que estaba y darse cuenta de que se trataba de su propia casa, que no era ningún sueño.

Una punzada cargada de angustia y añoranza le traspasó el pecho. Apagó la alarma y, dándose prisa por la hora tardía que era ya, fue a asearse.

No había contado con caer rendida, ni con dormirse en el sofá; mucho menos había previsto presentarse sin un regalo para la joven Rina. En aquel momento las tiendas del pueblo ya habrían cerrado.

Con el habitual clima de la zona, que no había olvidado que hacía por aquellas fechas, optó por utilizar un vestido blanco, con un bonito estampado de flores en tonos amarillo y verde, de tirantes, cuya falda le acariciaba los muslos justo por encima de las rodillas. Se calzó unas viejas botas algo desgastadas de cuero, de un tono marrón claro y lo complementó con la misma

chaqueta tejana entallada que venía usando antes, durante el último tramo de su viaje. Dio unos toques con bálsamo a sus labios, algo secos, antes de salir en busca de la casa de los Buckard.

Recordó y usó el camino habitual, ese que en sus años de colegio e instituto recorrió en incontables ocasiones. No avisó a nadie, ni anunció su llegada y, aunque Jen sí conocía sus planes de regresar, deliberadamente nunca le concretó fecha alguna en sus conversaciones. Tampoco precisó ese dato con su hermano. Decidió que sería mejor si fuera una sorpresa. Además, de esta forma podría tomarlo con calma, sin presiones, y hacer las cosas a su propio ritmo y manera.

Llegó a la calle donde se encontraba la residencia de la familia Buckard; al tratarse el suyo de un pintoresco pueblo, las distancias se podían realizar andando por amplios y hermosos paseos.

Lo que en un inicio creyó que sería una reunión familiar para celebrar el onceavo cumpleaños de Rina era, de hecho, algo que tenía todos los visos de ser una gran fiesta en el jardín de atrás, tan común en las celebraciones de su pueblo natal, a juzgar por la cantidad de vehículos aparcados en la calle, normalmente tranquila y vacía.

Caminó a través del césped, en dirección a la parte trasera de la casa de su mejor amiga. Una imagen del recuerdo de fiestas más íntimas que protagonizaron allí en el pasado salió volando de su cabeza para chocar de forma diametral con la que encontró ante sí. Necesitó varios minutos para poder procesar todo lo que veía.

La decoración consistía en unos globos blancos, muchos, que tenían el número once grabado en tinta negra, unas tiras de luces redondas, también blancas, que ofrecían una bonita, agradable e íntima iluminación al lugar, puesto que era de noche, otorgándole un aspecto etéreo y sofisticado de cuento de hadas.

Junto a la barbacoa de obra se habían colocado dos mesas plegables de pícnic, con un mantel en tonos rosa y amarillo pastel sobre las que podía encontrarse un variado surtido de canapés dulces y salados así como también golosinas diversas.

En otra mesa, con el mismo mantel, junto a los bancos que rodeaban la hoguera que solían encender las noches en las que las temperaturas eran más frescas o cuando Jen y ella querían sentirse como si estuvieran de campamento, se apreciaban regalos de distintos tamaños y formas con toda clase de envoltorios. Desde serios y sobrios a extravagantes y llamativos.

La gente charlaba, animada y jovial, aquí y allá al ritmo de la música más comercial mientras un reducido grupo de niños y niñas bailaban en la zona que, según parecía, se destinó a ese fin.

—¿Lili? ¿Eres tú? —La voz, cargada de incredulidad, la sobresaltó.

Brindó su entera atención a la pareja que se aproximaba mirándola de hito en hito. Se trataba de los Newman, el matrimonio encargado del mantenimiento de la casa de sus padres y de su hogar. Qué extraño continuaba siendo aquel pensamiento.

Meditó acerca de lo que encontró a su llegada, la casa había estado a oscuras, vacía y en silencio esa madrugada. No vio ni escuchó a nadie, aunque no le pareció extraño en aquel momento dada la temprana hora de su aparición.

La mujer, visiblemente emocionada, la rodeó con un sentido abrazo, como solía hacer cuando de pequeña caía al suelo estando bajo su cuidado.

Barbara Newman había ayudado a su madre desde que Lili tenía uso de razón, cuando se fue

procuró que tanto ella como Frank, su marido, quedaran encargados del cuidado de su preciado hogar.

—Mi niña... ¿De verdad eres tú? ¿Cómo no nos has dicho que venías? Hubiéramos ido a recogerte, hubiéramos...

—Qué sorpresa y alegría verlos, Sr. y Sra. Newman —interrumpió las palabras de la mujer que lucía espléndida en un vestido morado de dos piezas.

No quería analizar demasiado a fondo sus actos en aquel momento.

—Por favor, Frank y Barbara —repuso el hombre vestido en un traje verde oscuro ligeramente desgastado por el uso—. ¿Cuándo has llegado? —Terminó.

—Esta mañana —respondió de inmediato—. De madrugada —añadió al ver el gesto contrariado de la pareja.

—Qué mal me siento ahora. Hemos estado todo el día ayudando al sheriff Buckard a preparar la fiesta de la pequeña Rina y no entramos en la casa principal desde ayer —expuso Barbara, apenada.

El matrimonio residía en la casa de invitados, en la zona de la piscina.

—No tenéis de qué preocuparos —empezó a tutearlos—. Me senté en el sofá y, por lo visto, caí dormida hasta hace algo más de una hora —confirmó comprobando su reloj de pulsera— que fue cuando desperté. O, mejor dicho, resucité.

—Si hubiéramos sido advertidos de tu llegada... —empezó a hablar Frank.

—No estaba del todo segura de poder llegar hoy. —Esperó que la excusa, aunque burda y desesperada, les convenciera como explicación—. Por eso preferí no decir nada al respecto.

Se dijo para sí misma que aquello no era del todo una mentira. Solo a medias.

—¿Ya has visto a Jennifer?

—No. Acabo de llegar —explicó—. Estaba empapándome de esta bonita decoración cuando nos hemos encontrado —desvió la conversación—. ¿Habéis dicho que es cosa vuestra?

—No creas. —La señora Newman restó importancia moviendo ambas manos de arriba abajo—. Solo hemos ayudado.

—Mi talentosa esposa lo ha organizado prácticamente todo —señaló Frank con visible orgullo.

—No es para tanto. —El sonrojo de la aludida relució incluso bajo la tenue iluminación—. Rina merecía una gran fiesta, pero con el sheriff trabajando y sin su madre...

—Entiendo —afirmó apoyando una mano, buscando reconfortar a la mujer, sobre su brazo—. Ha sido un gesto precioso —afirmó sin ambages.

Sin esperarlo, ni poder evitarlo, las palabras le anudaron la garganta. La señora Buckard se fue casi seis años antes de que su madre pereciera, cuando Rina era todavía un bebé. Y nunca se volvió a poner en contacto con sus hijas; por lo que sabía, un día le llegaron al padre de su mejor amiga, el sheriff, los papeles del divorcio y poco después supieron que se había vuelto a casar. Eso fue todo. El vacío que su abandono dejó era palpable aún; con más motivo, si cabía, en momentos como aquel, en festejos de índole familiar.

—Bueno —dijo—, ha sido un placer encontraros, pero debería buscar a la futura novia —añadió refiriéndose a Jen.

—Por supuesto —repuso Barbara antes de volver a abrazarla—. Me alegro de que, por fin, estés en casa.

La culpabilidad invadió a Lili, en verdad le resultaba difícil saberse allí, por mucho que lo deseara con todas sus fuerzas, y de regresar al lugar que la había visto nacer y crecer después.

Tras despedirse del matrimonio localizó a la mujer que sentía más cercana en su corazón, bailando con un grupo de amigas de su hermana pequeña, cerca de la mesa donde se encontraba en abundancia la comida.

Echó a andar en su dirección, con la mirada posada en ella. Una sonrisa se asentó en su rostro y crecía con cada nuevo paso; era fácil percatarse también del interés que su presencia suscitaba entre los presentes que, a su paso, la reconocían.

Cuando la mayor de las hermanas Buckard puso sus ojos en ella ambas se paralizaron en donde estaban, como si una fuerza invisible las retuviera.

De pronto sintió miedo de la reacción que su mejor amiga pudiera tener. Las palabras se atoraron en el fondo de su esófago negándose a ser pronunciadas. Jen inició el movimiento con un grito de auténtico júbilo nacido de la enorme sorpresa, como si de forma repentina supiera que lo que tenía ante sí era real y no una visión producto de su traicionera imaginación.

Corrió hacia donde Lili se encontraba con los pies anclados en la tierra, sus miradas fijas la una en la otra; entonces lo vio, allí estaba, percibió el temblor en la barbilla de Jennifer que ponía de manifiesto su emoción e indicaba que, de un momento a otro, comenzaría a sollozar para luego terminar llorando. En ese instante sus propios ojos la traicionaron anegándose en unas más que sentidas lágrimas que se empeñaron en salir y resbalar por su rostro.

Jen se lanzó a su cuello rodeándola con una fuerza inusitada que apenas podía recordar haber sentido antes. Gritaba su nombre sin parar como si ella fuera una aparición que pudiera desvanecerse de un momento a otro. Por su parte, envolvió la cintura de ella, probablemente más fuerte de lo que pretendió, aunque proporcional a la misma energía que la otra joven ejercía sobre su cuello.

Su mejor amiga, la mujer que era como su hermana, y ella se habían reencontrado tras varios años y miles de kilómetros de distancia.

A pesar de haber mantenido el contacto por teléfono, correo electrónico e incluso por alguna que otra videoconferencia realizada cuando era posible, el sentimiento de separación no menguó un ápice, ni de ella, ni de su hermano Wade con el que también había mantenido contacto de forma regular. Cualquiera hubiera esperado que la distancia mitigara el cariño que se tenían o mermara su profunda amistad, nada más lejos de la realidad.

Ellos eran lo que había quedado de su vida anterior. Eran, también, todo lo que había tenido, en más de una ocasión, para seguir adelante cuando las cosas se habían torcido de una u otra forma.

—Estás aquí. Estás aquí de verdad —musitaba Jen con incredulidad.

—Sí. —Lili se limitó a decir la única palabra que le salía. No era de extrañar que esta fuera un monosílabo.

—Mírate. —Sin dejar de sujetarla por los hombros, su amiga dio un paso atrás para que su vista la abarcara por completo—. Estás guapísima.

Ni una ni otra podían apartar sus manos de los brazos y hombros de la mujer que tenían en frente, la necesidad de saber que aquella escena era real y no un espejismo pesaba de forma inconsciente.

—Y tú —respondió a su halago—. Vas a ser la novia más bonita que este pueblo haya visto jamás —afirmó.

—Voy a llorar —anunció la joven cuyas manos continuaban en sus brazos y de la que no le separaban más de veinte centímetros.

—Ya estás llorando —ratificó Lili—. Y yo también —aseguró.

—¿Por qué no me habías dicho que volvías hoy? Te hubiera ido a recoger —amonestó su actual comportamiento y forma de proceder.

—No tenía claro cuándo vendría, Jen. Al final tomé la decisión, pero no sabía cuánto tardaría en llevarla a cabo.

—Estabas en Australia, ¿no?

—Ajá —corroboró—. Recién llegada desde la Gran Barrera de Coral —pronunció aquello con majestuosidad, como el lugar del que había partido merecía.

—¿Cómo es?

Pudo ver el brillo refulgir en los ojos de la mujer al mencionar su último destino, sabía por sus conversaciones que su mejor amiga quería conocer de primera mano más de uno de sus destinos de aquellos años de viajera itinerante, pero aquel en concreto, más.

—Preciosa —admitió.

—De todas formas debiste decírmelo. —Volvió a regañarla.

—No quería sentirme presionada. Ya sabes, por la hora de llegada, el tiempo que podría suponer a alguien que esperara fuera y todo eso —explicó.

—Ya lo sé —suspiró resignada—. Te has vuelto demasiado nómada. —A pesar del contenido, sus palabras estaban llenas del cariño que se tenían.

—He llegado de madrugada —expuso—. Y estaba durmiendo como un tronco hasta hace un rato. —Se encogió de hombros.

—¡Lili! —Rina chocó contra ella como un tren de mercancías al tiempo que la rodeó en un fuerte abrazo capaz de romper costillas mientras su cabeza reposaba a la altura de su pecho.

—¡Dios mío, Rina! —exclamó con sincera sorpresa—. Qué mayor y qué grande estás. Las fotos y los vídeos no te hacen justicia.

—Te he echado de menos —sollozaba la pequeña apretando su cabeza contra ella humedeciendo su chaqueta—. Mucho.

—Y yo a vosotros —confesó. Miró de su amiga a la niña que podría cortarle la respiración si aplicaba un poco más de potencia con sus brazos a su alrededor.

—Ya no te marchas —dijo de pronto—. No vas a hacerlo ¿verdad?

—Cariño, creo que la recién llegada necesita recuperar el uso de sus pulmones. —La fascinante voz masculina indujo a Lili a alzar la vista por encima del hombro de su amiga. Allí estaba el hombre que poseía tan agradable instrumento vocal, el padre de Jen y Rina, el sheriff Luke Buckard.

—No pienso dejarla ir hasta que diga que se queda —habló la pequeña, más resuelta de lo que la había escuchado nunca.

—Rina, no voy a ir a ninguna parte. He venido para quedarme —aseguró acariciando la cabeza de la niña mientras compartía una mirada con su amiga y el padre de ambas.

Los brazos de ella la estrujaron aún más y la hermana mayor de la pequeña se sumó terminando las tres en un entusiasmado y húmedo, debido al llanto, abrazo de grupo.

—Qué alegría que hayas vuelto. Al fin estás en casa —susurró Jen más para sí que para ella.

De nuevo aquella punzada de culpabilidad que sentía desde que sus pies tocaron tierra la atravesó haciendo su doloroso acto de presencia.

—Sí —respondió, aunque fue incapaz de hacerlo mirando directamente en sus ojos.

—¡Oh, Dios! —La futura novia se llevó las manos a la boca como si terminara de recordar algo en aquel mismo instante—. ¡Voy a buscar a Wade! ¿Has visto a tu hermano? Está aquí —habló tan deprisa que lo mejor fue esperar a que terminara.

—No. Todavía no he podido verlo —murmuró.

—¡Voy contigo! —La cumpleañera ofreció su ayuda y ambas se alejaron juntas en busca de su hermano pequeño.

—Bueno —articuló el sheriff casi en un suspiro alargando la última letra. Vestía ropa de calle, se fijó. Su atuendo consistía en unos vaqueros, zapatos de color marrón oscuro, cinturón a juego y una camisa azul cielo ni demasiado estrecha, ni holgada. Su cabello trigueño, todavía húmedo caía hacia los lados rizándose ligeramente en sus sienes.

—Bueno —repitió ella sin saber muy bien qué hacer o decir tras sentir un desconocido e inesperado impulso ante su presencia.

—Creo que lo propio es recibarte con un abrazo para darte la bienvenida oficialmente.

—Sí, ese parece ser el saludo oficial hoy —añadió con una sonrisa azorada.

—Y nadie debe ir en contra de la autoridad —bromeó el hombre.

Él abrió los brazos y en esta ocasión fue Lili la que avanzó hacia ellos como si se tratara de un imán de grandes dimensiones atrayendo su cuerpo. Sus torsos entraron en contacto y con una facilidad pasmosa los brazos rodearon al otro. Respiró el aroma del sheriff compuesto por loción para después del afeitado entremezclado con el de ropa limpia y jabón.

Sin ser del todo consciente de sus propios movimientos, ladeó la cabeza para apoyarla en su hombro y escondió la nariz en su cuello para inhalar de nuevo y con fuerza aquella maravillosa mezcla de olores provenientes de su piel.

Por primera vez desde que emprendiera su viaje de vuelta, desde que pisó la casa que la vio crecer o, incluso, desde que puso un pie en su país de origen, experimentó la calidez renovadora del hogar, se sintió verdadera y absolutamente en casa.

Se abandonó al abrazo, a su necesidad de recuperar aquella percepción dejando la culpabilidad a un lado, experimentó la caricia de la robusta mano del sheriff en su cabello con cada poro de su piel. No pudo contener un emocionado y profundo suspiro de alivio y regocijo.

—Ah, casa. —El comentario escapó de entre sus labios verbalizando la evocación de lo que sucedía en su interior.

—Sí. Estás en casa —respondió a sus palabras; esas que no creyó haber pronunciado en voz alta.

Percatándose de que, muy posiblemente, se estaba aferrando a él con más entusiasmo del debido durante demasiado tiempo o, al menos, más del que podría considerarse socialmente aceptable, deshizo su abrazo con un recatado paso atrás.

—No sé si está bien decirlo, ni siquiera si es correcto o no —habló de forma impulsiva pretendiendo explicar su reciente comportamiento o el impulso que la había guiado, no lo tenía claro todavía—, pero no me había sentido realmente en casa hasta que lo he abrazado, señor Buckard.

—Luke, por favor. Y no pasa nada, conozco bien la sensación a la que te refieres.

—¿Lili? ¡Lili! —Wade apareció con la esperanza reflejada en cada curva de su cara, flanqueado por Jen y Rina, interrumpiendo así las atropelladas palabras del sheriff que parecía tan cohibido como ella se sentía en aquel preciso momento.

Abrió los brazos de forma automática al ver a su amado hermano quién no se lo pensó, con el ímpetu de sus dieciséis años voló hacia ella en una carrera que no podía perder. Sintió la desesperación en el abrazo de Wade, la necesidad de contacto, muy parecida a la que acababa de experimentar ella en brazos de Luke Buckard. Besó su cabello y acarició la espalda del adolescente tratando de transmitirle esa paz y esa calma que necesitaba tanto como ella. Había echado tanto de menos aquello, el contacto físico y real con sus seres queridos...

—Mi hermanito. —Las lágrimas volvieron a poblar sus ojos hasta rodar por su rostro—. Estás hecho todo un hombre —reconoció—. Y más guapo de lo que recordaba. Las fotos que tengo deben ser antiguas —bromeó.

En aquel círculo cerrado de las personas más importantes que tenía en su vida, no quedó un lagrimal seco ante el reencuentro de los hermanos.

—Son de hace cuatro días —aclaró él secando su rostro en la cazadora de ella pues no parecía dispuesto a dejarla ir ni para secar los surcos que las lágrimas estaban dibujando en su cara.

—Entonces debe tratarse de mi teléfono. —El sheriff y ella compartieron una mirada en la que no hicieron falta las palabras, su complicidad fue evidente—. Pareces tan mayor...

—Vas a quedarte, ¿verdad?

Las personas a las que tanto amaba le hicieron llegar la misma petición, otra vez quiso aplacar los posibles temores que pudieran albergar.

—Por supuesto. Vengo a quedarme —admitió—. Contigo —subrayó.

Continuaron unidos un rato más pues los años de separación habían creado una necesidad cruda y profunda. Desde que abrazara al padre de su mejor amiga minutos antes, podía saborear

la sensación plena de que, al fin, estaba en casa. Con su gente. Aquellas cuatro personas eran toda la familia que le quedaba.

Una dama imperfecta. Un perfecto caballero. Una conquista inesperada.



Lady Amberly Dunne, hija del conde de Warrington, se ve en la obligación de buscar un esposo. A pesar de las negativas de su padre a buscarle un matrimonio por conveniencia ella está decidida a ayudar a su familia. No puede permitir que pasen necesidades o vergüenzas por falta de dinero cuando ella puede ser la solución, después de todo, no es mucho lo que busca, solo necesita a alguien que ayude económicamente a su familia y le brinde respeto. ¿Y amor?, eso es misión imposible, no se podía dar el lujo ni siquiera de soñarlo. ¿El problema? Ella, en definitiva, no es lo que se podría llamar «una perfecta dama».

Fredrick Aldridge, duque de Marlborough, es un hombre respetable, educado, adinerado y además guapo, el esposo perfecto para cualquier mujer. Sin embargo, no tiene afán ninguno por conseguir esposa. Aún es joven. Tal vez en unos cinco y seis años podría llegar a considerar la idea. Pero lo que nunca imaginó es que cierta mujer lo llevara a replantearse la opción del matrimonio... y de la manera menos pensada.

Si las cosas fueran más sencillas...

Fernanda Suárez Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Fernanda Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-019-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[PERFECTAMENTE IMPERFECTA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

[SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...](#)

[SOBRE ESTE LIBRO](#)

SOBRE FERNANDA SUÁREZ

CRÉDITOS